



La
BIBLIA
Popular

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

Deuteronomio

Josué

Jueces

Rut

1 Samuel

2 Samuel

1 Reyes

2 Reyes

John C. Lawrenz

La Biblia Popular

JOHN A. BRAUN

Editor General

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

CURTIS A. JAHN

Editor del Manuscrito

Jueces

Rut

John C. Lawrenz

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

La cubierta y las ilustraciones interiores fueron originalmente realizadas por James Tissot (1836 a 1902). La cronología y los mapas fueron realizados por el Dr. John Lawrenz.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser: reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio, ya sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, o de cualquier otra forma, sin permiso previo de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number 2002107135

Northwestern Publishing House

1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284

© 2002 por Northwestern Publishing House

Publicado en 2002

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN 0-8100-1478-5

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vi
Introducción a Jueces	1
Una conquista por completar (1:1-36)	26
Las consecuencias (2:1-23)	37
Otoniel, Eúd y Samgar (3:1-31)	46
Barac y Débora (4:1-24)	58
El cántico de Débora y Barac (5:1-13)	70
Gedeón (6:1-8:35)	82
Abimelec (9:1-57)	113
Tola y Jair (10:1-18)	125
Jefté (11:1-12:7)	133
Ibzán, Elón y Abdón (12:8-15)	149
Sansón (13:1-16:31)	151
Historias representativas de los tiempos	185
Una casa perdida (17:1-13)	187
Dan emigra (18:1-31)	192
Un ultraje (19:1-30)	200
Guerra civil (20:1-48)	208
Benjamín sobrevive (21:1-25)	222
Introducción a Rut	228
Rut se muda a Belén (1:1-22)	232
Rut conoce a Booz (2:1-23)	242
Rut y Booz se comprometen (3:1-18)	256
Amor desinteresado (4:1-2)	263

ILUSTRACIONES

Sansón mata a un león joven	<i>Cubierta</i>
Débora debajo de la palmera	60
Gedeón escoge los trescientos	94
La hija de Jefté y sus amigos danzando.....	144
El Ángel asciende al cielo	157
Sansón empujando las columnas	183
Rut rebusca	249

MAPAS

Tabla cronológica	22
Los 12 jueces	24
Eúd vs. los moabitas	55
Débora y Barac vs. los cananeos	62
Gedeón vs. los madianitas	102
Jefté vs. los amonitas	136
Sansón vs. los filisteos.....	168
Guerra civil.....	212
Israel en la época de los jueces.....	273

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es exactamente lo que el nombre implica, una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras en la popular Nueva Versión Internacional. El comentario que aparece a continuación de las secciones de la Escritura contiene: aplicaciones personales, así como antecedentes históricos y explicaciones del texto.

Los autores de La Biblia Popular son hombres eruditos y con una visión práctica, obtenida durante años de experiencia en los ministerios de la enseñanza y la predicación. Ellos han procurado evitar términos técnicos, que limitan muchas series de comentarios solamente a estudiantes profesionales de la Biblia.

El aspecto más importante de estos libros es que ellos están centrados en Cristo. Jesús mismo dijo acerca de las escrituras del Antiguo Testamento: “Y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada libro de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios también contienen: mapas, ilustraciones e información arqueológica cuando es apropiado. Todos los libros incluyen títulos de página, para llevar al lector al pasaje que él está buscando.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin. Este proyecto también tiene una deuda de gratitud al Rev. Loren A. Schaller. Hasta cuando él acepto un llamado para salir de Northwestern Publishing House y de regreso al ministerio parroquial, el Pastor Schaller sirvió como Editor General.

Es nuestra oración que este esfuerzo pueda continuar de la misma manera como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original, para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International Version, no concuerde plenamente con el de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

El traductor de este volumen prefiere quedar en el anonimato. La Sra. Cristina Zimdars, natural de Saltillo, México, y el Rvdo. Roger Sprain hicieron la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Cuaresma del 2002
Paul Harman, coordinador
Ronald Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas

DONATIVO ESPECIAL

La Comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, la Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS), y las compañías de seguros –Lutheran Brotherhood y Aid Association for Lutherans– contribuyeron con donativos especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.

INTRODUCCIÓN A JUECES

JUECES

El lugar que toma el libro de Jueces en el Antiguo Testamento

La Biblia no trata toda la historia con el mismo detalle. Los cinco libros de Moisés nos hablan mucho y con gran detalle de la generación que salió de Egipto y se trasladó a la tierra prometida. Los dos libros de Samuel también se centran en una sola generación, aquella en la cual el rey David ascendió al poder para gobernar el pueblo de Dios. Dos terceras partes de los libros proféticos se agrupan alrededor de la generación que vivió durante los años en que Judá perdió su independencia y su templo. Todo el Nuevo Testamento enmarca el tiempo de Jesús. Estos cuatro cortos períodos de intensa revelación del Espíritu Santo estuvieron separados por largos períodos de medio milenio cada uno. Moisés nació aproximadamente en el año 1500 a.C., David reinó alrededor del año 1000 a.C., el pueblo de Israel volvió del exilio cerca del año 500 a.C., y el propio Cristo nació al inicio de la era que en su honor llamamos cristiana.

Otra manera de ubicarse en la historia bíblica es ligándola a los cambios que Dios hizo del lugar señalado para que se le adorara. El Tabernáculo sirvió desde el tiempo de Moisés hasta el de Samuel; el templo de Salomón fue usado desde cuatro años después de la muerte de David hasta que el reino de Judá cayó ante los babilonios alrededor de los años 587-586 a.C; el segundo templo reconstruido les sirvió a los judíos hasta que el Padre envió a Jesús como el “lugar” al que la verdadera adoración se debe dirigir siempre.

El libro de Jueces reseña la historia que va desde los tiempos de Josué, el sucesor de Moisés, hasta el tiempo de Samuel, quien ungió al rey David. Este libro cubre la mayor parte del período en el que Israel no tuvo un rey como líder. El pacto que fue dado a través de Moisés y le fue confirmado a Josué sirvió como “constitución” nacional. Cada hombre, en su propia familia y dentro de su tribu, era responsable por la fidelidad al pacto. Cada israelita mostraba su lealtad a la nación mediante los peregrinajes anuales que se hacían al Tabernáculo que estaba situado en Silo. Los relatos de este libro muestran: cómo fueron quebrantadas la fidelidad al pacto y la unidad nacional, y cómo el Señor se mantuvo fiel mientras Israel reincidía en la infidelidad.

Como “historia de la salvación”, el libro de los Jueces se resume en su último versículo: “En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía” (21:25).

La Biblia hebrea coloca el libro de Jueces a la par con los de: Josué, Samuel y Reyes, dentro de los “primeros profetas”. Esta categoría subraya la intención espiritual de lo que Dios reveló, cosa que debemos recordar al leerlo. Cuando leemos el libro de Jueces, nos gustaría conocer más, pues es como si solamente dispusiésemos de 15,000 palabras para relatar todo lo que ha sucedido en nuestro país desde el descubrimiento de América por Colón hasta el presente.

¿Quiénes eran los jueces?

El libro nos presenta una serie de personajes que formaron parte de la historia de la salvación. Los dos primeros, Otoniel (3:9) y Eúd (3:15), son calificados como “libertadores”. En hebreo, esta misma expresión se usa también para describir los ministerios de: Samgar (3:31), Gedeón (6:14), Tola (10:1) y Sansón (13:5), y es idéntica al vocablo del que se deriva el nombre de Jesús, que quiere decir, “salvador”.

Jefté fue un hombre “esforzado y valeroso” (11:1) a quien su pueblo hizo “jefe” (11:6) y “caudillo” (11:9), y quien por sus

acciones se distinguió como un consumado diplomático. Sansón era: un nazareo (13:5), un individuo consagrado que no debía afeitarse, ni tomar bebidas alcohólicas, ni tener contacto alguno con un cadáver (Números 6:1-21). En el grupo de los jueces hubo una sola mujer, llamada Débora, que era: esposa de Lapidot (4:4), “profetisa” (4:4 NVI), y “madre en Israel” (5:7), ella es la única a la que se describe dirimiendo disputas en un tribunal (4:5). Samuel menciona al compañero de Débora, Barac, entre los jueces (1 Samuel 12:11) y también lo nombra el escritor de Hebreos (11:32), mas no se especifica su cargo en este libro.

Cuando la Biblia hebrea dice en el libro de Jueces que un líder “juzgó”, la Nueva Versión Internacional traduce la palabra como “gobernó”. Por su parte, nuestra versión Reina Valera 1995 se ajusta exactamente al término hebreo que se les aplica a: Otoniel (3:10), Débora (4:5), Tola (10:2), Jaír (10:3), Jefté (12:7), Ibzán (12:8), Elón (12:11), Abdón (12:13) y Sansón (15:20; 16:31). El cargo de juez continuó en Israel hasta que fue ungido Saúl, su primer rey. El sumo sacerdote Elí (1 Samuel 4:18), el profeta Samuel (1 Samuel 7:15-17) y sus dos indignos hijos (1 Samuel 8:1), todos ellos “juzgaron” a Israel.

Según el historiador latino Tito Livio, el título que se les daba a los magistrados de Cartago, una nación de habla semítica en el norte de África, era el de *sufete*, cuyo equivalente en hebreo era *shofet*. Inscripciones y escritos que se hallan en tablillas de: Fenicia, Ugarit, Asiria y Mari, revelan que ese título era de extenso uso en el mundo antiguo. Líderes tan poderosos como David (2 Samuel 15:4) y Salomón (1 Reyes 7:7) actuaron también como jueces. Con anterioridad, Moisés, como primer líder de Israel, juzgó él mismo todos los asuntos (Éxodo 18:13,14) hasta que su suegro, Jetro, le aconsejó que creara una infraestructura de apoyo para gobernar al pueblo, dividiéndolo en: millares, centenas, cincuentenas y decenas. El capítulo primero del Deuteronomio, adelantándose al cargo que ejerció Débora antes de que convocara a Israel para la batalla, exhorta a

los jueces a: “Oíd entre vuestros hermanos, y juzgad justamente entre el hombre y su hermano, o un extranjero” (1:16).

Deuteronomio señala en el versículo siguiente que “el juicio es de Dios” (1:17), cosa que ya Abraham había confesado con anterioridad (Génesis 18:25), y que Isaías 3:13 repitió más tarde. Juzgar, juicio y justicia, en el idioma hebreo, pertenecen a una familia de palabras que significan hacer lo correcto de acuerdo con las normas divinas.

Aquellos que gobernaron a Israel entre los tiempos de Moisés y David estuvieron lejos de ser perfectos. Veremos que el nivel de comportamiento piadoso declinó desde el primer juez hasta el último. A pesar de esto, la debilidad moral y espiritual no invalidó las elecciones que hizo Dios. Ellos eran jueces subordinados al Juez de los cielos, por lo que Dios hizo a través de ellos, a pesar de sus debilidades. Es por eso que tienen su lugar dentro de los héroes de la fe en el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento. Allí, el escritor declara: “El tiempo me faltaría para hablar de: Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté... Todos ellos, por fe: conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas” (11:32,33). Ciertamente el libro de Jueces nos dice que el Espíritu Santo movió a tres de esos imperfectos hombres: Gedeón (6:34), Jefté (11:29) y Sansón (13:25; 14:6,19; 15:14), de la misma manera que lo hizo con Otoniel (3:10), el primero y único “hombre ideal” de los jueces.

Relatos cortos organizados según un patrón

El libro de Jueces es una colección de relatos cortos que el autor agrupa en tres secciones. Primero, vienen los relatos que le dan al lector una visión general de aquellos tiempos; después, las historias breves de los doce jueces cuyas hazañas definen un libro que termina esbozando en sus capítulos finales el carácter poco halagüeño de la vida israelita: en el hogar, la aldea, la tribu y la nación.

- A. En el *prólogo* (1:1–3:6), nos enteramos de hasta qué punto cada tribu tuvo éxito en conquistar su herencia después de la muerte de Josué. También, se nos informa de las cuatro fases de un patrón recurrente que son típicas de los siete ciclos históricos que se describen en la mayor parte del libro. Esta introducción termina con un esbozo geográfico, de cuánto de la Tierra Prometida estaba en manos israelitas y de cuánto territorio los israelitas no habían podido tomar de manos de sus habitantes cananeos originales.
- B. Los relatos de los 12 jueces (3:7–16:31) están organizados *en siete ciclos históricos*. Cada ciclo comienza con la estabilidad que resultó de las hazañas del líder precedente; cuando éste muere, el pueblo vuelve a los ídolos, y Dios castiga esa apostasía con un agente opresor, usualmente un enemigo foráneo. Después de un tiempo, el pueblo se lamenta, y el Señor envía un liberador en la persona de uno o más jueces que restablecen el reposo para la tierra y sus habitantes. Reposo, apostasía, opresión y liberación son las cuatro etapas del camino que se repiten a medida que se desarrolla cada ciclo. Esos ciclos parecen vueltas de una espiral descendente. Cada juez representa un movimiento en la dirección correcta, pero la tendencia general no es buena; por esta razón, los mismos jueces van desde un buen ejemplo como el de Otoniel, el primer juez, hasta Sansón, el último juez, que fue un hombre con muchas debilidades.

Ciclo 1 (3:7-11)

Reposo para la generación de Josué

Apostasía (“Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo,” 3:7)

Opresión por Cusán (Aram, 8 años)

Liberación por Otoniel

Ciclo 2 (3:12-31)

Reposo para la generación de Otoniel (40 años)

Apostasía (“Volvieron los hijos de Israel a hacer lo malo,” 3:12)

Opresión por Eglón (Moab, Amón y Amalec, 18 años)

Liberación por Eúd y Samgar

Ciclo 3 (4:1–5:31)

Reposo para la generación de Eúd (80 años)

Apostasía (“Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo,” 4:1)

Opresión por Jabín y Sísara (Cananeos, 20 años)

Liberación por Débora y Barac.

Ciclo 4 (6:1–8:27)

Reposo para la generación de Débora y Barac (40 años)

Apostasía (“Los hijos de Israel hicieron lo malo,” un profeta le recuerda a Israel su infidelidad, 6:1)

Opresión por: Oreb, Zeeb, Zeba y Zalmuná (Madián, Amalec y el pueblo del Oriente, 7 años)

Liberación por Gedeón

Ciclo 5 (8:28–10:5)

Reposo para la generación de Gedeón (40 años)

Apostasía (el efod de Gedeón y la adoración del “Baal del pacto” revelan un profundo sincretismo religioso)

Opresión por Abimelec (cerca de Siquem, 3 años)

Liberación por Tola y Jaír (23 + 22 años)

Ciclo 6 (10:6–12:15)

Reposo no se menciona.

Apostasía generalizada (“Sirvieron a los baales y a Astarot, a los dioses de Siria, a los dioses de Sidón, a los dioses de Moab, a los dioses de los hijos de Amón y a los dioses de los filisteos,” 10:6)

Opresión desde el oriente (Amón, 18 años)

Liberación breve por Jefté (6 años) junto con la de: Ibzán, Elón y Abdón (7 + 10 + 8 años)

Ciclo 7 (13:1–16:31)

Reposo no se menciona

Apostasía persistente (“ Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo,” 13:1)

Opresión desde el occidente (filisteos, 40 años)

Liberación no permanente por Sansón (20 años: “Y juzgó Sansón a Israel veinte años, en los días en que dominaban los filisteos,” 15:20)

No se menciona reposo: la amenaza filistea continúa.

- C. El *epílogo* (17:1–21:25) se sitúa aparte de los siete ciclos y obviamente no tiene conexión cronológica con ninguno de ellos. Cada relato se enfoca un segmento diferente de la sociedad. El capítulo 17 presenta una familia carente de fuerza moral y espiritual; en el 18, una de las doce tribus, ayudada por un levita descarriado, abandona el derecho a su herencia tribal. Sin la aprobación divina, la tribu de Dan labra un hogar idólatra para sí misma. El capítulo 19 prepara el escenario para la subsiguiente guerra civil, y en él vemos que los israelitas no se comportaban mejor que los cananeos, para quienes Dios había ordenado la destrucción por causa de sus costumbres inmorales. El capítulo 20 relata la guerra civil ya desencadenada, y el 21 narra los cuestionables intentos que hicieron después de la guerra para proporcionarle esposas al remanente masculino de la tribu solitaria derrotada. Las muchas debilidades que se revelan en estos cinco capítulos muestran cómo el pueblo de Dios era dado a pecar contra el espíritu y la letra del pacto, que el Señor había hecho con el pueblo de Israel en el monte Sinaí.

Más jueces

El período histórico de los jueces se extiende más allá de lo que se trata en este libro. Los capítulos iniciales de 1 Samuel presentan dos nuevos e importantes jueces: Elí y Samuel. La maldad de los hijos de Elí condujo a la destrucción del santuario principal en Silo y a la captura del Arca de la alianza por los filisteos. El Arca era una señal visible de la presencia de Dios entre su pueblo, y su pérdida constituyó la expresión del juicio de Dios por todo cuanto había ocurrido de malo en el largo período de los jueces. Samuel es el puente hacia la siguiente etapa en la historia de Israel, etapa definida por el gobierno monárquico. En este sentido, Samuel ungió a Saúl, que resultó ser un fracaso; posteriormente, este mismo profeta ungió como rey a quien, pese a sus defectos, era un hombre conforme al corazón del Señor. Ése fue David, que trasladó el Arca a Jerusalén e hizo los preparativos para la edificación del templo que habría de albergarla.

Época de la composición del libro y su autor

El libro de Jueces se anticipa a la institución de la monarquía en Israel, cuestión prevista en la Ley de Moisés (Deuteronomio 17:14-20), donde Dios había dispuesto el cargo de rey. A mitad del período de los jueces, el pueblo le ofreció la corona a Gedeón, cuyo hijo Abimelec llegó a reinar brevemente. Algunos jueces menores adoptaron costumbres reales, como por ejemplo, cabalgar en asnos (10:4; 12:14) y arreglar matrimonios de conveniencia (12:9). Sin embargo, durante todo el período de los jueces, Israel se distinguió de sus vecinos por ser la única nación que no tenía rey. Ese hecho se destaca en dos oportunidades, una en 17:6 y otra en el planteamiento final con que concluye el libro: “En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía” (21:25).

El autor del libro de Jueces parece que se da cuenta de lo que

era la monarquía y sus ventajas, pues el libro no contiene ningún indicio de que la institución fuese una bendición a medias. Cabe preguntarse si fue Samuel el autor del libro, como sostiene la tradición hebrea, pues él se sintió personalmente ofendido cuando Israel pidió un rey (1 Samuel 8:6) y se desilusionó mucho con Saúl (1 Samuel 15:35). Aunque estos hechos son ciertos, también lo es que fue Samuel quien ungió a David y que quizás debió haberse guiado por la advertencia del Señor para que aceptara la monarquía correcta como preferible al “haz como te parezca” de la época de los jueces.

El vívido recuerdo que tenía Samuel del saqueo de Silo y la pérdida del Arca, acontecimientos que ocurrieron durante su infancia, se ve reflejado en Jueces 18:30. Allí el autor señala que la idolatría de la tribu de Dan persistió “hasta el día del cautiverio de la tierra”. El término “cautiverio” usualmente trae a la mente el exilio del Reino del Norte, llamado también Israel (por el año 720 a.C.) o el del Reino del Sur, es decir, Judá (alrededor del año 586 a.C.). Sin embargo, el Salmo 78:60,61 dice sugestivamente: “Dejó, por tanto, el tabernáculo de Silo, la tienda en que habitó entre los hombres. Entregó a cautiverio su poderío; su gloria, en manos del enemigo.”

De no haber sido Samuel el autor, probablemente lo fue uno de los historiadores de la corte de David, como por ejemplo Natán o Gad (que se mencionan en 1 Crónicas 29:29), aunque ciertamente hubo otros más. Quienquiera que hubiera sido el escritor, redactó el libro antes de que David derrotara a los jebuseos y estableciera su capital en Jerusalén (Jueces 1:21).

La cronología y el número 40

A lo largo del libro de Jueces se aprecia que los períodos de opresión se miden en años, con la siguiente distribución: Los años de opresión son: (Arám) 8, (Moab) 18, (Canaán) 20, (Madián) 7, (Abimelec) 3, (Amón) 18 y (Filistea) 40; lo que suma

114 años. Los primeros jueces: Otoniel, Débora y Gedeón, trajeron paz a la tierra por períodos de 40 años cada uno. Eúd lo hizo por 80, sumando en total 200 años. Los siete jueces que siguieron a Abimelec ejercieron durante un número variable de años así: (Tola) 23, (Jaír) 22, (Jefté) 6, (Ibzá) 7, (Elón) 10, (Abdón) 8 y (Sansón) 20, para un total de 96 años. Si se suman todos los años de los jueces, obtenemos un total de 410 años desde Otoniel hasta Sansón.

Ocho de las 18 cifras que aparecen en el libro de Jueces son múltiplos o factores de 40. Si tomamos en consideración los períodos de tiempo que se mencionan en la Biblia antes y después del libro de Jueces, el fenómeno de los “40” resulta aún más pronunciado. Israel anduvo errante en el desierto por 40 años, la vida de Moisés fue de 120 años, divisibles exactamente en tercios de 40 años. Elí, el sumo sacerdote, juzgó 40 años, y Samuel la mitad de ese tiempo; los tres primeros reyes de Israel: Saúl, David y Salomón, reinaron cada uno 40 años. Más de la mitad de las notas cronológicas, desde la salida de Israel de Egipto en época de Moisés hasta la división del reino a la muerte de Salomón, son múltiplos o factores de cuarenta. El predominio de este patrón no es discernible, ni en tiempos de los primeros patriarcas, ni en los reinados posteriores a Salomón. Parecería que este modo de expresión estaba de moda durante el período de la historia que comprende el tiempo de los jueces, cuando ni los patriarcas ni los reyes definían lo que constituía la autoridad civil entre el pueblo de Dios.

En asuntos en que la historia y la política pesaban tanto, la influencia de Egipto era muy grande. Fue allí donde Israel se multiplicó hasta convertirse en una nación, y Moisés, el líder escogido por Dios, era un príncipe egipcio bien instruido en la sabiduría y cultura de ese país (Hechos 7:22). En Egipto, todos los meses eran de 30 días; después de 30 años se celebraba un “mes de años” en el cual el faraón de Egipto celebraba el

acontecimiento con una festividad espectacular, el Heb Sed, destinado a dar testimonio del extraordinario favor que los dioses le habían concedido al permitirle un reinado tan prolongado.

Junto con estas observaciones acerca de la duración del mes, y de qué era lo que se consideraba un reinado extraordinario, debemos considerar el recurso literario de ‘n y n+1’ que se emplea principalmente en los libros poéticos del Antiguo Testamento. Las palabras de Agur en el capítulo 30 de Proverbios nos dan con cuatro ejemplos, y el versículo 15 nos lo muestra cuando dice: “Tres cosas hay que nunca están hartas, y aun la cuarta nunca dice: ‘¡Basta!’”, y prosigue ofreciendo cuatro ejemplos. Amós, en sus primeros dos capítulos, emplea ocho veces la combinación de tres y cuatro. Este recurso literario se usa también con los números seis y siete (Job 5:19; Proverbios 6:16) y con el siete y el ocho (Eclesiastés 11:2; Miqueas 5:5).

Es razonable suponer que tres décadas de días o de años, más una década adicional, o sea, convertir 30 en 40, pueda ser otra prueba de este método literario. En efecto, el escritor puede definir un período de tiempo con un número aproximado en vez del número exacto, a fin de comunicar algo de mayor trascendencia que una mera cifra. En el caso de un período de unos 30 días, el escritor hablaría de “40 días y 40 noches” para recalcar no sólo un mes sino uno de particular importancia; esto encaja ciertamente con los cuarenta días de juicio durante el diluvio, en el cual Dios desató las fuerzas de la naturaleza para inundar la tierra. También lo hace con los cuarenta días en los cuales Jesús ayunó y resistió a Satanás, y con el período de igual duración durante el cual Jesús se apareció a sus discípulos antes de su ascensión. Señalar este recurso literario, no excluye que el tiempo pudiera haber sido ni más ni menos que de 40 días, sino que simplemente advierte que el contexto permite la existencia de otra alternativa.

Si era un hecho bien conocido en Israel, que la nación egipcia, que se imponía culturalmente, consideraba un reinado de 30 años como una expresión de extraordinaria bendición divina para el gobernante así favorecido, sería razonable pensar que ese período aumentado en una década destacaría aún más el gran favor de Dios al darle tal beneficio a su pueblo. Moisés aplica este principio en el Salmo 90, donde le oímos afirmar que una vida normal de 70 años se puede extender con la bendición divina a 80. Es perfectamente posible que Dios calibrara algunas vidas con tanta precisión, que éstas se midieran por períodos de 40 años. El autor de este libro podría afirmar eso con respecto a la edad de Moisés, porque el texto de Éxodo 7:7, que da las edades de Moisés y Aarón, cifra la edad del primero en 80 años y la del segundo en 83. El reino de David es subdividido en 7½ años en Hebrón y 33 en Jerusalén (2 Samuel 5:5). No tendría sentido que Dios le impusiera a Israel 40 años de andar errante por los 40 días que los espías emplearon en su malogrado reconocimiento militar de Canaán, si 40 no fuera exactamente lo que se quiere decir. Es probable que estos ejemplos fueran los que reforzaron la jerarquía de 40 como un período de bendición divina.

Contra aquellos que se preguntaran: ¿por qué no insistir un número preciso en todas las ocasiones?, habría que citar las propias Escrituras. Se nos dice que Gedeón procreó 70 hijos (Jueces 8:30), y que Abimelec “mató a sus hermanos, los setenta hijos de Jerobaal, sobre una misma piedra” (9:5); no obstante, tanto Abimelec como Jotam sobreviven. O bien, eran 72 hermanos y 70 fueron muertos, o había 70 hermanos y 68 fueron asesinados. Parece ser que 70 era el número redondo tradicional para una familia o un grupo extenso. Ejemplo de ello son: los 70 nombres que se mencionan en Génesis 10, los 70 clanes de Israel, y los 70 de la familia de Acab.

La Biblia también prefiere el 12 como número redondo para contar las tribus. Jacob adoptó los dos hijos de José como propios

(Génesis 49); pero sólo habían 12 herencias tribales, pues Leví fue excluido, y Efraín y Manasés fueron contados (Josué 13:14). Las tribus que pronunciaron las bendiciones y las maldiciones fueron 12; en este caso Leví fue contado y Efraín y Manasés fueron unificados bajo el nombre de José (Deuteronomio 27:12). El número 12 se mantiene en Apocalipsis 7:5-8, al eliminar a Dan e incluir a Leví, Efraín y Manasés. De igual modo, el 12 se mantiene como el número preferido de apóstoles con la selección de Matías para reemplazar a Judas. Es cierto que el número de jueces que se mencionan en el libro de ese nombre constituyen una docena; algunos han sugerido que el escritor hizo una selección de entre varios jueces, teniendo en mente las 12 tribus de Israel.

Nuestra interpretación del 40 se fortalece cuando notamos que el reposo para la tierra está asociado con períodos de 40 años que siguen a las hazañas de los primeros jueces: Otoniel (3:11), Eúd (40x2 en 3:30), Débora y Barac (5:31), y Gedeón (8:28). Esta tranquilidad o paz para la tierra no se menciona nuevamente en la Biblia hasta los reinados de David (2 Samuel 7:1,11; 1 Reyes 5:1) y Salomón (1 Reyes 4:24; 8:56). Lo que ocurrió entre los tiempos de Gedeón y de David fue un quebrantamiento de la paz. El corto reinado de Abimelec, mitad israelita y mitad cananeo, que siguió a Gedeón, destruyó la paz; de ahí en adelante la tierra no tuvo descanso hasta que David aplastó la amenaza filistea. En este período de intranquilidad, la mayoría de los jueces figuran en los períodos de liderazgo sin que se haga mención de la paz. Podemos asumir que los jueces del “reposo”: Otoniel, Eúd, Débora - Barac, y Gedeón, cada uno tuvo un número relativamente breve de años en los que guiaron al pueblo personalmente; sin embargo, el efecto benéfico que tuvieron se mantuvo hasta después de que murieron. Este tiempo más largo no se expresa en términos precisos, sino en el empleo significativo del uso de períodos de 40 años.

La cronología de la Biblia y Jueces

Nuestra discusión de los períodos de 40 años resulta importante al tratar de establecer una cronología para el período de los jueces. Un punto de referencia cronológico significativo se encuentra fuera del libro de Jueces, en 1 Reyes 6:1; allí, la dedicación del templo de Salomón se sitúa 480 años después de la salida de Israel de Egipto. Ya hemos hecho notar que la suma total de todos los datos cronológicos que hay en el libro de Jueces asciende a 410 años; eso encaja muy bien con los 480 años que transcurren entre el éxodo y la dedicación del templo, pero no deja espacio para el siglo y medio que queda fuera del libro de Jueces; es decir: los 40 años que anduvieron errantes en el desierto, los 40 años del gobierno de David, los 40 años del reinado de Salomón antes de la dedicación del templo, los 60 años combinados en que Elí y Samuel sirvieron como jueces, más el tiempo no especificado de Josué y los ancianos que le siguieron, y el reinado de Saúl. Éste último período pudo haber sido de: 22, 32, 40 o 42, años, dependiendo de cómo veamos 1 Samuel 13:1, cuyo texto hebreo no es claro, y Hechos 13:21.

El redondeo de la numeración en cifras (como 40, 80 y 20) y la posibilidad de que haya números mal copiados en los primeros manuscritos (como en Samuel 13:1), pueden servir como los calzadores de zapatos para ayudarnos a acomodar unos 560 años en un espacio de 480. Algunos han sugerido que los mismos 480 ya son un número redondo que representa 12 períodos de 40 años cada uno. Aunque fuera posible, ese argumento pondría en cuestión la suma agregada, mientras que se le daría total credibilidad a los: cuarentas, ochentas, y veintes, que constituyen las partes.

El traslado de los números es otra manera de resolver estas discrepancias, ya que, por ejemplo, existen regencias simultáneas en las que un rey designa a su heredero para compartir los últimos

años de su gobierno. En el libro de Jueces no hay casas reales y por lo tanto tampoco existen herederos (con la posible excepción de Gedeón y Abimelec). Sin embargo, tenemos relatos en los que el contexto geográfico se limita a unas pocas tribus en vez de toda la nación. Puede haber sucedido que varios jueces hayan hecho sentir su influencia al mismo tiempo; Tola, por ejemplo, tenía su cuartel general en la región montañosa de Efraín, al oeste del Jordán, mientras que su sucesor Jaír dominó en Transjordania. Que Jaír (23 años) sucediera a Tola (22 años) puede significar simplemente que uno siguió al otro después de un intervalo de un año, y que ambos terminaron su posición como jueces al inicio de la opresión amonita que les siguió. También pudo haber sido que: Jefté, Ibzán, Elón y Abdón estuvieran en cuatro áreas geográficas distintas (Galaad, Judea, Galilea y Samaria, respectivamente) y por ello fueran considerados como contemporáneos.

El libro de Jueces contiene una era significativa en sí misma: el período transcurrido entre la llegada de los israelitas y el día en que Jefté entró en negociaciones con el rey de Amón sobre los derechos de propiedad en Transjordania. Jefté afirma que Israel había ocupado las poblaciones que están a lo largo del río Amón durante tres siglos (11:26).

Aunque es cierto que en este caso Jefté usó un número redondo, difícilmente se podría esperar que tratara de mejorar su posición de negociación empleando una exageración ridícula. Si sumamos los períodos de reposo que precedieron a Jefté ($40 + 80 + 40 + 40 = 200$) con los de opresión anteriores a su época ($6 + 18 + 20 + 7 + 18 = 69$), y si concedemos 23 años para Tola y Jaír, y damos 7 años para la conquista dirigida por Josué (una tradición judía), el total es de 299 años.

Si entonces restamos 44 años desde la coronación de David hasta la dedicación del templo, y 40 años de andar errantes en el

desierto, debemos asumir que el período caótico que transcurrió desde Jefté hasta la muerte de Saúl daría cuenta de los restantes 97 años. Ello nos llevaría a un total de 480 años desde el éxodo hasta la dedicación del templo. Estos 97 años comprenderían: los 40 años de Elí, los 20 de Sansón y los 20 de Samuel, correspondiendo estos dos últimos jueces con los 40 años de la opresión filistea. El resto quedaría para el reinado del rey Saúl, que había coexistido con Samuel y la opresión filistea, si hubiera sido de unos 40 años, pero que no coincidiría si el tiempo de su reinado hubiese sido menor de 20 años.

Se han propuesto muchos esquemas para trazar la cronología del período de los jueces; en vista de los datos existentes, a nadie se le puede considerar una autoridad en este asunto. Podemos estar seguros de que Dios conoce la cronología y debemos sentirnos satisfechos de que él no haya dispuesto revelarnos su precisión interna.

Ubicación de los jueces en el contexto de la historia universal

Israel se encuentra entre Egipto al sudoeste y las poderosas naciones de Mesopotamia al noreste. Los estudiosos de la Biblia y los historiadores seculares han tratado con ahínco de entrelazar la historia bíblica y la historia del Cercano Oriente; a estos lazos históricos se les llama sincronías.

En el primer milenio a.C. podemos unir la toma de Jerusalén con el reinado de Nabucodonosor en Babilonia. La caída de Samaria se puede vincular a los reyes Salmanasar y Sargón de Asiria; estos dos eventos están registrados en la Biblia y en los anales de las naciones conquistadoras. Los registros asirios también mencionan varios de los reyes de Israel y Judá. Como los asirios les ponían a los años los nombres de sus altos funcionarios, y como tenemos listas casi completas de estos últimos, es posible, con un margen de error de uno o dos años, establecer una cronología mundial y fechas absolutas para la mayoría de los reyes de Israel y de Judá.

Para el segundo milenio a.C., no hay posibilidad de establecer sincronías absolutas, pues los contactos de Israel en ese período eran con Egipto, y la Biblia no identifica a ninguno de los faraones por su nombre. Para aumentar estas dificultades, la cronología absoluta de Egipto durante los días de su apogeo en el segundo y el tercer milenio a.C. estaba basada en un pequeño número de anotaciones astronómicas, algunas de las cuales están abiertas a diferentes interpretaciones. Los historiadores se refieren a fechas: bajas, medianas, y altas, para algunos faraones claves como Tutmosis III y Ramsés II.

Se ha acudido a la arqueología para definir lo que los documentos escritos y las estrellas no pueden establecer. Por definición, la arqueología es el estudio de los restos; las ruinas de la antigüedad siempre reflejan lo que se descartó o inadvertidamente quedó enterrado con el tiempo. Un paralelo útil pudiera ser el revolver entre la basura del mes pasado; se pueden aprender algunas cosas, pero el potencial para llegar a conclusiones erróneas es siempre grande.

Los arqueólogos reconocen el surgimiento de una alianza cultural importante entre Egipto y Canaán en el segundo milenio a.C., que se estableció inicialmente a partir de la introducción de los carros de guerra. Para defenderse de estos vehículos, las murallas de las ciudades cananeas fueron: más elevadas, de más grosor, y rodeadas de terraplenes de tierra apisonada para mantener a los carros alejados. También las puertas de las ciudades fueron reforzadas para hacer frente a la nueva amenaza. Si la arqueología y la historia están en lo cierto, el Reino Medio de Egipto fue liquidado por invasores provenientes del norte, que unieron durante un tiempo el delta del Nilo y Canaán en una sola entidad política. El historiador de la antigüedad y sacerdote egipcio Maneto llamó hicsos a esos intrusos, nombre que es probablemente una corrupción de las palabras egipcias que significan “gobernantes de tierras extranjeras”.

A su tiempo, los egipcios nativos procedentes del sur liberaron el delta de los invasores extranjeros y tomaron durante varios siglos una postura agresiva contra Canaán. Los egiptólogos llaman a esta época la Era Imperial de Egipto. Los ejércitos del faraón atacaron a sus vecinos asiáticos una y otra vez, estableciendo guarniciones en ciudades claves, a lo largo de la costa y de las rutas comerciales que conducían al oriente. Durante este período, los hallazgos arqueológicos reflejan una clara influencia egipcia.

Al final del segundo milenio a.C., todo el Mediterráneo oriental se puso en movimiento; el impulso puede haber sido un ligero cambio en el clima, que obligó a muchas naciones a desplazarse en busca de alimento. La “gente del mar”, como la llamaron los egipcios, incluyendo a los filisteos, terminaron con el imperio hitita en Anatolia, y se apropiaron de sus conocimientos secretos para la fundición del hierro. Esos pueblos destruyeron la ciudad estado de Ugarit en la costa siria e invadieron Egipto, pero fueron rechazados. Unos pocos se establecieron permanentemente a lo largo de la costa del sur de Levante, dejando tras sí la alfarería pintada que los caracterizaba. Dentro de la misma tierra de Canaán, los patrones de población cambiaron. El segundo milenio a.C. comenzó con asentamientos concentrados en la costa, y aquí y allá al lado de las rutas que atravesaban los valles interiores. Al principio, el terreno alto estaba escasamente poblado; sin embargo, al final de este milenio aparecieron pequeños poblados por todas las montañas de: Judá, Efraín y Galilea.

El modelo arqueológico para el segundo milenio comienza con la fase final de la Edad Media del Bronce. Este es el período de ciudades con altas murallas en Canaán, una etapa en la que Asia sobrepasaba a Egipto, y en la que el bronce era el metal preferido para los implementos usados tanto en la paz como en la guerra. Egipto invirtió su posición con respecto a Asia cerca del año 1550 a.C., avanzando a la Edad Tardía del Bronce. En la

mayoría de los casos, la cultura material de ambas regiones se continuó desarrollando sin interrupciones o notables cambios de dirección. La Edad del Hierro, que comenzó alrededor de 1200 a.C., fue completamente diferente; la cultura material declinó, Egipto experimentó un debilitamiento, y la tecnología del hierro se diseminó. Entretanto, las naciones se pusieron en marcha.

La mayoría de los estudiosos actuales opinan que el surgimiento de Israel como nación en el Levante coincide con el comienzo de la Edad del Hierro. La colonización de las tierras altas de Palestina es una prueba de ello. La mayoría de los eruditos sitúa el éxodo desde Egipto en el siglo 13 a.C. El gran Ramsés II es visto como el inspirador de que Israel recordase la opresión egipcia. De acuerdo con esta concepción prevaleciente, el período de los jueces quedaría circunscrito a dos siglos o menos.

Sin embargo, recientemente, un pequeño grupo de arqueólogos ha cuestionado el nexo entre la expulsión de los hicsos de Egipto y el fin de la Edad Media de Bronce en Canaán. Algunas ciudades importantes de Palestina fueron quemadas y destruidas por ese tiempo, incluyendo a: Jericó, Betel, Hazor, Debir, Laquis, Hebrón, Horma y Dan. La narración bíblica exige la destrucción de algunas de estas ciudades en el tiempo de la conquista o poco después de ésta. Pero ninguna de ellas sufrió una catástrofe de importancia entre 1300 y 1200 a.C. ¿Fueron estos acontecimientos causados por el Egipto renacido o son prueba de la conquista israelita dirigida por Josué? Si se descubriera una biblioteca cuneiforme del segundo milenio en Meguido, Hazor u otro sitio clave, la respuesta pudiera estar en camino.

El egiptólogo David Rohl ha propuesto recientemente una hipótesis aún más radical; la hipótesis de Rohl sitúa también la conquista israelita de Canaán al final de la Edad Media del Bronce. Lo que la hace diferente es la reevaluación de la historia interna de Egipto. Rohl aporta pruebas para desechar la

interpretación prevaleciente de los cuatro sincronismos astronómicos principales sobre los cuales se han fijado fechas absolutas para los faraones claves. Como resultado de eso, el Sisac de los capítulos 11 y 14 de 1 Reyes no es Sosén I, sino Ramsés II. Moisés guía a Israel en su salida de Egipto al final del período de los hicsos, y las cartas pertenecientes a la Edad de Amarna describen ese período de agitación política que precedió a la coronación de David como rey.

¿Qué debe creer un estudioso de la Biblia? La mejor respuesta sería la declaración simple y llana de que sabemos muy poco para establecer sincronismos entre las gentes y los hechos de la Biblia y la historia mundial contemporánea en el segundo milenio a. C. Lo mejor que podemos hacer es proponer teorías basadas en “mejores conjeturas”, que tomen en cuenta seriamente el texto bíblico, cotejado con otros documentos antiguos, y con lo que la arqueología extrae del estudio de los restos de la antigüedad.

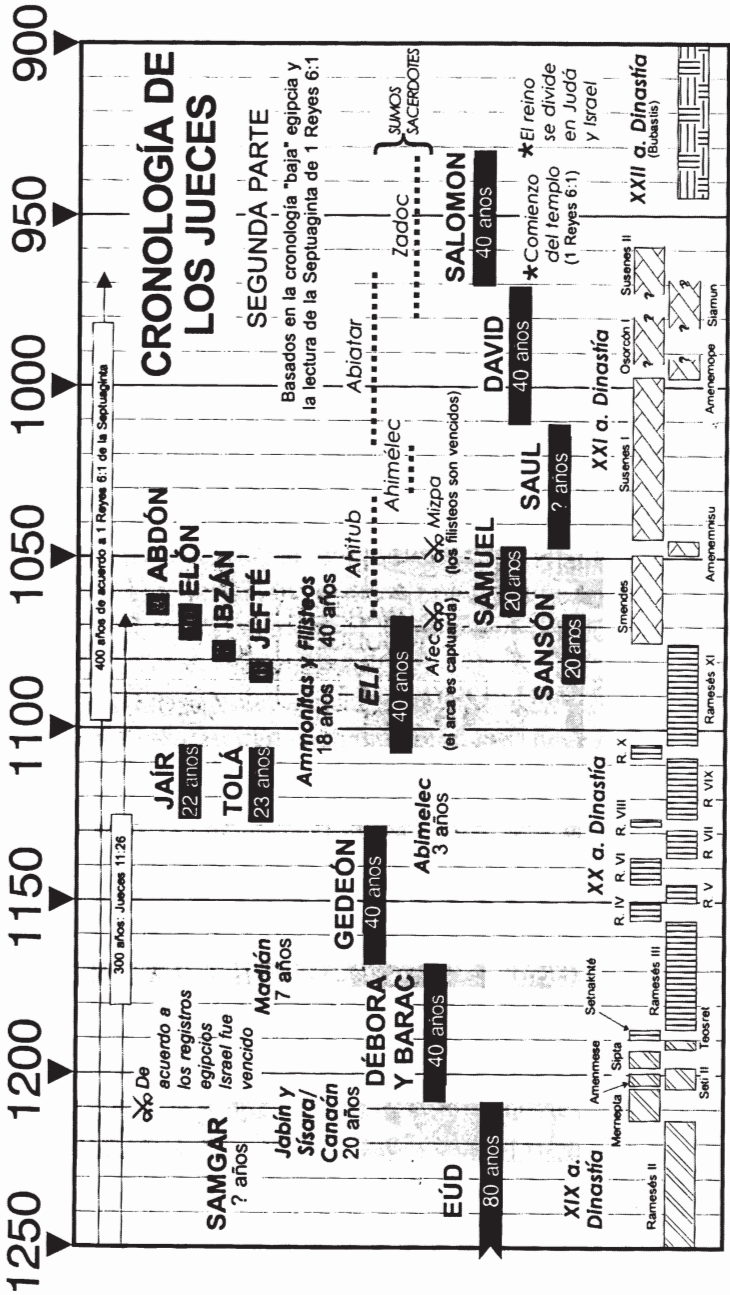
Como cristianos, debemos considerar el éxodo ocurrido en el siglo XIII como muy poco probable; una fecha como esa requeriría que todo el material cronológico del libro de Jueces estuviera superpuesto. Tendríamos que atribuir grandes exageraciones a Jefté y a quien escribió 1 Reyes 6, y las destrucciones más importantes que se narran en el libro de Josué carecerían de pruebas arqueológicas dignas de crédito. Si se asume que Ramsés II sea el faraón opresor, no podría ser él a quien Moisés enfrentó, y su sucesor Merneptah tampoco podría ser el faraón del éxodo. Una estela de Merneptah recoge una campaña militar en la que este soberano egipcio derrotó a Israel *en Canaán*.

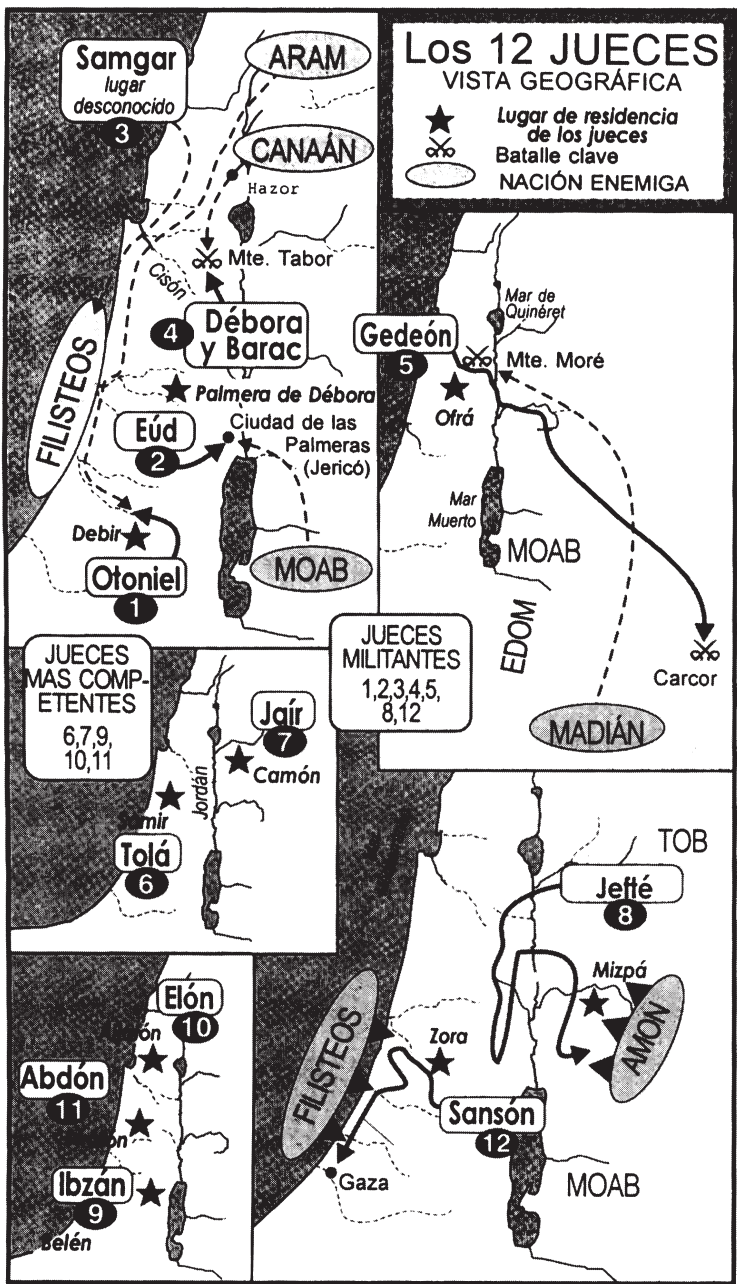
Sin embargo, lo que la Biblia requiere cronológicamente parece ser el éxodo ocurrido en el siglo XV a.C.; llegamos a esta fecha al retroceder desde los sincronismos bien establecidos entre Israel y Asiria en el primer milenio a.C. Edwin R. Thiele tomó los abundantes datos cronológicos que se suministran en la Biblia

acerca de los reyes de Judá e Israel, los cotejó con el calendario asirio, y propuso el año 931 a.C. como la fecha de la muerte de Salomón y el comienzo de la monarquía dividida. De acuerdo con estos cálculos, el templo de Salomón habría sido dedicado en 987 a.C.; si añadimos 480 años a esta fecha, llegamos a 1447 a.C. como la fecha en que Israel salió de Egipto.

De acuerdo con la cronología “media”, lo siguiente podría ser posible: (1) Tutmosis III, un general extraordinario, habría muerto pocos años antes del éxodo. Su gobierno de medio centenar de años es uno de los pocos que son lo suficientemente largos como para comprender el período de 40 años en que Moisés estuvo en exilio en Madián. (2) Hatshepsut, la media hermana y rival de Tutmosis, podría haber estado viva al nacimiento de Moisés, y haber sido lo suficientemente capaz y poderosa para proteger a Moisés hasta su desavenencia con Tutmosis. (3) Amenhotep II, hijo de Tutmosis y sucesor al trono, podría haber perdido a su primogénito y haber visto la salida de los israelitas del país. Los registros egipcios indican que el sucesor de Amenhotep II no fue su primogénito. Después de la primera campaña, los últimos años de este faraón se distinguen por su inactividad.

La mayoría de los egiptólogos modernos favorecen una cronología baja, la cual desplaza las fechas de los faraones una generación más tarde, lo que haría a los vínculos fortuitos que se describen en el párrafo anterior una generación demasiado tarde, si es que nos sujetamos a los 480 años de 1 Reyes 6:1 como una cantidad exacta. Debemos hacer notar aquí que la traducción más antigua de la Biblia, la Septuaginta griega, tiene en 1 Reyes 6:1 la cifra de 440 en vez de 480. Los 440 serían una cantidad más difícil de leer, o menos probable, ya que 480 contiene dos factores que no tienen significado numérico (los 40 de una vida bendecida y el 12, igual al número de jueces y de tribus); mientras que el número 440 contiene sólo uno, es decir, el número 40.





Una fecha del siglo XV, sincronizada con la cronología egipcia baja o media, tendría que enfrentar las objeciones de los arqueólogos sobre un cambio de población hacia las tierras altas, cerca del año 1200 a.C. La respuesta a esta objeción está en el capítulo inicial del libro de Jueces; el pecado de Israel después de la muerte de Josué fue el no completar la conquista. Contrariando las órdenes de Dios, los israelitas decidieron convivir con los cananeos en vez de expulsarlos por completo.

Los cananeos de la Edad Tardía de Bronce imitaban la cultura material egipcia. Aunque los guerreros que seguían a Josué habían nacido en el desierto, es fácil creer que esta primera generación de descendientes de esclavos de los egipcios retornara rápidamente a la cultura material de sus progenitores. Alrededor del año 1200 a.C., el poder egipcio declinaba velozmente, la gente del mar incursionaba en las costas, y la ley y el orden, definidos por Dios a través de Moisés, se habían deteriorado en Israel. Después de la muerte de Gedeón y el desgobierno de su hijo Abimelec, la paz y el reposo abandonaron la tierra hasta el tiempo de David. Este período problemático fue un tiempo excelente para huir a las colinas; allí, en las muchas aldeas pequeñas, el pueblo de Israel no fue capaz de mantener el alto nivel de cultura material que habían tomado prestado de los cananeos, quienes a su vez lo tomaron de los egipcios.

UNA CONQUISTA POR COMPLETAR (JUECES 1:1-36)

El Señor elige a Judá

1 Aconteció después de la muerte de Josué, que los hijos de Israel hicieron esta consulta a Jehová:

—¿Quién de nosotros subirá primero a pelear contra los cananeos?

² Jehová respondió:

—Judá subirá; porque yo he entregado la tierra en sus manos.

Los dos hombres que Dios usó para sacar a Israel de Egipto y llevarlo a la Tierra Prometida murieron; primero Moisés, y después Josué. Este último distribuyó el territorio entre las tribus, después de que Israel había derrotado a 31 reyes cananeos. En una campaña militar que duró aparentemente varios años, Josué había anulado la resistencia organizada de ese pueblo (Josué 11:23); quedaba claro para todos que ahora la tarea de cada tribu debería ser la de erradicar el remanente cananeo que estuviera en la heredad que le había correspondido.

Los cananeos estaban condenados a causa de su religión, que era un intento humano para asegurar la supervivencia en una tierra donde no llovía durante seis meses cada año. Ellos habían observado que la lluvia caía del cielo y mojaba la tierra haciendo que todo creciera. Al comparar la sexualidad humana con lo que sucedía entre la tierra y el cielo, creyeron que la madre tierra y el padre cielo eran dioses que podían ser inducidos a copular en el reino de la naturaleza, si sus adoradores humanos hacían lo mismo. Así que se estimulaban las prácticas sexuales de todo tipo, como una forma de adoración. Un aspecto particularmente atroz de la religión cananea era el sacrificio de los niños nacidos como resultado de la prostitución ritual.

¿Qué tribu iba a dar el ejemplo y a tomar la iniciativa de servir como instrumento del juicio de Dios sobre los cananeos? La elección de Dios fue Judá, que era la mayor de las tribus y también aquella en la que la pureza sexual era especialmente importante. Dios había prometido que el Salvador iba a nacer de una mujer de la tribu de Judá.

Judá guía por medio de la confianza y del trabajo en equipo

³ Judá dijo a su hermano Simeón:

«Sube conmigo al territorio que se me ha adjudicado y peleemos contra el cananeo; y yo también iré contigo al tuyo.»

Y Simeón fue con él.

⁴ Judá subió, y Jehová entregó en sus manos al cananeo y al ferezeo, e hirieron de ellos en Bezec a diez mil hombres.

⁵ Hallaron a Adoni-bezec en Bezec, pelearon contra él y derrotaron al cananeo y al ferezeo. ⁶ Adoni-bezec huyó, pero ellos lo persiguieron, lo prendieron, y le cortaron los pulgares de las manos y de los pies. ⁷ Entonces dijo Adoni-bezec:

«Setenta reyes, con los pulgares de sus manos y de sus pies cortados, recogían las migajas debajo de mi mesa. Como yo hice, así me ha pagado Dios.»

Luego lo llevaron a Jerusalén, donde murió.

⁸ Atacaron los hijos de Judá a Jerusalén y la tomaron, pasaron a sus habitantes a filo de espada y pusieron fuego a la ciudad.

Judá le solicitó a la tribu de Simeón que la acompañara en la batalla, ya que la herencia de esta último estaba dentro de los límites de Judá. Juntas, las dos tribus hermanas avanzaron apoyándose en la promesa que hizo Dios de que la tierra era suya para que la tomaran.

Cuando los nombres cananeo y ferezeo se unen como se hace aquí, forman lo que se conoce técnicamente como “sinécdoque”.

Una “sinécdoque” engloba el significado total de una cosa citando dos partes características; por ejemplo: al decir “pan y mantequilla”, la frase significa el alimento en general. La referencia a lo particular y lo general de un tema es una manera de destacar la importancia de cada detalle. La palabra “cananeo”, en su uso más restringido, se refiere a los habitantes de las ciudades fortificadas; los “ferezeos” eran los que habitaban en campo abierto. Los dos términos juntos significan algo así como “farsantes urbanos y patanes campesinos”; estas palabras juntas se referían a toda la población pagana.

La primera batalla se libró contra un rey llamado Adoni-bezec (señor de Bezec) en un lugar de ubicación desconocida llamado Bezec, palabra hebrea que significa “guijarro”. Si tomamos en cuenta que Adoni-bezec fue encarcelado en Jerusalén después de que la ciudad fue saqueada y quemada por Judá, podemos asumir que el uso de este término tiene como intención empequeñecer a Jerusalén antes de que se convirtiera en la amada capital de Israel. Además, el nombre Adoni-bezec parece imitar los nombres de dos reyes anteriores de Jerusalén: Melquisedec (“Rey de Justicia”) y Adonisedec (“Señor de Justicia”).

La batalla produjo una victoria desproporcionada para Judá, cayeron diez mil enemigos sin que se mencione una sola baja israelita, y el destino de Adoni-bezec se resume en el dicho: “lo que anda, llega”. Este guerrero había mutilado a sus enemigos derrotados, de manera que fueran incapaces de esgrimir una espada o correr rápidamente. Lo que Adoni-bezec había hecho con otros, Judá lo hizo con él, y el rey derrotado murió en Jerusalén mendigando.

Judá asegura su territorio central en las tierras altas

⁹ Después, los hijos de Judá descendieron para pelear contra el cananeo que habitaba en las montañas, en el Neguev y en los llanos. ¹⁰ Judá marchó contra el cananeo que habitaba

en Hebrón, la cual se llamaba antes Quiriat-arba; e hirieron a Sesai, a Ahimán y a Talmái.

¹¹ De allí fue contra los que habitaban en Debir, que antes se llamaba Quiriat-sefer.

El territorio de la tribu de Judá estaba centrado en la cadena montañosa que une a Jerusalén y Hebrón. Al sur de esta última ciudad, la tierra se convierte en una planicie y la lluvia disminuye, de ahí el nombre de Neguev, que significa “seco”. Esta estepa sin árboles se convierte en un desierto estéril en el verano, hasta que las lluvias del invierno hacen surgir una alfombra de yerba y flores silvestres.

Las colinas occidentales se sitúan entre las elevaciones más altas de Judea y de las llanuras que están en la costa del Mediterráneo. Estas colinas están cortadas en cinco lugares por corrientes de agua, y permitían así que el lecho de cada una se convirtiera en un paso potencial para que los ejércitos opuestos pudieran subir y bajar a la batalla. Por su importancia estratégica, las colinas occidentales siempre estuvieron bien fortificadas.

El hecho de que Judá tuviera que luchar en las tres áreas antes citadas indica una de dos cosas: o bien esta tribu retomó ciudades que habían sido conquistadas por Josué y habían pasado nuevamente a manos cananeas, o estaba extendiendo su control, usando las conquistas de Josué.

La ciudad principal del país montañoso era Hebrón, que le sirvió de capital a Judá. Allí estaban sepultados los patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob, junto a las esposas de ellos. Mientras Israel estaba en Egipto, Hebrón fue fortificada, probablemente por los mismos guerreros asiáticos que durante el período de los hicsos fundaron la ciudad egipcia de Zoán (Números 13:22).

El asalto de Judá a Hebrón fue liderado por Caleb (Jueces 1:20), quien era el espía que se había unido a Josué en su valiente oposición a los reportes pesimistas de sus diez temerosos colegas. Estos hombres habían visto a los hijos de Anac, “los de los cuellos largos”, en Hebrón y los compararon con los terribles nefilim que

aterrorizaron la tierra antes del diluvio (Números 13:33). Es posible que los tres hijos de Anac que se mencionan aquí fueran los últimos remanentes del poder de los hicsos que una vez gobernaron Egipto desde Canaán. Tanto Hebrón como Debir perdieron sus nombres antiguos cuando fueron capturadas por Judá; Quiryat-arba significa “ciudad de cuatro” y Quiryat-sefer significa “ciudad del libro”.

Un puente del pasado al futuro

¹² Entonces dijo Caleb:

«Al que ataque a Quiryat-sefer y la tome, yo le daré a Acsa, mi hija, por mujer.»

¹³ La tomó Otoniel hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb, y éste le entregó a su hija Acsa por mujer. ¹⁴ Cuando ella se iba con él, Otoniel la persuadió para que pidiera a su padre un campo. Acsa se bajó del asno, y Caleb le preguntó:

—¿Qué tienes?

¹⁵ Ella le respondió:

—Concédeme un don; puesto que me has dado tierra del Neguev, dame también fuentes de aguas.

Entonces Caleb le dio las fuentes de arriba y las fuentes de abajo.

¹⁶ Y los hijos del ceneo, suegro de Moisés, subieron de la ciudad de las palmeras con los hijos de Judá al desierto de Judá, que está en el Neguev, cerca de Arad, y habitaron con el pueblo.

Cuando Caleb tenía ochenta años de edad, Israel entró en Canaán y todavía peleaba después de la muerte de Josué. Otoniel era: su pariente, su sobrino o hermano mucho menor, el texto hebreo no es claro al respecto. Cualquiera que fuese el parentesco, estos dos hombres representan generaciones distintas, pero aquí están unidos por un relato corto tomado de Josué 15:15-19. La narración trata sobre un reto heroico: Caleb prometió casar la hija

que tuvo en su vejez con el mejor joven de Judá. Para probarse a sí mismo, el hombre tenía que capturar Quiryat-sefer, y Otoniel lo hizo. Acsa, la hija de Caleb, se cayó de su burro en la vehemente búsqueda de una dote digna de tal hombre. Caleb la complació, añadiendo derechos sobre el agua del territorio de Debir (Quiryat-sefer).

Otro vínculo con el pasado eran los nómadas ceneos, algunos de ellos emigraron con Moisés y los israelitas. Se nos informa aquí que estos aliados de Israel se separaron de Josué algún tiempo después de la batalla de Jericó para irse al sur por el desierto de Judá hacia el área menos seca, pero desprovista de árboles del Neguev. Arad es la principal ciudad del Neguev oriental y más tarde se convirtió en un importante puesto militar en el flanco sudeste de Judá.

La ciudad de las palmeras, de la cual salieron los ceneos, tenía que estar en algún lugar al noroeste del mar Muerto; el mismo término se usa en conexión con la narración del asesinato del rey Eglón de Moab por Eúd (Jueces 3:13). Allí se usa junto con el nombre Gilgal, que era un campamento israelita cerca de Jericó. Una nota al pie de la Biblia (Reina-Valera 1995, Edición de Estudio) identifica a Jericó con la ciudad de las palmeras; las palmeras crecen en un gran número de oasis, alimentados por manantiales que adornan las laderas al noroeste del mar Muerto. Después que la ciudad amurallada de Jericó fue destruida por los israelitas, Josué pronunció una maldición contra el hombre que se atreviera a reconstruirla (Josué 6:26). La Biblia nos informa que esa maldición profética se cumplió unos quinientos años después, en los tiempos del rey Acab (1 Reyes 16:34); parecería, entonces, que no existiría una ciudad amurallada en Jericó de la cual pudieran emigrar los ceneos. El escritor puede haber elegido deliberadamente la expresión “ciudad de las palmeras” para referirse a un campamento sin murallas dentro del oasis de 100 km², del cual Jericó era entonces una pequeña ruina de sólo unos 7.6 kilómetros cuadrados.

Los ceneos estaban relacionados con el suegro de Moisés, un sacerdote madianita llamado Jetro (o Ragüel); Hobab, hijo de Jetro, unió su suerte con Israel cuando Moisés lo invitó a servirle como explorador en el desierto (Números 10:29-32). Jael, la mujer de un ceneo, figurará de manera prominente en el relato del gobierno de Débora y Barac. Algunos creen que los ceneos eran herreros ambulantes, ya que su nombre significa “trabajadores del metal”.

Los esfuerzos de Judá y de Simeón son insuficientes

¹⁷ Salió, pues, Judá con su hermano Simeón, y derrotaron al cananeo que habitaba en Sefat, la asolaron y le pusieron por nombre Horma. ¹⁸ Tomó también Judá a Gaza con su territorio, a Ascalón con su territorio y a Ecrón con su territorio. ¹⁹ Y Jehová estaba con Judá, quien expulsó a los de las montañas, pero no pudo expulsar a los que habitaban en los llanos, los cuales tenían carros de hierro. ²⁰ Como Moisés había dicho, dieron Hebrón a Caleb. Éste expulsó de allí a los tres hijos de Anac,

Judá le ayudó a Simeón en la conquista de Sefat, ciudad que después de ser destruida fue rebautizada como Horma. *Horma* es más un epitafio que un nombre, ya que significa “ciudad condenada”, una expresión que se pudo haber aplicado a cualquiera de las muchas ciudades que Israel había desolado en cumplimiento del mandato que había dado el Señor de que las poblaciones paganas canneas debían ser demolidas hasta sus cimientos. Sin embargo, si esta Horma es la misma que se menciona en Josué 19:4, entonces era parte del patrimonio de Simeón. De ser así, Judá estaba cumpliendo su deber de hermano al ayudar a una tribu que había disminuido mucho en tamaño e importancia, quizás como resultado de su desastrosa idolatría en Baal-peor (Números 25). Allí, el príncipe de la tribu de Simeón había tomado la iniciativa y había muerto por su pecado junto con

otros 24,000 israelitas. La tribu de Simeón salió del monte Sinaí con 59,300 soldados (Números 2:13) y entró a Canaán con sólo 22,000 (Números 26:14).

Las siguientes batallas de Judá tuvieron lugar más allá de Sefat (Horma) en la planicie filisteá; las tres ciudades que se mencionan aquí, junto con Ecrón y Gad, formaban la pentápolis filisteá. El fracaso de Judá, al no poder tomar ninguna de dichas poblaciones y su subsecuente retirada de la planicie costera, se le atribuyó a la presencia de carros de hierro. Esos artefactos bélicos eran los “tanques de guerra” de la antigüedad y podían maniobrar con rapidez contra los soldados de la infantería enemiga, haciéndolos trizas.

Los carros no habrían detenido a Judá si esta tribu hubiera tenido presente la promesa que hizo Dios de que la tierra era suya para que la conquistaran, pero se olvidaron de ella. Aunque Judá estuvo a punto de la victoria total, sus hombres no la alcanzaron; esta falla es un tema trágico que recurre a través del libro de Jueces.

Y por último, como que casi se le olvidaba, el escritor nos recuerda que Caleb fue el que capturó Hebrón para Judá.

Benjamín deja vivir a los jebuseos

²¹ pero al jebuseo, que habitaba en Jerusalén, no lo expulsaron los hijos de Benjamín, y el jebuseo ha habitado con los hijos de Benjamín en Jerusalén hasta hoy.

Judá había saqueado y quemado a Jerusalén, aunque la ciudad está precisamente al norte de su territorio y dentro de los límites del patrimonio tribal de Benjamín. Esta última tribu no supo aprovechar la debilitada posición de los jebuseos, y como resultado, estos cananeos paganos regresaron para reedificar su ciudad.

Como líder, la tribu de Judá también intentó capturarla pero tampoco pudo hacerlo; la de Benjamín ni siquiera trató, más bien

adoptó la política de “vivir y dejar vivir”, que fue seguida por la mayoría de las otras tribus.

Las palabras “hasta hoy” que aparecen en el versículo 21 indican que esta parte del libro de Jueces debe haber sido escrita antes de la captura de Jerusalén por David.

La casa de José hace un trato

22 También la casa de José subió contra Bet-el; y Jehová estaba con ellos. 23 Puso la casa de José espías en esa ciudad, que antes se llamaba Luz. 24 Los que espían vieron a un hombre que salía de allí y le dijeron:

«Muéstranos ahora la entrada de la ciudad y tendremos de ti misericordia.»

25 Así lo hizo, y ellos hirieron la ciudad a filo de espada, pero dejaron ir a aquel hombre con toda su familia. 26 Él se fue a la tierra de los heteos y edificó una ciudad a la cual llamó Luz. Y éste es su nombre hasta hoy.

27 Tampoco Manasés expulsó a los de Bet-seán ni a los de sus aldeas, ni a los de Taanac y sus aldeas, ni a los de Dor y sus aldeas, ni a los habitantes de Ibleam y sus aldeas, ni a los que vivían en Meguido y en sus aldeas; y el cananeo persistía en habitar en aquella tierra. 28 Cuando Israel se sintió fuerte, hizo tributario al cananeo, pero no lo expulsó.

29 Tampoco Efraín expulsó al cananeo que habitaba en Gezer, sino dejó que el cananeo habitara en medio de ellos.

José, hijo de Jacob con Raquel su esposa favorita, recibió los derechos de primogenitura de su padre y con ellos un patrimonio doble entre las demás tribus. Jacob adoptó a los hijos de José, Manasés y Efraín, como si fueran suyos, y en consecuencia las tribus que provenían de los hijos de José heredaron la parte central del territorio, desde Betel al sur hasta la planicie de Jizreel en el norte.

Betel, que significa “casa de Dios”, fue el nombre que le dio Jacob al lugar donde vio una escalera que ascendía al cielo; los

cananeos llamaban a esta ciudad Luz. La captura de Betel por las tribus de José se parece a la de Jericó; en las dos ocasiones se enviaron espías para el reconocimiento y en ambas hubo un colaborador en la ciudad atacada. Israel perdonó a Rahab la prostituta y mesonera de Jericó por causa de su fe; el hombre no identificado de Betel también fue perdonado, pero aquí terminan las similitudes. Éste no era un hombre creyente, sino que simplemente negoció para preservar su vida, por lo que la casa de José hizo un trato sin garantías. Años después, el rey Jeroboam de Israel selló otro trato impío en Betel, pues erigió allí y en Dan becerros de oro para impedir que sus diez tribus adoraran en el templo de Jerusalén.

El trato que se cerró en Betel fue seguido por otros convenios. Las tierras de Manasés rodeaban el fértil valle de Jizreel, que tenía una cadena de ciudades fortificadas cananeas en su lado sur, y que se extendían de noroeste a sudeste. Los cananeos de esas ciudades eran gente decidida, como lo eran también los habitantes de Gezer, una ciudad fortaleza, situada en la esquina sudoeste del territorio de Efraín; ninguna de esas ciudades fue tomada, ni siquiera atacada.

Las otras tribus también fallan

³⁰ Tampoco Zabulón expulsó a los que habitaban en Quitrón, ni a los que habitaban en Naalal, sino que el cananeo habitó en medio de él y le fue tributario.

³¹ Tampoco Aser expulsó a los que habitaban en Aco, ni a los que vivían en Sidón, en Ahlab, en Aczib, en Helba, en Afec y en Rehob. ³² Y vivió Aser entre los cananeos que habitaban en la tierra, pues no los expulsó.

³³ Tampoco Neftalí expulsó a los que vivían en Bet-semes ni a los de Bet-anat, sino que vivió entre los cananeos que habitaban en la tierra; pero le fueron tributarios los habitantes de Bet-semes y los de Bet-anat.

³⁴ Los amorreos empujaron a los hijos de Dan hasta la montaña, y no los dejaron descender a los llanos. ³⁵ El amorreo persistió en habitar en el monte de Heres, en Ajalón y en Saalbim, pero cuando la casa de José cobró fuerzas, lo hizo tributario.

³⁶ El límite del amorreo fue desde la subida de Acrabim, desde Sela hacia arriba.

Cuatro tribus poseían heredades al norte del territorio de José, de ellas se mencionan tres, ninguna de las cuales tuvo una actuación mejor que las de Efraín o Manasés. Las tribus de: Zabulón, Aser y Neftalí permitieron que permanecieran dentro de ellas plazas fuertes cananeas, como una fuente de trabajo por medio del uso de esclavos. Como pronto iba a descubrir Israel, los esclavos eran capaces de invertir los papeles. A una cuarta tribu del norte, Isacar, no se le menciona en absoluto, por lo que podemos suponer que esos israelitas ya eran siervos de los cananeos.

La última que se menciona es la tribu de Dan, que figura de manera prominente, aunque nada elogiable, en dos cortos relatos que cierran el libro de Jueces. Dan y Benjamín ocupaban el espacio que había entre Efraín y Judá; los amorreos de esa área eran decididos y fuertes, de aquí que Dan no resultaba ser un contrincante para ellos.

El último versículo del capítulo 1 parece ser un fragmento de la descripción de límites que se registran en Números 34 y Josué 15. Quizás el escritor quiso darnos a conocer que los amorreos estaban por todas partes hasta la frontera misma.

LAS CONSECUENCIAS (JUECES 2:1-23)

Una secuela triste del fracaso tribal

2 El ángel de Jehová subió de Gilgal a Boquim, y dijo:

«Yo os saqué de Egipto y os he traído a la tierra que prometí a vuestros padres, cuando les dije: “No invalidaré jamás mi pacto con vosotros, ² con tal que no hagáis pacto con los habitantes de esta tierra, cuyos altares debéis derribar; pero vosotros no atendisteis a mi voz. ¿Por qué habéis hecho esto? ³ Por tanto, yo también digo: ‘No los echaré de delante de vosotros, sino que serán azotes para vuestros costados, y sus dioses os serán tropezadero.’”»

⁴ Cuando el ángel de Jehová terminó de hablar, todos los hijos de Israel alzaron la voz y lloraron. ⁵ Por eso llamaron a aquel lugar Boquim, y allí ofrecieron sacrificios a Jehová.

¿Notó el Señor la manera en que su pueblo no había cumplido con las obligaciones de su pacto, de posesionarse de la tierra completamente y expulsar a los cananeos? Claro que sí, y por ello envió un mensajero para amonestar a Israel.

El mensajero era “el ángel de Jehová”. Este enviado del cielo aparece en tiempos de crisis a través de todo el Antiguo Testamento. Se le presentó al patriarca Abraham en el monte de Moria, en el momento en que iba a sacrificar a Isaac; e hizo otro tanto con el fugitivo Jacob en Betel, y en su situación de exiliado cuando contendía con Labán. Este “ángel” guió a Israel por el desierto como una nube, en forma de pilar durante el día y una llama por la noche; fue también quien le habló a Balaam el hechicero, cuando éste iba en camino para maldecir a Israel. En el libro de Jueces, el mismo ángel les habló a Gedeón y a los padres de Sansón. Este mismo mensajero estuvo delante de

Josué con la espada desenvainada en vísperas de la batalla de Jericó, y delante de David cuando una plaga asoló su reino. Fue el que habló con Elías, cuando el profeta huía para salvar su vida; y fue el que manifestó su asombroso poder sobre los asirios en respuesta a la oración del rey Ezequías. Aunque no se le cita específicamente como “el ángel de Jehová”, este mismo Enviado predijo el inminente nacimiento de Isaac, y fue Aquél que luchó durante toda la noche con Jacob. En estas dos últimas instancias se trata claramente del Señor mismo. En otras ocasiones, manifiesta muchos de los atributos de Dios. Aunque nuestra versión Reina Valera 1995 no escribe “ángel” con mayúscula, en todas esas ocasiones podemos hacerlo con toda propiedad porque reconocemos que este Ángel enviado por Dios no es un ángel creado. Él es la segunda persona de la Trinidad preencarnada y Aquél a quien el Padre iba a enviar para resolver finalmente la crisis más grande de la humanidad.

El Ángel de Jehová hizo un viaje de Gilgal a Boquim. Gilgal era un lugar significativo porque fue el primer campamento de Israel al entrar en la Tierra Prometida. Josué y el pueblo habían marcado inmediatamente el sitio con un monumento hecho de doce piedras, sin tallar, que el pueblo había tomado del lecho del Jordán. Allí los padres debían instruir a sus hijos acerca de la obra salvadora del Dios benigno y poderoso. Al llegar a Gilgal, los ejércitos de Israel no habían sido todavía probados en batalla en Canaán y no habían gustado ni la victoria ni la derrota. La tierra estaba ante ellos; en Gilgal tenían toda la esperanza de poseer completamente la tierra; después de todo, el Ángel del Señor los había guiado y alimentado por 40 años. Siendo este el sitio en que se había renovado el pacto de la circuncisión y se había celebrado la fiesta de la Pascua, Gilgal representaba en todos los aspectos la gracia del pacto de Dios y su deseo de que su pueblo escogido fuera un pueblo santo y obediente.

El viaje del Ángel de Jehová desde Gilgal hasta Boquim, fue literalmente y de manera muy significativa un viaje que fue desde

grandes expectativas hasta la triste desilusión. Boquim significa “plañideros” y no se conoce como nombre propio de ninguna ciudad o aldea. Indudablemente, el autor del libro de Jueces tenía en mente uno de los muchos lugares de la Tierra Prometida que, aún después de la muerte de Josué, conservaban un altar pagano. La existencia de ese altar era razón suficiente para llorar. Las tribus habían entrado a sus heredades, pero no habían llevado a cabo la voluntad de Dios de eliminar a los paganos y sus altares de la faz de la tierra.

Para que nadie se llamara a engaño acerca del propósito de su viaje de Gilgal a Boquim, el Ángel de Jehová habló acerca de la incommovible fidelidad del Señor, que no había roto el pacto. Así mismo habló de la infidelidad de Israel, que había desobedecido su palabra y cuyos pecados no iban a quedar sin consecuencias. Israel había adoptado con respecto a los paganos la política de “vivir y dejar vivir”. Los impíos iban a permanecer como yerbas dentro del trigo. El Señor retiró el ofrecimiento que había hecho de erradicarlos de entre ellos, porque Israel no había confiado por completo en él.

Para crédito de Israel, el pueblo ofreció sacrificios; estamos seguros que Dios perdonó a cada pecador penitente. Sin embargo, la nación tendría aún que enfrentar las consecuencias amargas de su pecado. El enemigo nunca sería expulsado por completo de la tierra.

Una mirada hacia lo ocurrido

⁶ Cuando Josué se despidió del pueblo, los hijos de Israel se fueron a tomar posesión cada uno de su heredad. ⁷ El pueblo había servido a Jehová todo el tiempo que vivió Josué, y también mientras vivieron los ancianos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían sido testigos de todas las grandes obras que Jehová había hecho en favor de Israel.

⁸ Pero murió Josué hijo de Nun, siervo de Jehová, a la edad de ciento diez años. ⁹ Lo sepultaron en su heredad en Timnat-sera, en los montes de Efraín, al norte del monte Gaas.

Los hebreos contaban con frecuencia sus relatos de la manera que hoy lo hacen los periódicos; es decir, relataban una historia y después la repetían enfocada desde un ángulo diferente. En el versículo 6, volvemos atrás a la muerte de Josué, tema con el que había comenzado el capítulo 1, y se nos recuerda el magnífico comienzo que habían tenido Josué y su generación. Con la fe que les fue dada por el Señor, ellos habían hecho con alegría la voluntad de Dios. Como Moisés, Josué murió con honor. Los dos eran pecadores, pero por gracia divina los dos habían merecido el título de “siervos del Señor”.

Dios selló la vida de Josué a la honorable edad de 110 años, que en la cultura egipcia era la edad proverbial de un hombre bendecido por el cielo.

La heredad de Josué y el sitio de su sepultura se identifica a veces como Timnat-heres, pero como Timnat-sera aquí y en Josué 19:50, con lo que se produce un juego de palabras. Si recordamos que el hebreo se escribe sin vocales, *Sera(h)* (en la versión española) es *Hares* deletreado al revés. Heres es “el sol”, Serah es “algo que sobra”, de modo que el sitio era un “lugar soleado” y también el último retazo de la Tierra Prometida que quedaba por asignar, es decir, un “sobrante” reservado para el fiel Josué (compare con Josué 19:49,50).

Una vista previa de lo que iba a venir

¹⁰ Y murió también toda aquella generación, por lo que la generación que se levantó después no conocía a Jehová ni la obra que él había hecho por Israel.

¹¹ Después, los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová y sirvieron a los baales. ¹² Dejaron a Jehová, el Dios

de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y se fueron tras otros dioses, los dioses de los pueblos que estaban en sus alrededores, y los adoraron, provocando la ira de Jehová. ¹³ Dejaron a Jehová, y adoraron a Baal y a Astarot. ¹⁴ Se encendió entonces contra Israel el furor de Jehová, quien los entregó en manos de salteadores que los despojaron, y los vendió en manos de sus enemigos de alrededor, a los cuales no pudieron ya hacerles frente. ¹⁵ Por dondequiera que salían, la mano de Jehová estaba contra ellos para mal, como Jehová había dicho y se lo había jurado. Y se vieron en una gran aflicción.

“Ser reunido con sus padres” es una frase importante. Con esas palabras los antiguos israelitas confesaban su fe en la reunión de creyentes después de la muerte. La fe en el pacto persistió, mientras Josué y los ancianos que pelearon a su lado estuvieron vivos para dar testimonio de los grandiosos y salvadores actos de Dios. Sin embargo, la nueva generación no quiso oír los relatos de cosas que ellos no habían experimentado personalmente.

Entre los hebreos, el conocimiento era determinado por la experiencia. Los israelitas que nacieron en la Tierra Prometida experimentaban las mismas fuerzas de la naturaleza que por largo tiempo habían engañado a los cananeos, que por su parte estaban ansiosos de compartir su fe en un Baal, dador de la lluvia. Los israelitas ya no eran nómadas dependientes de Dios para su maná, sino que su nuevo modo de vida y subsistencia en Canaán dependían del preciado líquido.

Los jóvenes de Israel tenían una opción. Podían permanecer fieles a la palabra de Dios que le fue revelada a sus padres en el Monte Sinaí, al otro lado del Jordán, donde Dios había dicho: “Si obedecéis cuidadosamente a los mandamientos que yo os prescribo hoy...yo daré (*dice Dios*) la lluvia a vuestra tierra a su tiempo, la temprana y la tardía, y tú recogerás tu grano, tu vino y tu aceite. Daré también hierba en tu campo para tus ganados; y comerás

hasta saciarte” (Deuteronomio 11:13-15). O las generaciones más jóvenes podían dar lugar en sus corazones a un comportamiento al estilo de los cananeos. El Señor había previsto lo que pasaría al haber cananeos alrededor para desviar a su pueblo. Él advirtió: “Guardaos, pues, que vuestro corazón no se deje engañar y os apartéis para servir a dioses ajenos e inclinaros delante de ellos; no sea que se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, cierre los cielos y no haya lluvia, ni la tierra dé su fruto, y perezcáis bien pronto en esa buena tierra que os da Jehová” (Deuteronomio 11:16,17).

La joven generación optó por los baales y por Astarot. Fijémonos en el uso que se hace del plural para referirse a los falsos dioses, de los cuales cada ciudad cananea tenía su propia manifestación local, y cada hogar su figurita de barro o ídolo de metal fundido. Lo que era cierto de Baal también lo era de Astarot, la diosa de la tierra, que figuraba como su consorte.

Cuando Israel se apartó de Jehová, el pueblo también dejó atrás la gracia divina. Aquí el Antiguo Testamento usa dos símiles impresionantes: una es la mano salvadora de Dios y la otra es él mismo, vendiéndoles en el mercado, pagando el precio del pecado. Cada vez que Israel le abandonó por otros dioses, Dios los vendió, retirando su mano que les servía de arma y escudo, y en realidad levantándola contra ellos en la batalla.

Una vista previa de la continua gracia de Dios

¹⁶ Jehová levantó jueces que los librarán de manos de quienes los despojaban; ¹⁷ pero tampoco oyeron a sus jueces, sino que fueron tras dioses ajenos, a los cuales adoraron. Se apartaron pronto del camino en que anduvieron sus padres, que obedecían a los mandamientos de Jehová; ellos no hicieron así. ¹⁸ Cuando Jehová les levantaba jueces, Jehová estaba con el juez, y los libraba de manos de los enemigos mientras vivía aquel juez; porque Jehová era movido a misericordia al oírlos

gemir por causa de quienes los oprimían y afligían.¹⁹ Pero acontecía que, al morir el juez, ellos volvían a corromperse, más aún que sus padres, siguiendo a dioses ajenos para servirlos e inclinándose delante de ellos. No se apartaban de sus obras ni de su obstinado camino.

“No quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva” (Ezequiel 33:11). El Dios fiel no se niega a él mismo. Tan pronto como la apostasía llevó a Israel a una posición desesperada, la compasión de su Señor se hizo presente, actuando a través de agentes humanos. Debemos tener gran cuidado en hacer notar que la fuerza activa tras estos rescates era la de Dios solamente. Él vio la necesidad y les levantó un juez; suyo fue el brazo que trajo la victoria y fue él quien pagó el precio de la salvación.

Esta sección del libro de Jueces nos brinda un patrón de lo que vamos a encontrar desde el capítulo 3 hasta el 16. Siete veces se repetirá el mismo ciclo, los actores y la escena cambiarán, pero la trama será la misma.

APOSTASÍA

Israel abandona al Señor por otros dioses.

OPRESIÓN

El Señor los vende a manos del enemigo.

LIBERACIÓN

El Señor alza un salvador/juez.

REPOSO

Israel retorna al Señor por un tiempo.

Los ciclos nunca hacían que Israel volviera al mismo lugar espiritual, sino que la combinación de éstos parece una espiral descendente. Con cada una de sus vueltas, la apostasía cada vez se vuelve más pronunciada y la paciencia del Señor es empujada un poco más. Con cada espiral, el carácter del juez es menos imponente y la tierra tiene menos reposo. Después del cuarto ciclo, las cosas se deterioran hasta al punto de que ya no oímos más de

descanso. Los tres últimos ciclos describen tiempos caóticos, y los relatos cortos al final del libro dan la evidencia de una profunda confusión moral y espiritual. En dos ocasiones se nos dice: “En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía” (17:6; 21:25). Finalmente, todo el sistema se derrumbó. El colapso que terminó el período de los jueces está registrado en los capítulos iniciales de 1 Samuel; allí leemos de la corrupción del sacerdocio y de cómo el Arca de la alianza, el símbolo de la presencia perdurable de Dios, cayó en manos paganas.

El escritor del libro de Jueces no ve más allá del tiempo de Elí y Samuel, pero nosotros sí. Israel recibió una segunda oportunidad, Dios renovó su pacto con David y los reyes sucesores; pero tristemente, el curso de los acontecimientos siguió un patrón parecido al que se encuentra en Jueces. Otra vez hubo apostasía y renovación con derrotas humillantes y victorias dadas por Dios. Sin embargo, al final, el reino estaba espiritualmente más en bancarrota de lo que lo había estado en el período de los jueces. Como era de predecir, Dios retiró su amorosa presencia durante los 70 años del cautiverio de Judá.

La historia no termina con el último rey de Judá o con la destrucción de Jerusalén y del templo. Los años de silencio entre el Antiguo y el Nuevo Testamento tienen también sus ciclos de: apostasía, opresión, liberación y reposo, que terminaron con la destrucción definitiva del templo y la dispersión de los judíos por todo el mundo. Incluso la historia de la iglesia tiene sus ciclos. Si nos detenemos y miramos hacia atrás para ver cómo se ha desarrollado la historia de la salvación desde la creación, podemos darnos cuenta de que el libro de Jueces es una réplica a pequeña escala de todo lo ocurrido. El pueblo abandona a Dios y él permite que sufran; pero envía a su Hijo para salvarlo, de modo que el reposo eterno pueda fluir como un bendito resultado de la fe arrepenida.

El propósito de Dios es la salvación

²⁰ Se encendió, pues, la ira de Jehová contra Israel, y dijo: «Por cuanto este pueblo traspasa mi pacto que ordené a sus padres, y no obedece a mi voz, ²¹ tampoco yo volveré más a expulsar de delante de ellos a ninguna de las naciones que dejó Josué cuando murió.» ²² Así quería probar a Israel, si procurarían o no seguir el camino de Jehová, andando en él, como lo siguieron sus padres. ²³ Por esto dejó Jehová a aquellas naciones, sin expulsarlas de una vez, y no las entregó en manos de Josué.

Las palabras del Ángel del Señor en Boquim se repiten, pero esta vez simplemente se le atribuyen a Dios. Las tribus comenzaron la espiral descendente que se describe en el libro de Jueces porque se negaron a llevar a cabo las órdenes que Dios les dio con respecto a los cananeos. Este fracaso iba a conformar el período de los jueces y reflejaría toda la triste historia de la humanidad en sus tratos con Dios.

¿Qué propósito tiene la historia, cualquiera que la sea? Aquí se nos da una respuesta: todos los problemas que registra la historia son causados por el pecado; a su vez, Dios usa las consecuencias del pecado como un telón de fondo oscuro contra el cual se destaca el evangelio en todo su esplendor. En los días de los jueces, el Señor guió la historia con la expectativa de que las tribus desviadas retornaran a la fe de sus padres. El apóstol Pedro nos repite esta verdad: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

OTONIEL, EÚD Y SAMGAR (JUECES 3:1-31)

Un catálogo de espinas y trampas

3 Éstos son los pueblos que dejó Jehová para probar con ellos a todos los que en Israel no habían conocido todas la guerras de Canaán; ² solamente para que el linaje de los hijos de Israel aprendiera cómo hacer la guerra, y lo enseñara a quienes antes no la habían conocido: ³ los cinco príncipes de los filisteos, todos los cananeos, los sidonios y los heveos que habitaban en el monte Líbano, desde el monte Baal-hermón hasta llegar a Hamat. ⁴ Con ellos quiso probar a Israel, para saber si obedecería los mandamientos que él había dado a sus padres por mano de Moisés. ⁵ Así, los hijos de Israel comenzaron a habitar entre los cananeos, heteos, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos. ⁶ Y tomaron a sus hijas por mujeres, y dieron sus hijas a los hijos de ellos, y sirvieron a sus dioses.

Los límites de la Tierra Prometida se encuentran en: Números 34, Josué 19 y Ezequiel 47–48. Estos límites no incluyen la región de Galaad, al otro lado del Jordán, aun cuando dos tribus y media se asentaron allí. Al mismo tiempo los límites bíblicos incluyen el extremo sur de la moderna Siria y todo el Líbano actual. En realidad, ninguna de esas dos áreas fue jamás colonizada por los hebreos y solamente cayeron bajo su control en dos ocasiones: una vez bajo David y Salomón, y otra bajo Jeroboam II, soberano del Reino del Norte, o sea Israel. Por lo tanto es correcto afirmar que el pueblo de Dios en realidad nunca cumplió su misión de adueñarse de todo Canaán. Durante el desarrollo de su historia, Israel le añadió y le quitó a la Tierra Prometida.

El versículo 3 describe las áreas que nunca fueron incorporadas al territorio nacional de Israel. El escritor comienza

por el sudoeste, donde ve la tierra a lo largo de la costa del Mediterráneo, conquistada y retenida por los filisteos. Al contemplar las regiones que domina Israel, observa aquí y allá la presencia de asentamientos cananeos. Después fija su mirada en el norte, donde los sidonios controlaron permanentemente la costa fenicia y donde los heveos u otros siempre dominaron el interior. El área norteña tiene dos cadenas montañosas paralelas que corren de suroeste a noreste. La cordillera del Líbano corre paralela a la costa. La del anti-Líbano, dominada por el monte Hermón, está más hacia el interior; y entre estas dos, yace el norte del valle del Rift. Si se viaja por ese mismo valle rumbo al norte, se llega a un terreno elevado en Lebo-hamat, que constituye la frontera de Canaán. Desde allí el río Orontes corre hacia el norte, penetrando el territorio de los heteos (hititas), mientras que el río Litani corre hacia el sur y el oeste.

El escritor nos informa que: los filisteos, los cananeos, los sidonios y los heveos nunca fueron desposeídos; además, nos dice que esas naciones le enseñaron a Israel por medio de amargas experiencias el arte de la guerra que vino a probar el temple de los israelitas. ¿Se volverían hacia el Señor cuando estuvieran oprimidos y bajo el yugo de amos extranjeros?

Y, por si acaso, el autor del libro da una segunda lista de posibles opresores. Aquí el enfoque cambia de las tierras que estuvieron constantemente fuera del control del estado hebreo, hacia los pueblos que vivían dentro de zonas habitadas principalmente por los israelitas. Estos no hebreos permanecían allí como resultado directo de la política de “vivir y dejar vivir” que siguió la mayoría de las tribus judías después de la muerte de Josué. Como consecuencia, los jebuseos retenían a Jerusalén mientras que los cananeos retenían otras ciudades amuralladas importantes, muchas de las cuales se mencionan en el capítulo 1. Los ferezeos vivían en aldeas o a campo abierto, en tanto que los puestos avanzados amorreos estaban constituidos probablemente por las personas restantes del imperio del mismo nombre, que en un tiempo controló a Canaán desde Babilonia. Los asentamientos

heteos representaban el interés comercial de un imperio ya existente y que pronto le iba a disputar a Egipto la supremacía en el Mediterráneo oriental. Dentro de Israel, los heveos eran también los leñadores y aguadores con los que Josué había hecho un trato imprudente (Josué 9:3-27).

¿Cómo podrían estos “socios” tentar a Israel? Ellos seducirían al pueblo de Dios para que hiciera tres cosas contra las que Moisés y Josué ya les habían advertido: tratos de “vivir y dejar vivir”, matrimonios mixtos, y la adoración conjunta de otros dioses.

La primera apostasía y la opresión aramea

⁷ Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo ante los ojos de Jehová, su Dios, se olvidaron de él y sirvieron a los baales y a las imágenes de Asera. ⁸ Por eso la ira de Jehová se encendió contra ellos y los entregó en manos de Cusan-risataim, rey de Mesopotamia, al cual sirvieron durante ocho años.

La expresión “Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo ante los ojos de Jehová”, que se repetirá con frecuencia, describe gráficamente la enormidad del pecado de Israel. Dios estaba atento con la esperanza y a la expectativa de que el pueblo de su pacto se comportara mejor. Pero no fue así, pecaron abierta y vergonzosamente en su presencia, y a plena luz del día se postraron ante Baal y su equivalente femenino, como si nada les importara.

La primera apostasía, que se mencionó en el capítulo 2, se repite aquí para completar el relato que se hace en los versículos 7 al 11. La primera caída ocurrió después de la muerte de Josué y sus contemporáneos. A medida que progreseemos a través de la historia de los jueces, observaremos cómo se intensifica la maldad.

Dios retiró su protección y un hombre fue capaz de mantener a Israel en servidumbre por 8 años. Poco se nos dice sobre este rey de Mesopotamia de nombre Cusán (el negro), proveniente de Aram-risataim. Aram era uno de los cinco hijos de Sem, cuyos descendientes se establecieron entre el curso superior de los ríos

Tigris y Éufrates. Aram-naharayim significa “Aram de los dos ríos”. Mesopotamia es el equivalente griego de Naharayim. Labán, el tío de Jacob, vivía en esa área y se llamaba a sí mismo “arameo”. La muerte de Josué debe haber ocurrido entre el 1375 y el 1350 a.C., tiempo durante el cual una nación llamada Mitani dominó la parte superior de Mesopotamia. Podemos especular que Cusán fue un rey arameo expulsado de su reino por los de Mitani y listo a buscar un nuevo reino. Además, notamos que este rey tenía un sobrenombre “risataim”, una palabra hebrea que significa “doblemente malvado”. El texto no es explícito acerca de algún hecho específico de maldad cometido por este extranjero, cuyos apelativos se repiten cuatro veces en el texto original hebreo. En dos ocasiones se añade al nombre el lugar de origen, con lo que se logra un dístico rítmico (*cu-sán ri-sa-tá-yim* y *aram na-ha-rá-yim*) divertido para pronunciar, y ha de haber sido difícil de olvidar para un israelita.

Algunos han sugerido que “Aram” se debe entender aquí como “Edom”. En Hebreo, los nombres de estos dos lugares comparten la primera y la última letra; además, las dos intermedias *r* y *d* se trazaban de manera tan similar en la escritura antigua, que puede ser que alguno de los primeros copistas fácilmente pudo haber cambiado una letra por otra. Ciertos peritos en la materia prefieren “Edom” porque este país está cercano a Judá y les gustaría limitar esta opresión a una sola tribu; sin embargo, el texto no ofrece ninguna prueba de que el juicio del Señor sobre Israel fuese limitado.

Otoniel, el héroe del Espíritu Santo

⁹ Entonces clamaron los hijos de Israel a Jehová, y Jehová levantó un libertador a los hijos de Israel y los libró; esto es, a Otoniel hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb. ¹⁰ El espíritu de Jehová vino sobre Otoniel, quien juzgó a Israel y salió a la batalla. Jehová entregó en sus manos a Cusan-risataim, rey de Siria, y le dio la victoria sobre Cusan-risataim. ¹¹ Y hubo paz

en la tierra durante cuarenta años; y murió Otoniel hijo de Cenaz.

Una vez más nos encontramos con Otoniel; pero por el texto no podemos estar seguros si él era hijo de Cenez, que era el hermano menor de Caleb, o si ambos Caleb y Otoniel eran hijos de Cenez y, por lo tanto, Otoniel era el hermano menor de Caleb. Las genealogías que aparecen en otras partes de la Biblia no aclaran el asunto. De todas maneras nos contentamos con decir que Caleb y Otoniel eran familiares consanguíneos y parientes políticos, debido al matrimonio de Otoniel con la hija de Caleb (1:13).

La liberación que hizo Otoniel fue inspirada por Dios. Sin Moisés o Josué para dar la orden, el Espíritu Santo de Dios movió a Otoniel para que tomara las armas contra el malvado intruso. Nada se nos dice de las batallas; el Señor se ocupó de que Cusán cayera en manos de Otoniel; en el combate mano a mano, Otoniel probó que era el más fuerte.

Después se nos dice que la tierra tuvo paz. La palabra que se usa en el texto hebreo no es el vocablo “*shalom*”, que es mucho más común, cuyo significado es “integridad” y que se usa frecuentemente para saludar o bendecir. El término significa más bien “ausencia de guerra”. Mientras Otoniel vivió, no hubo necesidad de espadas.

De muchas maneras Otoniel es el juez “ideal”. Su relato encaja con el patrón de: apostasía, opresión, liberación por el juez, y perfecto reposo. Dios, que está a cargo, lo usa como un instrumento humano para sus designios divinos, lo llama a servir y entrega al enemigo en sus manos. Nunca más iba a tener Israel un juez tan “ejemplar” como éste.

La segunda apostasía y la opresión moabita

¹² Volvieron los hijos de Israel a hacer lo malo ante los ojos de Jehová, por lo cual Jehová fortaleció a Eglón, rey de Moab,

contra Israel, porque había hecho lo malo ante los ojos de Jehová. ¹³ El rey de Moab juntó consigo a los hijos de Amón y de Amalec, vino e hirió a Israel, y tomó la ciudad de las palmeras. ¹⁴ Entonces sirvieron dieciocho años los hijos de Israel a Eglón, rey de los moabitas.

¹⁵ Clamaron los hijos de Israel a Jehová, y Jehová les levantó un libertador, a Aod hijo de Gera, benjaminita, el cual era zurdo. Un día, los hijos de Israel enviaron con él un presente a Eglón, rey de Moab.

A la muerte de Otoniel, la apostasía retornó y Dios escogió a Moab para darle una lección a su pueblo. Esta es la primera mención que se hace de Moab desde que Balac, rey de Moab, contrató a Balaam para maldecir a Israel en el último año de vida de Moisés. Moab era primo segundo de Jacob; sus respectivos padres, Lot e Isaac, eran primos hermanos, y debido a este parentesco, los moabitas no fueron señalados para el exterminio junto a los cananeos; tampoco encontramos a Moab en la lista de enemigos del principio del capítulo. Esto no quiere decir que Moab fuera inocente; desde mucho tiempo atrás, los moabitas habían abandonado el culto al Dios de Abraham y se habían convertido en idólatras.

Moab formó una coalición de pueblos del desierto que también eran parientes de los israelitas. Amón, al igual que Moab, era primo segundo de Jacob; Amalec era nieto de Esaú y por tanto sobrino nieto de Jacob. Esta es la primera aparición de los amonitas como pueblo en las Escrituras; sin embargo, los amalecitas habían aparecido antes. Cuando Israel era débil y desorganizado y no había encontrado aún al Señor en el Sinaí, este clan los había atacado; a pesar de que Israel los derrotó, los amalecitas sobrevivieron. Un año después de que los espías rindieron su informe, Israel trató de entrar a la Tierra Prometida sin la bendición del Señor, fue entonces cuando los amalecitas derrotaron decisivamente a Israel en Horma. Por su traición, Dios sentenció a los amalecitas a la destrucción total, algo que el rey

Saúl no pudo hacer, pero que David llevó a cabo.

El rey de los moabitas era Eglón, a quien más tarde se le describe como extremadamente obeso; a pesar de esto, su nombre significa “ternerito”. Eglón se trasladó del hogar ancestral de los moabitas, situado al este del Jordán, cruzó la ribera oeste del río y asentó el cuartel general de su reinado en la ciudad de las palmeras. Como Gilgal está cerca (3:19), debemos situar esta ciudad dentro del oasis de la devastada Jericó. La política de Eglón consistió en enriquecerse a costa de Israel y durante 18 años engordó con el tributo que le llevaban hombres como Eúd.

Este Eúd era un ciudadano de la tribu de Benjamín, nombre que significa “hijo de la mano derecha”; sin embargo, Eúd no usaba su mano derecha. Con respecto a esto hay dos posibilidades: una es que Eúd hubiera nacido con una preferencia natural por el uso de la mano izquierda y la otra que fuera un minusválido. La expresión hebrea para decir zurdo es: “limitado de la mano derecha”. El ser meramente zurdo no habría sido cobertura suficiente para la estratagema que Eúd usó para acercarse al rey Eglón con un arma escondida. No podemos esperar que una persona de aspecto saludable, ya sea zurda o derecha, pudiera pasar la guardia moabita sin ser registrada. No, el texto nos lleva a creer que los moabitas descuidaron la guardia a su llegada, porque Eúd no tenía la apariencia física de un luchador peligroso. Casi podemos oír a los moabitas burlarse mientras miraban la inservible mano derecha de Eúd: “¡Qué bajo han caído los ‘poderosos’ hombres de Israel para tener que enviar a uno como éste!”

Eúd, el héroe minusválido con un plan

¹⁶ Pero Aod se había hecho un puñal de dos filos, de un codo de largo, y se lo ciñó del lado derecho debajo de sus vestidos. ¹⁷ Entregó el presente a Eglón, rey de Moab, quien era un hombre muy grueso. ¹⁸ Luego que hubo entregado el presente, Aod despidió a la gente que lo había acompañado, ¹⁹ pero al

llegar a los ídolos que están en Gilgal, regresó y dijo a Eglón:

—Rey, una palabra secreta tengo que decirte.

El rey dijo entonces:

—Calla.

Y mandó que salieran de delante de él todos los que allí se encontraban.

²⁰ Y estando él sentado solo en su sala de verano, se le acercó Aod y le dijo:

—Tengo una palabra de Dios para ti.

Eglón se levantó de la silla.

²¹ Entonces alargó Aod su mano izquierda, tomó el puñal de su lado derecho y se lo metió por el vientre ²² de tal manera que la empuñadura entró también tras la hoja, y la gordura de Eglón cubrió la hoja, pues Aod no sacó el puñal de su vientre. Y se derramó el excremento. ²³ Aod salió al corredor, cerró tras sí las puertas de la sala y las aseguró con el cerrojo.

²⁴ Cuando ya había salido, vinieron los siervos del rey, quienes al ver las puertas de la sala cerradas, dijeron:

«Sin duda él cubre sus pies en la sala de verano.»

²⁵ Tras mucho esperar, y confusos porque el rey no abría las puertas de la sala, tomaron la llave, abrieron y encontraron a su señor caído en tierra, muerto.

Eúd tenía un plan: ató a su muslo derecho una espada corta, del tamaño de la distancia que hay entre el codo de un hombre y la punta de su dedo medio. Los guardias de Eglón no tenían ninguna necesidad de esculcar a un “lisiado” y Eúd lo sabía. El futuro juez cojeaba con su rígida pierna derecha mientras su inservible mano del mismo lado estaba a vista de todos. Cuando sus acompañantes que cargaban el tributo se marcharon, Eúd, todavía haciéndose el impedido, retornó para diversión de los guardias que cuidaban al rey. ¿Por qué has regresado? le preguntaron. El lisiado tenía un mensaje secreto para el rey. Puede ser que Eúd contaba con el hecho de que Israel no había cooperado voluntariamente durante los 18 años del mando de Eglón. En este

minusválido el rey moabita pudo haber percibido un debilucho, ansioso de vender a sus hermanos israelitas; como quiera que fuese, Eglón accedió a tener una audiencia privada con Eúd en el segundo piso de su palacio.

El mensaje de Eúd llegó velozmente. Podemos imaginarlo inclinándose sobre el rey gordo a punto de susurrarle en el oído, mientras que su buena mano izquierda encontraba la empuñadura de la espada. Con una estocada rápida y poderosa, la corta espada se enterró en la grasa. De una manera poco delicada el texto hebreo le dice al lector que la grasa se cerró sobre la empuñadura de la espada, pero que la punta encontró el sitio de salida del muy usado sistema digestivo de Eglón. El rey cayó ensuciado en su propio excremento, y Eúd, después de cerrar con llave las puertas, efectuó una ágil salida sobre el muro.

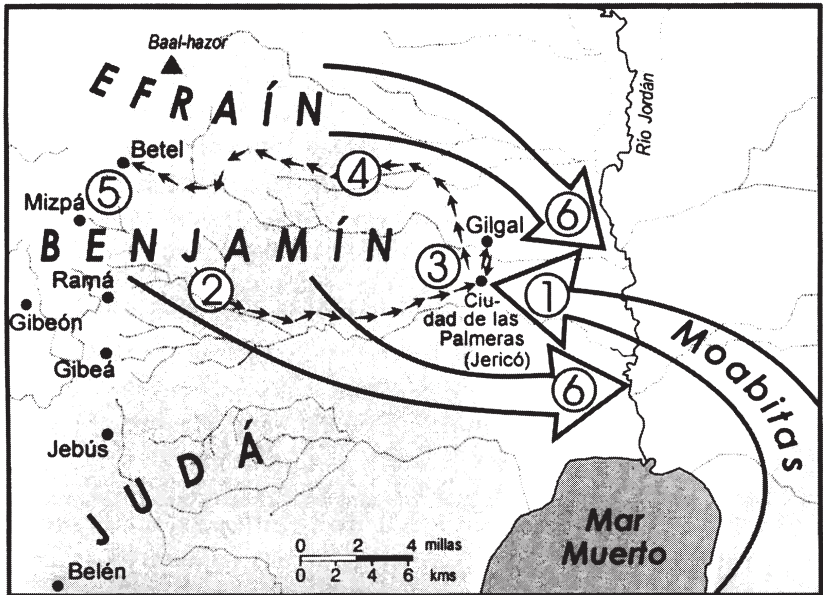
Las narices de los sirvientes del rey los engañaron haciéndoles pensar que el soberano necesitaba privacidad para completar sus diarias abluciones, pero la confusión duró por poco tiempo. Para cuando las puertas del cuarto fueron abiertas, ya Eúd había escapado hacia las colinas que dominan a Jericó.

Israel apoya a Eúd

²⁶ Mientras ellos esperaban, Aod escapó y, pasando los ídolos, se puso a salvo en Seirat. ²⁷ Cuando entró en Israel, tocó el cuerno en los montes de Efraín y los hijos de Israel descendieron con él del monte. Entonces Aod se puso al frente de ellos. ²⁸ Y les dijo:

«Seguidme, porque Jehová ha entregado a vuestros enemigos moabitas en vuestras manos.»

Ellos descendieron en pos de él, le quitaron a Moab los vados del Jordán y no dejaron pasar a nadie. ²⁹ Mataron en aquel tiempo como a diez mil moabitas, todos valientes y todos hombres de guerra; no escapó ni uno



EUD v. los MOABITAS (Jueces 3) **1.** El rey Eglón de Moab y sus aliados derrotan a Isreal y gobiernan desde la Ciudad de las Palmeras (Jericó) por 18 años. **2.** Eúd de Benjamín, trae el tributo anual. **3.** Retorno de Eúd desde Gilgal para matar al rey eglón. **4.** Escape de Eúd hacia las montañas de Efraín al noroeste a través del desierto. **5.** Eúd convoca a Isreal para la batalla. **6.** Los guerreros israelitas bajan desde las colinas para tomar los vados del Jordán y cortar el paso a los moabitas que sin un líder que los dirigiera trataban de excavar hacia el este.

La ruta de escape de Eúd siguió una trayectoria algo circular. Habiendo llegado tan lejos, no iba a dejar que lo capturaran en un lugar predecible. Al llegar al lugar de los ídolos, donde había despedido previamente a los portadores del tributo, ya Eúd estaba a salvo. Se deja a nuestra especulación el saber qué eran esos ídolos. La palabra que se usa aquí significa “imágenes”. Quizás los moabitas habían erigido un santuario donde habían puesto imágenes de los dioses de Moab. En los tiempos antiguos, los súbditos juraban obediencia en los santuarios de esos dioses.

El relato nos cuenta que las imágenes se encontraban cerca de Gilgal, el mismo sitio donde Josué había edificado un monumento en memoria del pacto de la alianza de Israel con el Señor. Al contrario de las imágenes hechas por hombres, las piedras de Josué estaban intactas, no trabajadas por manos humanas, y modeladas sólo por el Creador. Suponiendo que todas estas suposiciones son ciertas, podemos imaginarnos el alivio de Eúd; no sólo estaba a salvo, sino que los padres israelitas eran libres otra vez para visitar Gilgal con sus hijos y responder la pregunta: ¿Que significan estas piedras? (Josué 4:6).

Eúd atacó de inmediato, así que convocó a las dos tribus que vivían en el territorio montañoso de Efraín: la suya propia (Benjamín) y la de los efrateos. Su nuevo plan era cortar la retirada a los asustados moabitas cuando trataran de regresar cruzando el río Jordán. El texto describe la valentía y la capacidad del enemigo y enfatiza el vigor y la fuerza de la tropa en fuga. En los diez mil de ellos que cayeron, podemos ver espada tras espada repitiendo la misma escena que algunas horas antes había tenido lugar entre el gordo Eglón y Eúd.

Reposo por 80 años

³⁰ Así fue subyugado Moab aquel día bajo la mano de Israel. Y hubo paz en la tierra durante ochenta años.

El llamado a las armas de Eúd le dio la gloria al Señor. Impedido como era, Dios lo utilizó para traer 80 años de reposo (“sin guerras”), y mientras Eúd vivió, su presencia mantuvo la paz y guardó a Israel de deslizarse en la apostasía.

Samgar, un héroe nacido para prolongar la paz

³¹ Después de él vino Samgar hijo de Anat, el cual mató a seiscientos hombres de los filisteos con una aguijada de bueyes; él también salvó a Israel.

De los doce jueces, siete fueron guerreros, y seis de ellos tienen largas historias; la de Samgar ocupa un solo versículo. La larga paz que les fue traída por el éxito de Eúd se vio amenazada por la rápida invasión de la inmigración filistea. Samgar salvó a Israel de esa amenaza y lo hizo por una explosión heroica de energía destructiva al usar una vara para agujinear a los bueyes como arma. Anat fue el nombre de su padre o bien el de su lugar de nacimiento.

BARAC Y DÉBORA (JUECES 4:1-24)

La tercera apostasía y la opresión cananea

4 Después de la muerte de Aod, los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová, ² así que Jehová los entregó en manos de Jabín, rey de Canaán, quien reinaba en Hazor. El capitán de su ejército se llamaba Sísara y vivía en Haroset-goim. ³ Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová, porque Jabín tenía novecientos carros de hierro y había oprimido con crueldad a los hijos de Israel por veinte años.

Hazor recuperó su importancia política como la principal ciudad de Canaán, tal como lo había sido en los tiempos de Josué. Esta ciudad dominaba la ruta principal entre Egipto y Mesopotamia. Su poderío radicaba en las ganancias que obtenía del comercio del mundo antiguo que fluía a través de ella en ambas direcciones; las ruinas de esta ciudad son las mayores que se pueden ver hoy día en Israel, lo que da testimonio de su antigua grandeza.

Después de la muerte de Eúd, Hazor invirtió los papeles con Israel. No debemos pensar que su dominio comenzara 80 años después de la expulsión de los moabitas por Eúd. Solamente se puede suponer que la tierra tuvo un respiro o un descanso de guerras durante esos 80 años en los que Eúd bien pudo haber muerto a la mitad de dicho período. A su deceso, los israelitas se volvieron a los dioses cananeos y probablemente no se percataron de que el control de su país se les escapaba hasta que fue demasiado tarde. La canción de Débora, que se registra en el capítulo 5, deja la fuerte impresión de que los guerreros de Israel simplemente perdieron su celo por la defensa de la tierra de su Padre celestial. La religión cananea los atraía con su mensaje pagano de “¡hagan el amor, no la guerra!”

Para asegurarse de que no iban a perder su recién recuperado poder, los cananeos de Hazor recurrieron al carro de hierro, el “tanque de guerra” de la antigüedad. Estas “calesas” de dos ruedas, tiradas por caballos, podían dividir a las tropas de infantería y maniobrar rápidamente, aprovechando en la batalla cualquier debilidad del enemigo. Los novecientos carros de combate cananeos estaban reforzados con hierro y por lo tanto no podían ser fácilmente destruidos. El cuartel general de esta fuerza estaba en Haroset-goim; es probable que este nombre sea más una descripción que el nombre de un lugar, pues la frase significa “fragua de las naciones extranjeras”. Esto sugiere fuertemente que los cananeos habían levantado allí una fábrica de armas en la que fundían el hierro, y que naturalmente hubiera sido el sitio ideal para la fabricación y estacionamiento de sus novecientas súper armas.

Dos hombres cananeos se presentan con sus apelativos personales; uno es Jabín, rey de Hazor, quien se llamaba igual que otro gobernante de la misma ciudad que se había enfrentado a Josué más de un siglo atrás, en el norte de Canaán (Josué 11). Este hombre no tomó parte activa en la lucha que siguió con Israel; más bien, el participante directo en el relato que sigue fue el comandante en jefe de sus carros, un guerrero llamado Sísara.

Débora, la heroína ayudante

⁴ Gobernaba en aquel tiempo a Israel una mujer, Débora, profetisa, mujer de Lapidot, ⁵ la cual acostumbraba sentarse bajo una palmera (conocida como la palmera de Débora), entre Ramá y Bet-el, en los montes de Efraín; y los hijos de Israel acudían a ella en busca de justicia.

—¿No te ha mandado Jehová, Dios de Israel, diciendo: “Ve, junta a tu gente en el monte Tabor y toma contigo diez mil hombres de la tribu de Neftalí y de la tribu de Zabulón.

⁶ Un día, Débora envió a llamar a Barac hijo de Abinoam, de Cedec de Neftalí, y le dijo:



Débora debajo de la palmera

—¿No te ha mandado Jehová, Dios de Israel, diciendo: “Ve, junta a tu gente en el monte Tabor y toma contigo diez mil hombres de la tribu de Neftalí y de la tribu de Zabulón. ⁷Yo atraeré hacia ti, hasta el arroyo Cisón, a Sísara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su ejército, y lo entregaré en tus manos”?

⁸ Barac le respondió:

—Si tú vas conmigo, yo iré; pero si no vas conmigo, no iré.

⁹ Ella dijo:

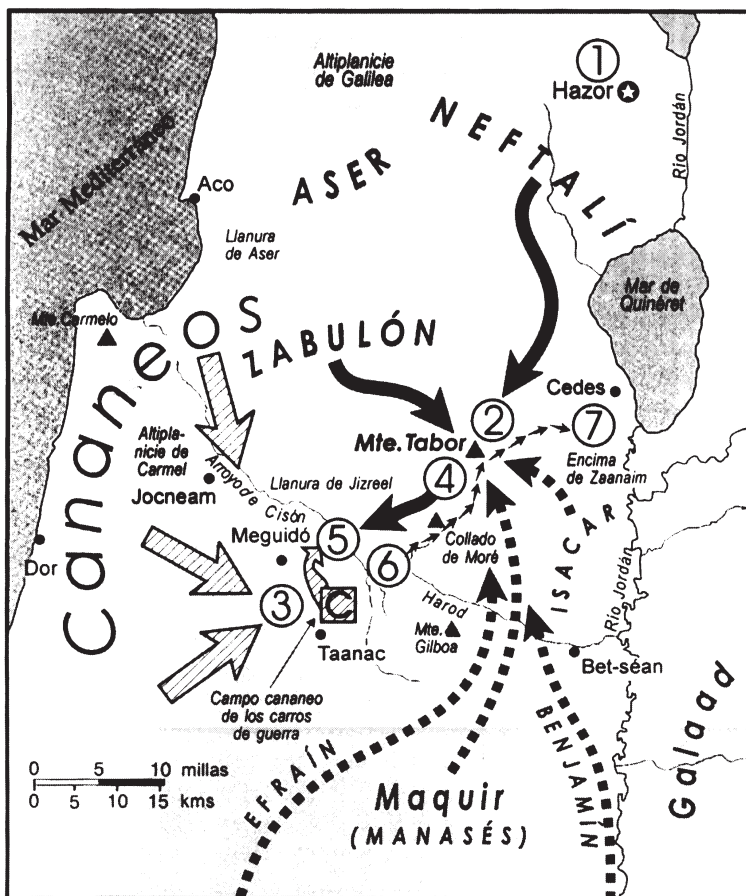
—Iré contigo; pero no será tuya la gloria de la jornada que emprendes, porque en manos de mujer entregará Jehová a Sísara.

Y levantándose Débora, fue a Cedes con Barac. ¹⁰Allí juntó Barac a las tribus de Zabulón y Neftalí. Subió con diez mil hombres a su mando, y Débora subió con él.

De acuerdo con el patrón establecido en Jueces 2, después de la apostasía siguió la opresión cananea. A su vez, la opresión fue seguida por un clamor pidiendo la liberación. El Señor respondió bondadosamente al llamado de Israel con el envío de un juez. ¿A quién envió Dios?

Esta vez el Señor mandó un equipo compuesto por un hombre y una mujer, el jefe del equipo era Barac, el hijo de Abinoam; su tribu era la de Neftalí, situada en las laderas que dominan el mar de Galilea. Su ciudad natal era Cedes, una de las tres ciudades de refugio que había al oeste del Jordán. Barac es mencionado en el libro de Samuel junto a los jueces Jerobaal (Gedeón), Jefté y Samuel (1 Samuel 12:11). De igual manera, en el Nuevo Testamento el escritor de Hebreos cita el libro de Jueces nombrando a Barac como uno de los cuatro héroes de la fe. Al hacerlo, lo ubica: después de Gedeón, y antes de Jefté y Sansón (Hebreos 11:32).

Barac no liberó a los israelitas por sí solo, sino que tuvo a su lado a una mujer llamada Débora, una profetisa en la que los israelitas verdaderos buscaron iluminación en los días de oscuridad



DÉBORA y BARAC vs. los CANANEO S. (Jueces 4,5) 1. Los cananeos bajo el rey Jabín de Hazor oprimen a Israel durante 20 años. 2. Débora convoca a las tribus al monte Tabor después de que en Neftalí Barac de Cedes titubeó en comandar a Israel contra el enemigo. 3. Sísa, el general cananeo, despliega su fuerza de carros de guerra a orillas del río Cison cerca de Taanac. 4. Barac guía a Israel desde el monte Tabor contra el ejército de Sísa. 5. Israel sale victorioso junto a las aguas de Meguidó después que un aguacero hace que el campo de batalla resulte muy peligroso para los carros cananeos. 6. Sísa intenta escapar a pie hacia Hazor. 7. Jael, la esposa de un aliado cananeo del rey Jabín, mata a Sísa cerca de la encina de Zaanaim.

que precedieron e incluyeron la opresión cananea. Ella hacía justicia en Benjamín, que era el hogar tribal del finado Eúd; su corte de justicia se llevaba a cabo bajo la humilde sombra de una palmera, árbol algo inusual para las tierras altas de Efraín. Betel y Ramá están localizadas a una distancia de unos 19 km al norte de la antigua Jerusalén.

En las Escrituras se mencionan muy pocas profetisas, y algunas de ellas son identificadas por su nombre; entre ellas se encuentra Miriam, la hermana de Moisés, (Éxodo 15:20). También aparecen: la esposa de Isaías, de quien no se da otra identificación (Isaías 8:3), Hulda, quien transmitió el mensaje del juicio de Dios para los últimos días de Judá (2 Reyes 22:14; 2 Crónicas 34:22), y Ana, que saludó al niño Jesús en su presentación en el templo (Lucas 2:36). Además están: las cuatro hijas del diácono Felipe (Hechos 21:9), y un número de mujeres, cuyos nombres no se dan y que eran miembros de las congregaciones fundadas por Pablo (1 Corintios 11). Aparte de esas fieles mujeres, siervas de Dios, conocemos por lo menos dos falsas profetisas: Noadías, que se opuso a Nehemías (Nehemías 6:14), y Jezabel de Tiatira (Apocalipsis 2:20).

Débora era en todos los aspectos una persona notable. Su papel en este relato no fue el de esposa; sin embargo, el escritor sagrado se toma el trabajo de informarnos que ella tenía esposo. Aunque éste, llamado Lapidot, no desempeñó ninguna función en la liberación de Israel de los cananeos, hemos de ver a Débora como una mujer para quien el matrimonio no estaba excluido sino que era parte de su vida.

Tenemos también que considerar a Débora como una mujer que poseía el bendito don de lograr que las cosas se hicieran y, al mismo tiempo, respetar el principio de la primacía del varón. Vemos esto en la cuidadosa selección de sus palabras y acciones. Como profetisa, le llevó a un Barac algo remiso el mensaje de que él tenía que guiar a su pueblo, y le llevó además el plan de Dios para la batalla. Barac, por su parte, reconoció que su llamado provenía del Señor, pero no tenía la fe necesaria como para cumplir

él solo su misión. Deseaba y pidió que Débora estuviera a su lado en la batalla; Débora lo hizo, pero de una manera muy femenina. Ella no era una Juana de Arco vestida para el combate, que arremetía a la cabeza de sus tropas, sino que estaba resuelta a ser la voz del Señor que aguijoneaba a Barac para que hiciera lo necesario; pues Dios le dio entendimiento para saber que el liderazgo masculino en Israel había caído a un nivel muy bajo. Débora transmitió el mensaje de Jehová de que ningún hombre, ni siquiera Barac, iba a recibir el reconocimiento de la población después de la victoria. Podía haberlo hecho como una feminista ansiosa de hacer que Barac apareciera como un tonto, pero uno busca en vano alguna palabra hiriente en su mensaje. Como Jesús, ella llevaba en su corazón el hacer la voluntad de su Padre. “¡Ve!”, “levántate”, le dijo a Barac, cuando él dudaba reunir las tropas ya concentradas en el monte Tabor, pues Barac se resistía a dejar la seguridad de la montaña y a comprometer sus fuerzas en una batalla en la llanura contra los carros de Sisara.

Esta es la única vez en las Escrituras en la que un hombre, Barac, encontró una “ayuda idónea” (Génesis 2:18) en la persona de una mujer que no era su esposa. El matrimonio no era el lazo que los unía, sino la obra del Señor. Esta fue una relación en la que Débora dio pruebas de ser más fuerte en: carácter, entendimiento y fe, que su contraparte masculina. La profetisa no se quedó callada, ni el Señor esperaba que lo estuviera; sin embargo, Débora era una mujer en toda la extensión de la palabra.

De una manera desinteresada, la profetisa complementó a Barac y lo llevó con cuidado a hacer su parte en la causa común. Este equipo de hombre y mujer merece ser estudiado en nuestros días, en los que luchamos por sostener relaciones entre los sexos en la iglesia y en la sociedad que sean del agrado de Dios. Él se congratula cuando el hombre muestra liderazgo desinteresado y también se alegra cuando mujeres como Débora hacen su parte abnegadamente, para capacitar a unos y otras de modo que puedan hacer juntos la voluntad de Dios.

Una trama secundaria involucra a otro hombre y otra mujer

¹¹ Heber, el ceneo, de los hijos de Hobab, suegro de Moisés, se había apartado de los ceneos y había plantado sus tiendas en el valle de Zaanaim, que está junto a Cedes.

En el primer capítulo de Jueces se nos dice que los ceneos emigraron a Canaán junto con Israel; al hacerlo, unieron sus destinos con los del pueblo de Dios, y asumieron todas las responsabilidades propias de sus escogidos. Al igual que Israel, los de esta tribu: no podían casarse con los paganos, ni tratar con ellos, ni adorar a sus ídolos.

Héber era la cabeza de su hogar, él era ceneceo y estaba alejado de los otros ceneceos, los cuales se habían asentado en la parte sur del país. Esto en sí mismo no era un pecado, ya que los ceneos no habían recibido un patrimonio específico dentro de Israel; la separación, sin embargo, tuvo su precio. Héber se había desligado de sus familiares, los cuales quizás le hubieran hecho recapacitar. En el versículo 17 de este capítulo se nos dice que Héber el ceneo, y Jabín rey de Hazor, habían hecho un tratado de paz. ¿Trataba Héber de sacar provecho de uno u otro bando para beneficio propio? ¿Era él uno de los herreros que forjaban carros de hierro para los enemigos de Israel? No se nos dice, pero sí sabemos que este hombre plantó su tienda en las mismas narices de Barac, debajo de un árbol cerca de la ciudad natal de este último.

En cierta manera Héber no era peor que los hombres israelitas que sin vergüenza alguna habían abandonado su deseo de combatir. Al mismo tiempo, la relación de este israelita con los cananeos no era de miedo sumiso, sino una relación de oportunismo, siempre en busca del beneficio propio.

Dios sabía que Héber iba a vivir para ver a su mujer, Jael, actuar mejor que él; ella, al igual que Débora, resultó ser el mejor de los dos.

El Señor va a la guerra desde el monte Tabor

¹²Llegaron, pues, a Sísara las noticias de que Barac hijo de Abinoam había subido al monte Tabor. ¹³Y reunió Sísara todos sus carros, novecientos carros de hierro, y a todo el pueblo que con él estaba, desde Haroset-goim hasta el arroyo Cisón.

¹⁴Entonces Débora dijo a Barac:

«Levántate, porque éste es el día en que Jehová ha entregado a Sísara en tus manos: ¿Acaso no ha salido Jehová delante de ti?»

Barac descendió del monte Tabor, junto a los diez mil hombres que lo seguían, ¹⁵y Jehová quebrantó a Sísara, dispersando delante de Barac, a filo de espada, todos sus carros y a todo su ejército. El mismo Sísara descendió del carro y huyó a pie, ¹⁶pero Barac siguió a los carros y al ejército hasta Haroset-goim. Aquel día, todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, hasta no quedar ni uno.

El plan de Dios era convertir la fuerza de Sísara en su debilidad. Como es sabido, los carros maniobran mejor en terreno plano y abierto, por lo que un guerrero como Sísara quería que las fuerzas israelitas bajaran de las montañas a encontrarse con él en la planicie. De todas las llanuras del norte de Israel, la de Jizreel es con mucho la más ancha y la más plana; tiene la forma de una punta de flecha que indica hacia el noroeste y cada lado de ella mide 32 km. Esta planicie tiene un río, el Cisón, que fluye hacia el Mediterráneo; el Cisón es durante la mayor parte del año un simple riachuelo, sólo cuando vienen las lluvias se transforma en un torrente. En el extremo occidental de Jizreel hay tres elevaciones, la más al norte es el monte Tabor. Barac debía concentrar allí las tropas procedentes de Neftalí y Zabulón, dos tribus que vivían al norte de la llanura de Jizreel. El mismo Jehová se iba a encargar de que el confiado Sísara colocara sus tropas al pie del monte Tabor, preparadas para el ataque. Tras de sí y a lo largo del lecho casi seco del Cisón, Sísara dispuso sus mortíferos carros; lo que los soldados de infantería cananeos no pudieran

hacer pedazos, de seguro que los carros los harían trizas. Aunque el texto no lo dice, podemos especular que Sísara redujo el número de sus soldados de infantería para provocar un ataque israelí.

En el momento oportuno, Débora profirió sus palabras de aliento, y comenzó la batalla entre los diez mil hombres de Barac y las tropas de Sísara. El texto simplemente dice que el Señor, empleando las espadas de los hombres de Barac, acabó con Sísara hasta el punto de que éste tuvo que huir a pie mientras sus camaradas yacían muertos por todas partes.

¿Qué pasó? ¿Cómo luchó el Señor por su pueblo? Para tener más información debemos volvernos al himno de Débora (capítulo 5); allí, en el versículo 4 nos enteramos de que el Dios de los cielos los abrió, y en el 21 leemos que el desbordado y torrentoso río Cisón barrió con los hombres de Sísara. Debió haber habido un chubasco inesperado. En gran parte del mundo antiguo las guerras se peleaban durante la estación seca de mayo a septiembre; es tan árido este período en la Tierra Prometida que es casi impensable esperar lluvia. Sísara había puesto a sus hombres en el peor lugar posible, pues no esperaba que fuera a llover.

Antes de seguir adelante, debemos detenernos para analizar el significado religioso de lo que pasó en las faldas del monte Tabor en el río Cisón. La religión cananea veía a Baal como el jinete de las nubes, Baal moría cuando la vegetación se secaba en mayo y volvía a la vida matando a su hermano Mot (“muerte”) con las lluvias del otoño y del invierno. La precisa sucesión de la estación seca, seguida por la de lluvia, tenía convencidos a los cananeos de que su mito de un dios que moría y resucitaba era cierto. Por su parte, Barac y Débora sabían que el Señor daba o retenía la lluvia según él quisiera, tal como lo había escrito inspiradamente Moisés en el libro de Deuteronomio (28:12,24). En esta ocasión, el creador de la lluvia usó una tormenta para acabar con la opresión cananea y liberar misericordiosamente a su pueblo. Cientos de años más tarde, en los días del profeta Elías, el Señor iba a cerrar los cielos por más de tres años para darle una lección similar a la reina Jezabel, adoradora de Baal.

Gloria a Jael la cenea

¹⁷ Sísara huyó a pie a la tienda de Jael, mujer de Heber, el ceneo, porque había paz entre Jabín, rey de Hazor, y la casa de Heber, el ceneo. ¹⁸ Cuando Jael salió a recibir a Sísara, le dijo:

—Ven, señor mío, ven a mí, no tengas temor.

Él vino a la tienda y ella lo cubrió con una manta.

¹⁹ Sísara le dijo:

—Te ruego que me des de beber un poco de agua, pues tengo sed.

Jael abrió un odre de leche, le dio de beber y lo volvió a cubrir.

²⁰ Entonces él dijo:

—Quédate a la puerta de la tienda; si alguien viene y te pregunta: “¿Hay alguien aquí?”, tú responderás que no.

²¹ Pero Jael, mujer de Heber, tomó una estaca de la tienda, y tomando en su mano un mazo, se le acercó calladamente y le clavó la estaca por las sienes, contra la tierra, pues él estaba cargado de sueño y cansado. Y así murió.

²² Cuando llegó Barac en busca de Sísara, Jael salió a recibirlo y le dijo:

«Ven, te mostraré al hombre que tú buscas.

Entró Barac donde ella estaba y encontró a Sísara, que yacía muerto con la estaca en la sien.»

¿Debe una persona obedecer a Dios o a los hombres? Sabemos lo que las Escrituras enseñan (Hechos 5:29); pero cuán raro es que la gente actúe en la creencia que la obediencia a Dios viene primero. Jael, la esposa de Héber el ceneo, era una de esas personas.

Sísara era un fugitivo, su esperanza descansaba en regresar a Hazor y a su amo Jabín. De seguro que él sabía de la existencia de un tratado de paz entre Géber y Jabín; contaba con eso y con el muy respetado código de la hospitalidad común de toda la gente

nómada que vivía en tiendas en el antiguo Oriente. Un Sísara exhausto puso su vida y su seguridad en las manos de la esposa de Heber. Ella: lo recibió, lo tranquilizó y lo escondió; después le dio a beber leche para facilitar su sueño; y tal como le había pedido, le hizo guardia hasta que se quedó dormido. Entonces con un rápido golpe de mazo le clavó una estaca, de las que se usaban para sujetar las tiendas, a través de la cabeza de su huésped hasta clavarla en el suelo. Con esa acción, Jael ignoró el código de hospitalidad e hizo a un lado su deber de esposa para con su marido. Aun así, Jael volvió su familia al pacto que habían hecho con el Dios de Israel al obedecer al Todopoderoso antes que a los hombres.

La secuela de este incidente fue que Barac descubrió que una mujer, Jael, había tomado el máspreciado trofeo de la batalla; ella, no Barac, había ultimado al comandante enemigo. Siempre la gente la iba a recordar a ella, en lugar de las muchas batallas mano a mano que se pelearon a lo largo del río Cisón. Las cosas habían sucedido tal como Dios había predicho a través de Débora.

Reposo por 40 años

²³ Así abatió Dios aquel día a Jabín, rey de Canaán, delante de los hijos de Israel. ²⁴ Y la mano de los hijos de Israel fue endureciéndose más y más contra Jabín, rey de Canaán, hasta que lo destruyeron.

Esta guerra no había acabado con una campaña, pero la tendencia había cambiado. El lento proceso por el que Israel había cedido su control sobre la Tierra Prometida se revirtió. A su tiempo, Jabín fue destruido y con él la oposición militar, organizada de los cananeos que vivían en medio de los hebreos. En una nota más triste, vendrían muchas otras batallas espirituales con los cananeos.

Al final del cántico de Débora se nos dice que la tierra no tuvo más guerras durante 40 años.

EL CÁNTICO DE DÉBORA Y BARAC (JUECES 5:1-31)

Prólogo: ¿Quién?, ¿cuándo?, ¿por qué? y ¿cómo?

5 Aquel día, Débora y Barac hijo de Abinoam cantaron así:

**² «Por haberse puesto al frente//los caudillos en Israel,
por haberse ofrecido voluntariamente//el pueblo,
load a Jehová.**

¡Podría cantar de alegría! Parece que esto fue lo que el dúo de Débora y Barac hizo después que el Señor hubo derrotado a Sísara y su ejército cananeo. El poema que forma el capítulo 5 es un himno de alabanza que ellos compusieron y les transmitieron a los cantores del antiguo Israel. No es el único de su tipo en la Biblia: Moisés celebró el cruce del mar Rojo con himnos (Éxodo 15), y el descubrimiento de agua en el desierto incitó al pueblo a cantar (Números 21:17,18). Moisés le enseñó un cántico a Israel mientras se preparaba para dejarlos (Deuteronomio 32). Después, David: cantó alabanzas a Dios por haberle librado de Saúl (2 Samuel 22; Salmo 18), y también compuso un lamento sobre las trágicas muertes de éste y de Jonatán (2 Samuel 1). Por sus títulos, una quinta parte de los salmos claman ser himnos, mientras que el Cantar de los Cantares es un himno de Salomón. Los profetas también cantaron, y ¡así lo harán por siempre los santos y los ángeles en el cielo!

Las primeras estrofas se asemejan a los títulos que acompañan a muchos de los salmos. El encabezamiento del cántico que comentamos responde a las preguntas: ¿quién?, ¿cuándo?, ¿por qué? y ¿cómo? Los celebrantes eran Débora y Barac, y el himno

conmemora el día de la victoria. Se ofrecen dos razones para el regocijo: la carencia de un liderazgo responsable había enfáticamente terminado y con ella la pesadilla de la cobardía israelita. Había amanecido un nuevo día para el pueblo del pacto, y el Señor había derramado copiosamente sobre Débora y Barac su amor inmerecido. ¿Cómo podría “ese día” ser recordado propiamente para la posteridad? Sólo la alabanza podría hacerlo, sólo expresando el gozo que siente el pecador redimido después de gustar de la bondad y la grandeza de la gracia de Dios.

Estrofa 1: ¡A Jehová toda la gloria!

**³ ¡Oíd, reyes! ¡Escuchad, príncipes!
Yo cantaré a Jehová,
cantaré salmos a Jehová, el Dios de Israel.**

**⁴ »Cuando saliste de Seir, Jehová,
cuando te marchaste//de los campos de Edom,
la tierra tembló, //se estremecieron los cielos
y las nubes gotearon aguas.**

**⁵ Los montes temblaron delante de Jehová,
tembló el Sinaí delante de Jehová, //Dios de Israel.**

Se requiere un público; Débora y Barac invitan a los grandes y poderosos para que presten atención a lo que el verdadero Dios hace en la historia. Aunque pueda parecer que muy pocos en nuestros días conocen o les importa el Señor, sabemos que tarde o temprano toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesús es el Señor. Para los cristianos del Nuevo Testamento, el acto más grande de Dios en la historia es el haber enviado a su Hijo unigénito en la carne; por ello le cantamos a su: nacimiento, muerte, resurrección y ascensión a la gloria.

Para Débora y Barac, el anuncio más grande de la obra de Cristo en la historia fueron las promesas cumplidas cuando Israel salió de Egipto y viajó a la Tierra Prometida. El brazo poderoso

de Dios humilló al faraón y dividió el mar; la estremecedora voz de Dios llamó a Israel a convertirse en su pueblo santo en el monte Sinaí; la nube en forma de pilar durante el día y de fuego por la noche guió la marcha hacia el hogar a través de Edom, pasado el monte Seír. Ese mismo Dios sólo tuvo que agitar su mano contra Sísara para que las encapotadas nubes arrojaran torrentes de lluvia sobre la “segura” victoria cananea, haciendo que las aguas impetuosas del Cisón arrastraran a los carros y a sus conductores hasta el trono del juicio de Dios. Este himno no es de vanagloria humana, sino es un canto de alabanza al Señor, al Dios del pacto con Israel. Todo sucedió por pura gracia, especialmente en vista de los sentimientos que se expresan en la segunda estrofa.

Estrofa 2: Israel en problemas

**⁶ En los días de Samgar hijo de Anat,
en los días de Jael, //quedaron abandonados los caminos,
y los que andaban por las sendas//se apartaron por
senderos torcidos.**

**⁷ Las aldeas quedaron abandonadas//en Israel,
habían decaído,
hasta que yo, Débora, me levanté,
me levanté como madre en Israel.**

**⁸ »Cuando escogían nuevos dioses,
la guerra estaba a las puertas;
¿se veía escudo o lanza
entre cuarenta mil en Israel?**

**⁹ »Mi corazón es para vosotros, //jefes de Israel,
para los que voluntariamente //os ofrecisteis entre el pueblo.
¡Load a Jehová!**

Ni por asomo la reciente victoria era merecida. Israel había escogido nuevos dioses, y había olvidado al Dios: que estuvo junto

a Moisés, que guió a Josué, que animó a Otoniel, y que le dio valor a Eúd. Como se predijo, la consecuencia de la apostasía fue la pérdida del favor de Dios. Lo que había ocurrido era ni más ni menos un colapso social. Los caminos principales eran inseguros, y los viajeros tenían que hacer espeluznantes travesías por los senderos montañosos; a la vez, las aldeas sin murallas yacían sin protección alguna, para ser invadidas por quien quisiera. La guerra llegó a las puertas de la ciudad amurallada, donde en tiempos mejores los ancianos mantuvieron la ley y el orden. Para colmo, no se podía encontrar un arma de guerra que se pudiera usar, ya fuese ofensiva o defensiva.

Pero aun en los peores tiempos, el Dios misericordioso preservó un remanente de creyentes fieles; y en los oscuros días en que Débora se sentaba bajo su palmera entre Ramá y Betel, había unos pocos hombres y mujeres piadosos, que no se habían inclinado ante Baal ni besado su imagen. Éstos vinieron a Débora buscando los caminos de Dios y la palabra del Señor; cuando se escuchó el llamado para salir a luchar por Jehová, hubo quienes dijeron “¡Aquí estoy! ¡Yo voy!”

Estrofa 3: ¿Quién guiará?

**¹⁰»Vosotros, los que cabalgáis//en asnas blancas,
los que presidís en juicio,
y vosotros, los que viajáis, hablad.**

**¹¹ Lejos del ruido de los arqueros,//en los abrevaderos,
allí se contarán los triunfos de Jehová,
los triunfos de sus aldeas en Israel;
entonces marchará hacia las puertas
el pueblo de Jehová.**

**¹²»Despierta, despierta, Débora.
Despierta, despierta, entona un cántico.
Levántate, Barac, y lleva tus cautivos,
hijo de Abinoam.**

Los asnos blancos son para la gente adinerada que puede pagar mantas acolchonadas para su montura; lo que hacen los pobres es andar por los caminos polvorientos. El liderazgo no se compra con dinero, ni tampoco viene porque uno posea muchos o pocos bienes terrenales.

Israel reconoció a sus guías espirituales porque sólo unos pocos escuchaban la palabra de Dios. Nosotros, como creyentes de la era del Nuevo Testamento, a veces olvidamos cuán afortunados somos en tener registrados los 66 libros de la Biblia y nada menos que mil años de la historia de la salvación, para guiarnos en tiempos que demandan guía. En la época de Débora ya existían los cinco libros de Moisés, una copia de los cuales estaba depositada en el tabernáculo dentro del Arca del pacto. En esos días: era deber de los sacerdotes enseñar al pueblo, y responsabilidad de los padres y los ancianos recitar en voz alta las cosas maravillosas que Dios había hecho.

Esos: sacerdotes, padres y ancianos eran también los guardianes de la promesa. Los creyentes del Antiguo Testamento vivían con el conocimiento de que sólo habían recibido el pago inicial de su salvación. Pero las promesas cumplidas por Dios los habían convencido de que todas las demás se harían efectivas a su debido tiempo. El Señor le prometió un hijo a Abraham y, tal como fue predicho, nació Isaac. El Señor le prometió un país a la descendencia de Abraham, e Israel habitó en la Tierra Prometida. El Señor había prometido: la simiente de una mujer para aplastar el poder de Satán, un Cordero para tomar sobre él los pecados del mundo, y el perfecto descanso sabático de la tumba abierta en la Pascua. En aquellos días estas promesas estaban todavía por cumplirse.

Cumplido o todavía por cumplirse, el mensaje se cantó en alta voz generación tras generación. Los abrevaderos eran puntos de reunión tanto para el ama de casa como para el pastor y el agricultor, aquellos que tenían talento solían cantar allí las grandiosas obras del Señor: pasadas, presentes y futuras. Las puertas de las ciudades eran el equivalente: de los ayuntamientos,

de las oficinas de los periódicos, de los centros de entretenimiento, y de los mercados, todos en uno. Allí también se podían encontrar voces dispuestas a transmitir las palabras verdaderas y vivificadoras de Dios.

Por todas estas razones hubo hombres como Barac y mujeres como Débora. Las promesas del Señor movieron los corazones de estos dos creyentes, ninguno de los cuales era creyente al momento de su concepción. Pero la fe de ambos fue despertada por obra del Espíritu, el Espíritu que llegó a ser en ellos un fuego avivado por la fidelidad de: sacerdotes, padres y ancianos.

Y así fue que, cuando el Señor lo dispuso, esta pareja juzgó a Israel.

Estrofa 4: ¿Quién seguirá?

**¹³»Entonces marchó el resto de los nobles;
el pueblo de Jehová marchó por él
en contra de los poderosos.**

**¹⁴De Efraín vinieron//los que habitaban en Amalec,
en pos de ti, Benjamín, entre tus pueblos.
De Maquir descendieron príncipes,
y de Zabulón//los que tenían vara de mando.**

**¹⁵También los caudillos de Isacar//fueron con Débora;
sí, como Barac, también Isacar
se precipitó a pie en el valle.
Entre las familias de Rubén
se tomaron grandes decisiones.**

**¹⁶¿Por qué se quedaron entre los rediles,
oyendo los balidos de los rebaños?
¡Entre las familias de Rubén
se hicieron grandes propósitos!**

**¹⁷»Galaad se quedó al otro lado del Jordán,
y Dan, ¿por qué se detuvo//junto a las naves?**

**Se quedó Aser a la ribera del mar
y permaneció en sus puertos.**

**¹⁸ El pueblo de Zabulón//expuso su vida a la muerte,
como Neftalí en las alturas de los montes.**

Los versículos 13 a 18 parecen un pase de lista; Débora y Barac fueron los catalizadores, pero el Señor quería que más personas vieran y gustaran de su gracia y bondad. No hay regocijo en el cielo con la apostasía, los ángeles se llenan de júbilo por los pecadores arrepentidos.

Los poéticos ojos de Débora y Barac recorrieron la topografía de la Tierra Prometida, mirando primero al norte y después al este. Cerca de la palmera de Débora estaban las tribus de Efraín y Benjamín, más allá de ellos estaban los clanes de Manasés entre los cuales sobresalía Maquir. Al norte de Manasés queda el valle de Jizreel; Zabulón habitaba las alturas en donde más tarde Nazaret iba a refugiarse a Jesús. En la planicie de Jizreel y al otro lado de sus colinas orientales quedaba Isacar; hasta aquí todo iba bien, éstas eran las tribus que habían respondido al llamado del Señor.

Entre las que no acudieron estaban la tribu de Rubén, cuya heredad se sitúa al otro lado del Jordán en una tierra ideal para criar ganado. También más allá del Jordán y al norte de Rubén estaban los habitantes de Galaad, descendientes tanto de Gad como de Manasés, quienes tampoco acudieron a la convocatoria. Lo mismo hicieron Dan y Aser, dos tribus a las que por vivir tan cerca de los pueblos marítimos filisteo y fenicio, les era fácil no pensar en el peligro de la batalla y, en vez de ello, optar por las ganancias de las riquezas mundanas y el comercio.

Los poetas finalizaron su búsqueda; en ella encontraron seis tribus y clanes dispuestos a pelear y cuatro tribus que no lo estaban. Este inventario nos permite conocer quienes pelearon y quienes no lo hicieron, mientras duró la lucha contra los cananeos después de la crucial batalla del monte Tabor y el río Cisón.

Los cantores vuelven a fijar su mirada en el combate decisivo, y lo que ven en el versículo 18 es que dos tribus, las de Zabulón y

Neftalí, juntaron a sus diez mil hombres en el monte Tabor (4:10).

Estrofa 5: Batalla unida; batalla ganada

**¹⁹ »Vinieron reyes y pelearon;
los reyes de Canaán pelearon entonces
en Taanac, junto a las aguas de Meguido,
mas no obtuvieron//ganancia alguna de dinero.**

**²⁰ Desde los cielos pelearon las estrellas,
desde sus órbitas pelearon contra Sísara.**

**²¹ Los barrió el torrente Cisón,
el antiguo torrente, el torrente Cisón.
¡Marcha, alma mía, con poder!**

**²² »Entonces resonaron//los cascos de los caballos
por el galopar,//por el galopar de sus valientes.**

**²³ “¡Maldecid a Meroz!”//dijo el ángel de Jehová,
“maldecid severamente a sus moradores”,
porque no vinieron en ayuda de Jehová,
en ayuda de Jehová contra los fuertes.**

Aparentemente, Jabín no estaba solo; él tenía como aliados a otros reyes cananeos, y todos ellos se sentían muy confiados en ganar; había plata y botín israelita que tomar como pago de la victoria.

A través de los ojos de estos poetas podemos ver el panorama del campo de batalla. La lucha comenzó al pie del monte Tabor, pero no se quedó allí, sino que se extendió hasta Taanac y Meguido. Estas eran dos ciudades amuralladas que guardaban los pasos que cruzaban la cadena montañosa del Carmelo, ubicada a lo largo del borde sur del valle de Jizreel. El río Cisón corría junto a ambas ciudades.

Los cananeos eran ampliamente superados en cuanto a número se refiere. Esta batalla en particular no estuvo limitada a carne y sangre. La pelea de Israel dirigida por Débora y Barac contra los cananeos fue un capítulo importante en la lucha militante de la

iglesia contra las fuerzas dirigidas por Satán. Los combatientes de Zabulón y Neftalí pudieron sentir el paso en marcha del poder del Espíritu Santo; ellos estaban del lado de Dios y las puertas del infierno no podían prevalecer en su contra. Los ángeles pelean a favor de los fieles. Si el sirviente de Elías pudo ver los carros de fuego de las huestes celestiales de Dios (2 Reyes 6:17), y si los oídos de David en Refaím fueron capaces de percibir la marcha del ejército de Dios sobre las copas de los árboles (2 Samuel 5:24), seguramente Débora y Barac estaban viendo y oyendo lo mismo cuando nos describen el retumbar del suelo bajo el poderoso galopar de los corceles.

Meroz nos es desconocida, al parecer era una ciudad de una de las tribus holgazanas que nunca se presentaron al combate. La tibieza de algunas de ellas aún podía encontrar el fuego de la fe; sin embargo, esta ciudad se destaca por su incredulidad rebelde y desafiante, que merece sólo la maldición del cielo. Sus moradores sabían que estaban desafiando a Dios y pese a ello continuaron haciéndolo.

Estrofa 6: El éxtasis de la victoria

**²⁴ »Bendita sea entre las mujeres Jael,
mujer de Heber, el ceneo;
entre las mujeres, // bendita sea en la tienda.**

**²⁵ Él pidió agua y ella le dio leche;
en tazón de nobles le presentó crema.**

**²⁶ Tendió su mano a la estaca,
su diestra al mazo de los trabajadores,
y golpeó a Sísara: Hirió su cabeza,
le horadó y atravesó sus sienes.**

**²⁷ Cayó encorvado a sus pies, // quedó tendido;
a sus pies cayó encorvado;
donde se encorvó, allí cayó muerto.**

Estos versículos captan y transmiten el dramatismo de lo que pasó en la tienda de Jael la cena; casi podemos visualizar a un antiguo poeta-cantor hebreo escenificando las palabras que cierran esta sección.

La repetición es la pincelada del poeta; Débora y Barac comienzan con la alabanza de la elección de principios hecha por Jael. Ella hizo lo correcto y es bendecida por ello. Después, los poetas siguen adelante para repetir con palabras ligeramente diferentes cómo fue que el poderoso Sísara quedó expuesto al golpe mortal de una mujer, la nata y la leche lo pusieron a dormir.

¡Silencio! Jael lenta, muy lentamente, toma el mazo y la estaca, pues no quiere despertar a su presa dormida.

¡Y da el golpe! Ahora la repetición se reitera; cuatro palabras que expresan acciones se suceden rápidamente: ¡golpeó!, ¡hirió!, ¡horadó!, ¡atravesó!

El cuerpo: se sacude, se estremece, se retuerce, y finalmente yace inmóvil. Aquí la poesía es entrecortada, altamente repetitiva, casi melodramática: “Cayó encorvado...quedó tendido...cayó encorvado...se encorvó...y cayó ¡MUERTO!”

Estrofa 7: La agonía de la derrota

**28 »La madre de Sísara//se asoma a la ventana,
y por entre las celosías dice a voces:**

“¿Por qué tarda su carro en venir?

¿Por qué las ruedas de sus carros//se detienen?”

**29 Las más avisadas de sus damas//le respondían,
y aun ella se respondía a sí misma:**

30 “¿No será que han hallado botín//y lo están repartiendo?

A cada uno, una doncella o dos;

las vestiduras de colores para Sísara,

las vestiduras bordadas de colores;

la ropa de color//bordada por ambos lados,

para los jefes//de los que tomaron el botín.”

En contraste, se nos da un vistazo de la casa del perdedor; la mujer mirando desde una ventana es un motivo artístico cananeo, considerados por los historiadores del arte como típico de su cultura y su religión. Se nos recuerda que también Sísara tenía una familia y una madre que lo amaban y se preocupaban por él; pero en su corazón había una mezcla de la natural preocupación materna y la aceptación carnal del aspecto impío de la vida y las costumbres cananeas. La mujer se pregunta asombrada dónde estaría su muchacho. ¡Sí! Los chicos que ganan batallas dejan de captar el sentido del Sexto y Séptimo Mandamientos, tomando para sí las mujeres y los bienes. Quizás un hijo agradecido llevaría a su hogar un regalo para su madre.

Otra vez apreciamos la maestría de la poesía hebrea. Mientras más tiempo espera la madre de Sísara, menos coherentes son sus palabras; cuando la terrible verdad se presenta y ya no se puede negar, sus expresiones se disuelven en el balbuceo de quien está más allá de la histeria.

Epílogo: ¡La voluntad de Dios se ha cumplido!

**³¹ Así perezcan todos tus enemigos, Jehová;
mas brillen los que te aman,
como el sol cuando sale en su esplendor.»**

Y hubo paz en la tierra durante cuarenta años.

La batalla, una vez librada en un lugar real con gente real, como líderes y combatientes, fue también la batalla entre el Dios de salvación y las fuerzas dispuestas en contra de la historia de la salvación. Los poetas expresan el deseo piadoso que todas las batallas de los creyentes tengan tan buen resultado como ésta, ¿será así? ¡Sí, en esto tenemos la promesa de Dios! Los enemigos del Señor finalmente perecerán. Aquellos que están de su lado despertarán en la eternidad para compartir una ciudad que no necesita sol porque recibe su luz y su calor sólo de Dios.

La paz, o sea la ausencia de guerra, fue una vez más el regalo de Dios, tal como lo había sido: por 40 años en los días de Otoniel, y por 80 años en tiempos de Eúd.

GEDEÓN (JUECES 6:1–8:35)

La cuarta apostasía trae la opresión madianita

6 Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y Jehová los entregó en manos de Madián por siete años. ² Como la mano de Madián los oprimía cada vez más, los hijos de Israel, por temor a los madianitas, se hicieron cuevas en los montes, cavernas y lugares fortificados. ³ Pues sucedía que cuando Israel tenía algo sembrado, subían los madianitas y amalecitas y los hijos del oriente contra ellos; subían y los atacaban. ⁴ Acampaban frente a ellos y destruían los frutos de la tierra, hasta llegar a Gaza. No dejaban qué comer en Israel, ni ovejas ni bueyes ni asnos. ⁵ Con sus tiendas y sus ganados, subían como una inmensa nube de langostas. Ellos y sus camellos eran innumerables, y venían a la tierra para devastarla. ⁶ De este modo se empobrecía Israel en gran manera por causa de Madián. Y los hijos de Israel clamaron a Jehová.

La cuarta apostasía nos trae a la mitad de la espiral descendente del deterioro espiritual, que marca la época de los jueces. Con el triunfo de Débora y Barac, la infraestructura cananea se debilitó severamente; sin embargo, aunque habían perdido la batalla, los cananeos no habían perdido en modo alguno la guerra. El Señor iba a llamar a Gedeón de una tribu y una familia que había llegado hasta el punto de erigir sus propios altares privados a Baal y Asera.

La debilidad política de los cananeos acaeció en un tiempo durante el cual también Egipto había dejado de ejercer su influencia en la región. Este vacío de poder constituyó un estímulo

para que vinieran problemas desde el desierto. Esas condiciones no eran muy diferentes de las que hubo en el siglo séptimo d.C., cuando los ejércitos del Islam, procedentes de los desiertos de Arabia, incursionaron arrolladoramente en la región.

En los días de Gedeón, la coalición de fuerzas del desierto provenía de todos los frentes: las bases de Amalec estaban en el Sinaí al sur de Judá; por su parte, Madián venía del sudeste, procedente de Arabia desde más abajo de Edom. A estos se unieron los hijos del Oriente que provenían de las regiones desérticas, situadas más allá de Damasco.

La estrategia era atacar el granero de Canaán en el valle de Jizreel durante la época de la siembra, vivir todo el invierno del producto de la tierra, y después, al cesar las lluvias, salir de allá siguiendo la ruta costera que tenía a Gaza como su ciudad sureña.

Madián estaba a la cabeza de la coalición. Los madianitas, que una vez le habían dado refugio al fugitivo Moisés (Éxodo 3:1), también habían seducido a incontables israelitas en Baal-peor durante el último año de la vida de este siervo de Dios (Números 22). A ese incidente le siguió una guerra en que los hebreos les ocasionaron considerables pérdidas en vidas y bienes a los madianitas (Números 31), y puede que también estuvieran desde entonces esperando la oportunidad para la venganza.

Las campañas anuales de los merodeadores del desierto se hacían a toda conciencia. Los invasores traían sus tiendas y ganado y los situaban por todas partes (“como enjambre de langostas”), y luego, desde estas bases, hacían incursiones de largo alcance usando sus camellos como caballería. Los camellos podían recorrer unos 48 km al día y pasarse sin agua media semana o más. Como resultado, ningún israelita estaba seguro. El pillaje anual dejaba a las víctimas indefensas y hambrientas. Para protegerse, las tribus se refugiaron en las cuevas y escondrijos de las colinas, clamando ayuda a su olvidado Dios. Uno siente que tal clamor parece haber sido más bien consecuencia de la desesperación que el resultado de un verdadero arrepentimiento.

Dios explica el por qué

⁷ Cuando los hijos de Israel clamaron a Jehová a causa de los madianitas, ⁸ Jehová les envió un profeta, el cual les dijo:

«Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: “Yo os hice salir de Egipto y os saqué de la casa de servidumbre. ⁹ Os libré de manos de los egipcios y de manos de todos los que os afligieron, a los cuales eché de delante de vosotros, y os di su tierra. ¹⁰ También os dije: ‘Yo soy Jehová, vuestro Dios: No temáis a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis.’ Sin embargo, no habéis obedecido a mi voz.”»

El primer paso del Señor fue enviar un sermón, más bien que un salvador militar. Un profeta, de quien no se nos da el nombre, fue directamente al meollo del problema. Dios había conducido con gran misericordia a su pueblo, sacándolo de Egipto. Más aún, les había ofrecido con generosidad un hogar de ricas cosechas en Canaán. Como muestra de gratitud, Israel no debería tener nada que ver con los amorreos o con sus dioses; dicho esto, el profeta dejó que sus oyentes sacaran la inevitable conclusión. Los madianitas los habían dejado sin hogar y sin cosechas, porque los israelitas habían dejado vivir a los cananeos y habían adorado a sus dioses.

El héroe vacilante del Señor

¹¹ Entonces vino el ángel de Jehová y se sentó debajo de la encina que está en Ofra, la cual era de Joás abiezerita. Gedeón, su hijo, estaba sacudiendo el trigo en el lagar, para esconderlo de los madianitas, ¹² cuando se le apareció el ángel de Jehová y le dijo:

—Jehová está contigo, hombre esforzado y valiente.

¹³ Gedeón le respondió:

—Ah, señor mío, si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto? ¿Dónde están todas esas maravillas que nuestros padres nos han contado? Decían: “¿No nos sacó

Jehová de Egipto?” Y ahora Jehová nos ha desamparado y nos ha entregado en manos de los madianitas.

¹⁴ Mirándolo Jehová, le dijo:

—Ve con esta tu fuerza y salvarás a Israel de manos de los madianitas. ¿No te envió yo?

¹⁵ Gedeón le respondió de nuevo:

—Ah, señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo soy el menor en la casa de mi padre.

¹⁶ Jehová le dijo:

—Ciertamente yo estaré contigo, y tú derrotarás a los madianitas como a un solo hombre.

¹⁷ Él respondió:

—Yo te ruego que si he hallado gracia delante de ti, me des señal de que has hablado conmigo. ¹⁸ Te ruego que no te vayas de aquí hasta que vuelva a ti y saque mi ofrenda y la ponga delante de ti.

Jehová le contestó:

—Yo esperaré hasta que vuelvas.

¹⁹ Gedeón se fue, preparó un cabrito y panes sin levadura de un efa de harina, puso la carne en un canastillo y el caldo en una olla y, sacándolo se lo presentó debajo de aquella encina.

²⁰ Entonces el ángel de Dios le dijo:

—Toma la carne y los panes sin levadura, ponlos sobre esta peña y vierte el caldo.

Él lo hizo así.

²¹ Extendiendo el ángel de Jehová el cayado que tenía en su mano, tocó con la punta la carne y los panes sin levadura, y subió fuego de la peña, el cual consumió la carne y los panes sin levadura. Luego el ángel de Jehová desapareció de su vista.

²² Al ver Gedeón que era el ángel de Jehová, dijo:

—Ah, Señor Jehová, he visto al ángel de Jehová cara a cara.

²³ Pero Jehová le dijo:

—La paz sea contigo. No tengas temor, no morirás.

²⁴ Gedeón edificó allí altar a Jehová y lo llamó Jehová-salom. Este altar permanece hasta hoy en Ofra de los abiezeritas.

El profeta no identificado no ofreció ningún otro juicio ni consuelo inmediato. Fue el mismo Señor quien se le apareció al hombre menos esperado en un lugar remoto, y bajo las mismas barbas del opresor para que les trajera ayuda. El lugar era Ofra en la región montañosa que estaba al oeste de Siquem, que correspondía a un asentamiento de Abiezer, uno de los clanes de Manasés. El hombre era Gedeón, que estaba trillando trigo en el lagar usando una simple vara. Cualquiera que esté familiarizado con la agricultura antigua concluirá inmediatamente que la fuerza laboral y el lugar eran lastimosamente pequeños. Normalmente el grano era trillado en un espacio abierto usando animales que movían una trilladora, cosa que se había hecho imposible por miedo a los madianitas.

Gedeón fue el único juez llamado personalmente por Dios; su llamado muestra ciertas similitudes con el de Moisés en Éxodo 3 y 4. La situación de Israel era tan desesperada como lo había sido bajo el faraón. Quien se apareció a Moisés le habló desde el fuego; el mensajero que le habló a Gedeón partiría después en una lengua de fuego. El texto identifica al visitante de este último como Jehová o el ángel de Jehová. Obviamente ambos eran el mismo. Como Gedeón no reconoció de inmediato la naturaleza divina de su huésped, podemos asumir que el Señor o el ángel del Señor, tomó forma humana, tal como lo había hecho el visitante de Abraham cuando vino a anunciar el nacimiento de Isaac (Génesis 18). Si así fue, debemos mirar esta conversación inicial, desde el punto de vista de Gedeón, como palabras intercambiadas entre compatriotas que se encuentran por casualidad. El Señor habló primero y sus palabras parecen hacer burla de Gedeón. Era muy

difícil que un campesino solitario trillando a escondidas pudiera ser “esforzado y valiente”. Tal como el mismo Gedeón fue rápido en señalar, había pocas pruebas visibles de que Dios estuviera con él o con cualquier otro en Israel en ese momento de la historia. Dios sabía lo que Gedeón todavía ignoraba, este campesino solitario iba a experimentar la guerra y la victoria.

Las primeras palabras de respuesta de Gedeón a su osado huésped pueden muy bien ser expresadas de la siguiente manera: “¿Y está, realmente, el Señor con nosotros?” Estas palabras dichas una tras otra con escepticismo tenían sus razones de ser: Una: ¿por qué esta calamidad? Dos: ¿por qué no hay milagros? Tres: ¿por qué estamos tan abandonados? Y cuatro: ¿por qué de entre todos, los madianitas?

Tal como había sido con Moisés en la zarza ardiente, el mandato del Señor fue: “¡Ve!” Luego, para subrayar la completa certeza del futuro de Gedeón como poderoso guerrero, Dios continuó: “Ve con esta tu fuerza”. Así como Dios había usado a Moisés para liberar a Israel del faraón, así iba a usar a Gedeón para salvar a Israel de Madián.

Gedeón no estaba convencido, pero fue cortés y empleó las maneras que un hombre de humilde condición usaba al dirigirse a su superior. Gedeón sabía el lugar que ocupaba ante los ojos de los hombres, no se le escapaba que era prácticamente un don nadie y eso dentro de un clan pequeño. La familia de su padre y los hombres de su aldea eran adoradores declarados de Baal y Asera (versículo 27). ¿Quién le creería? Y ¿quién lo seguiría?

El Señor le contestó con una cita directa de Éxodo 3:12: “Yo estaré contigo”. Estas palabras hirieron a Gedeón como cuando se recuerda un pasaje de la Biblia aprendido en la escuela dominical. Ellas eran parte de la revelación que Dios hace de él mismo como el gran YO SOY (Éxodo 3:14). Gedeón se dio cuenta de que no estaba hablando con un hombre ordinario. ¿Pudiera ser...? Y quiso estar seguro. ¿No le había dado el Señor señales a Moisés, tales como la mano leprosa y la vara que se convirtió en serpiente? Gedeón pidió lo mismo, pero después, decidió ofrecer prodiga

hospitalidad con una ofrenda espontánea. Un efa de harina pesa unos 20 kg, suficiente para más de 20 hogazas de pan; un animal completo toma tiempo para matarlo y prepararlo, de modo que esta ofrenda no fue un banquete hecho a la carrera.

De todas maneras, el Señor favoreció a su vacilante guerrero con una señal. Cuando Gedeón trajo la comida, el Señor le indicó que pusiera el banquete sobre la misma piedra en la que había estado trillando; hecho lo cual, el visitante tocó el alimento y éste se evaporó en un destello de fuego y causó que la forma humana del Señor se desvaneciera. Gedeón se sintió sacudido por el terror del pecador confrontado con la formidable santidad de Dios, este fue el mismo terror que sintieron: Isaías (6:5), Pedro (Lucas 5:8), y otros más. Gedeón no murió allí mismo porque su corazón, aunque tímido, era del Señor. Como todos los creyentes, Gedeón se aferró a la Palabra que establece que por medio de la fe un hombre puede estar ante la presencia de Dios y vivir. Aunque ausente en la carne, la voz del desaparecido visitante de Gedeón pronunció la bendición: “La paz sea contigo”.

No podemos dejar esta sección sin volver al versículo 16, donde nuestra versión Reina Valera 1995, da una muy acertada traducción literal al decir: “derrotarás a los madianitas como a un solo hombre”. Estas palabras recuerdan lo que Josué le había dicho a Israel al despedirse de ellos: “Un hombre de vosotros perseguirá a mil, porque Jehová, vuestro Dios, es quien pelea por vosotros” (Josué 23:10). Quizás Gedeón se considerara a él mismo un don nadie en un pequeño clan (la palabra para clan, en el original hebreo, del versículo 15 es “mil”), pero el Señor sabía cómo nivelar las cosas. Madián podría tener cientos de miles de hombres, pero al final la contienda sería mano a mano. Gedeón debía creer que “no habría lucha” teniendo el respaldo de Jehová.

Gedeón fue convertido en Jerobaal

²⁵ Aconteció que esa misma noche le dijo Jehová:

«Toma un toro del hato de tu padre, el segundo toro, el de siete años, y derriba el altar de Baal que tiene tu padre; corta también la imagen de Asera que se halla junto a él ²⁶ y edifica altar a Jehová, tu Dios, en la cumbre de este peñasco, en lugar conveniente. Toma después aquel segundo toro y sacrifícalo en holocausto con la madera de la imagen de Asera que habrás cortado.»

²⁷ Entonces Gedeón tomó diez hombres de entre sus siervos e hizo como Jehová le dijo. Pero temiendo hacerlo de día, a causa de la familia de su padre y de los hombres de la ciudad, lo hizo de noche. ²⁸ Por la mañana, cuando los de la ciudad se levantaron, el altar de Baal estaba derribado, y había sido cortada la imagen de Asera que se hallaba junto a él, y ofrecido aquel toro segundo en holocausto sobre el altar edificado. ²⁹ Y unos a otros se preguntaban:

—¿Quién ha hecho esto?

Buscando e inquiriendo, les dijeron:

—Gedeón hijo de Joás lo ha hecho.

Entonces los hombres de la ciudad dijeron a Joás:

³⁰ —Saca a tu hijo, para que muera, porque ha derribado el altar de Baal y ha cortado la imagen de Asera que se hallaba junto a él.

³¹ Pero Joás respondió a todos los que estaban junto a él:

—¿Lucharéis vosotros por Baal? ¿Defenderéis su causa? Cualquiera que contienda por él, que muera esta mañana. Si es un dios, que luche por sí mismo con quien derribó su altar.

³² Aquel día Gedeón fue llamado Jerobaal, esto es: “Luche Baal contra él”, por cuanto derribó su altar.

Un hombre de Dios pone primero su propia casa en orden antes de salir a salvar el mundo. El Señor volvió a Gedeón esa misma noche para darle su primera tarea como juez y le ordenó que derribara el altar de Baal que Joás, el padre de Gedeón, había edificado, y que cortara la imagen de madera consagrada a Asera que estaba junto éste. Estas dos estructuras constituían un “*Bamá*”

o “lugar elevado” en el cual se habían practicado los perversos actos del culto cananeo.

Gedeón no esperó la luz del día, no tanto por un sentimiento de urgencia, sino por miedo; pues, sabía que en Israel los verdaderos creyentes eran patéticamente unos cuantos, hasta el punto de que sólo encontró diez hombres dispuestos a ayudarlo. Juntos dispersaron las piedras del altar de Baal y buscaron otras nuevas, probablemente enteras (Deuteronomio 27:5,6), para fabricar uno nuevo. Cortaron luego el poste de Asera y lo usaron como leña. Además, sacrificaron el toro de Joás, no el que se usaba para arar, sino el toro de siete años, el “de Baal”, que había sido destinado como semental. El toro se esfumó en el humo y las cenizas de una ofrenda quemada. Para el Señor, el aroma de este sacrificio en particular resultaba especial; era una confesión pública de la fe de Israel en la gracia, vicaria y toda suficiente de Dios, que se iba a revelar a su tiempo en el Salvador prometido.

La profundidad a la que había llegado la apostasía de Israel se puede ver en la reacción de las gentes de Manasés, quienes a la mañana siguiente descubrieron lo que Gedeón y sus ayudantes habían hecho durante la noche. Los hombres de Ofra estaban decididos a matar al responsable y lo habrían hecho, si no hubiera intervenido el padre de Gedeón. Con lógica convincente, Joás argumentó que no valía la pena adorar a un dios que no podía ejecutar su propia venganza. La multitud esperó que Baal hiciera algo, pero por supuesto nada pasó y la hostilidad se transformó en asombro. La gente de Ofra entendió entonces que tenían entre ellos un hombre que podía atacar a los dioses de Canaán y salirse con la suya. Gedeón había retado a Baal a contender por su honor y Baal no quería o no podía hacerlo. Gedeón había atacado (en hebreo este nombre significa, “el contendiente”), y por cierto que lo había hecho. *Jerobaal* quiere decir “pelee Baal contra él”. Este fue el desafío de Gedeón que adoptó este *nom de guerre*, o sea, su nombre de guerrero.

Gedeón alista a las tropas

³³ Pero todos los madianitas y amalecitas y los del oriente se juntaron a una, y cruzando el Jordán acamparon en el valle de Jezreel. ³⁴ Entonces el espíritu de Jehová vino sobre Gedeón, y cuando éste tocó el cuerno, los abiezeritas se reunieron con él. ³⁵ Envió mensajeros por todo Manasés, y también ellos se le unieron; asimismo envió mensajeros a Aser, a Zabulón y a Neftalí, los cuales salieron a su encuentro.

³⁶ Gedeón dijo a Dios:

«Si has de salvar a Israel por mi mano, como has dicho, ³⁷ he aquí que yo pondré un vellón de lana en la era; si el rocío está sobre el vellón solamente, y queda seca toda la otra tierra, entonces entenderé que salvarás a Israel por mi mano, como lo has dicho.»

³⁸ Y así aconteció, pues cuando se levantó de mañana, exprimió el vellón para sacarle el rocío, y llenó con él un tazón de agua. ³⁹ Pero Gedeón dijo a Dios:

«No se encienda tu ira contra mí si hablo de nuevo: probaré ahora otra vez con el vellón. Te ruego que solamente el vellón quede seco, y el rocío caiga sobre la tierra.»

⁴⁰ Aquella noche lo hizo Dios así; sólo el vellón quedó seco, y en toda la tierra hubo rocío.

Con la precisión de un reloj, los madianitas y sus aliados llegaron para la época de la siembra. Por fin había llegado el momento, y el Espíritu Santo “cubrió” a Gedeón preparándole para la batalla que iba a venir. Los cristianos están familiarizados con esta metáfora: Un pecador cubierto con el blanco atuendo de la justicia de Cristo está vestido para la eternidad. Él, o ella, pueden comparecer sin ningún temor ante Dios. Gedeón, nuestro vacilante héroe, tenía que erguirse sin miedo ante las huestes de Madián. A pesar de su sobrenombre, Gedeón necesitaba que el Espíritu Santo lo revistiera con el valor de un general. Podemos ver esto en la secuencia con la que hizo el llamado a las armas: primero, convocó

a Abiezer; cuando éste vino, entonces llamó a Manasés; y únicamente después de que éste hubo venido, reclamó a: Zabulón, Aser y Neftalí. Únicamente con la ayuda del Espíritu Santo pudo el primer tímido “silbido” de Gedeón convertirse en un poderoso “estruendo”.

Pero Gedeón no estaba seguro aún y de nuevo vacilaba, quizás sentía que la mayoría de sus tropas también estaban indecisas. Comparados con Israel, los madianitas eran innumerables. ¿Podía el Señor emparejar esta diferencia? ¿Y si podía, querría? ¿Cuántos en el ejército de Gedeón estaban realmente del lado del Señor, dispuestos a echar abajo los altares de Baal y a cortar los postes de madera de Asera? Gedeón pidió una señal, no una vez sino dos. Normalmente, el rocío de la mañana cubre el terreno y todo lo que esté sobre él. Gedeón puso un vellón de lana sobre el suelo de la era; una noche el vellón tendría que estar húmedo y el suelo seco, y a la siguiente, el vellón tendría que estar seco y el suelo húmedo. El vacilante Jerobaal se estaba comportando realmente como un “Jero-Señor” (juego de palabras para significar que Gedeón estaba poniendo a prueba la paciencia de Dios). A pesar de esta inconsistencia, Jehová en su misericordia no se ofendió por los atrevidos requerimientos de Gedeón e hizo lo que él le pidió. Jerobaal quedó satisfecho, su Dios podía hacer lo imposible. Pero Gedeón aún ignoraba cuán lejos podía ir el Señor en contra de las posibilidades para demostrar que podía realizar lo humanamente imposible.

Reducido a sólo tres compañías

7 Jerobaal, que es otro nombre de Gedeón, y todos los que estaban con él, se levantaron de mañana y acamparon junto a la fuente Harod. El campamento de los madianitas les quedaba entonces al norte, en el valle, más allá del collado de More.

² Jehová dijo a Gedeón:

«Hay mucha gente contigo para que yo entregue a los madianitas en tus manos, pues Israel puede jactarse contra mí,

diciendo: “Mi mano me ha salvado.” ³ Ahora, pues, haz pregonar esto a oídos del pueblo: “Quien tema y se estremezca, que madrugue y regrese a su casa desde el monte de Galaad.”»

Regresaron de los del pueblo veintidós mil, y quedaron diez mil.

⁴ Jehová dijo de nuevo a Gedeón:

«Aún son demasiados; llévalos a beber agua y allí los pondré a prueba. Del que yo te diga: “Vaya este contigo”, irá contigo; pero de cualquiera que yo te diga: “Que éste no vaya contigo”, el tal no irá.»

⁵ Entonces Gedeón llevó el pueblo a las aguas, y Jehová le dijo:

«A cualquiera que lama las aguas con la lengua como lo hace el perro, lo pondrás aparte; y lo mismo harás con cualquiera que doble sus rodillas para beber.»

⁶ El número de los que lamieron llevándose el agua a la boca con la mano fue de trescientos hombres; el resto del pueblo dobló sus rodillas para beber las aguas.

⁷ Entonces Jehová dijo a Gedeón:

«Con estos trescientos hombres que lamieron el agua os salvaré y entregaré a los madianitas en tus manos; váyase toda la demás gente cada uno a su lugar.»

⁸ Habiendo tomado provisiones para el pueblo, y sus trompetas, envió a todos los israelitas cada uno a su tienda, y retuvo a aquellos trescientos hombres. El campamento de Madián le quedaba abajo, en el valle.

El miedo casi se podía palpar en el campo israelita. De un modo muy típico de los hebreos, el autor usa varios juegos de palabras para subrayar el hecho a medida que lo relata. Gedeón y su ejército acamparon junto a la fuente de Harod, este nombre imita la palabra hebrea que significa miedo. La fuente brota del flanco sudeste, de una oscura y grande colina volcánica en la orilla oriental del valle de Jizreel, entre el monte Tabor al norte y el monte Gilboa al sur. Un riachuelo brota del manantial con rumbo



Gedeón escoge los trescientos

sudeste hacia el Jordán. La citada colina es llamada “collado de Moré” (collado del Maestro) en el versículo 1, pero en el 3, se le designa como monte de Galaad (montaña del miedo). Esta vieja palabra semita que connota temor ha sobrevivido respectivamente en los nombres árabes de la fuente y del riachuelo, Ain Jalud y Wadi Jalud.

Los madianitas estaban situados, tal como podemos inferirlo del Salmo 83:9,10, en el lado norte del collado de Moré, entre éste y el monte Tabor; en estos versículos, el triunfo de Israel sobre Madián y la anterior victoria sobre Jabín y Sísara están ligados con los lugares donde se les derrotó. La caída de Jabín y Sísara está vinculada al río Cisón (Jueces 4:13), de manera similar la de Madián aparece vinculada a la aldea de Endor, donde iba a estar más tarde el hogar de la bruja que fue a consultar el rey Saúl (1 Samuel 28). Endor yace en el valle que separa estas montañas; se debe mencionar que ninguna de estas “montañas” es alta o escarpada. Sus cúspides son planas y redondeadas, y se alzan a menos de 600 metros sobre las llanuras que las rodean, que a la vez están casi a nivel del mar. Tabor es como un tazón invertido, y Moré es una serie de suaves crestas ondulantes. Es muy probable que en tiempos antiguos, ambas elevaciones estuvieran cubiertas de bosques.

El Señor entiende bien la sicología humana; si al medroso se le concede una victoria inesperada, está propenso a cambiar su profundo miedo por un alarde intolerable. “No a nosotros, Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad” (Salmo 115:1). Esta era la actitud que Dios quería del ejército de Gedeón; por lo tanto, los miedosos fueron enviados a casa en obediencia al propio mandamiento de Dios expresado en Deuteronomio 20:8: “¿Quién es hombre medroso y pusilánime? Que se vaya y vuelva a su casa.” Dos tercios abandonaron el campo de Gedeón.

Los diez mil que quedaron fueron “cernidos” de acuerdo a como tomaban de la fuente de agua. Trescientos de ellos bebieron formando un cuenco con las manos y haciendo un movimiento

parecido al que hace un perro que lame el agua con su lengua, en forma de cucharón, para beber. Los otros 9700 israelitas se arrodillaron para beber a la manera convencional y fueron enviados a casa. ¿Acaso el que bebieran en una forma u otra demostraba miedo o falta de éste? Probablemente no. Los temerosos ya se habían marchado. Basta con saber que Dios quería que Gedeón ejecutara su plan de batalla con tres compañías de 100 hombres cada una. Tomando en cuenta que los madianitas alcanzaban la cifra de 135,000 (Jueces 8:10), los hombres de Gedeón eran excedidos en proporción de 450 a 1. Cada uno de los guerreros que disponían de uno, dejó al marcharse un cuerno de carnero junto con otras provisiones no especificadas. En vista del hecho de que a los hombres de Gedeón se les terminaría pronto el alimento (8:5), puede que el término “provisiones” se refiera a los cántaros y antorchas que se iban a emplear esa noche.

Se concede el regalo del valor

⁹ Aconteció que aquella noche Jehová le dijo:

«Levántate y descende al campamento, porque yo lo he entregado en tus manos. ¹⁰ Si tienes temor de descender, baja al campamento con tu criado Fura, ¹¹ y oirás lo que hablan. Entonces te animarás y descenderás a atacarlos.»

Gedeón descendió con su criado Fura hasta los puestos avanzados de la gente armada que estaba en el campamento. ¹² Los madianitas, los amalecitas y los hijos del oriente se habían esparcido por el valle como una plaga de langostas, y sus camellos eran innumerables como la arena que se acumula a la orilla del mar.

¹³ En el momento en que llegó Gedeón, un hombre contaba un sueño a su compañero, diciendo:

—He tenido un sueño: Veía un pan de cebada que rodaba hasta el campamento de Madián. Llegó a la tienda y la golpeó de tal manera que cayó; la trastornó de arriba abajo y la tienda cayó.

¹⁴ Su compañero respondió:

—Esto no representa otra cosa sino la espada de Gedeón hijo de Joás, varón de Israel. Dios ha entregado en sus manos a los madianitas con todo el campamento.

¹⁵ Cuando Gedeón oyó el relato del sueño y su interpretación, adoró. Después volvió al campamento de Israel y dijo:

«Levantaos, porque Jehová ha entregado el campamento de Madián en vuestras manos.»

Casi se puede ver crecer el temor de Gedeón en la medida que se reduce su fuerza, primero en dos tercios y después en un 97%. El Señor podía leer el corazón de Gedeón y por esa razón la orden de ataque nocturno fue acompañada por un último acto de gracia divina; si las manos de Gedeón temblaban, Dios iba a fortalecer su brazo al invitarlo a oír a hurtadillas en el campo madianita. Uno se pregunta cómo el vacilante Gedeón encontró el valor para cruzar las líneas enemigas con sólo su escudero por acompañante. El autor enfatiza este particular, al describir de nuevo en términos gráficos la naturaleza del campamento enemigo cuyos integrantes eran “como una plaga de langostas” y sus camellos como “la arena que se acumula a la orilla del mar”.

Gedeón fue, y el Señor se mantuvo fiel a su palabra. Dos centinelas madianitas conversaban sobre lo que uno de ellos había soñado. En el sueño, un pan de cebada rodaba hasta el campamento de Madián derribándolo y trastornándolo de arriba abajo. En este contexto, el término “tienda” se refiere a la principal de éstas, equivalente al cuartel general madianita. Después de oír el relato del sueño, el compañero del que había soñado dio su interpretación: el pan de cebada era la espada destructora de Gedeón, ¡Madián estaba condenada!

Honramos a Gedeón por adorar a su benigno Señor en este crítico momento. Con cuánta frecuencia el pueblo de Dios recibe buenas nuevas y sigue despreocupadamente su camino sin ni siquiera dar las gracias, y menos alabanzas.

La aplastante victoria para uno

¹⁶ Y repartiendo los trescientos hombres en tres escuadrones, puso trompetas en manos de todos ellos, y cántaros vacíos con antorchas ardiendo dentro de los cántaros, ¹⁷ y entonces les dijo:

«Miradme a mí y haced como hago yo; cuando yo llegue al extremo del campamento, haréis vosotros como hago yo. ¹⁸ Tocaré la trompeta, y también todos los que estarán conmigo; entonces vosotros tocaréis las trompetas alrededor de todo el campamento, gritando: “¡Por Jehová y por Gedeón!”»

¹⁹ Llegaron, pues, Gedeón y los cien hombres que éste llevaba consigo, al extremo del campamento, cuando acababan de renovar los centinelas de la guardia de la medianoche. Tocarón entonces las trompetas y quebraron los cántaros que llevaban en sus manos. ²⁰ Los tres escuadrones tocaron las trompetas y, quebrando los cántaros, tomaron con la mano izquierda las antorchas y con la derecha las trompetas que tocaban, y gritaron:

—¡Por la espada de Jehová y de Gedeón!

²¹ Los israelitas se mantuvieron firmes cada uno en su puesto alrededor del campamento, y todo el ejército madianita echó a correr dando gritos y huyendo. ²² Mientras los trescientos tocaban las trompetas, Jehová puso la espada de cada uno contra su compañero en todo el campamento.

El plan de Gedeón era una locura, pero resultó en la victoria mano a mano que Dios había predicho. Los trescientos hombres se desplegaron en tres compañías alrededor del enclave madianita. No iban a necesitar sus espadas para la victoria; iban a poner sus antorchas dentro de cántaros de barro y, a la señal dada por Gedeón, los iban a romper, creando así un súbito destello luminoso alrededor de todo el campamento. Simultáneamente, cada hombre iba a hacer sonar su cuerno y a gritar. El impacto de luz y sonido se produjo a las diez en punto, durante el cambio de la guardia.

Un tercio de los hombres dejaban la vigilancia, listos para irse a dormir, el otro tercio estaba profundamente dormido, y el último tercero estaba soñoliento, pero de guardia para cumplir su turno de la medianoche de cuatro horas.

El resultado fue devastador. Se nos dice que el Señor inspiró a los madianitas a herir con sus espadas todo aquello que se moviera. En medio del pánico, los sobrevivientes del embate de esta “arma secreta” rompieron a correr.

Nos detenemos un momento para considerar varios detalles. Gedeón dio sus instrucciones de una manera en la que no podemos dejar de notar la prominencia del pronombre “Yo”. ¿Había cambiado Gedeón el miedo extremo por la extrema jactancia? ¿Había olvidado las razones que tuvo el Señor para reducir el número de las tropas?, “Pues Israel puede jactarse contra mí, diciendo: ‘Mi mano me ha salvado’” (versículo 2). Las palabras que Gedeón escogió para su grito de guerra: “¡Por la espada de Jehová y de Gedeón!”, nos hacen pensar. Esta batalla, como la de Jericó, no fue ganada por brazo humano; quien derrotó a Madián como si fuese un solo hombre no fue Jerobaal sino Jehová. De aquí en adelante, el comportamiento de Gedeón cambia, ya que cada vez menos (el “Jero” en Jerobaal) trata con Jehová como el dependiente y vacilante de antes. Ahora piensa de él mismo como Gedeón (“el que ataca”), el que hiere a las fuerzas que se le oponen como un igual al Todopoderoso.

Madián sale de Canaán

Y el ejército huyó hasta Bet-sita, en dirección de Zerera, hasta la frontera de Abel-mehola, en Tabat.

²³ Se reunieron entonces los de Israel, de Neftalí, de Aser y de todo Manasés, y persiguieron a los madianitas.

²⁴ Gedeón también envió mensajeros por todo el monte de Efraín, que decían:

«Descended al encuentro de los madianitas; tomad los vados de Bet-bara y del Jordán antes que ellos lleguen.»

Unidos, todos los hombres de Efraín tomaron los vados de

Bet-bara y del Jordán. ²⁵ Capturaron a dos príncipes de los madianitas, Oreb y Zeeb; mataron a Oreb en la peña de Oreb, y a Zeeb lo mataron en el lagar de Zeeb. Después que persiguieron a los madianitas, trajeron las cabezas de Oreb y de Zeeb a Gedeón, que estaba al otro lado del Jordán.

Los madianitas se fueron por donde habían venido, y de prisa. Su intento por escapar los llevó a lo largo del Wadi Jalud, al sur de Betsán, y siguiendo por la ribera oeste del Jordán, pasaron Abelmehola (“dulces prados”, más tarde el lugar de nacimiento del profeta Elías) hasta llegar a Tabat, frente a Zerera (probablemente Saretán, el lugar donde Salomón fundió los vasos de bronce para su templo, 1 Reyes 7:46). Se han propuesto dos sitios para Tabat en ambas orillas del Jordán. Los estudiosos también difieren en cuanto al lugar exacto de Zerera; cualquiera que fuera el lado del Jordán donde estuvieran, los dos lugares eran puntos de referencia que les permitían a los viajeros saber que se acercaban a un lugar favorable para cruzar del lado oeste al este del río. Desde la orilla oriental del Jordán, los madianitas esperaban subir por el cañón del río Jaboc hasta su nacimiento en lo alto de la meseta de Galaad, y de ahí escapar rápidamente y sin tropiezos hacia el corazón de Arabia.

Gedeón estaba decidido a impedir la fuga. Los miles de hombres que el Señor había mandado a casa fueron llamados para bloquear el escape del enemigo en fuga. Por primera vez, se enviaron órdenes a Efraín; los efrateos tenían que tomar todos los vados del Jordán hacia el sur hasta Bet-bará. Puede ser que la ortografía hebrea del nombre de este lugar se haya corrompido; pero es posible también que sea el mismo sitio que Juan el Bautista usó más de mil años después en su ministerio (Juan 1:28); la Betábara del Nuevo Testamento está cerca del lugar donde el Jordán desagua en el mar Muerto. Si los lugares que se mencionan en el Antiguo y en el Nuevo Testamento son los mismos, entonces Gedeón se estaba asegurando de que cada uno de los cruces a lo largo del Jordán estuviera cubierto.

Dos jefes militares madianitas, Oreb (“Cuervo”) y Zeeb (“Lobo”), casi logran escapar, pero fueron capturados y decapitados por los celosos efrateos. Este hecho que les dio fama a una roca y un lagar fue recordado por largo tiempo (Salmo 83:11; Isaías 10:26). Las cabezas de estos jefes le fueron presentadas a Gedeón como trofeos; el olor de la sangre estaba en el aire y Gedeón encabezaba la manada.

Gedeón aplaca sentimientos heridos

8 Pero los hombres de Efraín le dijeron:
—¿Qué es esto que has hecho con nosotros? ¿Acaso nos llamaste cuando ibas a la guerra contra Madián?

Y le reconviniere fuertemente.

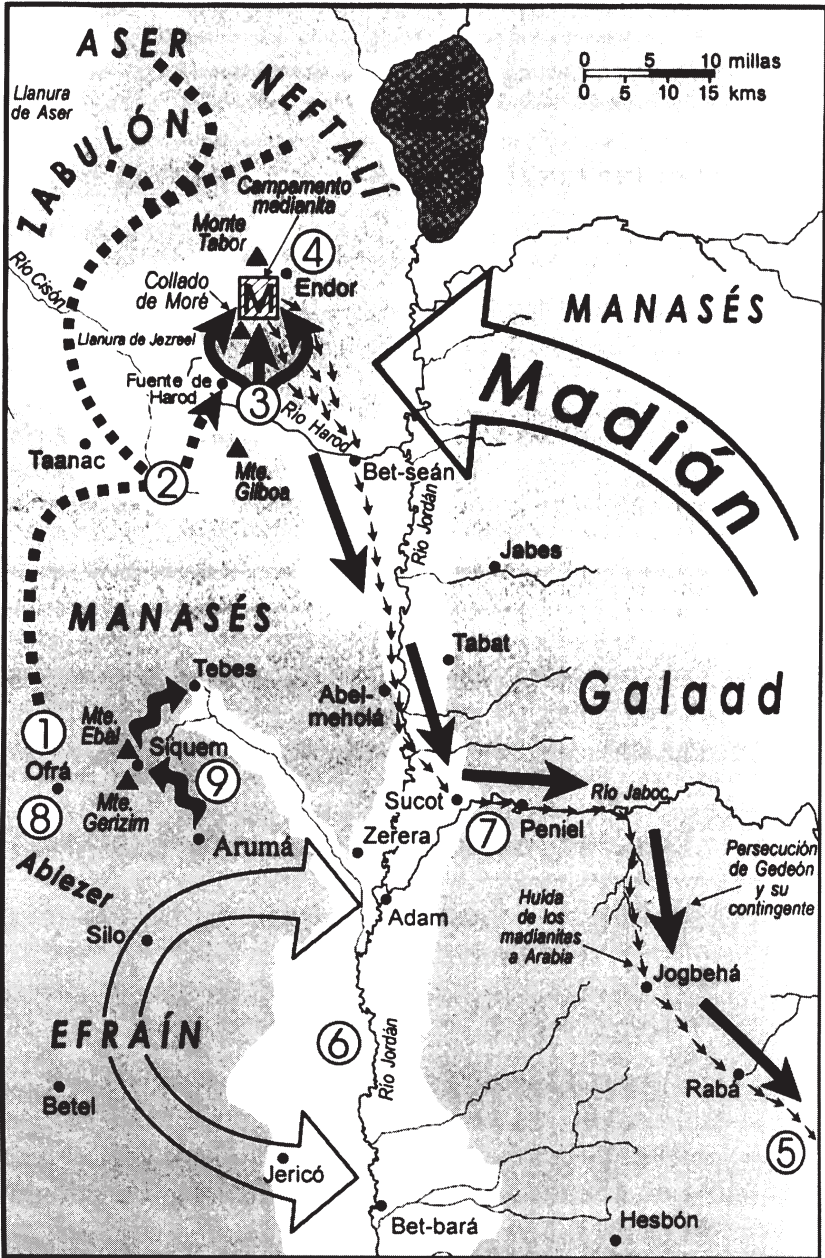
² Gedeón les respondió:

—¿Qué he hecho yo ahora comparado con vosotros? ¿No es lo que queda en los campos de Efraín mejor que la vendimia completa de Abiezer? ³ Dios ha entregado en vuestras manos a Oreb y a Zeeb, príncipes de Madián; ¿qué he podido yo hacer comparado con vosotros?

El enojo de ellos contra Gedeón se aplacó después que les habló así.

Los efrateos le presentaron a Gedeón los sangrientos trofeos de los dos jefes madianitas ejecutados, acompañados de duras palabras. Ellos se sentían ofendidos porque Gedeón no los había llamado al principio cuando alistaba sus tropas. ¿Acaso no había preferido el Señor a Efraín sobre Manasés cuando Jacob adoptó los dos hijos de José? ¿No fue la tribu de Efraín la que guió a los hijos de Raquel cuando marchaban a través del desierto del Sinaí? ¿No habían colocado las tribus el Arca de la presencia de Dios en Silo, en territorio de Efraín durante todos estos años? ¿Cómo entonces podía Gedeón llamarlos sólo para operaciones de limpieza después de la victoria?

“La respuesta suave aplaca la ira” (Proverbios 15:1). Gedeón seleccionó sus palabras con cuidado, él quería que los efrateos se



GEDEÓN vs. LOS MADIANITAS (Jueces 6–8). **1.** Ofra de Abiezer, donde vivía Gedeón. **2.** Fuente de Jarod, sitio en el que Gedeón convocó a Israel para oponerse a Madia, una tribu del desierto que durante siete años había incursionado sin oposición en el territorio del pueblo de Dios. El ejército de 32,000 hombres de Gedeón fue reducido a 300 en la Fuente de Harod. **3.** Tres compañía bajaron desde las laderas del collado de Moré contra el campamento de Madián. **4.** Cercanías de la aldea de Endor, donde los israelitas obtuvieron una victoria decisiva sobre Madián (Salmo 83:10). **5.** Gedeón persigue a los madianitas en fuga por el valle del Jordán y a través de Galaad, hasta adentrarse en Arabia, donde los derrota otra vez en Carcor, un oasis 172 Km al sudeste de Galaad. **6.** Efraín ayuda a Gedeón, bloqueando los vados del Jordán. **7.** Peniel y Sucot, lugares cuyos hombres fueron castigados por Gedeón a su regreso de Arabia por haberse negado a darle suministros a Israel durante la guerra contra Madián. **8.** Ofra es la ciudad en que Gedeón puso un efod después de haber rehusado la corona que le ofrecieron los ancianos. **9.** Siquem, localidad en la que **ABIMELEC**, hijo de Gedeón (Jueces 9), se instaló a sí mismo como rey, después de matar a todos menos uno de los otros hijos de su padre. Abimelec reinó 3 años, destruyó Siquem marchando desde Aruma, y fue muerto cuando atacaba la ciudad de Tebes.

calmaran. Visto superficialmente, el refrán que empleó parecía halagar la vanidad de estos hombres. Al comparar la captura y ejecución de los comandantes madianitas con la parte más pequeña de cualquier cosecha de uvas (lo que queda en los campos), Gedeón les decía a los efrateos que las glorias de la tribu de ellos eran tan grandes, que su propio triunfo parecía pequeño en comparación. Después, al cotejar la propia victoria de Gedeón con toda la vendimia, les pedía a los efrateos que creyeran que Abiezer y Manasés nunca tuvieron, y probablemente nunca iban a tener, algo semejante de que enorgullecerse. Al mismo tiempo, sus palabras eran intencionadamente ambiguas. Casi podemos ver cómo los hombres de Gedeón reían entre dientes mientras los fatuos efrateos se marchaban satisfechos. Las palabras claves “vendimia” y “lo que queda en los campos” tenían resonancias ocultas. Lo que quedaba en los campos se les dejaba a los pobres y la vendimia era para los ricos. Además, ambas palabras tienen en hebreo otras de sonido similar pero con significados muy distintos. Detrás de “rebusca” hay una palabra que puede significar “pueril”, y tras “vendimia” hay otra que puede interpretarse como “valiente”.

Sucot y Peniel son amenazados

⁴ Llegó Gedeón al Jordán y lo pasaron él y los trescientos hombres que traía consigo, cansados, pero todavía persiguiendo a los de Madián.

⁵ Luego dijo a los de Sucot:

—Os ruego que deis a la gente que me sigue algunos bocados de pan, porque están cansados y yo persigo a Zeba y a Zalmuna, reyes de Madián.

⁶ Los principales de Sucot respondieron:

—¿Están ya Zeba y Zalmuna en tus manos, para que demos pan a tu ejército?

⁷ Gedeón dijo:

—Cuando Jehová haya entregado en mis manos a Zeba y a Zalmuna, desgarraré vuestra carne con espinos y abrojos del desierto.

⁸ De allí subió a Peniel y les dijo las mismas palabras. Los de Peniel le respondieron como habían respondido los de Sucot. ⁹ Gedeón habló también a los de Peniel, diciendo:

«Cuando yo vuelva en paz, derribaré esta torre.»

Un ejército necesita comer. Lejos de su base al oeste del Jordán, Gedeón esperaba que sus compatriotas contribuyeran voluntariamente en señal de gratitud, ¡y vaya sorpresa que se llevó! Sucot (“refugios”) y Peniel (“la cara de Dios”) marcaban el lugar donde Jacob fue convertido en Israel después de luchar toda la noche con el ángel de Jehová. Ambas ciudades rechazaron la gratitud a favor de un grosero pragmatismo: ¿Y si la victoria de Gedeón era sólo una casualidad y los reyes de Madián retornaban más enojados que antes? ¿Qué le harían a las ciudades que ayudaron y apoyaron a sus enemigos?

Ante una segunda muestra de descortesía dentro de la propia familia, Gedeón perdió la paciencia; su victoria no era infundada y las dos ciudades iban a pagar con creces por su insensatez.

Victoria sobre Madián en el desierto

¹⁰ Zeba y Zalmuna estaban en Carcor con un ejército como de quince mil hombres, los que quedaban de todo el ejército de los hijos del oriente, pues habían caído ciento veinte mil hombres que sacaban espada. ¹¹ Subiendo, pues, Gedeón por el camino de los que vivían en tiendas al oriente de Noba y de Jogbeha, atacó el campamento, porque el ejército no estaba en guardia. ¹² Zeba y Zalmuna huyeron, pero Gedeón los persiguió, capturó a los dos reyes de Madián, Zeba y Zalmuna, y llenó de espanto a todo el ejército.

Los madianitas lograron escapar a Arabia. Carcor es un oasis en el Wadi Sirhan, mucho más allá de las fronteras de Canaán, a unos 192 km al este-sudeste de Sucot y Peniel. Nos sorprendemos ante la cantidad de bajas que el enemigo sufrió en esta guerra en la que, siguiendo la ruta de la caravana, Gedeón tomó por sorpresa al remanente

enemigo. Aparentemente Madián y sus aliados no contaban con la tenacidad de Gedeón. Los dos reyes de Madián lograron escurrirse, pero Gedeón los persiguió hasta más allá de Carcor.

Son castigados Sucot y Peniel

¹³ Cuando Gedeón hijo de Joás regresaba de la batalla, antes que el sol subiera, ¹⁴ capturó a un joven de los hombres de Sucot y lo interrogó. Él le dio por escrito los nombres de los principales y de los ancianos de Sucot: setenta y siete hombres.

¹⁵ Entonces entró en Sucot y dijo a los del pueblo:

«Aquí están Zeba y Zalmuna, por causa de los cuales os burlasteis de mí, diciendo: “¿Están ya en tus manos Zeba y Zalmuna, para que demos nosotros pan a tus hombres cansados?”»

¹⁶ Tomó Gedeón espinos y abrojos del desierto y con ellos castigó a los ancianos de Sucot. ¹⁷ Asimismo derribó la torre de Peniel y mató a los de la ciudad.

Gedeón se apresuró a regresar, pero la victoria total no aplacó su ira contra los ciudadanos de Sucot y Peniel; mostrando aquí una faceta de su personalidad que no podemos alabar, capturó a un muchacho e hizo que le revelara los nombres de sus amigos y vecinos. Gedeón apareció triunfal arrastrando tras sí a los dos reyes madianitas y se mofó de los líderes de Sucot arrojándoles en la cara las palabras que habían dicho cuando se negaron a darles pan a sus hombres, enfrascados en la persecución de Madián. Es imposible saber con seguridad qué clase de tortura sufrieron los hombres de Sucot. Una interpretación particularmente horripilante es la de que fueron obligados a acostarse sobre espinos, y después, les pasaron encima rastras de trillar hasta que murieron. A los ancianos de Peniel no les fue mejor, probablemente el derrumbe de la torre donde se refugiaron, siendo incendiada con ellos dentro, anuncia similares atrocidades de Abimélec, el hijo de Gedeón, que serán relatadas en el capítulo 9. Los israelitas habían aprendido a matar a sus propios compatriotas.

Un detalle interesante de esta historia es la habilidad del muchacho de Sucot para escribir y la capacidad de Gedeón para leer. La gente de Canaán, incluyendo a los israelitas, fueron los primeros del mundo antiguo que pasaron de la escritura pictográfica a un alfabeto más simple de menos de 30 caracteres. Esta idea revolucionaria significó que la escritura no estuvo limitada a unos pocos que convirtieron en profesión el dominio de miles de ideogramas que describían sílabas y palabras. El ejemplar escrito más antiguo que se conserva de un alfabeto data del mismo siglo en que Gedeón visitó a Sucot. Este es el ejercicio de un escolar, escrito en un fragmento de cerámica, que fue encontrado en Izbet-sarté, en lo que en un tiempo fue el territorio montañoso de Efraín.

Son ejecutados los reyes de Madián

¹⁸ Luego dijo a Zeba y a Zalmuna:

—¿Qué aspecto tenían aquellos hombres que matasteis en Tabor?

Ellos respondieron:

—Como tú, así eran ellos; cada uno parecía hijo de rey.

¹⁹ Entonces Gedeón gritó:

—Mis hermanos eran, hijos de mi madre. ¡Vive Jehová, que si les hubierais conservado la vida, yo no os mataría!

²⁰ Y dijo a Jeter, su primogénito:

«Levántate y mátalos.»

Pero el joven no desenvainó su espada, porque tenía temor, pues aún era muchacho.

²¹ Entonces dijeron Zeba y Zalmuna:

«Levántate y mátanos tú, porque según es el hombre, así es su valentía.»

Gedeón se levantó, mató a Zeba y a Zalmuna y tomó los adornos de lunetas que sus camellos traían al cuello.

La venganza de sangre por un pariente redentor estaba escrita por Dios en su pacto con Israel, como una manera efectiva de

prevenir el derramamiento de sangre (Deuteronomio 19:12). De repente, nos enteramos de que los hermanos de Gedeón habían perdido sus vidas durante los años de la opresión madianita. Gedeón sospechaba de los dos reyes, que libremente admitieron su culpa. También estamos inclinados a creer que Zeba y Zalmuna podían haber perdonado a los hermanos de Gedeón y que él lo sabía. Por su propia confesión, los reyes de Madián fueron condenados por asesinato a sangre fría. Gedeón escogió a su hijo mayor, sobrino de sus hermanos masacrados, para cobrar sangre por sangre.

¿Por qué? Aquí se nos da un vistazo del desarrollo posterior de la actitud de Gedeón. Él estaba frente a reyes haciendo su mejor esfuerzo por actuar como un igual o un superior. La caballerosidad, a la manera que la practican los hombres del desierto que respetan el valor en el combate, consistía en asestar el *golpe de gracia* por la mano de alguien de igual rango. Los habitantes de Sucot y Peniel fueron torturados y muertos porque se habían insubordinado contra un hombre de jerarquía, aunque fueran israelitas. El que Gedeón siquiera considerara la posibilidad de perdonar a sus dos cautivos nos dice que él jugaba de acuerdo a las reglas de los reyes. Estos podían excusar a sus padres por derramar la sangre de mil soldados de baja cuna, pero no perdonarían que se vertiese una sola gota de sangre azul. Para crédito de Jeter, éste no compartía las pretensiones de su padre. Los reyes madianitas se sintieron aliviados de que se les ahorrara la indignidad de recibir la muerte de manos de un muchacho. Pero ellos tampoco desperdiciaron la oportunidad de mofarse de Gedeón; la fortaleza de un hombre estaba en su primogénito (véanse las palabras de Jacob acerca de Rubén en Génesis 49:3). Aparentemente Gedeón no era tan fuerte; la implicación era que si las cosas hubieran sido al contrario, ningún príncipe madianita hubiera dejado de obedecer a su padre. Podemos sentir la ira y el dolor de Gedeón, mientras no perdía tiempo en derribar a Zeba y a Zalmuna y en quitarle a sus camellos los distintivos de los elevados cargos de sus dueños. Este proceder

no era diferente al acto de arrancarle las insignias del uniforme al oficial condenado por una corte marcial.

No a una corona, sí a un efod

²² Los israelitas dijeron a Gedeón:

—Sé tú nuestro señor, y también tu hijo y tu nieto, pues que nos has librado de manos de Madián.

²³ Pero Gedeón respondió:

—No seré señor sobre vosotros, ni lo será mi hijo. Jehová será vuestro Señor.

²⁴ Y añadió:

—Quiero haceros una petición: que cada uno me dé los zarcillos de su botín (pues traían zarcillos de oro, porque eran ismaelitas).

²⁵ Ellos respondieron:

—De buena gana te los daremos.

Y tendiendo un manto, echó allí cada uno los zarcillos de su botín.

²⁶ El peso de los zarcillos de oro que él pidió fue de mil setecientos siclos de oro, sin contar las lunetas, las joyas ni los vestidos de púrpura que traían los reyes de Madián, ni tampoco los collares que traían al cuello sus camellos.

²⁷ Gedeón hizo con todo eso un efod, que mandó guardar en su ciudad de Ofra. Y todo Israel se prostituyó tras ese efod en aquel lugar, el cual se volvió tropezadero para Gedeón y su casa.

¡Oh Gedeón! Tus palabras son muy nobles pero tus hechos te traicionan. Algunas generaciones más tarde, los israelitas vendrían a Samuel con una petición similar, para que les diera un rey. No hay ningún profeta del Señor en esta porción del libro de Jueces a quien Dios le pudiera dirigir las palabras que más tarde le dijo a Samuel, pero de todos modos éstas encajan aquí: “porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 Samuel 8:7). El Señor había ganado la batalla que

realmente importaba. ¿Y qué, si Gedeón e Israel hubieran quedado satisfechos con dejar partir a los madianitas derrotados, pero a la vez contentos de poder escapar a sus hogares en el desierto? ¿No hubiera protegido Dios a Israel de una nueva invasión de parte de Madián? Por supuesto que hubiera provisto a todo Israel, incluyendo Gedeón, siempre y cuando hubieran mantenido al Señor reinando en su corazón como su único y verdadero rey.

Gedeón rechazó la corona y hasta dio la razón correcta para hacerlo. Pero había probado el poder y le gustaron los ornamentos de la realeza. El botín de la guerra con Madián fue de entre 18 y 34 kg de oro, dependiendo del peso que tuviera el “shekel” de ese tiempo. Dicho tesoro fue fundido y convertido en un efod. Parece extraño esto de un efod hecho de oro, puesto que el efod del sumo sacerdote era una vestidura bordada (Éxodo 28:39). El efod aprobado por Dios se fijaba al manto azul del sumo sacerdote con uniones de oro y puede que haya tenido entretejidos hilos de oro. El efod de Gedeón, si es que era un artículo de vestir, debe haber estado pesadamente cargado con filigranas de oro e hilos metálicos, a tal punto que podía haber quedado parado rígidamente como una clase de trofeo: carente de cabeza, brazos y piernas, digno de un rey.

El efod de Gedeón no era algo inocente, él diseñó una vestimenta de tipo religioso sin autorización de Dios. La pleitesía que pronto le fue tributada al efod de Gedeón le pertenecía al Señor y no a un objeto. Un hombre que una vez había sido temeroso y vacilante estaba pecando sin miedo y osadamente; un líder que una vez había sido cubierto por el Espíritu Santo ahora quebrantaba el Primer Mandamiento con algo muy parecido a un ídolo. A causa de la adoración de Baal y Asera después de la muerte de Josué, Israel se había comportado literal y espiritualmente como una prostituta. Sólo podemos esperar que Gedeón, como el rey Manasés de Judá (2 Crónicas 33), se haya arrepentido en su vejez, aunque el mal que había hecho ya no se podía deshacer.

No está claro por qué el escritor del libro de Jueces se refiere de pronto a la coalición madianita como ismaelitas; Ismael era el hijo de Abraham con Agar (Génesis 16), Madián era hijo de Abraham con Cetura (Génesis 25). Quizás Ismael, a quien Dios bendijo específicamente, era reivindicado como el antecesor por toda la descendencia de Abraham que habitaba en el desierto.

Sin contar los aretes de oro, los demás artículos del botín eran suficientes para hacer que Gedeón y su banda de trescientos hombres fuesen ricos por el resto de sus vidas. Los ornamentos que usaban en los camellos tenían forma de luna creciente; es interesante que este símbolo, favorecido por los hombres del desierto en los días de Gedeón, sobreviva actualmente en el mundo árabe como emblema del Islam.

El final de Gedeón

²⁸ Así fue sometido Madián delante de los hijos de Israel, y nunca más volvió a levantar cabeza. Y hubo paz en la tierra durante cuarenta años en los días de Gedeón.

²⁹ Luego Jerobaal hijo de Joás se fue a vivir a su casa, ³⁰ y tuvo Gedeón setenta hijos que constituyeron su descendencia, porque tenía muchas mujeres. ³¹ También su concubina, que estaba en Siquem le dio un hijo, al cual llamó Abimelec.

³² Murió Gedeón hijo de Joás en buena vejez y fue sepultado en el sepulcro de su padre Joás, en Ofra de los abiezeritas.

Dios no le retiró su bendición a Israel durante la vida de Gedeón, en la que la tierra tuvo reposo por 40 años. Gedeón no tenía una corona, pero no obstante, se fue a casa a su efod y a llevar de todos modos una vida de rey. Reunió un serrallo y engendró varios príncipes legítimos. De paso, también ignoró la prohibición de casarse con mujeres cananeas y se casó con una hija de los paganos de Siquem. Esta “extranjera” tenía, de acuerdo a las

costumbres matrimoniales no israelitas, el derecho de permanecer en casa de su padre. El nombre del hijo nacido de esta unión fue Abimelec que significa “mi padre es rey”, lo que nos hace preguntarnos qué tenía Gedeón en mente cuando llamó así al niño.

Nos enfrentamos con la cuestión acerca del lugar donde estará Gedeón en la eternidad. Dios le dio una larga vida y un funeral honorable; su nombre aparece relacionado en Hebreos 11 con aquellos que “conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas” (versículos 32 y 33). Aparentemente la misma misericordia que el Señor derramó sobre tantos de los imperfectos santos del Antiguo Testamento alcanzó también a Gedeón.

La quinta apostasía

³³ Pero aconteció que cuando murió Gedeón, los hijos de Israel volvieron a prostituirse yendo tras los baales, y escogieron por dios a Baal-berit. ³⁴ No se acordaron los hijos de Israel de Jehová, su Dios, que los había librado de todos los enemigos de su alrededor, ³⁵ ni se mostraron agradecidos con la casa de Jerobaal, o sea, de Gedeón, conforme a todo el bien que él había hecho a Israel.

Gedeón dejó una herencia religiosa nociva ya que su efod alentó una mezcla de lo bueno y lo malo. Los israelitas habían sido culpables de seleccionar mal durante años, pero había que escoger entre Baal o el Señor. Ahora era posible tener un Baal-berit, o sea, un dios de la tradición cananea, pero que al mismo tiempo reflejaba una relación de alianza como la que se había hecho entre Dios y su pueblo en el monte Sinaí.

Como ocurre frecuentemente, los hijos pródigos muestran poco respeto por el padre indulgente que los malcria. Gedeón trajo la victoria y la paz, pero su propio hijo, que fue el guía de la siguiente generación, creó una opresión en su propio país que le iba a robar de paz a Israel hasta que llegaron los días de David y Salomón.

ABIMELEC (JUECES 9:1-57)

La quinta opresión: Abimelec, hijo de Gedeón

9 Abimelec hijo de Jerobaal fue a Siquem, a los hermanos de su madre, y dijo a ellos y a toda la familia de la casa del padre de su madre:

² «Yo os ruego que digáis a todos los de Siquem: “¿Qué os parece mejor, que os gobiernen setenta hombres, todos los hijos de Jerobaal, o que os gobierne un solo hombre?” Acordaos que yo soy hueso vuestro y carne vuestra.»

³ Hablaron por él los hermanos de su madre a todos los de Siquem todas estas palabras, y el corazón de ellos se inclinó a favor de Abimelec, porque decían: «Nuestro hermano es.»

⁴ Además le dieron setenta siclos de plata del templo de Baal-berit, con los cuales Abimelec alquiló hombres ociosos y vagabundos que lo siguieran. ⁵ Y yendo a la casa de su padre en Ofra, mató a sus hermanos, los setenta hijos de Jerobaal, sobre una misma piedra; pero quedó Jotam, el hijo menor de Jerobaal, que se escondió. ⁶ Entonces se juntaron todos los de Siquem con toda la casa de Milo, y fueron y proclamaron rey a Abimelec cerca de la llanura del pilar que estaba en Siquem.

Israel había experimentado: la invasión (Cusán de Aram), la ocupación (Eglón de Moab), el revés del papel de dominante al de dominado (Jabín y Sísara de Canaán), y bandas de merodeadores (Zeba y Zalmuná de Madián). El quinto opresor fue un usurpador mitad israelita, mitad cananeo; Abimelec de Siquem.

La ciudad de Siquem y el pueblo de Dios compartían una larga historia. Abraham acampó allí (Génesis 12:6); y fue este el sitio donde la violación de la hija de Jacob y la traición subsecuente de Simeón y Leví rompieron la coexistencia pacífica de los patriarcas

con sus vecinos (Génesis 34). Esta ciudad resultó escogida por Dios para las ceremonias del pacto que marcaron la exitosa entrada de Israel a la Tierra Prometida y la despedida de Josué (Josué 24:1). Después de un tiempo, los huesos de José recibieron allí reverente sepultura (Josué 24:32). En la Biblia no está registrada ninguna “conquista” de Siquem, ni se registra la ciudad entre las fortificaciones cananeas pendientes por conquistar por Josué o por las tribus. De modo que se nos brinda el cuadro de una ciudad cuya población, debido a que persistía una minoría cananea considerable, estaba ligada aunque laxamente al pacto de alianza. Este era el lugar perfecto para un templo a Baal-berit y para una monarquía transitoria, dirigida por lo peor de Canaán y lo peor de lo que había venido a ser Israel.

La muerte de Gedeón en la cercana Ofra desató el baño de sangre característico de las monarquías orientales, con la usurpación del poder entre los hijos del gobernante muerto. Puede que los hijos de Gedeón que estaban en Ofra fueran todos como Jeter, el mayor de ellos, quien se negó a comportarse como el hijo de un rey. Abimelec en Siquem no tenía esos escrúpulos: primero, les hizo un llamamiento a los siquemitas, haciendo uso de los miembros del clan de su madre como propagandistas políticos; después, con un generoso préstamo del tesoro del templo local, compró una banda de rufianes amorales para que llevaran a cabo sus órdenes. El texto hebreo se refiere a ellos como “ociosos y vagabundos”. Con sus matones a sueldo, Abimelec marchó a Ofra y tomó por sorpresa a todos sus medios hermanos con excepción del menor, y allí en la casa de su padre, los mató a todos uno por uno a sangre fría sobre la misma piedra.

A todo esto siguió la coronación que tuvo lugar “cerca de la llanura del pilar que estaba en Siquem”. Con referencia a este versículo 6, las Escrituras nos dice que Abram pasó “donde está la encina de Moré” (Génesis 12:6). El árbol en cuestión era un punto de referencia muy conocido, al cual se señala como elemento distintivo de Siquem. Cuando Jacob retornó de Aram, le

ordenó a su familia que se deshiciera de los dioses ajenos y de sus amuletos, y “los escondió debajo de una encina que había junto a Siquem” (Génesis 35:4). Este elemento del paisaje se vuelve a mencionar cuando Josué renovó el pacto de Dios con Israel y los urgió a desechar los dioses extraños. Como un recordatorio de lo acontecido, Josué levantó después una gran piedra debajo “de la encina que estaba junto al santuario de Jehová” en Siquem (Josué 24:26). Resulta indudable que Abimelec quería que el pueblo lo viera a él y a su reino como una continuación de estas veneradas tradiciones.

Al mismo tiempo, leemos que la población de la casa de Milo se unió a los ciudadanos de Siquem en la ceremonia de coronación. La Biblia habla de dos lugares llamados Milo, uno en Jerusalén (2 Reyes 12:20) y el que se menciona aquí. Un “milo” es un área rellena para crear una plataforma. Ahora bien, dado que la palabra puede significar “casa” o “templo”, el “Milo” de Siquem era probablemente el santuario recién erigido allí, es decir, el templo de Baal-berit. Abimelec quería también que se le identificara con la religión mixta que se había arraigado en su ciudad.

La parábola profética de Jotam

⁷ Cuando se lo dijeron a Jotam, éste subió a la cumbre del monte Gerizim, y alzando su voz clamó:

**«Oídme, hombres de Siquem,
y así también os oiga Dios:**

**⁸ Fueron una vez los árboles//a elegirse un rey
y dijeron al olivo: “Reina sobre nosotros.”**

⁹ Pero el olivo respondió:

**“¿He de dejar mi aceite, con el cual//se honra a Dios y a los
hombres,
para reinar sobre los árboles?”**

10 »Dijeron, pues, los árboles a la higuera:

“Anda tú, reina sobre nosotros.”

11 La higuera respondió:

“¿He de dejar mi dulzura y mi buen fruto para reinar sobre los árboles?”

12 »Dijeron luego los árboles a la vid:

“Pues ven tú, reina sobre nosotros.”

13 La vid les respondió:

“¿He de dejar mi vino, // que alegra a Dios y a los hombres, para reinar sobre los árboles?”

14 »Todos los árboles rogaron entonces // a la zarza:

“Anda tú, reina sobre nosotros.”

15 Pero la zarza respondió a los árboles:

“Si en verdad me proclamáis // rey sobre vosotros, venid, abrígaos bajo mi sombra; y si no, salga fuego de la zarza y devore a los cedros del Líbano.”

16 »Ahora, bien: ¿Habéis procedido con verdad y con integridad al hacer rey a Abimelec? ¿Habéis actuado bien con Jerobaal y con su casa, le habéis pagado conforme a la obra de sus manos? ¹⁷ Mi padre peleó por vosotros y expuso su vida al peligro para libraros de manos de Madián, ¹⁸ y vosotros os habéis levantado hoy contra la casa de mi padre y habéis matado a sus setenta hijos sobre una misma piedra, y habéis puesto por rey sobre los de Siquem a Abimelec, hijo de su criada, debido a que es vuestro hermano. ¹⁹ Si con verdad y con integridad habéis procedido hoy con Jerobaal y con su casa, que gocéis de Abimelec y él goce de vosotros. ²⁰ Y si no, fuego salga de Abimelec y consuma a los de Siquem y a la casa de Milo, y fuego salga de los de Siquem y de la casa de Milo y consuma a Abimelec.»

²¹ Jotam escapó y huyó, se fue a Beer y allí se quedó por miedo de su hermano Abimelec.

Siquem yace entre dos montañas, Ebal y Gerizim. Sobre cada una de ellas, Josué había desplegado seis tribus a fin de que recitaran las bendiciones y las maldiciones de la Ley. Ebal fue la montaña de las maldiciones, pero Jotam escogió la otra para decirle al pueblo de Siquem lo que pensaba acerca de su malvado medio hermano.

Las palabras de Jotam comenzaron con una parábola cuidadosamente compuesta, y probablemente cantada, que nos recuerda las fábulas de Esopo. Las plantas son metáforas que representan a los gobernantes; las primeras tres son todas útiles para algo, cada una está satisfecha con el papel que Dios le ha asignado y no busca mayor honor. Es evidente que Jotam tiene en mente aquellos jueces que sirvieron a Dios y no buscaron corona. La última planta es inútil, pero quiere reinar; ésta claramente representa a Abimelec.

Es en este punto cuando Jotam comienza a interpretar la parábola. Sus palabras, dirigidas a los siquemitas, destilan sarcasmo. Si ellos han tomado refugio bajo las espinas de la zarza, que es su rey, inspirados por nobles motivos, y lo han colocado en el trono con la más honorable de las acciones, ¡pues bien!; pero si no es así, que se cuiden. Las zarzas se queman, y cuando lo hacen, ni siquiera los más preciados árboles del bosque, los cedros del Líbano, pueden sobrevivir.

Al pueblo de Siquem y los aristócratas de la casa de Milo se les dio qué pensar, ¿Habían honrado a Gedeón asesinando a 70 de sus hijos para permitir que uno gobernara? ¿Eran sus motivos desinteresados cuando escogieron a uno de ellos y derramaron la sangre de 70 que podían haber bendecido a todo Israel? ¡No! No había honor ni abnegación en Siquem, seguramente iban a probar el fuego, y todo Israel iba a ser devastado por lo que habían hecho. En este sentido, la parábola de Jotam resultó profética.

Desgobierno de Abimelec

²² Después que Abimelec hubo dominado sobre Israel tres

años, ²³ envió Dios un espíritu de discordia entre Abimelec y los hombres de Siquem, y los de Siquem se rebelaron contra Abimelec, ²⁴ para que la violencia hecha a los setenta hijos de Jerobaal, y su sangre, recayera sobre su hermano Abimelec, que los mató, y sobre los hombres de Siquem que lo ayudaron a matar a sus hermanos. ²⁵ Los de Siquem pusieron en las cumbres de los montes asechadores que robaban a todos los que pasaban junto a ellos por el camino. De esto se dio aviso a Abimelec.

El fuego fue encendido por un espíritu maligno enviado por Dios; este no era un espíritu de paz, sino el fuego del juicio divino contra la perversidad. Dios envía esos espíritus cuando retira su favor y le permite a Satanás y a sus malignos aliados libre dominio en los asuntos de los hombres.

Aquí, y a todo lo largo de este capítulo, falta toda mención de Dios como “Jehová”. El texto hebreo de la historia de Abimelec no usa el nombre de cuatro letras para Jehová, el Señor del pacto, quien se reveló a sí mismo a Israel como el Dios de la libre y fiel misericordia. La alianza entre Abimelec y el pueblo de Siquem era una alianza de egoísmo y deshonor, que había encontrado su confirmación religiosa en el templo de Baal-berit, construido por manos humanas en la casa de Milo.

Fue en el monte Sinaí donde Dios les prometió a los creyentes de Israel: “En todo lugar donde yo haga que se recuerde mi nombre, vendré a ti y te bendeciré” (Éxodo 20:24). Durante el período de los jueces, las bendiciones de Dios fluyeron desde el santo Tabernáculo en Silo servido por los sacerdotes consagrados de la casa de Aarón, quienes le enseñaron a Israel a observar tanto la ley como el evangelio en las enseñanzas de Moisés. Más tarde en el Antiguo Testamento, las mismas bendiciones y enseñanzas fluyeron desde el sagrado templo de Jerusalén. Al final, estos dos santuarios fueron destruidos a causa del egoísmo y el deshonor.

Pero Dios reservaba para él un templo perfecto, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la virgen María; en ese templo, el

Señor pondría su honor justo, y desde ese lugar, clavado a una cruz, iban a fluir bendiciones suficientes para el mundo entero.

El espíritu del mal se hizo sentir en el tercer año del gobierno de Abimelec. Se supone que los reyes debían proteger a los ciudadanos, y debían permitirle a sus súbditos el traslado con seguridad de sus bienes y de las personas de un pueblo a otro. Por darles esa protección, los soberanos establecían impuestos. Sin embargo, el pueblo de Siquem avergonzaba a Abimelec, estimulando y sosteniendo bandidos para que robaran y mutilaran. Al mismo tiempo le robaban lo que podían y se quedaban con lo que podía haber estado sujeto a impuestos.

La traición engendra traición

²⁶ Un día, Gaal hijo de Ebed pasó con sus hermanos por Siquem, y los de Siquem pusieron en él su confianza. ²⁷ Salieron al campo, recogieron y pisaron la uva, e hicieron fiesta: entraron en el templo de sus dioses y, comiendo y bebiendo, maldijeron a Abimelec.

²⁸ Entonces Gaal hijo de Ebed dijo:

«¿Quién es Abimelec, y qué es Siquem, para que nosotros le sirvamos? ¿No es hijo de Jerobaal? ¿No es Zebul su ayudante? Servid a los hombres de Hamor, padre de Siquem; pero ¿por qué hemos de servir a Abimelec? ²⁹ Ojalá estuviera este pueblo bajo mi mano; enseguida arrojaría yo a Abimelec, y le diría: “Refuerza tus ejércitos, y sal a pelear.”»

³⁰ Cuando Zebul, gobernador de la ciudad, oyó las palabras de Gaal hijo de Ebed, se encendió en ira ³¹ y envió secretamente mensajeros a decir a Abimelec: «Gaal hijo de Ebed y sus hermanos han venido a Siquem y están sublevando la ciudad contra ti. ³² Levántate, pues, ahora de noche, tú y el pueblo que está contigo, y pon emboscadas en el campo. ³³ Por la mañana, al salir el sol, madruga y cae sobre la ciudad. Cuando Gaal y el pueblo que está con él salgan contra ti, tú harás con él según se presente la ocasión.»

³⁴ Levantándose, pues, de noche Abimelec y todo el pueblo que con él estaba, pusieron emboscada contra Siquem con cuatro compañías. ³⁵ Cuando Gaal hijo de Ebed salió, se puso a la entrada de la puerta de la ciudad. Entonces Abimelec y todo el pueblo que con él estaba salieron de sus escondites.

³⁶ Al verlos, Gaal dijo a Zebul:

—He allí gente que descende de las cumbres de los montes.

Zebul le respondió:

—Tú ves la sombra de los montes como si fueran hombres.

³⁷ Volvió Gaal a hablar, y dijo:

—¡He allí gente que descende de en medio de la tierra, y una tropa que viene por el camino de la encina de los adivinos!

³⁸ Zebul le respondió:

—¿Cómo? Si antes decías: “¿Quién es Abimelec para que lo sirvamos?” ¿No es éste el pueblo que tenías en poco? Sal pues, ahora, y pelea con él.

³⁹ Gaal salió al frente de los de Siquem y peleó contra Abimelec. ⁴⁰ Pero Abimelec lo persiguió; Gaal huyó de él y muchos cayeron heridos hasta la puerta misma de la ciudad. ⁴¹ Abimelec se quedó en Aruma, y Zebul echó fuera de Siquem a Gaal y a sus hermanos para que no habitaran en Siquem.

El rey Abimelec colocó a Zebul (“el altivo”), un fiel diputado suyo, a cargo de los asuntos de Siquem, mientras que él estableció su cuartel general en Aruma (versículo 41), un lugar a 8 km. al sur de Siquem. En ausencia del rey, una oposición desleal se aglutinó en torno de Gaal (“el repugnante”), hijo de Ebed (“un esclavo”), quien en cuanto a maldad no difería en nada de Abimelec.

Las cosas llegaron a su punto culminante durante la festividad de alabanzas, relacionada con la cosecha de las frutas de verano; esa festividad se menciona en Levítico 19:24, como el momento en que cada cuatro años el fruto de los árboles era consagrado al Señor en acción de gracias. A la festividad de Siquem difícilmente se le podía comparar; de hecho, era simplemente una bacanal en la que los “adoradores” se emborrachaban lo suficiente como para

soltar la lengua y decir lo que pensaban. Gaal maldijo a Abimelec y expresó en voz alta su deseo de tomar el mando de los guerreros de Siquem en una rebelión contra su rey ausente. Él restituiría el antiguo honor de los hijos de Hamor. Con esto estaba haciendo referencia al padre del príncipe cananeo que violó a Dina y posteriormente pidió su mano (Génesis 34). Zebul le avisó secretamente a Abimelec que era mejor que retornara a la ciudad inmediatamente y preparara una emboscada contra Gaal.

Al llegar la mañana, Abimelec tenía sus tropas desplegadas a cierta distancia de la ciudad; Gaal, con los ojos nublados por la borrachera de la noche anterior, pensó que veía movimiento de tropas pero no podía estar seguro. Zebul le dijo que las sombras lo estaban engañando, pero finalmente ni siquiera una persona que sufriera los efectos de una borrachera podía ser engañada. No había duda, dos tropas de hombres se acercaban. Una bajaba de la montaña, que los nativos llamaban “el ombligo”, término que nuestra versión Reina Valera 1995 llama, “en medio de la tierra”, y que probablemente fuese el monte Gerizim. La segunda tropa avanzaba por el camino donde había una encina que, además de ser un punto destacado del paisaje, era a donde acudía la gente del lugar para consultar a los adivinos.

Con los ciudadanos de Siquem oyendo, Zebul retó a Gaal; si los hombres que avanzaban eran los de Abimelec, ¿estaría él a la altura de sus alardes de borracho que hizo la noche anterior? Gaal no tenía otra opción: o perdía el poder por descrédito o se arriesgaba a perderlo en la batalla. Esta no resultó ser una pelea justa; sin tiempo para prepararse, Gaal fue rotundamente derrotado y fue ahuyentado.

Siquem es destruido

⁴² Aconteció al siguiente día, que el pueblo salió al campo. Le dieron aviso a Abimelec, ⁴³ el cual tomó a su gente, la repartió en tres compañías y puso emboscadas en el campo.

Cuando miró, vio al pueblo que salía de la ciudad. Entonces se levantó contra ellos y los atacó. ⁴⁴ Abimelec y la compañía que estaba con él acometieron con ímpetu y se detuvieron a la entrada de la puerta de la ciudad; las otras dos compañías acometieron a todos los que estaban en el campo y los mataron. ⁴⁵ Abimelec peleó contra la ciudad todo aquel día, la tomó y mató al pueblo que en ella estaba; destruyó la ciudad y la sembró de sal.

⁴⁶ **Cuando oyeron esto todos los que estaban en la torre de Siquem, se metieron en la fortaleza del templo del dios Berit. ⁴⁷ Avisaron a Abimelec que estaban reunidos los hombres de la torre de Siquem, ⁴⁸ y subió junto con toda la gente que estaba con él al monte Salmón, tomó un hacha en la mano, cortó una rama de los árboles y, levantándola, se la puso sobre sus hombros, diciéndole al pueblo que estaba con él:**

«Lo que me habéis visto hacer, apresuraos a hacerlo como yo.»

⁴⁹ **Todo el pueblo cortó también cada uno su rama y siguieron a Abimelec; pusieron las ramas junto a la fortaleza del templo y le prendieron fuego con ellas, de modo que todos los de la torre de Siquem murieron, unos mil, entre hombres y mujeres.**

Abimelec quería darle a los de Siquem una lección que nunca olvidaran. Cuando los agricultores siquemitas salieron a trabajar sus campos, las tropas de Abimélec se apoderaron de la puerta de la ciudad, dividiendo así a las fuerzas de Siquem. De inmediato comenzó un baño de sangre dentro y fuera del pueblo. El “fuego” del rey zarza, tal como Jotam había profetizado, estaba consumiendo a aquellos que una vez buscaron la sombra de su gobierno.

Mil de los aristócratas de Siquem, que eran conocidos como “los hombres de la torre”, buscaron refugio en la fortaleza del templo que nuestra versión Reina Valera 1995 llama, “del dios Berit”. Este mismo lugar es designado por la Nueva Versión

Internacional como el templo de El Berit. La primera parte de este apelativo compuesto, es decir: “El”, identificaba al padre de Baal; pero El Berit y Baal-berit eran nombres que se intercambiaban frecuentemente en la mitología cananea.

Abimelec sabía qué hacer con los refugiados; así que cortó ramas de árboles del monte Salmón (“pico oscuro”, quizás no fuera sino el mismo monte Ebal, cuyas laderas una vez estuvieron cubiertas de árboles, y que también era el sitio desde donde se habían pronunciado las maldiciones que se registran en Deuteronomio 27:4-26), y pidió que sus hombres hicieran lo mismo. El fuego dilató las piedras del edificio haciendo que se quebrasen o se cayesen de las paredes donde estaban incrustadas. Este era un fuego real y completaba la primera parte de la profecía de Jotam, Siquem había sido destruida y sus habitantes masacrados. Abimelec esparció sal sobre las cenizas, impidiendo así que el terreno fuera cultivado (Deuteronomio 29:23), a fin de evitar la repoblación inmediata del lugar.

El innoble fin de Abimelec

⁵⁰ Después Abimelec marchó sobre Tebes, le puso sitio y tomó la ciudad. ⁵¹ En medio de Tebes había una torre fortificada, a la cual se retiraron todos los hombres, las mujeres y todos los señores de la ciudad. Cerraron tras sí las puertas y se subieron al techo de la torre. ⁵² Llegó Abimelec a la torre y la atacó; pero cuando se acercó a la puerta para prenderle fuego, ⁵³ una mujer dejó caer un pedazo de rueda de molino sobre la cabeza de Abimelec y le rompió el cráneo. ⁵⁴ Abimelec llamó apresuradamente a su escudero y le dijo:

«Saca tu espada y mátame, para que no se diga de mí: “Una mujer lo mató.»»

Entonces su escudero lo atravesó con la espada, y murió. ⁵⁵ Cuando los israelitas vieron muerto a Abimelec, se fueron cada uno a su casa.

⁵⁶ Así pagó Dios a Abimelec el mal que había hecho contra

su padre al matar a sus setenta hermanos. ⁵⁷Y todo el mal de los hombres de Siquem lo hizo Dios volver sobre sus cabezas. Y se cumplió en ellos la maldición de Jotam hijo de Jerobaal.

Otro “fuego” iba a sellar en breve el resto de la profecía de Jotam. La profecía comenzó a cumplirse cuando Abimelec se puso en marcha contra Tebes. Hay una población con un nombre moderno y similar localizada a unos 14 km al noroeste de Siquem; sin embargo, los estudios arqueológicos prefieren identificar a Tebes con Tirsá, una ciudad estratégica un poco más cerca de Siquem, pero en la misma dirección. Tirsá se iba a convertir en la capital del reino de Israel desde el reinado de Jeroboam I hasta el reinado de Omri. Aquí, los sucesos se desarrollaron de la misma manera como habían ocurrido en Siquem: la ciudad cayó, pero sus líderes buscaron protección en una torre fortificada. Abimelec recurrió nuevamente al fuego y fue el primero en llevarlo a la base de la torre.

Un proyectil bien dirigido que se dejó caer desde lo alto de la torre hirió gravemente a Abimelec, pero no lo mató. Una parte de la rueda de un molino de mano, quizás de unos 21 cm de espesor y 33 cm de ancho, le cayó en la cabeza. Como pasa con muchos guerreros que viven para la fama y los honores, el orgullo masculino de Abimelec no podía tolerar lo que le estaba ocurriendo; pero, aparte del mortal golpe que le asestó su propio escudero, fue la certera puntería de una hábil mujer la que hizo realidad lo dicho por Jotam.

El corazón del territorio de Israel estaba asolado, tres años de desgobierno habían creado un vacío político que pronto iban a llenar otros opresores.

TOLA Y JAÍR (JUECES 10:1-18)

Tola, el primer héroe competente

10 Después de Abimelec, se levantó para librar a Israel Tola hijo de Fúa hijo de Dodo, hombre de Isacar, el cual habitaba en Samir, en los montes de Efraín. ²Tola juzgó a Israel veintitrés años. Murió y fue sepultado en Samir.

¿Qué hace el dueño de una casa cuando hay una seria avería el fin de semana? Si el propietario de la vivienda es un hombre acaudalado, llamará a alguien competente para que haga lo que pueda. Cuando Abimelec causó estragos en el corazón del territorio de Israel, el Señor hizo que un hombre competente ocupara la posición de juez. La colina de Samir, ubicada al oeste de Siquem, estaba llamada a convertirse posteriormente en la capital del Reino del Norte, llamado también Reino de Israel. La provincia de Samaria derivaría finalmente su nombre de esta elevación donde Tola, un hombre de Isacar, plantó su cuartel general e impidió durante 23 años que la nación se derrumbara.

Resulta extraño que Isacar no figurara en la guerra contra Madián, aun cuando el campamento madianita victoriosamente tomado por Gedeón se encontraba en la heredad de esta tribu. Quizás la dominación de siete años de Madián había hecho que los mejores hombres de este territorio buscaran refugio lejos de su hogar, y tal vez Tola haya sido uno de los muchos que se escondieron en las montañas. Este nombre que en hebreo significa “gusano” disponía de una bien reconocida genealogía judía. Tanto Pua como Dodo eran descendientes de Isacar.

Jaír, el segundo héroe competente

³ Tras él se levantó Jaír galaadita, el cual juzgó a Israel veintidós años. ⁴ Tuvo treinta hijos, que cabalgaban sobre treinta asnos; y tenían treinta ciudades, que se llaman las ciudades de Jaír hasta hoy, las cuales están en la tierra de Galaad. ⁵ Murió Jaír y fue sepultado en Camón.

Algún tiempo después, un hombre de Galaad llamado Jaír (“el que ilumina”) guió a Israel durante 22 años. Si en este caso, “tras él” significa “un poco después” (es decir, un año más tarde), podemos considerar a Jaír y a Tola como contemporáneos que dejaron la escena juntos, exactamente antes que los amonitas y los filisteos se afianzaran como naciones. Si esta interpretación es correcta, Israel habría dispuesto simultáneamente de dos hábiles héroes, uno a cada lado del Jordán.

El juez Jaír llevaba el nombre de sus ilustres antepasados; un Jaír, del clan de Manasés, tomó posesión de 60 aldeas en Basán y Galaad, siendo de todos los asentamientos israelitas situados al este del Jordán los que estaban más al norte (Números 32:41; Deuteronomio 3:14; Josué 13:30). El otro Jaír, el hijo de Segub (1 Crónicas 2:22), gobernó 23 de los 60 poblados.

Jaír el juez dirigió sólo 30 ciudades, usando a sus 30 hijos que montaban en 30 asnos. La extraña palabra hebrea que significa “asno” da lugar aquí a un juego de palabras. Este término y otro de uso más común son usados en la famosa profecía de Zacarías concerniente a la entrada de Jesús a Jerusalén el Domingo de Ramos (9:9). Los hijos de Jaír jugaban el papel de nobles de poca monta, actuando como buenos administradores de su padre.

El lugar de sepultura de Jaír fue Camón, una de sus 30 ciudades, la que posiblemente corresponda con Qamm en la Jordania moderna.

La sexta apostasía trae la opresión amonita

⁶ Pero los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová y sirvieron a los baales y a Astarot, a los dioses de Siria, a los dioses de Sidón, a los dioses de Moab, a los dioses de los hijos de Amón y a los dioses de los filisteos. Abandonaron a Jehová y no lo sirvieron. ⁷ Se encendió entonces la ira de Jehová contra Israel, y los entregó en manos de los filisteos y de los hijos de Amón, ⁸ los cuales oprimieron y quebrantaron a los hijos de Israel en aquel tiempo durante dieciocho años, a todos los hijos de Israel que vivían en Galaad, al otro lado del Jordán, en tierra del amorreo. ⁹ Los hijos de Amón pasaron el Jordán para hacer también guerra contra Judá, contra Benjamín y contra la casa de Efraín, y sufrió Israel gran aflicción.

La apostasía en Israel no estaba estática; Baal y Astarot siempre eran parte de la mezcla, las adiciones a éstos no faltaban. Gedeón erigió su efod, Siquem añadió a Baal-berit, y los de la generación que siguió a Tola y Jaír tomaron prestados dioses de todas partes, tanto que aquí se nombran siete deidades nacionales diferentes. Cuatro de esos países fueron opresores de quienes el Señor había liberado a Israel mediante jueces: Aram (Otoniel), Moab y Amón (Eúd), Filistea (Samgar). Los sidonios eran cananeos y quizás se mencionan aquí porque la versión de Baal y Astarot pudo haber sido adoptada por Jabín de Hazor (Débora y Barac). Aunque derrotadas, estas naciones en realidad vencieron a los israelitas al adoptar éstos sus supersticiones paganas. La existencia, el nombre, y la adoración del sólo y único Dios es la esencia de la primera tabla de la Ley; el comportamiento de Israel se había ido al polo opuesto.

La corrupción espiritual y la decadencia política iban de la mano. El Mediterráneo oriental pasó por una conmoción que comenzó en el siglo 12 a.C. Egipto perdió su poderío sobre las llanuras y las rutas de Canaán, los hititas, asentados hacia el norte,

fueron depuestos, y Babilonia situada al este estaba debilitada. En estas circunstancias, las gentes de las islas del mar al oeste vinieron a saquear la costa desde Ugarit en el norte de Siria hasta el delta del Nilo. Si Israel como nación escogida de Dios hubiera sido espiritualmente fiel, no hay la menor duda de que habría emergido como la fuerza dominante en Canaán, y habría cumplido las expectativas iniciales del Señor de que toda la tierra fuera conquistada. Desgraciadamente, fue lo contrario, Israel se convirtió en juguete político para más de un pueblo.

En su ira, Dios desató no una, sino dos opresiones simultáneas; desde el borde del desierto de las fuentes del Jaboc vinieron los amonitas marchando hacia el oeste. Lejos de detenerse ante el Jordán estos invasores lo cruzaron para hostigar a: Judá, Efraín y Benjamín al otro lado. Entretanto y desplazándose desde las llanuras a lo largo de la costa, los filisteos avanzaron con rumbo al este. El pueblo de Dios fue cogido como una nuez en un cascanueces. El texto se refiere a un año específico en el cual esta combinación de fuerzas aplastó a Israel. La victoria de Amón se prolongó por 18 años y la de los filisteos por 40 años más.

Misericordia una vez más

¹⁰ Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová, diciendo: —Nosotros hemos pecado contra ti, porque hemos dejado a nuestro Dios y servido a los baales.

¹¹ Jehová respondió a los hijos de Israel: —¿No habéis sido oprimidos de Egipto, de los amorreos, de los amonitas, de los filisteos, ¹² de los de Sidón, de Amalec y de Maón? Y cuando clamasteis a mí, ¿no os libré de sus manos? ¹³ Pero vosotros me habéis dejado y habéis servido a dioses ajenos; por tanto, yo no os libraré más. ¹⁴ Andad y clamad a los dioses que habéis elegido; que ellos os libren en el tiempo de vuestra aflicción.

¹⁵ Los hijos de Israel respondieron a Jehová:

—Hemos pecado; haz con nosotros como bien te parezca.

Sólo te rogamos que nos libres en este día.

¹⁶ Quitaron, pues, de en medio de ellos los dioses ajenos y sirvieron a Jehová. Y él se angustió a causa de la aflicción de Israel.

¿Cuántas veces se perdona a un pecador? El Señor quería que su pueblo pensara en eso. No se nos dice por medio de quién, dónde, o de qué manera el Señor llevó a cabo este diálogo con su angustiado pueblo. Previamente Dios había utilizado su ángel o un profeta; quizás esta vez Israel envió delegados al santuario central en Silo y allí efectuaron un diálogo con Dios, usando el Urim y el Tumin para recibir las respuestas. O quizás fue en la asamblea en Mizpa que se menciona al final de este capítulo; simplemente, no lo sabemos. Lo que sigue, sin embargo, es el diálogo más largo que se registra en el libro entre un pueblo desesperado y su misericordioso Señor.

Israel parecía contrito; sin embargo, la verdadera contrición es algo más que lamentarse de haber sido cogido con las manos en la masa. Cinco ciclos de apostasía dan la impresión que Israel sólo valoraba al Señor cuando todo lo demás fallaba. Jehová es ciertamente el Dios Salvador, pero la consecuencia de la salvación en el corazón de un pecador rescatado es la santificación, es decir, un aprecio y un amor crecientes por los mandamientos de Dios, empezando por el primero de ellos: “No tendrás dioses ajenos delante de mí.” Esa santificación está obviamente ausente en la historia de Israel. Cuando un juez venía y la crisis pasaba, el reto de vivir de acuerdo con el pacto del Señor era hecho a un lado. Con cada período de apostasía y liberación, Israel se debilitaba en lugar de fortalecerse. Como podemos ver, ahora había más dioses que nunca antes “delante” de Jehová. Los otros mandamientos también eran ignorados, y hasta los mismos jueces mostraban una degeneración moral.

El Señor hizo una pregunta pertinente: ¿Cómo era posible que fueran tan infieles, cuando la historia demostraba una y otra vez que en su misericordia él los había rescatado a pesar de su

infidelidad? En agudo contraste con la adoración que brindaban a siete deidades nacionales diferentes (versículo 6), se mencionan siete intervenciones liberadoras de Dios.

La lista de las veces en que el Señor intervino nos sorprende. Esto se puede interpretar de dos formas. Una consiste en considerar que las siete reflejan la historia de la salvación desde Moisés en adelante, usando algunas veces los nombres de participantes menores en lugar de los nombres de las naciones que generalmente asociamos más con la opresión a Israel. Bajo este enfoque podríamos ver esa lista tal como sigue:

Egipto (Moisés), arameos en lugar del mal escrito ‘amorreos’ de los días de Otoniel, Amonitas en liga con Moab en los días de Eúd, filisteos (Samgar), sidonios como una alternativa en vez de cananeos (Débora y Barac), amalecitas y maonitas (gente del desierto oriental unido con Madián en los días de Gedeón).

La otra manera de leer este registro es considerándolo como una relación suplementaria de opresores, para demostrar que los trescientos años que transcurrieron desde Moisés y Josué estaban llenos de otros relatos de la gracia liberadora de Dios. Ciertamente esto es posible y ello nos recuerda el comentario que hace el apóstol Juan de que su evangelio no agota las obras y los milagros de Jesús (20:30,31; 21:25). Lo que Juan escribió fue una selección de lo acaecido para edificar la fe salvadora. Puede ser que el escritor del libro de Jueces esté diciendo que él también había hecho una selección y que hubo momentos en que los previamente omitidos: egipcios, amorreos, sidonios y maonitas ejercieron sus pequeñas opresiones, y que la ligera mención de los: amonitas, filisteos y amalecitas en conexión con las narraciones donde figuran: Eúd, Samgar y Gedeón no relató toda la historia de los problemas causados por esos vecinos de Israel.

Como sea que se lea este catálogo de acontecimientos, está claro que el Señor había demostrado con creces su lealtad. Con esto en mente, Dios plantea una cuestión obvia: Si yo no soy lo suficientemente bueno para ustedes, y la historia prueba que

repetidamente han preferido a otros dioses, entonces: ¡acudan a ellos!, ¡dejen que ellos los rescaten!

El pueblo repitió la confesión verbal de sus pecados y la respaldó con hechos, quitando de entre sí los dioses ajenos, después de lo cual “sirvieron a Jehová”. Por estas palabras entendemos que Israel realizó actos de verdadera adoración y de obediencia al pacto. Por el momento había tenido lugar una reforma; el Señor, siempre fiel, sintió otra vez piedad por su pueblo.

¿Quién guiará?

¹⁷Entonces se juntaron los hijos de Amón y acamparon en Galaad; se juntaron asimismo los hijos de Israel y acamparon en Mizpa. ¹⁸Y los príncipes y el pueblo de Galaad se dijeron unos a otros:

«¿Quién comenzará la batalla contra los hijos de Amón? El que lo haga será el caudillo de todos los que habitan en Galaad.»

El capítulo termina con una nota de suspenso. Los amonitas estaban decididos a proseguir el aplastante curso que había tenido el comienzo de su guerra contra Israel con una segunda campaña, cuyo éxito terminaría con las pretensiones israelitas al este del Jordán. El reino de Amón ocupaba territorios alrededor de las fuentes del Jaboc, donde estaba localizada Rabá su capital y sitio en cuyas cercanías se concentraban fuerzas amonitas armadas hasta los dientes. La situación demandaba una respuesta de Israel, por lo que la federación de las tribus se reunió en asamblea. Las palabras que escoge el autor revelan que ésta no era una concentración de tropas igualmente bien equipadas, sino más bien una convocatoria para hablar acerca de liderazgo. Todos aceptaban el hecho obvio de que cualquier hombre que fuera lo suficientemente valiente como para enfrentar al enemigo sería recibido por todo Galaad como su líder.

La asamblea se celebró en Mizpa, el mismo sitio donde más tarde se iba a confirmar ante el Señor el liderazgo de Jefté (11:11). Después, este líder, en su marcha para enfrentarse al enemigo, iba a pasar a través de una Mizpa en Galaad (11:29). Finalmente, también se nos dice que tras derrotar a los amonitas: “volvió Jefté a Mizpa, a su casa” (11:34).

¿Son todas estas Mizpas la misma? Probablemente no. Había una Mizpa en Galaad, en la que Jacob y Labán se separaron después de hacer un tratado (Génesis 31:49); y una Ramatmizpa (“el mirador”) al sur del Jaboc que le fue asignada al patrimonio tribal de Gad (Josué 13:26). La mayoría de los eruditos prefieren una de estas Mizpas como el lugar donde Galaad buscó y encontró su líder, porque en el texto no se menciona específicamente a “todo Israel”, sino solamente a los príncipes de Galaad.

Estas consideraciones no deben ser decisivas, puesto que en el capítulo 12 encontramos la palabra “pasar” (“cruzar” en la Nueva Versión Internacional) en el contexto de Efraín “pasando” el Jordán para ocuparse de Jefté. La expresión hebrea *pasar* es idiomática para el cruce del Jordán. Si Amón en realidad había extendido su poder hasta el oeste del Jordán, su amenaza involucraba a más tribus que Galaad. Por lo tanto, ¿no se debería convocar a una reunión a todas las tribus para responder a la amenaza amonita?

El sitio para llevar a cabo esa convocatoria estaba ubicado en esta época en la Mizpa de Benjamín. Allí Israel se reunió para pelear contra los de Benjamín (Jueces 20:1). Este lugar fue el mismo en que Samuel iba a reunir posteriormente a Israel ante Jehová para la lucha contra los filisteos (1 Samuel 7:5), y donde Saúl fue elegido como rey (1 Samuel 10: 17-22).

JEFTE (JUECES 11:1-12:7)

Jefté, el héroe sin hogar

1 Jefté, el galaadita, era esforzado y valeroso. Era hijo de una ramera y de un hombre llamado Galaad.
2 Pero también la mujer de Galaad le dio hijos, los cuales, cuando crecieron, echaron fuera a Jefté, diciéndole:

«No heredarás en la casa de nuestro padre, porque eres hijo de otra mujer.»

3 Huyó, pues, Jefté de sus hermanos, y se fue a vivir en tierra de Tob, donde reunió una banda de hombres ociosos que salían con él.

Al igual que Gedeón, Jefté era un guerrero esforzado y valeroso; las dos palabras hebreas que describen estas cualidades se aplican a los hombres que poseen el carácter y los recursos militares (armas, respaldo y entrenamiento) para llevar a cabo grandes obras. Jefté era de los que habían ganado prestigio con base en su propio esfuerzo y sacrificio.

Galaad puede haber sido el nombre propio del padre de Jefté o solamente una referencia general al lugar de donde provenía su progenitor. Pero la información esencial que nos brinda el pasaje es que Jefté era hijo ilegítimo y que sus medios hermanos no querían tener nada que ver con él, y mucho menos que reclamara como herencia legítima una parte de la tierra.

Sin hogar ni propiedad, no le quedaba a Jefté otra alternativa que la de valerse por él mismo, de modo que huyó a Tob, una altiplanicie volcánica situada al este de Basán y al nordeste de Galaad, región que años más tarde se iba a aliar con los arameos en contra del rey David (2 Samuel 10:6-8). Estando en Tob, Jefté

juntó un grupo de hombres (literalmente, “espigó hombres ocioso”), que como él, no tenían nada que perder y todo por ganar.

Un liderazgo duramente alcanzado

⁴ Aconteció andando el tiempo, que los hijos de Amón hicieron guerra contra Israel. ⁵ Cuando ello sucedió, los ancianos de Galaad fueron a traer a Jefté de la tierra de Tob, ⁶ y le dijeron:

—Ven, para que seas nuestro jefe en la guerra contra los hijos de Amón.

⁷ Jefté respondió a los ancianos de Galaad:

—¿No me aborrecisteis vosotros y me echasteis de la casa de mi padre? ¿Por qué, pues, venís ahora a mí cuando estáis en aflicción?

⁸ Los ancianos de Galaad respondieron a Jefté:

—Por esta misma causa volvemos ahora a ti, para que vengas con nosotros a pelear contra los hijos de Amón y a ser el caudillo de todos los que vivimos en Galaad.

⁹ Jefté dijo entonces a los ancianos de Galaad:

—Si me hacéis volver para que pelee contra los hijos de Amón, y Jehová los entrega delante de mí, ¿seré yo vuestro caudillo?

¹⁰ Los ancianos de Galaad respondieron a Jefté:

—Jehová sea testigo entre nosotros si no hacemos como tú dices.

¹¹ Fue, pues, Jefté con los ancianos de Galaad y el pueblo lo eligió como su caudillo y jefe. En Mizpa, Jefté repitió todas sus palabras delante de Jehová

El final del capítulo 10 nos ha dejado ver que en Mizpa de Benjamín, punto central de convocatoria de los israelitas, no había un liderazgo definido. O bien nadie se había ofrecido como líder, o si alguien lo hizo, fracasó en la tarea de contener el avance amonita. De modo que los hijos legítimos de Galaad se vieron

forzados a adoptar una humillante decisión: Jefté, aquel medio hermano ilegítimo que habían desdeñosamente desterrado, era ahora su última esperanza.

El ofrecimiento inicial de los hombres de Galaad no resultó muy generoso, pues, aunque buscaban un “jefe”, le ofrecieron a Jefté muy poco. Querían que comandara las tropas, pero una vez vencido el enemigo, que convenientemente se desapareciera. Jefté no era un tonto; al contrario, era un diplomático muy astuto. Así que forzó a sus parientes de Galaad a que mejoraran la oferta, al recordarles la forma tan indigna en que lo habían tratado; a éstos no les quedó otro remedio que ofrecerle el mando, pero aun así no fue suficiente. Jefté les hizo jurar ante Jehová que no le iban a retirar el ofrecimiento. Ese juramento obtenido de los hombres de Galaad un día se iba a volver contra el propio Jefté.

Diplomacia refinada

¹² y envió mensajeros al rey de los amonitas, diciendo:

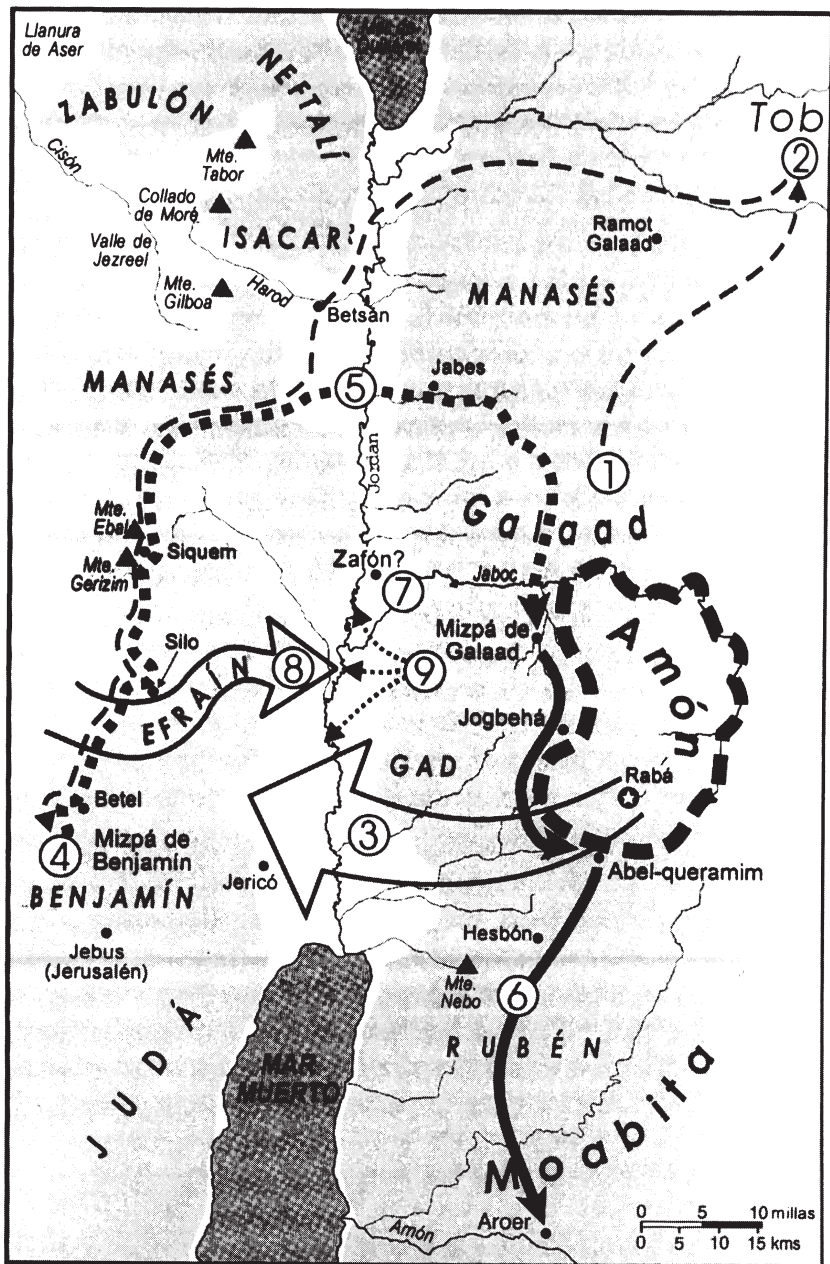
—¿Qué tienes tú conmigo, para venir a hacer guerra contra mi tierra?

¹³ El rey de los amonitas respondió a los mensajeros de Jefté:

—Por cuanto Israel, cuando subió de Egipto, tomó mi tierra, desde el Arnón hasta el Jaboc y el Jordán, devuélvela tú ahora en paz.

¹⁴ Jefté envió otros mensajeros al rey de los amonitas, ¹⁵ con el siguiente mensaje:

—Jefté ha dicho esto: “Israel no tomó tierra de Moab ni tierra de los hijos de Amón. ¹⁶ Porque cuando Israel subió de Egipto y anduvo por el desierto hasta el Mar Rojo, llegó a Cades. ¹⁷ Entonces Israel envió mensajeros al rey de Edom, diciendo: ‘Yo te ruego que me dejes pasar por tu tierra’, pero el rey de Edom no los escuchó. También envió mensajeros al rey de Moab, el cual tampoco quiso. Israel, por tanto, se quedó en Cades. ¹⁸ Después, yendo por el desierto, rodeó la tierra de



JEFTE vs. LOS AMONITAS (Jueces 10–12) **1.** Jefte nació y fue criado en Galaad. **2.** Tob, donde Jefte lideraba un grupo de hombres. **3.** Los amonitas se desplazan hacia el oeste, cruzando el Jordán y oprimen a Israel por 18 años. **4.** Mizpa (¿de Benjamín?), donde los israelitas le pidieron a Jefte que fuera su caudillo. **5.** Recorrido de Jefte a través de Manasés y Galaad para reunir tropas, al fracasar sus esfuerzos diplomáticos con los amonitas. **6.** Partiendo de Mizpa (¿de Galaad?), Jefte bate exitosamente con el ejército a su mando a 20 ciudades, desde Abel-queramim hasta Aroer. **7.** Zafón, lugar cerca del cual Jefte se encontró con su hija. **8.** Los hombres de Efraín, ofendidos por la tática que aplicó Jefte durante la guerra, atacan a su victorioso ejército. **9.** Los gaaladitas derrotas a los disgustados efrateos, interceptándolos en el Jordán, cuando tratan de escapar hacia el oeste, rumbo al territorio de su tribu.

Edom y la tierra de Moab y, viniendo por el lado oriental de la tierra de Moab, acampó al otro lado de Arnón, pero no entró en territorio de Moab, porque Arnón es territorio de Moab.¹⁹ Asimismo envió Israel mensajeros a Sehón, rey de los amorreos, rey de Hesbón, diciéndole: ‘Te ruego que me dejes pasar por tu tierra hasta mi lugar’.²⁰ Pero Sehón no se fió de Israel para darle paso por su territorio, sino que reuniendo toda su gente acampó en Jahaza y peleó contra Israel.²¹ Pero Jehová, Dios de Israel, entregó a Sehón y a todo su pueblo en manos de Israel, y los derrotó. De esta manera se apoderó Israel de toda la tierra de los amorreos que habitaban en aquel país.²² También se apoderó de todo el territorio del amorreo desde el Arnón hasta el Jaboc, y desde el desierto hasta el Jordán.²³ Así que, ¿pretendes tú apoderarte de lo que Jehová, Dios de Israel, le quitó al amorreo en favor de su pueblo Israel?²⁴ Lo que te haga poseer Quemos, tu dios, ¿no lo poseerías tú? Así, todo lo que Jehová, nuestro Dios, nos ha dado, nosotros lo poseeremos.²⁵ ¿Eres tú ahora mejor en algo que Balac hijo de Zopor, rey de Moab? ¿Tuvo él alguna reclamación contra Israel o hizo guerra contra nosotros?²⁶ Ya hace trescientos años que Israel habita en Hesbón y sus aldeas, en Aroer y sus aldeas, y en todas las ciudades que están en el territorio del Arnón, ¿por qué no las habéis recobrado en todo ese tiempo?²⁷ Así que, yo en nada he pecado contra ti, pero tú haces mal peleando contra mí. Jehová, que es el juez, juzgue hoy entre los hijos de Israel y los hijos de Amón.”

²⁸ Pero el rey de los hijos de Amón no atendió a estas razones que Jefte le había enviado.

Jefte ya sabía lo que Winston Churchill dijo mucho tiempo después: “La guerra es la diplomacia llevada a cabo por otros medios”, de modo que derramaría sangre únicamente después del fracaso de todas las negociaciones. En consecuencia, el caudillo envió emisarios al rey amonita. El primer mensaje tenía como objetivo conocer qué pensaba el enemigo y sobre qué fundamentos

de la “ley internacional” era que le estaban haciendo la guerra a Israel. La respuesta fue breve y precisa: al salir de Egipto, Israel había tomado territorios que le pertenecían propiamente a Amón, y sobre los cuales éste tenía más derechos de antigüedad. Israel podía evitar la guerra si los cedía pacíficamente.

Jefté envió un segundo grupo de emisarios que eran portadores de un sumario legal que nos lo revela como un destacado conocedor de la historia y de las Escrituras. El rey de Amón había más que simplificado un conjunto de complejas circunstancias que involucraban: no solamente a Amón, sino también el reclamo de Moab, y el hecho histórico de que, por designio de Dios, Israel había conquistado esas tierras en una guerra justa contra los amorreos.

El argumento inicial de Jefté era de un alto valor moral. Israel no había tomado ningún territorio ilegalmente. ¿Acaso no se sabía que Israel respetó la integridad territorial de Edom y de Moab, marchando alrededor de sus tierras cuando ambos reinos le negaron la seguridad al pasar por sus territorios? ¿Acaso no conocía todo el mundo que fueron los amorreos de Hesbón los que atacaron a Israel cuando éste le hizo la misma solicitud? ¿Había olvidado el monarca de Amón que Jehová le dio la victoria a Israel en una guerra que éste ni buscó ni inició? ¿No era un asunto de ley internacional el que este territorio ganado en una guerra justa como ésta, por derecho le pertenecía a Israel y no a nadie más?

Jefté reforzó sus razonamientos con elementos sacados de la conducta de los propios moabitas. En época de Moisés, el rey de Moab no puso objeciones cuando Israel capturó el territorio que ahora se disputaba. Jefté estaba afirmando que las tierras en litigio habían sido tomadas de los moabitas por los amorreos. Aunque el asunto es discutible, Josué menciona que una porción del área en cuestión era amonita (Josué 13:25). Por otra parte, Moisés se refiere a las amplias planicies al este del Jordán y más allá del mar Muerto como “los campos de Moab” o “los llanos de Moab” (Números 22:1; 26:3; 26:63; 31:12). Seleccionando los hechos que

mejor apoyaban su argumento, el caudillo israelita sostenía que el reclamo como propietario más antiguo debió haber sido hecho en la época en que ocurrió la derrota de los amorreos a manos de Balac, quien era entonces rey de Moab, pero Jefte sabía que aquél no había hecho ese reclamo.

La carta de triunfo fue de trescientos años de ininterrumpida e indiscutida ocupación del territorio por parte de Israel, sin que Moab ni Amón hubiesen reclamado derechos durante todo este tiempo o ni siquiera haber intentado reclamarlo. ¿En que se basaba el rey Amón para exigir la ahora? La conclusión de Jefte era que Amón era el agresor, no Israel. Dios en los cielos se iba a encargar seguramente de resolver la disputa. Cuando lo hiciera, iba a ser Amón y no Israel el que iba a cargar con la responsabilidad de que la diplomacia se llevase a cabo por otros medios.

Permítannos desviarnos momentáneamente para decir algo en relación con lo que ya ha mencionado Jefte acerca de los trescientos años de ocupación del territorio en disputa. Quienes critican la exactitud histórica de la Biblia desearían ubicar la entrada de Israel en Canaán unos doscientos años más tarde de lo que indica la nota cronológica de 1 Reyes 6:1. Este pasaje nos da el tiempo transcurrido (480 años según el texto hebreo, y 440 según la versión griega de la Septuaginta) entre el éxodo de Israel de Egipto y el inicio de la construcción del templo de Salomón en Jerusalén. La opinión arqueológica prevaleciente prefiere fechar la irrupción de Israel en Canaán como ocurrida en el siglo XII a.C. como la fecha más temprana. Muchos estudiosos llevan su crítica hasta el punto de negar cualquier fundamento histórico para el éxodo y la conquista, tal como están descritos en la Biblia. Partiendo de una fecha más tardía para el éxodo, esos críticos se verían forzados a acortar radicalmente el tiempo de duración de la etapa de los jueces y a descartar como poco fidedignos todos los datos cronológicos de este libro. Si Jefte viviera, es seguro que discutiría en contra de ello e invocaría a Dios para que juzgara.

Jefté en su alegato menciona a Quemós, que así se llamaba el dios de Moab; a algunos les ha parecido extraño que hasta le haya atribuido la facultad de conceder territorios. ¿Es que el juez israelita estaba reconociendo la existencia de dioses extraños? No necesariamente; recordemos que Jefté estaba desarrollando un argumento legal y no tenía intención de debatir un asunto religioso en el contexto del arreglo de una disputa.

Resulta de mayor interés el que no se mencione a Moloc, el dios usual de los amonitas. Respecto a esto se han propuesto varias hipótesis; una de ellas sugiere que Jefté usó deliberadamente el nombre del dios de Moab para enfatizar que en el caso de que fuera a considerarse cualquier reclamo, los moabitas tenían más derecho que los amonitas al territorio, si es que se iba a considerar el reclamo de alguna manera. Otra opinión es que en este momento histórico, Moloc y Quemós eran intercambiables. Ambos dioses estaban, al igual que Baal, vinculados al sacrificio de niños. En vista del subsecuente juramento de Jefté, este hecho resulta intrigante.

Un voto insensato

²⁹ Entonces el espíritu de Jehová vino sobre Jefté, y éste recorrió Galaad y Manasés. De allí pasó a Mizpa de Galaad, y de Mizpa de Galaad pasó a los hijos de Amón. ³⁰ Entonces Jefté hizo voto a Jehová, diciendo:

«Si entregas a los amonitas en mis manos, ³¹ cualquiera que salga de las puertas de mi casa a recibirme cuando yo regrese victorioso de los amonitas, será de Jehová y lo ofreceré en holocausto.»

El rey de Amón rechazó la diplomacia y Jefté fue a la guerra; pero este no fue solo, sino en compañía del Espíritu Santo. Los ataques fueron directamente contra el corazón del reino amonita.

¿Por qué hizo Jefté este voto tan irresponsable? Cuando se comete una insensatez en el pasado, y se le examina bajo la

claridad del presente, uno se pregunta: ¿Por qué lo hice? Los votos no eran algo infrecuente y no eran necesariamente algo malo. Hombres de Dios como Jacob (Génesis 28:20) hasta el apóstol Pablo (Hechos: 18:18) los han hecho. Levítico 27 describe la forma en que un israelita podía, mediante determinados sacrificios, quedar libre de su voto. Resulta claro que esto era lo que Jefé tenía en mente. Muchas casas israelitas disponían de una habitación para alojar animales escogidos y Jefé preveía que de allí iba a salir su valioso sacrificio. Resulta sorprendente que lo que tenía de abogado le hubiera fallado. Sus palabras no resultaron precisas; seres humanos también salían por las puertas de las casas. De haber simplemente dicho que ofrecería en holocausto al mejor de sus animales, las cosas hubieran sido distintas. El Segundo Mandamiento les advierte a los creyentes que no hagan votos sobre cuestiones inciertas, y Jefé pecó al dejar a la suerte su designación de la víctima sacrificial.

Una gran victoria

³² Jefé fue a pelear contra los hijos de Amón, y Jehová los entregó en sus manos. ³³ Desde Aroer y hasta llegar a Minit conquistó veinte ciudades, y hasta la Vega de las viñas los derrotó con gran estrago. Así fueron sometidos los amonitas por los hijos de Israel.

La victoria le pertenece al Señor. El Juez de los cielos le dio su veredicto al rey amonita en lo concerniente a la disputa entre Amón e Israel, haciendo que el monarca pagano pagara un alto precio. Basta ver que la devastación se inició en Aroer, población ubicada sobre el río Arnón que marcaba el límite sur del territorio en disputa; pasó por Minit, de ubicación desconocida, y llegó hasta “la Vega de las viñas” que puede ser la Abel-queramim, llamada Abel por el geógrafo cristiano Eusebio; situada a sólo unos 9 km de Rabá, la capital de los amonitas.

Una tragedia terrible

³⁴ Cuando volvió Jefé a Mizpa, a su casa, su hija salió a recibirlo con panderos y danzas. Ella era sola, su hija única; fuera de ella no tenía hijo ni hija. ³⁵ Cuando él la vio, rasgó sus vestidos, diciendo:

—¡Ay, hija mía!, en verdad que me has afligido, y tú misma has venido a ser causa de mi dolor, porque le he dado mi palabra a Jehová y no podré retractarme.

³⁶ Ella entonces le respondió:

—Padre mío, si le has dado tu palabra a Jehová, haz conmigo conforme a lo que prometiste, ya que Jehová te ha permitido vengarte de tus enemigos, los hijos de Amón.

³⁷ Y añadió:

—Concédeme esto: déjame que por dos meses vaya y descienda por los montes a llorar mi virginidad junto con mis compañeras.

³⁸ Jefé le respondió:

—Ve.

La dejó por dos meses. Fue con sus compañeras y lloró su virginidad por los montes. ³⁹ Pasados los dos meses volvió a su padre, quien cumplió el voto que había hecho. La hija de Jefé nunca conoció varón. ⁴⁰ Por eso es costumbre en Israel que todos los años vayan las doncellas de Israel a llorar a la hija de Jefé, el galaadita, durante cuatro días.

Quando los soldados regresaban victoriosos de la batalla, las personas que habían quedado en casa celebraban con una fiesta que era encabezada a menudo por las mujeres (2 Crónicas 20:26-28; 1 Samuel 18:6,7). Así lo hizo Miriam después de que Israel resultara victorioso sobre Egipto en el mar Rojo (Éxodo 15:20), y así lo hizo también la hija única de Jefé, que salió de la casa a recibir a su padre.

Jefé recordó inmediatamente las palabras exactas de su mal hecho juramento. No había forma legal de escapatoria. Un grito de angustia acompañó al antiquísimo gesto luctuoso de rasgarse



La hija de Jefté y sus amigas danzando

las vestiduras. En medio de la victoria, Jefé cayó hasta lo más bajo que puede caer un padre. Pese a que las guerras se libran para proteger a los hijos y para garantizar la supervivencia de las familias, Jefé no iba a tener nietos a quienes transmitir su herencia tan duramente ganada. Resultaba irónico que los hijos legítimos de Galaad vivieran a través de sus hijos, aunque ninguno de ellos había tenido el valor o la capacidad para derrotar a los amonitas.

La hija de Jefé conmueve por su sumisión. ¿Qué joven hubiera querido decir adiós a sus amigas? Como el voto de Jefé no había incluido la palabra “inmediatamente”, se le dio tiempo para que llorase su suerte.

El irresponsable voto del padre reclamaba una ofrenda quemada, lo que implicaba dar muerte y quemar completamente al animal. La ofrenda quemada simbolizaba por tanto la total dedicación a Dios. Por horrible que resulte pensarlo, no podemos descartar la posibilidad de que Jefé diera muerte a su propia hija. Así lo entendieron los padres de la iglesia hasta la Edad Media, y ésta fue también la opinión de Flavio Josefo, historiador judío del primer siglo d.C., y la de otros antiguos comentaristas de igual nacionalidad. Pero, al mismo tiempo, podemos tener la esperanza de que la vida de la joven hubiese sido redimida. El Señor había aceptado un carnero como sustituto por la vida de Isaac después de que Abraham hubo demostrado que no se negaría a entregarle a su hijo, su único hijo (Génesis 22:13). De igual modo, todo primogénito de cada matriz le pertenecía al Señor, pero era redimido mediante la consagración de los levitas al servir a Dios perpetuamente (Éxodo 13:1,2; Números 3:11-13). Esto último suscita la posibilidad de que Jefé hubiese mantenido su voto consagrando a su hija a una vida de servicio al Señor, que excluyese el matrimonio. Sin embargo, éste sería el único caso en todo el Antiguo Testamento. Las leyes de Moisés no pedían ese tipo de voto. En el Nuevo Testamento se elogia la virginidad perpetua como un acto de dedicación grato a Dios (1 Corintios 7), pero sólo si se hace voluntariamente y se está dotado del don de auto control.

Las palabras que le dijo la hija al padre (versículo 37) y las del padre a la hija (versículo 38) concuerdan en un punto. El matrimonio y, por consiguiente, la oportunidad de tener un hijo y legítimo heredero quedaban fuera de toda consideración. Esto es lo que tenemos que aceptar como seguro, una vez que dejamos a un lado lo que pudiera haber estado tras las palabras: “quien cumplió el voto que había hecho”. No disponemos de detalles adicionales para poder decir qué fue lo que en realidad hizo Jefte; y simplemente tenemos que decir que a ciencia cierta, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que el Espíritu Santo cita a Jefte en Hebreos 11 entre los héroes de la fe. Comoquiera que haya actuado, la gracia de Dios cubrió los pecados de Jefte, y perdonado por completo, estará ante Dios en el día final junto a nosotros.

Al calendario establecido en tiempos de Moisés le fueron añadidas festividades (Purim, Hanukkah) y ayunos (el 9 de Ab, en memoria de la destrucción de Jerusalén por los babilonios); sin embargo, la costumbre de recordar a la hija de Jefte con cuatro días al año parece haber caído en desuso al poco tiempo.

La guerra con Efraín

12 Los hombres de la tribu de Efraín se reunieron, pasaron hacia el norte y dijeron a Jefte:

—¿Por qué fuiste a hacer guerra contra los hijos de Amón, y no nos llamaste para que fuéramos contigo? ¡Quemaremos ahora tu casa contigo dentro!

² Jefte les respondió:

—Yo y mi pueblo teníamos una gran contienda con los hijos de Amón; os llamé, pero no me defendisteis de ellos.

³ Viendo, pues, que no me defendíais, arriesgué mi vida, atacé a los hijos de Amón, y Jehová me los entregó. ¿Por qué, pues, habéis subido hoy para pelear conmigo?

⁴ Entonces reunió Jefte a todos los hombres de Galaad y peleó contra Efraín. Y los de Galaad derrotaron a Efraín, porque habían dicho: «Vosotros sois fugitivos de Efraín,

vosotros los galaaditas, que habitáis entre Efraín y Manasés.»

⁵ Los galaaditas tomaron los vados del Jordán a los de Efraín, y cuando los fugitivos de Efraín llegaban y decían:

—Quiero pasar,

los de Galaad les preguntaban:

—¿Eres tú efrateo?

Si él respondía que no, ⁶ entonces le decían:

—Ahora, pues, di “Shibolet”.

Si decía “Sibolet”, porque no podía pronunciarlo correctamente, le echaban mano y lo degollaban junto a los vados del Jordán. Así murieron cuarenta y dos mil de los de Efraín.

Los de Efraín parecen haber tenido un problema en cuanto a falta de humildad. Ya en tiempos de Gedeón (capítulo 8) se habían ofendido por no aparecer en el lugar de honor. Su altivez se manifiesta en el versículo 4, donde se refieren despectivamente a los hombres de Galaad como “fugitivos”. El que se dirigieran a ellos con este calificativo estaba sin duda relacionado con el hecho de que las tribus de Rubén y Gad, así como la mitad de la de Manasés, se habían asentado en territorio que estaba fuera de los límites de la Tierra Prometida. Sin embargo, los de Efraín olvidaban que Dios mismo había dado su aprobación para ello (Números 32:33), ampliando así las fronteras originales dentro de las cuales era aceptable el asentamiento. Igualmente, olvidaban que junto al Jordán se había edificado un altar conmemorativo con el propósito de que después nadie negase la unidad de las doce tribus.

Los hombres de Efraín tomaron rumbo al norte y llegaron hasta donde estaba Jefté. La Nueva Versión Internacional (en español) nos dice que “cruzaron el río hacia Zafón”. Esta era una ciudad al este del Jordán, situada más hacia arriba de los vados de ese río que fueron cruzados en una ocasión por Gedeón y los madianitas. No hubo ningún intento por ser diplomáticos en todo esto; los efrateos se habían convertido en juez y parte, dictando a

la vez la sentencia de muerte sin tener todas las pruebas en la mano. En realidad, Jefé les había pedido ayuda, probablemente en la asamblea nacional. Ellos se negaron y esa negativa posiblemente indujo a otros a no pelear tampoco; esto hizo que la misión de Jefé al cruzar el Jordán se convirtiese, humanamente hablando, en una empresa suicida.

La triste secuela de esta situación fue el derramamiento de más sangre entre las tribus. Los hombres de Jefé bloquearon los vados del Jordán; las fuerzas de Efraín que procuraban regresar a casa fueron masacradas. Una contraseña hablada les permitía identificar a los fugitivos sobrevivientes. La palabra era “Shibolet”, que significa “espiga de trigo” o “arroyo”; lo importante no era la palabra en sí, sino la pronunciación de la misma, pues los dialectos a ambos lados del Jordán diferían en cuanto a la pronunciación de la “s”. Quienes decían “Sibolet” hablaban el dialecto efrateo.

Muerte de Jefé

⁷ Jefé juzgó a Israel seis años. Murió Jefé, el galaadita, y fue sepultado en una de las ciudades de Galaad.

Los jueces habían dejado de traer largos períodos de paz al país; la influencia de Jefé duró sólo seis años. Usualmente se precisaba el sitio de la sepultura, pero en el caso de Jefé, el texto hebreo resulta vago: “Y fue sepultado en una de las ciudades de Galaad”; la Septuaginta da como lugar la ciudad de Zafón, en tanto que otras versiones hablan de Mizpa.

IBZÁN, ELÓN Y ABDÓN (JUECES 12:8-15)

Ibzán, el tercero de los héroes competentes

⁸ Después de él juzgó a Israel Ibzán, de Belén, ⁹ quien tuvo treinta hijos y treinta hijas, las cuales casó con gente de fuera, y tomó de fuera treinta hijas para sus hijos. Juzgó a Israel siete años. ¹⁰ Murió Ibzán y fue sepultado en Belén.

Existen muchas formas de mantener efectivamente el orden civil; una de ellas, que se usaba antiguamente en el Levante, era la de unir: familias, clanes y tribus, mediante matrimonios. Ibzán (“diligente”) de Belén era un hombre de recursos y posibilidades y tuvo 60 hijos e hijas, para dar y recibir en matrimonio. Usó ese método para mantener la paz durante siete años en su parte del país.

La ciudad de Belén, donde nacieron David y Jesucristo, nuestro Señor, puede haber sido la misma ciudad de Ibzán. Había también otra Belén en el territorio de la tribu de Zabulón, a nueve km al oeste noroeste de Nazaret (Josué 19:15).

Elón, el cuarto de los héroes competentes

¹¹ Después de él juzgó a Israel Elón, el zabulonita, quien juzgó a Israel diez años. ¹² Murió Elón, el zabulonita, y fue sepultado en Ajalón, en la tierra de Zabulón.

Elón (“encina”) simplemente guió; de él se nos dice muy poco. Su nombre era el de uno de los líderes de las familias de la tribu de Zabulón (Números 26:26), y tiene en hebreo igual número de consonantes que Ajalón; pero en la lista de las ciudades de

Zabulón, no aparece ninguna llamada por este nombre. Es posible que el sitio de la sepultura de Elón estuviese próximo a una de las encinas que servían como puntos reconocidos de demarcación territorial en Israel.

Abdón, el quinto de los héroes competentes

¹³ Después de él juzgó a Israel Abdón hijo de Hilel, el piratonita. ¹⁴ Éste tuvo cuarenta hijos y treinta nietos que cabalgaban sobre setenta asnos. Juzgó a Israel ocho años. ¹⁵ Murió Abdón hijo de Hilel piratonita y fue sepultado en Piratón, en la tierra de Efraín, en el monte de Amalec.

A Piratón no se le menciona en ningún otro lugar de la Biblia. Si Ibzán era de Belén de Judá, los cuatro jueces que se mencionan en este capítulo cubrirían, por así decirlo, todo el territorio: Jefté al este del Jordán, Ibzán en Judá, Elón en Galilea y Abdón en lo que posteriormente iba a ser Samaria.

El estilo de gobernar de Abdón (“siervo”) nos hace recordar el de Jaír. Dos generaciones de sus descendientes patrullaban las tierras del patriarca como si fueran una pequeña nobleza. La palabra que se emplea aquí para “asnos” es la misma que se empleó en conexión con las cabalgaduras de los hijos de Jaír (10:3), y se refiere al animal de carga sobre la que, de acuerdo a Zacarías 9:9, cabalgaría el Mesías. Resulta curioso que Abdón tuviese menos nietos que hijos.

Esta es la segunda ocasión en que se menciona a Amalec en el libro de los Jueces, vinculándolo con el territorio montañoso de Efraín; la primera es en el Cántico de Débora y Barac (5:14). Pudiera ser que esta mención aluda a uno de los períodos de opresión no especificados de que habla Jueces 10:12.

SANSÓN (JUECES 13:1–16:31)

La séptima apostasía trae la opresión filistea

13 Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová, y Jehová los entregó en manos de los filisteos por cuarenta años.

Donde la versión en este comentario dice: “volvieron” a hacer lo malo, el texto hebreo expresa insistencia en continuar. El afán de los israelitas por adoptar la mezcolanza de otros dioses era como el preámbulo del relato sobre Jefté, el cual produjo luego el arrepentimiento momentáneo; la respuesta de Jehová fue el período de opresión más largo que se conoce.

Los filisteos no eran cananeos; el profeta Amós nos dice que provenían de Caftor (Amós 9:7), que es el nombre que los egipcios y los mesopotámicos empleaban para designar la isla de Creta, donde se desarrolló una extraordinaria civilización hasta el siglo XV a.C. Colonias de ese poder marítimo eran conocidas en Canaán desde épocas que se remontan a los tiempos de Abraham e Isaac (Génesis 26:32,34 y 26: 1,8,14,15,18). Los egipcios mencionan los pueblos de las islas del mar por primera vez desde tiempos tan antiguos como los finales del siglo XIII a. C. Un gran movimiento migratorio de esta gente barrió al imperio hitita alrededor del 1180 a.C. Para fines del siglo XII a.C., la cultura filistea estaba firmemente establecida en el sudoeste de Canaán. Durante la primera mitad del siglo XI a.C., los filisteos procuraron ampliar sus dominios en Canaán a expensas de Israel, a quien dominaron durante 40 años, hasta que Samuel los derrotó en Mizpa (1 Samuel 7).

Promesa del nacimiento de un nazareo

² En Zora, de la tribu de Dan, había un hombre que se

llamaba Manoa. Su mujer nunca había tenido hijos, porque era estéril. ³A esta mujer se le apareció el ángel de Jehová y le dijo:

«Tú eres estéril y nunca has tenido hijos, pero concebirás y darás a luz un hijo. ⁴Ahora, pues, no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda, ⁵pues concebirás y darás a luz un hijo. No pasará navaja sobre su cabeza, porque el niño será nazareo para Dios desde su nacimiento, y comenzará a salvar a Israel de manos de los filisteos.»

⁶La mujer fue y se lo contó a su marido, diciendo:

«Un varón de Dios vino a mí, cuyo aspecto era muy temible como el de un ángel de Dios. No le pregunté de dónde venía ni quién era, ni tampoco él me dijo su nombre. ⁷Pero sí me dijo: “He aquí que tú concebirás y darás a luz un hijo; por tanto, desde ahora no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda, porque este niño será nazareo para Dios desde su nacimiento hasta el día de su muerte.”»

⁸Entonces oró Manoa a Jehová, y dijo: «Ah, Señor mío, yo te ruego que aquel hombre de Dios que enviaste regrese ahora a nosotros y nos enseñe lo que debemos hacer con el niño que ha de nacer.»

Sansón sería el último de los 12 jueces. ¿Se estaba reservando lo mejor para el final? Si juzgamos por la manera como comienza la historia, no hay duda de que Dios quería que fuese así. El nacimiento de Sansón fue anunciado por un mensajero celestial, una distinción que comparte solamente con: Isaac, Juan el Bautista y Jesús (Génesis 18:1-15; Lucas 1:5-38). Además de eso, Sansón era un niño no esperado; su madre, cuyo nombre no se menciona, era estéril, situación que fue la misma para: Sara, Rebeca, Raquel, Ana y Elisabet, todas las cuales recibieron hijos como una bendición especial de Dios.

El padre de Sansón era Manoa (“lugar de reposo”). Curiosamente, la Nueva Versión Internacional (en inglés) se refiere a la tribu de Manoa como un “clan” o familia; quizás eso refleje

el hecho de que ya los danitas se habían separado (vea el capítulo 18) y solamente un remanente de ellos vivía en Zora, en el valle de Sorec en la frontera con Judá.

De manera muy parecida a como había ocurrido con Gedeón, el Ángel del Señor apareció en forma humana, portando buenas noticias para la esposa de Manoa: Jehová iba a dominar sobre la naturaleza, y la mujer iba a quedar embarazada.

Además de ello, su hijo sería *nazareo*, es decir, “separado”. Las leyes que regían a esas personas aparecen descritas en Números 6. El nazareo debía: (1) estar apartado de lo profano y lo impuro, (2) ser separado del resto de las personas para servir a Dios, y (3) cumplir estos requisitos por una cierta cantidad de tiempo. Cada uno de esos aspectos se evidenciaba por una señal externa. La pureza ritual era obligatoria. Números 6 especifica que el nazareo no se acercaría a ningún cadáver. Además, el Ángel incluyó una dieta libre de alimentos inmundos. Entre los israelitas, el vino era, junto con el pan y el aceite, un alimento básico; como la mayor parte del agua provenía de cisternas, se le añadía vino con el objeto de hacerla potable. No tomar vino colocaba al nazareo en una categoría aparte, distinguiéndolo incluso de los sacerdotes y de los levitas. El pelo sin cortar les decía a todos que el hombre estaba aún bajo un voto; cuando se cortaba el cabello, estaba mostrando que su servicio especial de nazareo había concluido.

Sansón fue apartado para ese oficio desde el vientre de su madre. Los únicos otros hombres como él que se mencionan en la Escritura, aunque no se les aplica el término *nazareo*, fueron Samuel y Juan el Bautista. El voto que llevó al apóstol Pablo a Jerusalén era el de un nazareato de corta duración. Él y otros cuatro se cortaron el cabello en señal de que habían concluido sus votos de servicio (Hechos 21:24).

¿Era de por vida el nazareato de Sansón? La mujer de Manoa dijo eso, pero ese detalle no es parte de lo dicho por el Ángel del Señor. Después, al cortarse el cabello, Sansón llegaría a ser “como todos los hombres” (16:17). Esas palabras de Sansón, dichas a

Dalila, indican que él sabía lo que significaba cortarse el cabello; sobre todo, que su rango de nazareo había terminado. Es por esto que concluimos que Sansón fue nazareo desde el nacimiento y nada más.

El propósito de apartar a Sansón como nazareo fue revelado, él habría de iniciar el proceso de liberación del yugo filisteo. Samuel iba a poner fin a los 40 años de opresión, y más tarde Saúl y David se iban a encargar de que estos enemigos nunca más volvieran a dominar a Israel.

Hay muchos que han visto a Sansón como una tipificación de Cristo. Los dos fueron anunciados por mensajeros celestiales a una mujer, ambos fueron concebidos milagrosamente, y ambos fueron destinados a ser libertadores. Aunque estos paralelismos sean indiscutibles, Sansón es más bien el anti tipo de Cristo. De entre todos los jueces, Sansón es el de carácter moral más débil. Puesto bajo la ley especial del nazareato, no estuvo a la altura de lo que ésta demandaba, y la liberación que trajo como juez no fue ni completa ni consumada. En pocas palabras, Sansón era más bien un ejemplo de lo que era Israel como “hijo” de Dios entre las naciones, que lo que fue Jesús, el Hijo unigénito de Dios.

Manoa supo lo que sucedió mediante su esposa. La mujer había recibido el mensaje, pero reconocía ante su marido que no estaba segura del nombre, el origen o la naturaleza del visitante, pero “su aspecto era muy temible” (“inspirador de piadosa reverencia”). En esto encontramos un paralelo con el vacilante reconocimiento de Gedeón ante el Ángel del Señor. Manoa concluyó que su esposa había tenido un encuentro por lo menos con un profeta, ya que la frase “varón de Dios” se usa habitualmente para referirse a ellos; y el padre de Sansón oró por su retorno, pues no se les habían dado instrucciones acerca de qué hacer con su niño tan especial después de su nacimiento, y esto era algo que él quería saber.

Una segunda visita

⁹ Dios oyó la voz de Manoa. Hallándose la mujer en el campo, el ángel de Dios vino otra vez a ella; pero Manoa, su marido, no estaba presente. ¹⁰ La mujer corrió prontamente a avisar a su marido, diciéndole:

«Mira que se me ha aparecido aquel hombre que vino a mí el otro día.»

¹¹ Se levantó Manoa y fue con ella a donde estaba el hombre, y le dijo:

—¿Eres tú el hombre que habló con mi mujer?

Él respondió:

—Yo soy.

¹² Entonces Manoa le preguntó:

—Cuando tus palabras se cumplan, ¿cuál debe ser la manera de vivir del niño y qué debemos hacer con él?

¹³ El ángel de Jehová contestó a Manoa:

—La mujer se guardará de todas las cosas que yo le dije: ¹⁴ No tomará nada que proceda de la vid, no beberá vino ni sidra, ni comerá cosa inmunda. Guardará todo lo que le mandé.

¹⁵ Entonces Manoa dijo al ángel de Jehová:

—Te ruego que nos permitas detenerte, y te prepararemos un cabrito.

¹⁶ El ángel de Jehová respondió a Manoa:

—Aunque me detengas, no comeré de tu pan; pero si quieres hacer un holocausto, ofrécelo a Jehová.

(Manoa no sabía aún que aquel hombre era el ángel de Jehová.)

¹⁷ Entonces preguntó Manoa al ángel de Jehová:

—¿Cuál es tu nombre, para que cuando se cumpla tu palabra te honremos?

¹⁸ El ángel de Jehová respondió:

—¿Por qué preguntas por mi nombre, que es un nombre admirable?

¹⁹ Tomó, pues, Manoa un cabrito y una ofrenda, y los ofreció sobre una peña a Jehová. Entonces el ángel hizo un milagro ante los ojos de Manoa y de su mujer. ²⁰ Porque aconteció que cuando la llama subió del altar hacia el cielo, Manoa y su mujer vieron al ángel de Jehová subir en la llama del altar. Entonces se postraron en tierra. ²¹ Manoa supo entonces que era el ángel de Jehová, pues no se les volvió a aparecer ni a él ni a su mujer. ²² Y dijo Manoa a su mujer:

—Ciertamente moriremos, porque hemos visto a Dios.

²³ Su mujer le respondió:

—Si Jehová nos quisiera matar, no aceptaría de nuestras manos el holocausto y la ofrenda, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni ahora nos habría anunciado esto.

El visitante celestial retornó a la mujer, y ella fue en busca de su marido. Manoa repitió en persona la oración que ya había hecho, procurando más información acerca de la manera de vivir del niño y lo que se había de hacer con él. El Ángel de Jehová no satisfizo su curiosidad, simplemente le repitió a Manoa lo que ya le había revelado a su esposa. Debía serle suficiente con comprobar directamente la exactitud de lo que su mujer le había referido, de acuerdo al principio bíblico de que dos testigos bastan para confirmar un asunto.

Sin embargo, Manoa quería saber más y creyó que una adecuada hospitalidad le soltaría la lengua al que aún tomaba por un profeta. Teniendo en cuenta la ignorancia de Manoa, el huésped manejó diplomática y correctamente el ofrecimiento de alimento que se le hizo. El Señor no cambiaría de pensar, incluso después de una demostración de hospitalidad. Si se iba a matar un animal, que fuese para holocausto a Jehová. Estas ofrendas les daban a los israelitas la oportunidad de confesar públicamente su fe en la gracia todo suficiente de Dios y para demostrar su total dedicación a él.

Manoa insistió en saber más. Si no se le iban a dar instrucciones con relación a la crianza de su hijo, le gustaría al



El Ángel asciende al cielo

menos honrar al visitante después del nacimiento del niño. En la época de Manoa muchos creían que los acontecimientos podían ser controlados o influidos mediante el conocimiento y empleo de nombres. Como hijo del pueblo del pacto, el padre de Sansón no debía haber sido supersticioso; el honor de conceder hijos le pertenece a Dios, cuyo nombre él ya conocía. ¿Qué interés podría tener el preguntar por otro nombre para honrar a su invitado después del nacimiento de su hijo? El Ángel del Señor desvió la inoportuna solicitud de Manoa, el nombre que Manoa buscaba no era para ser manipulado; era, literalmente, un nombre ante el cual uno se maravilla. La palabra que se emplea aquí es la misma que usa Isaías en su descripción del Mesías, del Salvador que había de venir. “Se llamará su nombre ‘Admirable consejero’, ‘Dios fuerte’, ‘Padre eterno’, ‘Príncipe de paz’” (Isaías 9:6).

Tal como lo había sugerido el visitante, Manoa fue a preparar el holocausto, trayendo también con él una ofrenda de grano de acuerdo con el ritual levítico, y la puso sobre una peña. Súbitamente, se reveló la asombrosa presencia del Dios verdadero en una llamarada de fuego que envolvió al visitante y le envió hacia los cielos. Las palabras “admirable” del versículo 18 y “milagro” del 19 son formas diferentes de un mismo término hebreo; ambas denotan maravillas extraordinarias. La portentosa e inmediata desaparición del visitante dejó a Manoa y a su mujer postrados en tierra. El padre de Sansón comprendió que el Ángel mensajero y el Señor eran el mismo. Tal como le había ocurrido anteriormente a Gedeón (Jueces 6:22,23), Manoa se vio de repente dominado por un sentimiento de indignidad y sentencia de muerte. Le corresponde a su mujer el mérito de haber comprendido y haberle explicado a su esposo el carácter misericordioso de la maravillosa revelación de Dios acerca de él mismo. Jehová les había revelado su grandioso poder, no para muerte, sino para salvación. En cierta forma, el hijo que ella iba a tener revelaría también la misericordia de Dios para con su pueblo pecador.

Nace un héroe

²⁴ A su tiempo, la mujer dio a luz un hijo y le puso por nombre Sansón. El niño creció y Jehová lo bendijo. ²⁵ En los campamentos de Dan, entre Zora y Estaol, el espíritu de Jehová comenzó a manifestarse en él.

El nombre de Sansón está relacionado con la palabra hebrea que se usa para designar el sol. Sin duda, su madre le dio este nombre porque él disipó las sombras de su falta de hijos. Él era su “solecito”. Leemos acerca de Samuel que: “iba creciendo y haciéndose grato delante de Dios y delante de los hombres” (1 Samuel 2:26). Semejantes a éstas son las palabras que se emplean para describir la niñez de Jesús (Lucas 2:52). Sansón crecía también, bendecido por el favor del Señor. Se nos dice que comenzó a tener manifestaciones del propósito de su vida estando en los campamentos de Dan en las cercanías de su hogar, sitio que es mencionado con posterioridad como el lugar desde donde los danitas emigrarían hacia el norte (Jueces 18:12).

Sansón toma esposa

14 Descendió Sansón a Timnat y vio allí a una mujer de las hijas de los filisteos. ² Regresó entonces y lo contó a su padre y a su madre, diciendo:

—He visto en Timnat una mujer de las hijas de los filisteos; os ruego que me la toméis por mujer.

³ Su padre y su madre le dijeron:

—¿No hay mujer entre las hijas de tus hermanos, ni en todo nuestro pueblo, para que vayas tú a tomar mujer de los filisteos incircuncisos?

Sansón respondió a su padre:

—Tómame esta por mujer, porque ella me agrada.

⁴ Su padre y su madre no sabían que esto venía de Jehová, porque él buscaba ocasión contra los filisteos, pues en aquel tiempo los filisteos dominaban sobre Israel.

La primera acción adulta de Sansón nos lo muestra: voluntarioso e indisciplinado, y comportándose de una forma: impura, rebelde y equivocada. Los matrimonios mixtos con los paganos eran una de las causas de la opresión de Israel. Por tanto, estaba mal el que insistiera en una novia filistea; los padres de Sansón sabían lo suficiente como para decirle a su hijo cual era la conducta correcta. Al no prestarles atención, Sansón estaba echando por tierra el Cuarto Mandamiento. Una de las señales que caracterizan a los hijos demasiado consentidos es que dan órdenes rudamente, en lugar de solicitar respetuosamente. Exigir tercamente que se le diera una mujer, después de haber tenido un único y fortuito encuentro con ella, está muy lejos de ser una indicación de que las pasiones estén bajo el control del Espíritu Santo. La esencia de la idolatría es desafiar la sabiduría divina para imponer nuestra propia voluntad. Con tan grandes expectativas de él, los comienzos de Sansón no presagiaban nada bueno.

Dios tiene formas de utilizar el mal para sus propios propósitos. Sansón iba a ser responsable por sus pecados, pero Dios iba a usar esos pecados, y otros que veremos más adelante, para socavar la dominación filistea sobre Israel.

Timnat era una pequeña población situada en el valle de Sorec, no lejos del hogar de Sansón.

El término “incircuncisos” que los padres de Sansón le aplican los hombres del pueblo de la mujer que éste había escogido por esposa, es la palabra que se emplea usualmente en la Escritura para referirse a los filisteos. Los hombres de Filistea no eran físicamente circuncidados, pero mucho más importante que esa distinción corporal era la fe que se expresaba en la circuncisión. Además de los hebreos, otras naciones, particularmente los egipcios, circuncidaban a los niños varones. Lo que en realidad distinguía a los hebreos circuncidados de los filisteos y de otros era el pacto de Dios con su pueblo. El israelita creía que una familia pertenecía al pacto si los hijos varones de la misma eran sometidos al rito de la circuncisión, tal como fuera instituido por Dios mediante Abraham. La fe, y no el acto externo, era lo que

contaba para todos los hebreos, ya fueran varones o hembras. Los filisteos, que no tenían fe salvadora en el pacto de Dios, eran por tanto incircuncisos, ya fuesen varones o hembras.

Un voto roto

⁵ Sansón descendió con su padre y con su madre a Timnat. Cuando llegaron a las viñas de Timnat, un león joven vino rugiendo hacia él. ⁶ Entonces el espíritu de Jehová vino sobre Sansón, quien despedazó al león como quien despedaza un cabrito, sin tener nada en sus manos. Él no contó ni a su padre ni a su madre lo que había hecho. ⁷ Descendió, pues, y habló con la mujer; y ella agradó a Sansón.

⁸ Al volver después de algunos días para tomarla, se apartó del camino para ver el cuerpo muerto del león; y vio que en el cuerpo del león había un enjambre de abejas y un panal de miel. ⁹ Tomándolo en sus manos, fue comiéndose la miel por el camino. Cuando alcanzó a su padre y a su madre, les dio también a ellos para que comieran, pero no les reveló que aquella miel la había tomado del cuerpo del león.

La caminata hasta Timnat debió haber sido tensa, podemos imaginarlo así porque aunque Sansón y sus padres iban por el mismo rumbo, no caminaban juntos. Un león joven se abalanzó sobre Sansón, y éste, usando la fuerza que Dios le había dado, lo despedazó, y puso a un lado del camino los restos; pero no les dijo nada a sus padres.

Desde el punto de vista de Sansón, esta segunda visita a Timnat le salió bien. La muchacha filisteá le gustaba, y eso era suficiente. Manoa arregló lo del matrimonio según era costumbre que los padres hicieran. La unión era por el estilo de la que Gedeón había establecido con la madre de Abimelec. La mujer permanecería en la casa de su padre, con lo cual se hacía innecesario dar una dote. Quizás los padres de Sansón alentaban la esperanza de que algún día su hijo volviera en sí e hiciera un matrimonio apropiado con alguien de su propio pueblo.

En camino a la boda, Sansón y sus padres iban otra vez en la misma dirección, pero separados. El viaje debe haber sido algún tiempo después, porque el cuerpo del león muerto y abandonado en el viaje anterior ya se había consumido por la descomposición, y sólo quedaban la piel y los huesos suficientes para dar abrigo a las abejas. El curioso Sansón descubrió lo que había ocurrido. A un nazareo le estaba prohibido tocar cadáveres, ya fuesen de humanos o animales; pero, sin vacilar, Sansón ignoró esa prohibición y, agachándose, cogió la miel y comió de ella. No fue por accidente sino con pleno conocimiento que quebrantó su voto. Aparte de Dios, nadie vio el pecado de Sansón, pero aun así era pecado. La pureza ritual debía ser un signo externo de la dedicación interior del nazareo, era la forma de hacer evidente ante los demás que era una persona apartada para servir públicamente los a propósitos divinos. Sansón falló en este sentido; en su vida no hubo la suficiente dedicación para la confesión de los pecados o la proclamación de la misericordia perdonadora. Sansón no le dijo nada a nadie acerca del león o de su pecado secreto; pero el episodio le iba a dar material para el acertijo que muy pronto les iba a plantear a los filisteos.

Otro voto quebrantado

¹⁰ Fue, pues, su padre adonde estaba la mujer, y Sansón hizo allí un banquete, porque así solían hacer los jóvenes. ¹¹ Aconteció que cuando los filisteos lo vieron, tomaron treinta compañeros para que estuvieran con él.

No nos queda más que conjeturar sobre por qué el padre de Sansón hizo una segunda visita, que debió haberle sido difícil. Uno se asombra de que no haya cancelado el matrimonio aunque fuese a última hora.

Sansón organizó un banquete; la palabra hebrea se deriva de la que significa “*beber*”. Recordemos la boda de Caná, que duró más de un día y requirió de grandes cantidades de vino para los invitados. La arqueología revela que, a juzgar por los numerosos

recipientes equipados con filtros para separar los sedimentos que restan del proceso de elaboración de la cerveza, los filisteos consumían grandes cantidades de esta bebida. Siendo nazareo, a Sansón le estaba prohibido beber vino o “licor”. Este último término se refiere a las bebidas elaboradas a partir de la fermentación de granos, miel, o frutas distintas de las uvas, pero no hace alusión a licores destilados, ya que en la antigüedad no se conocía la técnica de la destilación.

El texto no declara abiertamente que Sansón participara de la bebida, pero sugiere claramente que así fue, sobre todo si se toma en cuenta su inescrupulosa conducta en cuanto a los matrimonios mixtos y su contacto con el cadáver del león.

Abstenerse de vino u otras bebidas fermentadas era una de las formas en que el nazareo se mantenía separado incluso de sus compatriotas israelitas. Pero Sansón no deseaba estar separado de nadie; su propósito era hacer lo que le viniera en gana, cuando y con quien él quisiera, y los filisteos se dieron cuenta de esta testarudez de Sansón. Al novio le fueron asignados 30 compañeros que habían de vigilarlo; la proporción entre el novio y sus acompañantes resultaba desigual ya que los filisteos deseaban que las cosas resultasen a su favor. Probablemente les habían llegado noticias de lo que sucedía cuando el Espíritu movía a este hebreo de la tribu de Dan.

El acertijo

¹² A estos treinta dijo Sansón:

—Yo os propondré ahora un enigma; si en los siete días del banquete me lo explicáis y descifráis, yo os daré treinta vestidos de lino y treinta vestidos de fiesta. ¹³ Pero si no me lo podéis descifrar, entonces vosotros me daréis a mí los treinta vestidos de lino y los vestidos de fiesta.

Ellos respondieron:

—Propón tu enigma y lo oiremos.

¹⁴ Él les dijo:

—Del devorador salió comida,

y del fuerte salió dulzura.

Ellos no pudieron descifrar el enigma en tres días.

En un banquete de bodas había otras cosas además de la bebida. El momento era propicio para competencias de ingenio y apuestas. Sansón estaba seguro de que podía superar a sus 30 vigilantes y salir ganando de la empresa al dejarlos literalmente en cueros. Lo que nuestra versión Reina Valera revisión de 1995 llama “vestidos de lino” eran grandes mantos cuadrados de lino blanco que se usaban para envolver el cuerpo. Los vestidos de fiesta eran para uso externo, destinadas para las ocasiones festivas. Consideradas las dos piezas juntas, el futuro botín haría un buen guardarropa.

Los acertijos alcanzan su objetivo gracias a una hábil manipulación del lenguaje. Para que sea un éxito, es necesario que la adivinanza despiste a su potencial solucionador. Un buen enigma ha de tener solución dentro del marco de lo posible, pero es preferible que la solución esté muy cerca de ello. El acertijo de Sansón llenaba todos estos requisitos.

En hebreo, la palabra para león es “*ri*”, y la que habitualmente se emplea para miel es “*d’vash*”. También existe una palabra rara para “miel” que tiene las mismas consonantes que la que se emplea usualmente para “león”. Pero ni “león” ni “miel” se emplean en esta adivinanza; ambas expresiones aparecen enmascaradas como “devorador” y “dulzura”.

Tanto entonces como ahora, el lenguaje del humor tenía su lado “impúdico”, por ello no nos sorprende que las palabras de Sansón tuviesen un doble sentido, que iba destinado a despistar a los filisteos. La alegoría sugiere el acto sexual, con el lado femenino enfatizado en la primera línea y el papel masculino en la segunda.

Por último, Sansón había tenido su experiencia con la miel en el cadáver del león; el haberla encontrado allí era inusual, pero no imposible.

La mitad del tiempo del banquete ya había transcurrido y los

30 filisteos estaban desesperados por encontrar una respuesta.

El enigma resuelto deslealmente

¹⁵ Al séptimo día dijeron a la mujer de Sansón:

«Induce a tu marido a que nos explique este enigma, para que no te quememos a ti y a la casa de tu padre. ¿Acaso nos habéis llamado aquí para despojarnos?»

¹⁶ Lloró la mujer de Sansón en presencia de él, y dijo:

—Solamente me aborreces, no me amas, pues no me explicas el enigma que propusiste a los hijos de mi pueblo.

Él respondió:

—Ni a mi padre ni a mi madre lo he explicado, ¿y te lo había de explicar a ti?

¹⁷ Aquella mujer lloró en presencia de Sansón los siete días que duró el banquete, pero al séptimo día él se lo declaró, porque ella lo presionaba, y la mujer se lo contó a los hijos de su pueblo. ¹⁸ Al séptimo día, antes que el sol se pusiera, los de la ciudad le dijeron:

—¿Qué cosa es más dulce que la miel?

¿Y qué cosa es más fuerte que el león?

Sansón les respondió:

**—Si no araseis con mi novilla,
nunca habríais descubierto mi enigma.**

Lo sucedido tenía el propósito de esclarecer de modo general las relaciones hebreo-filisteas. Los filisteos no iban a actuar lealmente; no lo hicieron con Sansón ni con su esposa. La pobre joven, cuyo nombre no conocemos, fue puesta ante una terrible encrucijada: o sonsacarle el secreto a Sansón, o ser arrojada con toda su familia a las llamas. Ella decidió enfrentar la ira de su marido con la esperanza, por supuesto, de que con el pasar del tiempo su esposo llegaría a considerar todo el asunto como algo malo, pero a la vez insignificante, sólo cuestión de palabras. Pero las cosas iban a salir de tal manera que tendría que afrontar ambas cosas; la ira de su esposo y el fuego.

Sansón soportó las lágrimas de su esposa hasta el último día del banquete cuando por fin se lo reveló, y ella se lo divulgó a los 30. Éstos resolvieron el enigma, pero el juez hebreo no resultó ni burlado ni superado en sagacidad: ellos se habían metido con su mujer. Con otro breve y algo soez epigrama de dos líneas, Sansón iba a revelar su secreto.

Ajuste de cuentas, primer asalto

¹⁹ El espíritu de Jehová vino sobre él; descendió Sansón a Ascalón y mató a treinta hombres de ellos y, tomando sus despojos, pagó con las vestiduras a los que habían explicado el enigma. Después, encendido de enojo, regresó a la casa de su padre.

²⁰ Su mujer fue dada a un compañero al que Sansón había tratado como amigo.

Una apuesta es una apuesta, y Sansón no iba a renegar de la suya; pero los filisteos ignoraban cómo se las arreglaría para pagar. Aquí se puso en evidencia la capacidad de Dios para hacer que las circunstancias adversas obren para sus propósitos. Sansón se introdujo en Ascalón, una de las cinco ciudades principales de los filisteos, escogió 30 hombres, los mató, y los despojó de sus ropas. Habiendo pagado su deuda, abandonó el territorio filisteo colérico y disgustado.

El padre de la novia se quedó con su propia cuenta por arreglar; la muchacha le fue dada a quien era la mejor opción posible después de Sansón, pasando a ser esposa del mejor amigo que había acompañado al novio el día de su boda. El amigo parecía ser filisteo, pero no estamos seguros.

Ajuste de cuentas, segundo asalto

15 Aconteció después de algún tiempo, en los días de la siega del trigo, que Sansón visitó a su mujer con un cabrito. Al llegar dijo:

—Entraré para ver a mi mujer en la alcoba.

Pero el padre de ella no lo dejó entrar,² sino que le dijo:

—Pensé que la aborrecías, y la di a tu compañero. Pero su hermana menor, ¿no es más hermosa que ella? Tómala, pues, en lugar de la mayor.

³ Entonces le dijo Sansón:

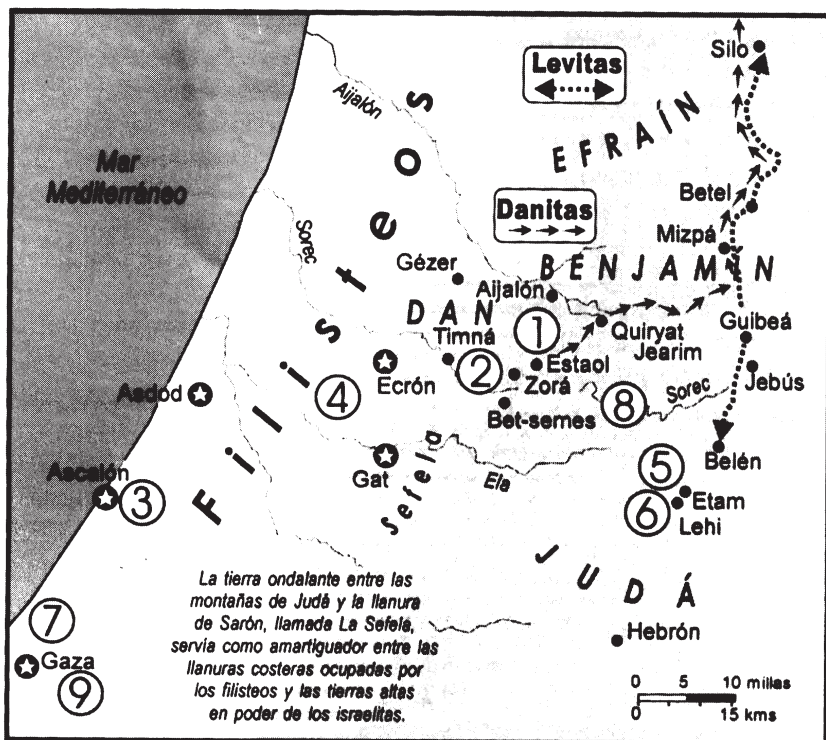
—Sin culpa seré esta vez respecto de los filisteos, si les hago mal.

⁴ Fue Sansón y cazó trescientas zorras, tomó antorchas, juntó cola con cola y puso una antorcha entre cada dos colas.

⁵ Después, encendiendo las antorchas, soltó las zorras en los sembrados de los filisteos y quemó las mieses amontonadas y en pie, y las viñas y olivares.

Al llegar el tiempo de la cosecha, Sansón se encontró junto a unos jóvenes cuyos pensamientos y palabras giraban alrededor de sus esposas y de sus novias. El que llevase un cabrito nos hace recordar la ofrenda de Gedeón (6:19) y la de los padres de Sansón (13:19). Un cabrito fue también lo que Judá le prometió a Tamar como paga a una prostituta cananea. Judá y Tamar se encontraron cerca de Timnat en tiempos de la primavera (Génesis 38); sin embargo, lo que resultó de la consumación del encuentro, moralmente impropio por parte de Judá, fue bendecido por Dios. Lo que Sansón pretendía era que el esposo le regresara a su esposa y a su matrimonio, pero eso era impropio por otra razón: contrariamente a la ley de Dios, Sansón se había casado con una mujer no hebrea. Tamar junto con Judá tomó el papel de una prostituta de los santuarios paganos. La relación matrimonial especial del hijo de Manoa, en la cual la esposa foránea permanecía en casa de su padre, pudiera haber tenido similares connotaciones religiosas. Como quiera que fuese, Sansón descendió a Timnat con su obsequio de enamorado y la dulce esperanza de reanudar su matrimonio.

La mujer permanecía aún en casa de su padre, y allí Sansón se enteró por primera vez de que otro hombre ocupaba su lugar. El filisteo, padre de la muchacha, estaba al tanto de la ira del juez



SANSÓN vs. LOS FILISTEOS (Jueces 13–16) 1. Lugar de nacimiento de Sansón entre Zora y Estaol en territorio de la tribu de Dan. 2. Timnat, donde Sansón se casó con una joven filisteo. 3. Ascalón, sitio en el que Sansón dio muerte a 30 filisteos. 4. Vengándose, Sansón quemó los cultivos de cereales de los filisteos. 5. Peña cercana a Etam, donde encontró refugio Sansón. 6. Lehi, sitio en el que Sansón dio muerte a 1,000 filisteos. 7. Gaza, lugar donde Sansón visitó a una prostituta y donde escapó hacia Hebrón. 8. Valle de Sorec, donde los filisteos capturaron a Sansón, llevándole de allí a Gaza. 9. Gaza, ciudad en cuyo templo de Dagón murió Sansón. – Seiscientos **DANITAS** (Jueces 17,18) abandonan el territorio tribal que les fue asignado, toman el ídolo y el falso sacerdote de Mica en la región montañosa de Efraín, y se desplazan al norte rumbo a la ciudad de Lais, a la que capturan y le cambian el nombre por el de Dan. – Un **LEVITA** de Efraín (Jueces 19) regresa a su casa y convoca a Israel para que venga el crimen, desencadenándose una guerra civil.

hebreo y de lo que era capaz de hacer, por lo que apelando al aprecio que Sansón tenía por la belleza, le ofreció la hija más joven. El ofrecimiento era un insulto; si Sansón no la había preferido con anterioridad, ¿por qué habría de hacerlo ahora?

Lo que ocurrió después fue una milagrosa proeza de: agilidad, astucia y fortaleza física. Sansón capturó 300 animales salvajes; puede haberse tratado de zorras o chacales, pues la palabra hebrea que los identifica es demasiado infrecuente para poder hacer una distinción segura y precisa. Atándolos en parejas por las colas, amarró entre ellas una antorcha encendida y las soltó entre los campos de grano ya seco que los filisteos habían recolectado; éstos ardieron, y el fuego se propagó a las viñas, lo que originó la consiguiente disminución de alimentos en toda Filistea.

Ajuste de cuentas, tercer asalto

⁶ Los filisteos preguntaron:

—¿Quién hizo esto?

Les contestaron:

—**Sansón, el yerno del timnateo, porque le quitó su mujer y la dio a su compañero.**

Vinieron luego los filisteos y los quemaron a ella y a su padre.

⁷ Entonces Sansón les dijo:

—**Ya que esto habéis hecho, juro que no descansaré hasta que me haya vengado de vosotros.**

⁸ Y los hirió de tal manera que hizo estragos entre ellos. Después se fue a vivir a la cueva de la peña de Etam.

Golpe por golpe, los agraviados e iracundos filisteos volcaron su ira sobre la que fue esposa de Sansón y el que fue su suegro. La estrategia del juez era la de forzar a los filisteos a anular el segundo matrimonio de su esposa, que le sería entonces restaurada. Por extraño que pudiera parecer, el amor de Sansón por su mujer era más que un apasionamiento; él quería que ella le fuese devuelta y ahora se encontraba con que la habían matado. Se había declarado la guerra. El proceder de los filisteos endureció la actitud de

Sansón, quien tenía ahora que ajustar cuentas, y no iba a parar de vengarse hasta que las hubiese arreglado.

No se nos dice: dónde, cuándo o con qué frecuencia Sansón llevó a cabo su guerra de guerrillas unipersonal; pero las bajas fueron muchas. La Nueva Versión Internacional (en español), traduce como “furiosamente” la colorida expresión “cadera y muslo” que aparece en el hebreo, y que entró en el uso idiomático del inglés mediante la antigua traducción conocida como “King James Version”. En realidad, las dos partes anatómicas a que se hace referencia están constituidas por la pierna, de la rodilla hacia abajo, y el muslo propiamente dicho. Los comentaristas han sugerido que se trata de una descripción de una maniobra de las artes marciales en la cual Sansón adelantaba la pierna y muslo derecho, agarraba a su adversario por el brazo derecho, y lo proyectaba por encima de su cabeza. Ejecutada con fuerza suficiente, esa técnica resultaba letal. Una imagen de un cilindro de arcilla de origen babilonio que se publicó en 1910 muestra al legendario héroe Gilgamés desarrollando ese tipo de maniobra de combate.

Los filisteos procuraban capturar a Sansón, así que éste se ocultó en Etam. Existe un lugar con este nombre, fortificado por Roboam el hijo de Salomón (2 Crónicas 11:6), que se encuentra en las laderas orientales del territorio central de Judá entre Belén y Tecoa, y a cierta distancia del valle de Sorec. Por esta razón otros han buscado a Etam en las colinas occidentales (La Sefela), región salpicada por cuevas que han sido usadas por muchos durante siglos como lugar para ocultarse.

Ajuste de cuentas, cuarto asalto

⁹ Los filisteos subieron, acamparon en Judá y se extendieron por Lehi. ¹⁰ Los de Judá les preguntaron:

—¿Por qué habéis subido contra nosotros?

Ellos respondieron:

—A apresar a Sansón hemos subido, para hacerle como él nos ha hecho.

¹¹ Al oír esto, vinieron tres mil hombres de Judá a la cueva de la peña de Etam y dijeron a Sansón:

—¿No sabes que los filisteos dominan sobre nosotros? ¿Por qué nos has hecho esto?

Él les respondió:

—Yo les he hecho como ellos me hicieron.

¹² Entonces los de Judá le dijeron:

—Nosotros hemos venido a prenderte y entregarte en manos de los filisteos.

Sansón les respondió:

—Juradme que vosotros no me mataréis.

¹³ Ellos le respondieron:

—No; solamente te prenderemos y te entregaremos en sus manos, pero no te mataremos.

Lo ataron luego con dos cuerdas nuevas y lo hicieron salir de la peña.

¹⁴ Cuando llegaron a Lehi, los filisteos salieron gritando a su encuentro; pero el espíritu de Jehová vino sobre él y las cuerdas que estaban en sus brazos se volvieron como lino quemado con fuego y las ataduras se cayeron de sus manos.

¹⁵ Al ver una quijada de asno, fresca aún, extendió la mano, la tomó y mató con ella a mil hombres. ¹⁶ Entonces Sansón dijo:

**«Con la quijada de un asno,
un montón, dos montones;
con la quijada de un asno
maté a mil hombres.»**

¹⁷ Al terminar de decir esto, arrojó la quijada y llamó a aquel lugar Ramat-lehi.

Haciendo una demostración de fuerza que implicaba un ultimátum, los filisteos presionaron a sus súbditos de Judá: entreguen a Sansón o ya verán. En el capítulo 1 vimos a la tribu de Judá como la menos inclinada a adoptar una política de “vive y deja vivir” en relación con los paganos de Canaán. Pero los tiempos habían cambiado, los filisteos imperaban, y Judá se sentía

satisfecho con que sus señores le permitieran simplemente vivir en paz. Sansón resultaba una fuerza desestabilizadora no grata y ellos tendrían que entregar a uno de los suyos para mantener la paz.

Comprendemos cuán cautelosamente se acercaron a Sansón los hombres de Judá. En una época en la que los combates se libraban fundamentalmente de cuerpo a cuerpo, Sansón era un adversario digno de temer al que nadie quería enfrentarse mano a mano, así que hacía falta un grupo grande. Aun así, los tres mil prefirieron negociar. Sansón estuvo de acuerdo en no hacer resistencia, siempre y cuando sus compatriotas no le hicieran daño físico. Él no tenía problemas con Judá y no tenía ningún interés en derramar sangre hebrea, al igual que no quería que ellos derramaran la suya. La tensión del drama que se va a desarrollar aumenta cuando se nos dice que las ataduras de Sansón eran nuevas, que no se trataba de una sola sogas sino de dos.

Imaginemos las emociones de ambas partes cuando los de Judá conducían atado a Sansón hacia donde le aguardaban los filisteos. De una parte existía un sentimiento que era mezcla de traición y miedo; de la otra, un grito de triunfo y alivio, unido a un profundo anhelo por hacer que el atormentador de los filisteos pagase “ojo por ojo y diente por diente”.

El lino quemado es algo tan frágil como el pabulo quemado de una vela, basta un ligero toque y se parte. En el momento en que las sogas se desprendieron del cuerpo de Sansón, el estado de ánimo de los dos bandos que presenciaban la escena cambió. Una expresión de asombro en ambos lados marcó el intercambio de sentimientos de miedo y alivio de un lado al otro.

Sansón le arrancó la quijada a un asno recién muerto; una vez más había ignorado que les estaba prohibido a los nazareos tocar cadáveres. Tal como había sucedido antes, el Señor transformó la debilidad de Sansón en un instrumento de juicio contra los filisteos y de liberación para su pueblo. Mil filisteos cayeron bajo los golpes de la quijada que Sansón blandía en su mano.

Concluida la matanza, Sansón pronunció un breve poema, que

en el hebreo forma es un ingenioso juego de palabras. “Asno”, “de color rojo”, y “montón” se escriben con las mismas letras. Esta composición decía más o menos así: “Con un hueso fresco y rojo como sangre de un asno colorado, hice un montón rojo [es decir, rojo en sangre] de hombres-asnos. ¡Sí, dos montones enrojados [ensangrentados] de hombres-asnos! ¡Con un hueso fresco y rojo como sangre de un asno colorado, mil hombres son los que he matado!”

El lugar del encuentro se hizo muy conocido. El nombre de Ramat-lehi que le dio Sansón significa: “Alturas de la Quijada”.

Sansón clama en oración

18 Como tenía mucha sed, clamó a Jehová:

«Tú has dado esta grande salvación por mano de tu siervo, ¿cómo dejarás que muera yo ahora de sed y caiga en manos de estos incircuncisos?»

19 Entonces abrió Dios la cuenca que hay en Lehi, y salió de allí agua. Sansón bebió, recobró su espíritu y se reanimó. Por esto llamó a aquel lugar (que está en Lehi hasta el día de hoy) En-hacore.

20 Y juzgó Sansón a Israel veinte años, en los días en que dominaban los filisteos.

Esta es la primera vez que vemos que Sansón haya dudado de poder arreglárselas por sí solo y sin la ayuda del Señor. El esfuerzo del combate lo dejó: desfallecido, sediento y temeroso. Aunque todavía se percibe al Sansón de antes en el tono de demanda de sus palabras, vemos que se llama a él mismo siervo del Señor y que está orando.

La respuesta de Dios a la oración no depende del nivel de moralidad personal, ni es merecida. Sansón estaba en lo cierto cuando dijo que el triunfo que había acabado de alcanzar fue un regalo de Dios. El Señor abrió un hoyo que había en una depresión rocosa de las inmediaciones y de allí brotó un manantial. Éste fue otro regalo inmerecido que restauró las fuerzas de Sansón. *En-*

hacore significa “manantial del que clama”. Ya veremos cómo el Sansón imperfecto volvía a llamar al Señor y él le respondió.

Sansón tienta a Dios en Gaza

16 Fue Sansón a Gaza y vio allí a una prostituta y se allegó a ella. ² Cuando les dijeron a los de Gaza: «Sansón ha venido acá», lo rodearon y acecharon durante toda la noche a la puerta de la ciudad. Se mantuvieron callados toda aquella noche, diciéndose: «Cuando aclare el día, entonces lo mataremos.»

³ Pero Sansón durmió hasta la medianoche; y a la medianoche se levantó y, tomando las puertas de la ciudad con sus dos pilares y su cerrojo, se las echó al hombro y las subió a la cumbre del monte que está delante de Hebrón.

El último capítulo de la vida de Sansón comienza y termina con los viajes a Gaza. Viajó por su propia voluntad, arriesgándolo todo para pecar. Iba a volver a esa ciudad, pero no por su propia voluntad. El viaje final iba a exigir arrepentimiento y perdón.

Gaza era una de las cinco ciudades filisteas más grandes, la que estaba situada más al sur. Al alejarse tanto de su hogar, Sansón se estaba buscando el mayor problema en que se pudiera meter. La palabra que se emplea para designar a la mujer que visitó no es la que se usa ordinariamente para describir a las que servían en los templos; en este caso se trataba de una prostituta común. No se nos dice la razón que tuvo para hacer ese largo viaje para encontrarse con esa mujer.

En Gaza se difundió la noticia de que Sansón estaba en la ciudad. Parece extraño que los filisteos no capturaran de inmediato a su enemigo, cuya fenomenal fuerza ya conocían. Es probable que eso les hiciera tener cautela. Quizás pensaron que el pasar la noche en un burdel le iba a disminuir la capacidad para resistirse a la captura. De cualquier forma, las puertas de la ciudad fueron cerradas y se puso guardia fuera del lugar donde se encontraba Sansón.

En lugar de quedarse toda la noche, como esperaban los filisteos, Sansón se deslizó en medio de la oscuridad sin ser visto, hasta llegar ante las pesadas puertas de la ciudad las cuales arrancó con su cerrojo y sus pilares. Las puertas de entonces estaban unidas a un poste que tenía su extremo inferior redondeado, de modo que el poste y la puerta rotaban sobre una piedra situada debajo de aquél. Dicha piedra, incrustada en los cimientos de las puertas, disponía en su superficie de una depresión también redondeada para acoplarse con la de los postes. Sansón arrancó las puertas de su sitio y cargó con ellas, hasta dejarlas en la cima de una colina cercana.

Al amanecer, los líderes filisteos descubrieron que habían calculado mal. La vista de la entrada de la ciudad desprovista de sus puertas, que ahora yacían sobre la colina, hacía burla de su impotencia y recalca la fuerza de Sansón. Es probable que haya sido allí mismo donde se tomara la decisión de descubrir a cualquier precio la clave de su gran fuerza, y la forma de arruinarla.

Dalila, la contrincante de Sansón

⁴ Después de esto aconteció que se enamoró de una mujer llamada Dalila, que vivía en el valle de Sorec.

⁵ Fueron a visitarla los príncipes de los filisteos y le dijeron: —Engáñalo y descubre en qué consiste su gran fuerza y cómo podríamos vencerlo. Así podremos atarlo y dominarlo, y cada uno de nosotros te dará mil cien siclos de plata.

Dalila es un nombre intrigante. En cuanto a su forma, parece ser hebreo, lo cual abre la posibilidad de que ella no fuese filisteo sino hebrea y compatriota de Sansón. Las últimas cuatro letras de su nombre, si usamos su forma en transliterada al español *Delilah*, equivalen a “noche” en hebreo, y tienen toda la connotación de oscuridad y misterio. Las otras tres letras de la versión transliterada del nombre pueden significar “arruinar” en el sentido de “humillar”. A la vez, las tres primera letras del nombre se pueden

usar para describir la insinuante coquetería que usa una mujer para atraer a un hombre.

Sansón se enamoró de esa mujer; eso no fue ni matrimonio ni unión momentánea con una prostituta, sino el vínculo con una amante que amaba más al dinero que a él. Los príncipes filisteos le hicieron a Dalila una propuesta que no podía rechazar, cada uno de ellos le ofreció 1,100 siclos de plata. Resulta difícil transferir el valor del dinero de una cultura a otra, por lo que es útil, aunque no exacto, estimar el valor de un siclo como el correspondiente a la paga de un día de trabajo. Bajo esta regla, 1,100 siclos equivaldrían al salario de tres años. Si asumimos que fuesen cinco los príncipes los que negociaban con Dalila, uno por cada una de las principales ciudades filisteas, la cifra total de lo ofrecido alcanza los 5,500 siclos (equivalente a unos 13 kg de plata) o a unos 15 años de sueldo. Esas ganancias le podían permitir a Dalila jubilarse cómodamente.

Todo lo que tenía que hacer era obtener el secreto de la gran fuerza de Sansón. Probablemente los gobernantes filisteos ya estaban al tanto de cómo la mujer de Timnat le había sonsacado a su marido la clave de un enigma.

Sansón se enfrasca en un juego letal

⁶ Entonces Dalila dijo a Sansón:

—Yo te ruego que me digas en qué consiste tu gran fuerza y cómo hay que atarte para que seas dominado.

⁷ Sansón le respondió:

—Si me atan con siete mimbres verdes que aún no estén secos, entonces me debilitaré y seré como cualquiera de los hombres.

⁸ Los príncipes de los filisteos le trajeron siete mimbres verdes que aún no estaban secos, y ella lo ató con ellos. ⁹ Como ya había situado hombres al acecho en el aposento, Dalila le gritó:

«¡Sansón, los filisteos sobre ti!»

Él rompió los mimbres como se rompe una cuerda de

estopa cuando toca el fuego; y no se supo el secreto de su fuerza.

¹⁰ Entonces Dalila dijo a Sansón:

—Tú me has engañado, me has dicho mentiras. Descúbreme, ahora, te ruego, cómo hay que atarte.

¹¹ Él le respondió:

—Si me atan fuertemente con cuerdas nuevas que no se hayan usado, yo me debilitaré y seré como cualquiera de los hombres.

¹² Dalila tomó cuerdas nuevas, lo ató con ellas y gritó:

«¡Sansón, los filisteos sobre ti!»

Otra vez los espías estaban en el aposento, pero él las rompió con sus brazos como un hilo.

¹³ Dalila dijo a Sansón:

—Hasta ahora me has engañado, y me has mentido. Descúbreme, pues, ahora, cómo hay que atarte.

Él entonces le indicó:

—Entretejiendo siete guedejas de mi cabeza con hilo de tejer y asegurándolas con la estaca.

¹⁴ Ella las aseguró con la estaca, y luego gritó:

«¡Sansón, los filisteos sobre ti!»

Despertando él de su sueño, arrancó la estaca del telar junto con la tela.

No es fácil alcanzar el triunfo. Dalila se las ingenió tres veces para llegar a la gran pregunta, y por tres veces Sansón le dio una respuesta falsa sobre el secreto de su gran fuerza. En cada ocasión, la mujer usó la información falsa con el obvio propósito de despojar al juez de su fuerza. Cada vez que ella gritaba: “Sansón, los filisteos sobre ti”, estaba diciendo lo mismo que: “¡Te atrapé!”

No nos queda más remedio que preguntarnos: “¿Qué estaba haciendo Sansón?!” Era un genio para los enigmas y no era nada tonto. Es cierto que tenía una debilidad por las mujeres, pero ya no era ningún niño. La respuesta es que Sansón se daba perfecta cuenta de lo que Dalila estaba tratando de hacer, y él jugaba con ella, bajo una ilusión fatal. Él se había convencido a sí mismo de

su propia invulnerabilidad. Incluso en las “Alturas de la Quijada” la aparente debilidad de Sansón había sido sólo momentánea. Dios había estado allí para responder a su oración.

Los tres secretos que Sansón le ‘reveló’ a Dalila sobre su fuerza nos muestran que disfrutaba del juego. Quizás Sansón pretendía comprobar que era capaz de manejar a las mujeres con la misma maestría con que hasta aquí había manejado a los filisteos. Así que iba a hacer un hazmerreír de esta “señora de la noche, empecinada en arruinarlo mediante el hábil uso de sus ardidés femeninos”.

Tenemos que asumir que Dalila conocía lo que había sucedido cuando Sansón fue atado en Lehi y las dos sogas nuevas no pudieron contenerlo. Sansón insinuaba que los de Judá estaban en lo cierto cuando lo ataron, pero que las dos sogas que usaron no eran el material adecuado, ni en cantidad, ni en calidad. Dalila reconoció que había sido engañada al comprobar que no hubo cambio ninguno en la fuerza de Sansón después de haberle atado con siete cuerdas de mimbres verdes. Los amantes se habían enfrentado en el primer asalto. A Sansón le encantaba ganar, pero Dalila no iba a cesar en sus intentos por atraparlo.

La segunda mentira de Sansón llevó a Dalila a creer que en definitiva las sogas eran la clave, pero que debían ser completamente nuevas, hasta el punto de que nunca hubieran sido usadas. De nuevo, y después de que Dalila siguió meticulosamente las instrucciones, nada cambió en Sansón.

Ya se había burlado su enamorado de ella dos veces, y lo iba a intentar una tercera, pero en esta ocasión la indujo a hacer algo tan extremadamente tonto que cuesta trabajo pensar que realmente Dalila se puso a hacerlo. El procedimiento era el siguiente; Dalila debía entretejer la cabellera de Sansón en la tela de un telar y asegurar el tejido con la estaca del mismo, cosa que ella hizo. La risa de Sansón tiene que haber sido tanta como el llanto de enojo y frustración de Dalila al ver al nazareo levantándose con su fuerza intacta, mientras el pesado telar se balanceaba como mochila colgándole de la nuca.

Sansón se pasa de listo

15 Dalila se lamentó:

—¿Cómo dices: “Yo te amo”, cuando tu corazón no está conmigo? Ya me has engañado tres veces y no me has descubierto aún en qué consiste tu gran fuerza.

16 Y aconteció que, presionándolo ella cada día con sus palabras e importunándolo, el alma de Sansón fue reducida a mortal angustia. 17 Le descubrió, pues, todo su corazón y le dijo:

—Nunca a mi cabeza llegó navaja, porque soy nazareo para Dios desde el vientre de mi madre. Si soy rapado, mi fuerza se apartará de mí, me debilitaré y seré como todos los hombres.

18 Viendo Dalila que él le había descubierto todo su corazón, envió a llamar a los principales de los filisteos, diciendo:

«Venid esta vez, porque él me ha descubierto todo su corazón.»

Los principales de los filisteos vinieron a ella trayendo en sus manos el dinero.

19 Hizo ella que Sansón se durmiera sobre sus rodillas y llamó a un hombre, quien le rapó las siete guedejas de su cabeza. Entonces comenzó ella a afligirlo, pues su fuerza se había apartado de él.

20 Y gritó de nuevo:

«¡Sansón, los filisteos sobre ti!»

Sansón despertó de su sueño y pensó:

«Esta vez me escaparé como las otras.»

Pero no sabía que Jehová ya se había apartado de él.

21 Enseguida los filisteos le echaron mano, le sacaron los ojos, lo llevaron a Gaza y lo ataron con cadenas para que trabajara en el molino de la cárcel.

Cada nuevo triunfo hacía que aumentara la creencia de Sansón en su invencibilidad. La cuarta vez que Dalila lo presionó, Sansón

abandonó toda precaución. ¿Es que acaso esta mujer: latosa, necia y derrotada, tenía alguna posibilidad de vencerlo? Fuera esto u otra cosa, el caso es que Sansón quiso probar y ver si podía jugar con el corte del cabello, que era lo que ya había hecho con la bebida y con el contacto con cadáveres. ¿Es que no había conservado su fuerza en esas ocasiones? ¿Por qué no esta vez?

Ha de advertirse a los creyentes que no deben tentar a Dios ni usar a sabiendas de su gracia como excusa para el pecado. Sansón le reveló completamente su secreto a Dalila; incluso le dijo que era nazareo, y con ello que estaba apartado para el servicio de Dios. No hay duda de que Sansón sabía lo que estaba haciendo, estaba tentando a Dios y jugando con su gracia.

Dalila dejó de ser el bufón de Sansón y pasó a tomar el control de la situación. Actuando con base en la información que le había dado gratuitamente, le rasuró la cabeza y repitió por cuarta vez: “¡Sansón, los filisteos sobre ti!” La lacerante tragedia del siguiente suceso nos conmociona. Sansón pensaba que aún continuaba armado con la presencia y el poder de Dios, pero ¡Dios se había apartado y los filisteos *estaban* sobre él! Le sacaron los ojos y lo llevaron a Gaza, donde lo uncieron al poste que hacía girar la piedra superior de un molino. Vuelta tras vuelta, Sansón molía grano andando en la oscuridad. ¡Qué ironía!, el que había convertido en unos asnos, es decir, en unos tontos a los filisteos en Lehi, andaba ahora como uno de ellos. Él que se había llevado las puertas de Gaza estaba ahora encerrado en prisión. Quien había incendiado el grano de los filisteos estaba haciendo harina para que ellos comiesen pan.

El Señor rescata la vida y la obra de Sansón

²² Pero el cabello de su cabeza comenzó a crecer después que fue rapado.

²³ Entonces los principales de los filisteos se juntaron para ofrecer sacrificio a Dagón, su dios, y para alegrarse. Y decían:

**«Nuestro dios entregó en nuestras manos
a Sansón, nuestro enemigo.»**

24 Y viéndolo el pueblo, alabaron a su dios, diciendo:

**«Nuestro dios entregó en nuestras manos//a nuestro enemigo,
al destructor de nuestra tierra,
el cual ha dado muerte//a muchos de entre nosotros.»**

25 Y aconteció que cuando sintieron alegría en su corazón, dijeron:

**«Traed a Sansón para que nos divierta.»
Trajeron de la cárcel a Sansón y les sirvió de juguete.
Luego lo pusieron entre las columnas.**

**26 Entonces Sansón dijo al joven que lo guiaba de la mano:
«Acércame y hazme palpar las columnas sobre las que descansa la casa, para que me apoye sobre ellas.»**

27 La casa estaba llena de hombres y mujeres, y todos los principales de los filisteos estaban allí. En el piso alto había como tres mil hombres y mujeres que estaban mirando el escarnio de Sansón.

28 Entonces clamó Sansón a Jehová, y dijo:

«Señor Jehová, acuérdate ahora de mí y fortaléceme, te ruego, solamente esta vez, oh Dios, para que de una vez tome venganza de los filisteos por mis dos ojos.»

29 Asíó luego Sansón las dos columnas de en medio, sobre las que descansaba la casa, y echó todo su peso sobre ellas, su mano derecha sobre una y su mano izquierda sobre la otra.

30 Y gritó Sansón:

«¡Muera yo con los filisteos!»

Después se inclinó con toda su fuerza, y cayó la casa sobre los principales y sobre todo el pueblo que estaba en ella.

Los votos del nazareato se pueden renovar. Nos lo recuerda el leer que el cabello de Sansón comenzó a crecer. Pero, ¿habría perdón para él? Incluso si se le perdonase ¿cómo podría este ex-campeón israelita, ciego y encadenado, encontrar otra oportunidad de servir a su Señor?

La oportunidad se presentó bajo las circunstancias más inesperadas. Durante una fiesta en honor de su dios Dagón, los filisteos decidieron que Sansón fuera objeto de sus insolentes burlas. La muchedumbre filistea de hombres y mujeres, en medio de la bebida y las canciones, se volvió vociferante y escandalosa. Se felicitaban unos a otros y quisieron tener ante sí la prueba viviente de su victoria. Se dio la orden de traer a Sansón de la prisión. Nuestros pensamientos vuelven una vez más a Lehi, allí los filisteos también esperaban ansiosamente la aparición del Sansón atado, del que iban a hacer como les viniera en gana. Se nos dice, aunque no sabemos cómo, que Sansón “les sirvió de juguete” en el templo de Dagón. Quizás lo desafiaban para que les demostrara su gran fuerza, felices hasta el punto de enronquecer de la risa de ver al impotente juez desprovisto de lo que anteriormente le había hecho legendario.

Junto a Sansón había un joven. La palabra es la misma que se emplea para designar al escudero de Gedeón (Jueces 7:10) y al del rey Abimelec, a quien éste se volvió cuando quiso que le librase de morir a manos de una mujer (Jueces 9:54). Este pequeño detalle prepara al lector para lo que sigue. Sansón era una vez más un guerrero a quien los filisteos, sin querer, lo habían provisto de un escudero. Sansón habría de librar un último combate.

El juez era ahora un hombre cambiado; oró dirigiéndose a Dios, usando el nombre completo con el que él se reveló, y le pidió que se acordara de él. Adelantándonos en el pensamiento mil años a esta escena, oímos la voz de otro malhechor que se volvió a Jesús y le dijo: “Acuérdate de mí” (Lucas 23:42). Este fue el momento de arrepentimiento de Sansón, al entregarse plenamente a la gracia de Dios, la misma gracia que una vez había menospreciado.

Lo que sigue equivale a una súplica para ser restaurado. En la fuerza del perdón que era suyo, ¿le permitiría el Señor “solo una vez más” ser aquello para lo que nació, un nazareo con la misión especial de liberar a Israel del yugo de los filisteos? El plan de Sansón era aniquilar a estos blasfemos celebrantes derribando la casa sobre ellos, pues sabía que aplicando una gran fuerza a las



Sansón empujando las columnas

dos columnas que soportaban el templo, podía lograrlo.

Las últimas palabras de Sansón fueron: “¡Muera yo con los filisteos!” Aquí, el *yo* equivale literalmente a “mi alma”. Aunque éste es un sinónimo que se emplea normalmente en hebreo para expresar el pronombre *mi*, debemos ver en las palabras que escogió Sansón un fiel reflejo del cambio que el Señor había obrado en la relación del juez con su Dios. Para entenderlo, debemos recurrir a las últimas palabras de Jesús antes de su muerte, tal como nos las registran Juan 19:30 con: “Consumado está”, y Lucas 23:46: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” Para terminar la obra que le había encomendado el Padre celestial, Jesús dio su vida por el mundo. Sansón estaba entregando la suya en pleno reconocimiento del papel que Dios le había asignado desde que nació. Esta última acción de Sansón no fue un acto egoísta de autodestrucción; ese pecado ya lo había cometido antes al entregarle a Dalila el secreto de su gran fuerza. Sansón murió mejor que como había vivido, y por esta razón aparece entre los héroes de la fe que se citan en Hebreos 11.

Evaluación de Sansón

Los que mató al morir fueron muchos más que los que había matado durante su vida.

³¹ Y descendieron sus hermanos y toda la casa de su padre, lo tomaron, se lo llevaron y lo sepultaron entre Zora y Estaol, en el sepulcro de su padre Manoa. Y él juzgó a Israel veinte años.

Sansón comenzó a liberar a Israel de los filisteos para quienes fue, tanto en su vida como en su muerte, una verdadera espina en la carne. Su actuación se desarrolló durante 20 de los 40 años que Israel estuvo bajo el yugo de Filistea. Tenemos que admirar el valor de la familia de Sansón, algo que no se manifestó a menudo durante su vida. Abriéndose camino entre los cadáveres de los filisteos, los parientes de Sansón recuperaron su cuerpo y le dieron apropiada y honorable sepultura en la tumba de Manoa.

HISTORIAS REPRESENTATIVAS DE LOS TIEMPOS

Los capítulos que restan en el libro de Jueces no nos presentan a otros personajes en calidad de tales, aun cuando la Escritura identifica al menos a cuatro jueces más que pertenecen a este período. Uno de ellos es Elí, el sumo sacerdote de Silo, quien juzgó durante 40 años (1 Samuel 4:18). Otro es Samuel que sucedió a Elí, quien además de ser sacerdote y profeta, juzgó a Israel hasta su muerte (1 Samuel 7:15). Los dos hijos más bien incompetentes de Samuel fueron los últimos de los jueces (1 Samuel 8:1-3). Después de ellos, Saúl siguió como rey.

Los últimos capítulos del libro de Jueces son importantes, pues sirven de balance para los capítulos iniciales. En el primero de éstos vimos las altas expectativas de Dios para con su pueblo; ya en el segundo, el escritor nos preparó para los ciclos recurrentes de apostasía: opresión, liberación, y (en algunas ocasiones) reposo. A su vez, los capítulos finales constituyen también un resumen de la época. En ellos se nos invita a mirar hacia: una familia, una tribu, un suceso, y finalmente un episodio típico; en el cual se involucra toda la federación de tribus.

Una cadena de coincidencias en las que participan los levitas, hombres llamados a servir al Señor, une estas escenas. De ellas resulta una serie de historias cortas a las que se acopla una especie de estribillo que se repite cuatro veces en los cinco capítulos finales: “En aquellos días no había rey en Israel” (17:6; 18:1; 19:1; 21:25). Tanto en la primera como en las últimas instancias, el tema se amplía con las palabras: “cada cual hacía lo que bien le parecía”. La apostasía de Israel había

depuesto al Señor de su posición como monarca de la nación. El pacto por el cual Dios había provisto de todo bien y todo don perfecto al pueblo, y al cual éste debía responder con un amor agradecido y desinteresado, había sido quebrantado, había sido cancelado, no por el Señor, sino por el desamor egoísta de pecadores desobedientes.

UNA CASA PERDIDA (JUECES 17:1-13)

Los pecados de la familia de Micá

17 En los montes de Efraín vivía un hombre que se llamaba Micaía, ² el cual dijo a su madre:

—Los mil cien siclos de plata que te robaron, por los cuales maldijiste y de los cuales me hablaste, están en mi poder; yo tomé ese dinero.

Entonces la madre dijo:

—¡Bendito seas de Jehová, hijo mío!

³ Cuando él devolvió los mil cien siclos de plata a su madre, ésta dijo:

—En verdad, por mi hijo he dedicado el dinero a Jehová, para hacer una imagen de talla y una de fundición; pero ahora te lo devuelvo.

⁴ Cuando él devolvió el dinero a su madre, ella tomó doscientos siclos de plata y los dio al fundidor, quien hizo con ellos una imagen de talla y una de fundición, la cual fue puesta en la casa de Micaía.

⁵ Este hombre Micaía tuvo así un lugar donde adorar a sus dioses. Hizo un efod y unos terafines, y consagró a uno de sus hijos para que fuera su sacerdote. ⁶ En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía.

El lugar escogido para esta fotografía instantánea de la vida familiar es Efraín, tribu que, junto con la de Manasés, ocupaba el centro del país; entre ambas habían recibido la herencia que Jacob le había otorgado a José. Ya hemos visto en dos ocasiones cuán superiores se consideraban los efrateos en relación a las demás tribus (Jueces 8,12).

En esta fotografía de la familia están un hombre, Micaía, y su madre. Aunque pensaba que lo era, Micaía estaba lejos de ser un

efrateo completamente dedicado al Dios de Israel. Lo que sí sabemos es que era ladrón e ídolatra.

Micaía le robó a su madre 1,100 piezas de plata, la misma cantidad que Dalila obtuvo de cada uno de los príncipes filisteos. Queriendo recuperar su dinero, la madre pronunció un terrible juramento que atemorizó a tal punto a Micaía que lo hizo devolver a la madre lo robado. Ahora que tenía el dinero de vuelta, la mujer sentía miedo del mal que había invocado sobre su hijo y quiso contrapesar la maldición con una bendición en el nombre de Jehová. A manera de salvaguarda, la madre de Micaía tomó parte del precioso metal para encargarle a un artífice para la elaboración de dos ídolos: uno tallado de madera o cincelado de piedra, el otro hecho de bronce o plomo en un molde y recubiertos de plata. Luego, le pidió a su hijo que colocara las figuras en el altar familiar y que las dedicara al Señor. Este santuario tenía un efod no autorizado, como el que hizo Gedeón, y *terafines* (ídolos pequeños) similares al que en cierta ocasión Raquel hurtó de su padre Labán (Génesis 31:19). Basándonos en el que Mical usó para engañar a los hombres de Saúl, haciéndoles creer que David dormía en su cama (1 Samuel 19:16), se deduce que estos terafines tenían forma humana. El altar era atendido por uno de los hijos de Micaía, que se hacía llamar sacerdote.

La impresión que tenemos de esta familia es que está llena de pecado. Tiene su base en la distorsión de la primera tabla de la Ley. En cuanto a esto, Micaía no difería de muchos otros israelitas de su época, razón por la cual es útil que nos detengamos a examinar su colección de objetos religiosos y su significado.

Los efods eran vestiduras religiosas que usaban los sacerdotes (1 Samuel 22:18). El sumo sacerdote tenía una espléndida (Éxodo 28,39). El rey David (2 Samuel 6:14; 1 Crónicas 15:27) y el profeta Samuel (1 Samuel 2:18) las usaron. El efod de Micaía difería de éstos en que no estaba autorizado, constituyendo un objeto reverenciado por él mismo y establecido en contra de los estatutos que dio el Señor por medio de Moisés. Los efods eran

generalmente gratos a Dios; sin embargo, el de Micaía no podía serlo.

Los terafines eran aparentemente recuerdos, una vieja versión de lo que son nuestras fotos de familia. Su presencia en los hogares iba desde lo desprovisto de significado religioso hasta lo idólatra. En su sentido más inocente, estos objetos constituían un recuerdo de familiares fallecidos, o podían ser reliquias que daban fe de la propiedad de bienes transmitidos de generación en generación. En su variante más peligrosa, estos mismos objetos pasaban a ser estímulos o talismanes para el culto a los muertos y sus imaginarios poderes sobre los vivos.

Las imágenes, ya fuesen talladas o fundidas, no eran objetos que el pacto aprobase para la adoración bajo ninguna circunstancia. Casi toda la adoración pagana giraba en torno a una representación visual de la deidad. Con el objeto de que su naturaleza trascendente y universal quedase grabada en Israel, Dios en el Antiguo Testamento se limitó a sus divinas obras y palabras. Únicamente en la plenitud de los tiempos fue que Dios escogió manifestarse plenamente en la imagen y semejanza de lo creado. Esa santa creación fue Jesús. Rodeados de baales y aseras hechos de madera, piedra o metal, los israelitas como Micaía no podían ver nada malo en representar a Jehová de manera similar. Sin embargo, esa piedad era errónea porque iba contra la palabra de Dios.

Al igual que los terafines, los altares ocupaban por sí solos una posición neutral. Podían ser gratos a Dios si se les erigía por orden divina o para devoción privada. Los patriarcas: erigieron altares, levantaron piedras de conmemoración, e hicieron sacrificios dentro del marco de sus extensas familias. La diferencia entre el culto público y el privado no entró en vigor hasta que se estableció el pacto en el monte Sinaí. A partir de entonces, la adoración oficial le correspondió al santuario y a sus ministros; la adoración privada continuó sin que ello significase transgresión alguna cuando procedía de corazones sinceros. Al consagrar a su hijo como sacerdote, Micaía hizo que su altar dejase de constituir un sitio de

adoración privada para serlo de adoración pública; y al instalar imágenes en él, lo hizo francamente inaceptable, aunque las hubiese dedicado piadosamente al Señor.

Los levitas no eran mejores que el resto de la población

⁷ Había un joven de Belén de Judá, el cual era levita y forastero allí. ⁸ Este hombre partió de la ciudad de Belén de Judá para ir a vivir donde pudiera encontrar un lugar. En su viaje llegó a los montes de Efraín, a la casa de Micaía.

⁹ Micaía le preguntó:

—¿De dónde vienes?

El levita le respondió:

—Soy de Belén de Judá y voy a vivir donde pueda encontrar lugar.

¹⁰ Micaía le propuso:

—Quédate en mi casa, y para mí serás padre y sacerdote; y yo te daré diez siclos de plata por año, vestidos y comida.

Y el levita se quedó.

¹¹ Le agradó, pues, al levita quedarse con aquel hombre, y fue para él como uno de sus hijos. ¹² Micaía consagró al levita; aquel joven le sirvió de sacerdote y permaneció en casa de Micaía. ¹³ Entonces Micaía pensó:

«Ahora sé que Jehová me prosperará, porque tengo a un levita por sacerdote.»

Aunque todos los israelitas eran sacerdotes ante Dios (Éxodo 19:6), la tribu de Leví fue apartada para el ministerio público. Encabezados por la familia sacerdotal de Aarón, tenían: el solemne privilegio, el honor y la obligación de velar, porque el pacto de Dios fuese: conocido, comprendido y obedecido con gusto por todo Israel (Números 18:1-4). Los levitas eran, por tanto, parte integral del gran plan que trazó Dios en días de Moisés y Josué. Como parte de ese plan, Leví no

recibió herencia separada entre las tribus. En lugar de eso, el Señor les dio 48 poblaciones diseminadas entre todas ellas.

Este episodio nos presenta a un joven levita natural de Belén; posteriormente, veremos que su nombre era Jonatán y que era descendiente de Moisés (18:30). Belén no era una de las 48 ciudades levíticas. Este joven o su familia habían abandonado la ciudad que les estaba asignada.

El ministerio levítico de Jonatán, que debió haber sido por amor a Dios y obediencia a su palabra, era ahora objeto de alquiler, pecado que llamamos de simonía. Este término se deriva de Simón el mago, que intentó comprarle a Pedro el don del Espíritu Santo (Hechos 8:18,19).

Jonatán no era elegible legalmente para el sacerdocio, debido a que no era miembro de la familia de Aarón. De todas formas, Micaía le ofreció: el título de sacerdote, además de alojamiento, comida, y una paga de diez siclos de plata anuales. Comparado con los doscientos siclos que se habían invertido en la imagen, o con la cantidad que Dalila recibió a cambio de sus servicios, el sueldo del levita no era nada espléndido, pero era la mejor oferta que había recibido, de modo que la aceptó.

Micaía trató bien a su huésped e incluso le llamó respetuosamente padre. El asunto da la impresión de aparente piedad y fervor religioso. Pero nos preguntamos, ¿qué era lo que en realidad creía esta casa? La respuesta está en el comentario que hizo Micaía en la instalación de Jonatán; allí revela su opinión de que iba a ser recompensado por el Señor debido a sus piadosos esfuerzos. Esta es la religión del dar para obtener y es la esencia de la incredulidad pagana. Micaía estaba muy lejos del concepto de la salvación sólo por la fe, con base en la revelación única de Dios, asegurada en los hechos de salvación sólo por Dios. Pero peor aún, Jonatán, un hombre encargado de ministrar públicamente, no hizo nada para corregirlo.

DAN EMIGRA (JUECES 18:1-31)

Los pecados de la tribu de Dan

18 En aquellos días no había rey en Israel. La tribu de Dan buscaba un territorio propio donde habitar, porque hasta entonces no había obtenido su heredad entre las tribus de Israel. ² Por eso los hijos de Dan enviaron desde Zora y Estaol cinco hombres de su tribu, hombres valientes, para que reconocieran y exploraran bien la tierra. Y les dijeron:

«Id y reconoced la tierra.»

Estos vinieron al monte de Efraín, hasta la casa de Micaía, y allí posaron. ³ Cuando estaban cerca de la casa de Micaía, reconocieron la voz del joven levita y, llegándose allá, le preguntaron:

—¿Quién te ha traído acá? ¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas tú por aquí?

⁴ Él les respondió:

—De esta y de esta manera ha hecho conmigo Micaía, y me ha tomado para que sea su sacerdote.

⁵ Ellos le pidieron entonces:

—Pregunta, pues, ahora a Dios, para que sepamos si ha de irnos bien en este viaje que hacemos.

⁶ El sacerdote les respondió:

—Id en paz: delante de Jehová está el camino en que andáis.

Cuando Josué les distribuyó la tierra a las tribus que se establecieron al oeste del Jordán, la de Judá y las dos tribus de José fueron las primeras en recibirlas; posteriormente, se les repartieron las porciones a las restantes siete. La distribución se hizo al azar, recayendo sobre Dan la última de las suertes echadas; esta herencia era eludida por buenas razones por las demás tribus. Situada entre Judá y Efraín cerca al mar, tenía sus colinas infestadas de amorreos

y sus llanuras estaban siendo invadidas por los filisteos. Dadas estas circunstancias, una parte de la tribu de Dan decidió cambiar por su cuenta lo que Dios había programado. Iban a enviar cinco espías en busca de un lugar más apropiado donde establecerse.

Lo que ocurrió posteriormente vincula a este capítulo con el anterior. En su viaje rumbo al norte, los espías hicieron por casualidad una visita nocturna a la casa de Micaía, donde algo de la voz de su sacerdote alquilado les llamó la atención. Puede que haya sido un acento particular o que hayan reconocido su canto como el de un verdadero levita. Tras intercambiar preguntas y respuestas de rutina, los espías le pidieron al falso sacerdote que consultara a Dios con respecto a ellos. Esas consultas eran legítimas y posibles mediante el empleo del Urim y el Tumim, pero estos oráculos de Dios pertenecían a las vestiduras del sumo sacerdote, que servía en el Tabernáculo. Jonatán no tenía manera de darles a los espías una respuesta auténtica; no obstante, les dio una, asegurándoles que el viaje iba a ser un éxito total.

Los danitas encuentran su nuevo hogar

⁷ Salieron luego aquellos cinco hombres y llegaron a Lais. Vieron que el pueblo que habitaba en esa ciudad estaba seguro, ocioso y confiado, conforme a la costumbre de los de Sidón, sin que nadie en aquella región los perturbara en cosa alguna, ni nadie se enseñoreara sobre ellos. Estaban lejos de los sidonios y no tenían negocios con nadie.

⁸ Cuando los cinco hombres regresaron a sus hermanos de Zora y Estaol, estos les preguntaron:

—¿Qué hay?

Ellos respondieron:

⁹ —Levantaos, subamos contra ellos, porque hemos explorado la región y hemos visto que es muy buena. ¿No haréis vosotros nada? No seáis perezosos en ponerlos en marcha para ir a tomar posesión de la tierra. ¹⁰ Cuando vayáis, llegaréis a un pueblo confiado y a una tierra muy espaciosa,

pues Dios la ha entregado en vuestras manos; es un lugar donde no falta cosa alguna que haya en la tierra.

Los espías se desplazaron hasta el extremo norte del territorio conquistado por los israelitas, lo que los llevó más allá de la heredad de la tribu de Neftalí, hasta llegar al nacimiento del Jordán. Allí, entre verdes praderas y cerca de puros manantiales, estaba una ciudad indefensa llamada Lais (león). Una cuidadosa investigación reveló que la ciudad era fácil de tomar. La expresión “conforme a la costumbre de los de Sidón” significa que eran cananeos, pero las montañas los separaban de los demás de su mismo pueblo, y la ciudad no había entrado en alianzas defensivas con nadie. En resumen, la ciudad estaba para ser tomada por cualquiera.

Al regreso, los espías convocaron a una asamblea. Podemos contrastar la disposición para el ataque de los danitas con la renuencia que manifestaron 10 de los 12 espías que una vez fueron enviados por Moisés a inspeccionar todo Canaán. En aquel momento, diez de los doce enviados consideraron la conquista como: difícil, dura y arriesgada. En cambio, los 5 espías de esta historia estaban determinados a ir, ya que les parecía cosa: fácil, segura y sin riesgos.

Dan se apropia de un falso sacerdote y de dioses falsos

¹¹ Entonces salieron de Zora y de Estaol seiscientos hombres de la familia de Dan provistos de armas de guerra. ¹² Fueron y acamparon en Quiriat-jearim, en Judá, por lo cual aquel lugar, que está al occidente de Quiriat-jearim, se llama hasta hoy el campamento de Dan. ¹³ De allí pasaron al monte de Efraín y llegaron hasta la casa de Micaía.

¹⁴ Aquellos cinco hombres que habían ido a reconocer la tierra de Lais dijeron entonces a sus hermanos:

«¿No sabéis que en estas casas hay un efod y terafines, una imagen de talla y una de fundición? Mirad, por tanto, lo que habéis de hacer.»

¹⁵ Cuando llegaron allá, entraron a donde vivía el joven levita, en casa de Micaía, y le preguntaron cómo estaba. ¹⁶ Los seiscientos hombres, que eran de los hijos de Dan, estaban armados con sus armas de guerra a la entrada de la puerta. ¹⁷ Subiendo luego los cinco hombres que habían ido a reconocer la tierra, entraron allá y tomaron la imagen de talla, el efod, los terafines y la imagen de fundición, mientras se quedaba el sacerdote a la entrada de la puerta con los seiscientos hombres armados con armas de guerra.

¹⁸ Entraron, pues, aquellos hombres en la casa de Micaía y tomaron la imagen de talla, el efod, los terafines y la imagen de fundición. El sacerdote les dijo:

—¿Qué hacéis vosotros?

¹⁹ Ellos le respondieron:

—Calla, pon la mano sobre tu boca y ven con nosotros, para que seas nuestro padre y sacerdote. ¿Es acaso mejor ser sacerdote en la casa de un solo hombre que serlo de una tribu y de una familia de Israel?

²⁰ Se alegró el corazón del sacerdote, quien tomó el efod, los terafines y la imagen, y se fue con el pueblo. ²¹ Ellos iniciaron la marcha y partieron llevando delante a los niños, el ganado y el bagaje. ²² Cuando ya se habían alejado de la casa de Micaía, los hombres que habitaban en las casas cercanas a la de él se juntaron y siguieron a los hijos de Dan.

²³ Les gritaron, y los de Dan, volviendo sus rostros, dijeron a Micaía:

—¿Qué tienes, que has juntado gente?

²⁴ El respondió:

—Os apoderasteis de los dioses que yo hice y de mi sacerdote. Vosotros os vais, y a mí ¿qué más me queda? ¿Por qué, pues, me preguntáis qué me pasa?

²⁵ Los hijos de Dan contestaron:

—No des voces tras nosotros, no sea que los de ánimo colérico os acometan y pierdas también tu vida y la vida de los tuyos.

²⁶ Prosiguieron los hijos de Dan su camino, y Micaía, viendo que eran más fuertes que él, se volvió y regresó a su casa

El poder es ley. Marchando en son de guerra con seiscientos guerreros, los danitas acamparon en un sitio que después fue llamado precisamente “el campamento de Dan”. Allí fue donde se comenzó a manifestar el poder del Espíritu en Sansón.

El poder es ley. Al detenerse en Efraín, los espías convencieron al resto de la tropa de que podían cubrir su empresa con un barniz de legitimidad religiosa si tomaban con ellos los objetos religiosos que Micaía había puesto en su santuario. Las tropas armadas montaron guardia mientras los cinco espías entraban para cargar con: los terafines, la imagen tallada y chapeada, y el efod. Tal parece que los danitas no pretendían al principio llevar a Jonatán con ellos, pero cuando el joven levita apareció de súbito y les preguntó a los espías qué estaban haciendo, éstos le hicieron la segunda oferta imposible de rechazar, y él la aceptó con placer. Iba a ser sacerdote de toda una tribu. Parece que la cuestión de la lealtad nunca pasó por su mente.

El poder es ley. Los danitas previeron que Micaía iba a reaccionar ante el secuestro de Jonatán y el robo de su arsenal de objetos religiosos de modo que, como medida de protección, los hombres armados con lanzas pasaron a ocupar la retaguardia de la columna mientras que las mujeres y los niños fueron puestos a la vanguardia.

El poder es ley. En efecto, Micaía acudió a los demás efrateos para que lucharan a su favor, pero aparentemente no reclutó el número suficiente. A los gritos de Micaía, los danitas respondieron con un: “¿Cuál es tu problema?” Micaía estaba colérico ante la actitud desdeñosa de los danitas. Ellos sabían muy bien por qué gritaba Micaía y éste se los dijo. Fría y calculadamente, los de Dan ni negaron ni confirmaron que tuvieran los dioses y el sacerdote, sino que en esencia le contestaron: “La gente que discute sale perdiendo”, y dejaron que Micaía viera por sí mismo si su pequeña fuerza podía ganar en una disputa a lanza y espada.

La fuerza es ley. Micaía regresó a su casa todo acongojado y los danitas siguieron su camino.

Sería bueno que el lector revisase una porción de la descripción profética de la tribu de Dan que hizo Jacob en Génesis 49:17.

Será Dan serpiente junto al camino,
víbora junto a la senda,
que muerde los talones del caballo
Y hace caer hacia atrás al jinete.

Dan se asienta en una herencia falsa

²⁷ Y ellos, llevando las cosas que había hecho Micaía, juntamente con el sacerdote que tenía, llegaron a Lais, un pueblo tranquilo y confiado, hirieron a sus habitantes a filo de espada y quemaron la ciudad. ²⁸ No hubo quien los defendiera, porque se hallaban lejos de Sidón y no tenían negocios con nadie. Lais estaba situada en el valle que hay junto a Bet-rehob. Luego reedificaron la ciudad y habitaron en ella. ²⁹ Y pusieron a aquella ciudad el nombre de Dan, conforme al nombre de Dan su padre, hijo de Israel, aunque antes la ciudad se llamaba Lais. ³⁰ Allí los hijos de Dan levantaron, para adorarla, la imagen de talla. Y Jonatán hijo de Gersón hijo de Moisés, y sus hijos, fueron los sacerdotes en la tribu de Dan hasta el día del cautiverio de la tierra. ³¹ Así, todo el tiempo que la casa de Dios estuvo en Silo, tuvieron levantada entre ellos la imagen de talla que Micaía había hecho.

No hubo ninguna esperanza para Lais. Pudiera decirse que los cananeos debían ser aniquilados y sus tierras ocupadas. ¿Acaso no era esto una guerra justa? ¿No estaba haciendo Dan lo correcto?

Tiempo después, al rey Saúl le fue dicho que debía hacer la guerra contra los amalecitas. Lo hizo y triunfó, pero no siguió las instrucciones específicas de Dios. Como razón para haber preservado las ovejas que Dios quiso que eliminase, Saúl citó las ordenanzas relativas a los sacrificios religiosos. La severa

reprimenda de Samuel fue: “¿Acaso se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a las palabras de Jehová? Mejor es obedecer que sacrificar” (1 Samuel 15:22).

Los pecados de Dan no se pueden justificar diciendo que el ataque a Lais es un cumplimiento del mandamiento divino de poseer la tierra. Las tribus tenían la tarea de dar término a la obra que les encargó Josué, cosa que Dan no había hecho (Jueces 1:34). Dan estaba ahora en el sitio que no debía estar y haciendo lo que no debía hacer. Lo que es más, la tribu había aumentado sus pecados con el robo de los ídolos y un falso sacerdote.

De las ruinas de Lais se levantó una nueva ciudad a la que los danitas le pusieron el nombre del patriarca de su tribu. Tal como le habían prometido, Jonatán fue debidamente instalado, y él y sus hijos continuaron ejerciendo el sacerdocio no autorizado hasta “el día del cautiverio de la tierra”.

Desde nuestra ventajosa posición en la historia, “cautiverio” sugiere de inmediato la toma del Reino del Norte, es decir Israel, por los asirios tal como la registra 2 Reyes 17:6. Sin embargo, el término *cautiverio* nunca se emplea para hablar de las tribus del norte sino de la de Judá, que fue tomada cautiva y finalmente liberada, en tanto que las tribus del norte fueron deportadas y jamás regresaron.

El Salmo 78 menciona un “cautiverio” relacionado con el norte de Israel consistente con la captura del Arca del pacto a finales del período de los jueces. El Salmo 78:61,62 dice:

Entregó a cautiverio su poderío;
su gloria, en manos del enemigo.

Entregó también su pueblo a la espada
y se irritó contra su heredad.

Las palabras hebreas que se traducen como “cautiverio” en el Salmo 78 y en el pasaje de Jueces que estamos comentando son distintas pero sinónimas. La captura del Arca se describe en 1 Samuel 4. La palabra “cautiverio” del Salmo 78 se

usa en relación con la partida de la gloria de Dios del campo israelita. Algunos estudiosos han sugerido que la palabra “tierra” en la frase “cautiverio de la tierra” de esta parte de Jueces pudiese ser un error del copista, ya que un cambio en la letra final de “tierra” haría que la expresión dijese: “cautiverio del Arca”.

Resulta históricamente lógico que el servicio de los hijos de Jonatán se mantuviera únicamente hasta la catástrofe de Silo, ya que el rey David no habría tolerado a sacerdotes levitas no autorizados en Dan. Podemos estar seguros de que los habría eliminado, si es que Saúl no lo hubiese hecho antes que él. Además de esto, sabemos que Jeroboam I escogió a Dan como sitio para erigir uno de sus becerros de oro, en relación con lo cual designó una nueva línea de sacerdotes (1 Reyes 12:31).

De paso, debemos mencionar un suceso del texto hebreo en el versículo 30 de este capítulo de Jueces. En la parte temprana de la Edad Media, los masoretas, que así se llamaba a los copistas hebreos del Antiguo Testamento, insertaron una letra en el nombre de Moisés con lo que lo transformaban en Manasés. La razón para ello estaba en que estos piadosos hebreos no podían aceptar la idea de que el nieto de Moisés fuese un idólatra empedernido. Sin embargo, estos copistas, por cuestión de conciencia, escribieron la letra insertada de modo que sobresaliera de las demás. Tanto era lo que respetaban el texto escrito de la Biblia que se sintieron obligados a alertar así al lector con respecto a ese entremetimiento con la ortografía. Es por esto que en la versión King James dice “Manasés” donde la Nueva Versión Internacional dice “Moisés”.

Antes de que concluyamos con este capítulo de Jueces que trata con la apostasía de la tribu de Dan, merece que mencionemos otra pequeña anécdota. Cuando el último libro de la Biblia enumera a las 12 tribus de Israel en representación simbólica de los 144,000 sellados para la eternidad (Apocalipsis 7:5-8), la de Dan está ausente. Una posible explicación sería que esta omisión de Juan depende de los sucesos que se relatan en Jueces 18, ya que, como tribu apóstata, Dan no corresponde con la intención simbólica del escritor del Apocalipsis.

UN ULTRAJE (JUECES 19:1-30)

Otro levita

19 En aquellos días, cuando no había rey en Israel, hubo un levita que vivía como forastero en la parte más remota de los montes de Efraín. Había tomado para sí, como concubina, a una mujer de Belén de Judá; ² pero su concubina le fue infiel, lo abandonó y se fue a casa de su padre, en Belén de Judá, y estuvo allá durante cuatro meses. ³ Se levantó su marido y fue tras ella para hablarle amorosamente y hacerla volver.

Una vez que el pacto del Sinaí fue olvidado, Israel quedó sin rey, ni divino ni humano, lo que trajo consecuencias y episodios muy desagradables. Este capítulo relata uno de ellos.

Este otro levita con el que nos encontramos tampoco residía en una de las 48 ciudades que les había asignado Jehová para el ministerio público. El hombre había tomado una mujer de Belén como concubina. Se trataba de un matrimonio válido; no sabemos por qué, pero ella no compartía una posición de igualdad con su esposo. Quizás él tenía otra esposa, o quizás la mujer se había visto obligada a venderse a sí misma en pago de una deuda. En cualquier caso, el matrimonio tenía problemas y nos encontramos con que la concubina se había separado desde hacía cuatro meses de su esposo, a quien había dejado para regresar al hogar paterno en Belén. El texto hebreo insinúa que la mujer le había sido infiel; y si así fue, el levita estaba obligado a separarse de ella. Sin embargo, vemos que él viaja hacia Belén en busca de la reconciliación. La expresión literal hebrea nos dice que regresaba “para hablar de corazón a corazón”. La antigua traducción griega de este pasaje dice que fue el enojo la causa del abandono.

Demasiada hospitalidad

Llevaba consigo un criado y un par de asnos. La mujer lo hizo entrar en la casa de su padre. ⁴Al verlo, el padre de la joven salió a recibirlo gozoso. Lo detuvo su suegro, el padre de la joven, y se quedó en su casa tres días, comiendo, bebiendo y alojándose allí.

⁵Al cuarto día, cuando se levantaron de mañana, se levantó también el levita para irse, pero el padre de la joven dijo a su yerno:

—Conforta tu corazón con un bocado de pan y después os iréis.

⁶Se sentaron ellos dos juntos, comieron y bebieron.

El padre de la joven pidió al hombre:

—Te ruego que pases aquí la noche, y de seguro se alegrará tu corazón.

⁷Se levantó el hombre para irse, pero insistió su suegro y volvió a pasar la noche allí.

⁸Al quinto día, levantándose de mañana para irse, le dijo el padre de la joven:

—Conforta ahora tu corazón y aguarda hasta que decline el día.

Y ambos comieron juntos.

⁹Luego el hombre se levantó para irse con su concubina y su criado. Entonces su suegro, el padre de la joven, le dijo:

—Ya el día declina y va a anochecer; te ruego que paséis aquí la noche. Puesto que el día se acaba, duerme aquí, para que se alegre tu corazón. Mañana os levantaréis temprano y os pondréis en camino, y te irás a tu casa.

¹⁰Pero el hombre no quiso pasar allí la noche, sino que se levantó y se fue. Llegó frente a Jebús, que es Jerusalén, con su par de asnos ensillados y su concubina.

El levita vino bien preparado, dos asnos son capaces de transportar lo suficiente para una larga estadía; pero además, trajo consigo a un esclavo para que se ocupara de sus asuntos mientras

que él se encargaba de hacer las propuestas de reconciliación. Aparentemente el hombre esperaba que las negociaciones fuesen prolongadas y la hospitalidad escasa.

Las cosas salieron de modo muy distinto. La mujer, que se había distanciado de su esposo, se comportó como Rebeca cuando Eliezer llegó a Harán. Rebeca llevó al recién llegado directamente a su casa. Aquí en Jueces, el padre de la mujer recibió al levita con extraordinaria hospitalidad; no se pensó en la partida hasta la mañana del cuarto día. Se quedó el cuarto día y una buena parte del quinto, siempre presionando al marido para que se quedara un día más. Finalmente, en la tarde del quinto día, éste decidió partir a pesar de la insistencia para que se quedara un poco más.

Aquí estamos viendo la hospitalidad oriental llevada hasta el extremo. Aun en nuestros tiempos la ruptura del matrimonio provoca dificultades en las relaciones interfamiliares. Quizás la familia de la mujer estaba haciendo un esfuerzo por suavizar las tensiones y cimentar las bases de una reconciliación perdurable. El hecho de que el levita se dispusiera a correr los riesgos de una partida con el día ya bien avanzado parece indicar que los parientes de la mujer se habían excedido.

Demasiada poca hospitalidad

¹¹ Estando ya junto a Jebús, el día había declinado mucho; y dijo el criado a su señor:

—Ven ahora, vámonos a esta ciudad de los jebuseos, para que pasemos en ella la noche.

¹² Su señor le respondió:

—No iremos a ninguna ciudad de extranjeros, que no sea de los hijos de Israel, sino que seguiremos hasta Gabaa.

Y añadió:

¹³—Ven, sigamos hasta uno de esos lugares, para pasar la noche en Gabaa o en Ramá.

¹⁴ Así, pues, siguieron adelante, y cuando se les puso el sol estaban junto a Gabaa, ciudad de la tribu de Benjamín.

¹⁵ Entonces se apartaron del camino y entraron en Gabaa para

pasar allí la noche, pero se sentaron en la plaza de la ciudad, porque no hubo quien los acogiera en su casa para pasar la noche.

¹⁶ Llegó entonces un hombre viejo que venía de su trabajo del campo al anochecer, el cual era de los montes de Efraín y vivía como forastero en Gabaa, pues los habitantes de aquel lugar eran hijos de Benjamín.

¹⁷ Alzando el viejo los ojos vio a aquel caminante en la plaza de la ciudad, y le dijo:

—¿A dónde vas y de dónde vienes?

¹⁸ Él respondió:

—Venimos de Belén de Judá y vamos a la parte más remota de los montes de Efraín, de donde soy. Estuve en Belén de Judá, pero ahora voy a la casa de Jehová y no hay quien me reciba en su casa. ¹⁹ Tenemos paja y forraje para nuestros asnos; también tenemos pan y vino para mí y para tu sierva, y para el criado que está con tu siervo. No nos falta nada.

²⁰ El hombre anciano le dijo entonces:

—La paz sea contigo. Tu necesidad toda quede solamente a mi cargo, con tal que no pases la noche en la plaza.

²¹ Los trajo a su casa y dio de comer a sus asnos; se lavaron los pies, y comieron y bebieron

La distancia de Belén a Jerusalén es de 8 km. Ramá (la moderna er-Ram) está 9.6 km más allá y Gabaa (la moderna Tel el Ful) estaba situada en un punto intermedio. El destino final era la casa de Jehová en Silo (versículo 18), a la que se llegaba después de un duro recorrido de 40 a 48 km por terreno montañoso. Al crepúsculo, el levita rechazó el consejo de su esclavo de pasar la noche en Jerusalén, pues no se sentía a salvo buscando la hospitalidad de los jebusitas paganos de la ciudad. La caravana de tres personas y dos animales continuó el viaje y llegó a Gabaa después del oscurecer. Allí esperaron en la plaza pública en espera de alguna invitación, pero no hubo ninguna. La hospitalidad en Belén había sido tan espléndida que el levita todavía disponía de

abundantes provisiones para el grupo, por lo que decidió pasar la noche acampando a cielo raso.

Los planes cambiaron cuando un extranjero de Efraín, que trabajaba temporalmente en Gabaa, les dio alojamiento. Con típica reserva oriental, su alojador les dejó ver que la plaza no era sitio apropiado para quedarse.

Artero ataque a los huéspedes y a la hospitalidad

²² Pero cuando estaban gozosos, los hombres de aquella ciudad, hombres perversos, rodearon la casa, golpearon a la puerta y le dijeron al anciano dueño de la casa:

—Saca al hombre que ha entrado en tu casa, para que lo conozcamos.

²³ Salió a su encuentro el dueño de la casa y les dijo:

—No, hermanos míos, os ruego que no cometáis este mal. Puesto que este hombre es mi huésped, no hagáis esta maldad. ²⁴ Aquí está mi hija virgen y la concubina de él; yo os las sacaré ahora: humilladlas y haced con ellas como os parezca, pero no hagáis a este hombre cosa tan infame.

²⁵ Pero ellos no lo quisieron oír. Así que el levita tomó a su concubina y la sacó. Aquellos hombres entraron a ella, abusaron de ella toda la noche hasta la mañana y la dejaron cuando apuntaba el alba. ²⁶ Cuando ya amanecía, vino la mujer y cayó delante de la puerta de la casa de aquel hombre donde su señor estaba, hasta que fue de día. ²⁷ Se levantó por la mañana su señor, abrió las puertas de la casa y salió para seguir su camino, pero allí estaba su concubina tendida delante de la puerta de la casa, con las manos sobre el umbral.

²⁸ El levita le dijo:

—Levántate y vámonos.

Pero ella no respondió. Entonces aquel hombre la levantó y, echándola sobre su asno, se fue a su lugar.

La razón por la que el anciano efrateo no quería que el levita pasara la noche fuera de casa se hizo rápidamente evidente, la

población de Gabaa había sido infestada por la peor clase de maldad. En el primer capítulo de su epístola a los Romanos, Pablo dice que la depravación humana llega a su nivel más bajo cuando en su auto-glorificación las criaturas van en pos del sexo contra natura. La expresión hebrea para los hombres de Gabaa es *b'ne beliyaal*. La antigua versión King James no traduce la segunda parte de la palabra, “hijos de Belial”, que nuestra Versión Reina Valera 1995 traduce como “hombres perversos”. En el Salmo 18:4,5, la segunda palabra está definida por los sinónimos: muerte, destructore y sepulcro. Los que vinieron en la oscuridad a golpear a la puerta del anciano de Efraín eran “promotores diabólicos locales” y de la peor categoría, gente que buscaba al levita para sus vicios sexuales.

La alternativa que ofrecieron los dos hombres, que se acababan de sentar a disfrutar de la grata hospitalidad, nos resulta repugnante. El anciano ofreció a su hija virgen a los hombres perversos de Gabaa, mientras que el levita fue ofrecido su concubina. El sexo natural es preferible a la perversión y cualquier creyente que se respete a sí mismo haría cualquier cosa para proteger la vida y la persona de un ministro de la Palabra. Pero, ¿qué hay de la decencia básica de los deberes de un padre para con sus hijos y de un esposo para con su esposa?

Hasta este momento, la simpatía del lector es hacia el levita. Él había sido el traicionado; a su vez, fue el que hizo todo lo posible para la reconciliación, y además, fue el que condescendió con sus excedidos parientes políticos. Resultó ser quien actuó correctamente al no arriesgarse a pasar la noche en la Jerusalén de los jebuseos; y fue también quien tuvo que aceptar la hospitalidad del extranjero cuando nadie de Gabaa quiso darle alojamiento.

Súbitamente nuestras emociones giran en sentido opuesto. El anciano efrateo retiró su ofrecimiento después de rogarle una vez más a la turba: “No hagáis a este hombre cosa tan infame.” La terminología que se emplea en hebreo para esta expresión denota insensibilidad moral y religiosa. Mirando en los ojos de la

muchedumbre, el anciano vio en ellos una actitud diabólica. ¡Pero el levita no! El texto resulta en extremo indulgente. El levita agarró a la mujer, a su esposa, y la forzó a dejar la seguridad de la casa a cambio del terror que le esperaba afuera. Lo que la turba le hizo está descrito por las expresiones hebreas que equivalen a “entraron a ella” y “abusaron de ella”, no una vez, sino toda la noche, para dejarla al despuntar el día a que se arrastrara hasta la puerta cerrada donde se desplomó y murió. Entretanto, el levita no había perdido el sueño; se levantó por la mañana y, cuando estuvo listo, abrió la puerta. Viendo a su concubina, le ordenó que se levantara, pero ella no se movió ni le respondió. Entonces puso el cadáver sobre su asno cual si fuese otro fardo más para llevar a casa.

El autor del libro de Jueces escogió precisamente éste de entre todos los episodios de la época para señalarnos que en aquel entonces algunos lugares de Israel habían caído tan bajo como Sodoma. El ultraje que se llevó a cabo en Gabaa nos recuerda la noche en que Lot le ofreció sus hijas a la turba para que esta no ultrajara a los dos ángeles que habían ido para alertar al sobrino de Abraham de la inminente destrucción de Sodoma (Génesis 19). Ambos sucesos comparten detalles similares: la hospitalidad ofrecida en la plaza de la ciudad, el asalto a la casa y el repugnante ofrecimiento del anfitrión. Pero los dos episodios difieren en algo importante, Lot no sacrificó una mujer a la lujuria del populacho, cosa que sí hizo el levita. La moralidad entre los escogidos de Dios representados por el levita había alcanzado su nivel más bajo.

El levita reclama justicia

²⁹ Al llegar a su casa, tomó un cuchillo, echó mano de su concubina, la partió por sus huesos en doce partes y la envió por todo el territorio de Israel. ³⁰ Y todo el que veía aquello decía:

«Jamás se ha hecho ni visto tal cosa desde el tiempo en que los hijos de Israel subieron de la tierra de Egipto hasta hoy. Considerad esto, tomad consejo y hablad.»

Es difícil estar preparado para lo que hizo inmediatamente después el levita. Como ayudantes de los sacerdotes, los levitas estaban entrenados en el uso del cuchillo para el desmembramiento de: ovejas, cabras y bueyes, para los sacrificios. El levita hizo un trabajo similar con el cadáver de su concubina y envió una parte de su cuerpo a cada tribu. O bien cada una de ellas iba acompañada de una explicación escrita, o la obra malvada de la turba era evidente en cada parte del cuerpo de la víctima.

El pueblo vio con repugnancia la acción de los hombres perversos, pues no se podía recordar otro evento en la historia con el que se le pudiera comparar. Esperamos que se haya contado todo el episodio y que algunos de los israelitas también hayan cuestionado la insensibilidad moral de ese siervo de Dios.

GUERRA CIVIL (JUECES 20:1-48)

Las tribus se movilizan

20 Entonces salieron todos los hijos de Israel, y delante de Jehová, en Mizpa, se reunió la congregación como un solo hombre, desde Dan hasta Beerseba y la tierra de Galaad. ² Los jefes de todo el pueblo, de todas las tribus de Israel, se hallaban presentes en la reunión del pueblo de Dios, cuatrocientos mil hombres de a pie que sacaban espada. ³ Los hijos de Benjamín supieron entonces que los hijos de Israel habían subido a Mizpa.

El incidente llevó a la guerra entre tribus. El ultraje de lo sucedido en Gabaa unió a las tribus como nunca se había podido hacer desde la época en que Josué lideraba a los israelitas contra los cananeos. Tres puntos geográficos sirven para enfatizar la arrolladora movilización de la opinión pública para hacer algo en relación con lo sucedido. Al oeste del Jordán se mencionan: los poblados de Beerseba al extremo sur, Dan al extremo norte. Galaad se refiere a toda el área ocupada por las dos tribus y media, asentadas al este del Jordán.

Mizpa, el mismo sitio donde Jefté y Samuel reunieron sus tropas, fue el lugar de asamblea para planear la guerra (Jueces 10:17; 1 Samuel 7:5). El que la reunión fuese “delante de Jehová” significa que Israel tenía en mente hacer la voluntad del Señor. Siendo que Mizpa está en el territorio de la tribu de Benjamín, la naturaleza y propósito de la reunión no eran un secreto.

Benjamín puesto a juicio

**Preguntaron los hijos de Israel:
—Decid cómo fue esta maldad.**

4 El levita, marido de la mujer muerta, respondió:

—Yo llegué a Gabaa de Benjamín con mi concubina para pasar allí la noche, ⁵ pero se levantaron contra mí los de Gabaa, rodearon la casa donde pasaba la noche, con la idea de matarme, y a mi concubina la humillaron de tal manera que murió. ⁶ Luego la tomé, la corté en pedazos y la envié por todo el territorio de la posesión de Israel, por cuanto han hecho maldad y crimen en Israel. ⁷ Puesto que todos vosotros sois hijos de Israel, dad ahora vuestro parecer y consejo.

8 Como un solo hombre, todo el pueblo se levantó y dijo:

—Ninguno de nosotros irá a su tienda, ni volverá ninguno de nosotros a su casa. ⁹ Esto es ahora lo que haremos con Gabaa: contra ella subiremos por sorteo. ¹⁰ Tomaremos diez hombres de cada ciento de todas las tribus de Israel, y ciento de cada mil, y mil de cada diez mil, que lleven víveres para el pueblo, para que, yendo éste a Gabaa de Benjamín, le hagan conforme a toda la abominación que ha cometido en Israel.

¹¹ Se juntaron, pues, todos los hombres de Israel contra la ciudad, ligados como un solo hombre.

La asamblea escuchó los cargos presentados por el levita como parte acusadora, quien dio su versión de lo sucedido, enfatizando y seleccionando ciertos hechos con la intención de engañar. El testimonio no mencionaba el ofrecimiento egoísta e inmoral que hizo el hombre y su anfitrión, ni les dijo que había echado mano a su concubina y la había forzado a abandonar la seguridad de la casa. Sus palabras daban la impresión que la turba pasó toda la noche tratando de darle muerte a él, cuando lo cierto era que una vez que les entregó a su concubina, la plebe transfirió contra ella todo su sadismo y perversidad.

El ultraje que se cometió en Gabaa fue catalogado correctamente por el levita, como debía ser, de perversión y moralmente corrupto. Él anticipó con florida retórica que el consejo y la determinación de las tribus iba a ser castigar a los culpables. Aunque busquemos, es triste comprobar que no hay por

parte de este hombre ninguna confesión personal de su pecado ni la admisión de alguna responsabilidad en lo sucedido. Si el hombre hubiera dicho toda la verdad ante la asamblea tribal, el pecado de los gabaaitas hubiera seguido demandando el castigo, pero la tribu de Benjamín como tal hubiera escapado de su terrible destrucción. El testimonio cuidadosamente preparado del levita despertó una justa indignación, hasta el punto de que no se llamó a declarar a los acusados, llegándose sumariamente a un veredicto de culpabilidad. Las tribus votaron y dieron unánimemente su sentencia, ¡culpables de todos los cargos imputados!

Más adelante en 21:1, vemos que la sentencia estuvo acompañada de un solemne veredicto. Las tribus juraron que el trato que le iba a dar a Benjamín no sería mejor que el que se le daba a una nación pagana, tan indigna de elegibilidad matrimonial como si fueran cananeos. Con esta acción las once tribus en efecto expulsaban a Benjamín de la alianza tribal. Lo hacían sin darles a sus hermanos la posibilidad de decir una palabra sobre el asunto.

Se escogen lados

¹²Y las tribus de Israel enviaron hombres por toda la tribu de Benjamín, diciendo:

«¿Qué maldad es ésta que ha sido hecha entre vosotros? ¹³Entregad, pues, ahora a aquellos hombres perversos que están en Gabaa, para que los matemos y quitemos el mal de Israel.»

Pero los de Benjamín no quisieron oír la voz de sus hermanos los hijos de Israel, ¹⁴sino que los de Benjamín, de todas las ciudades, se juntaron en Gabaa para salir a pelear contra los hijos de Israel. ¹⁵Fueron contados en aquel tiempo los hijos de Benjamín, de las ciudades, y eran veintiséis mil hombres que sacaban espada, sin contar los setecientos hombres escogidos que vivían en Gabaa. ¹⁶Entre toda aquella gente había setecientos hombres escogidos que eran zurdos, todos los cuales tiraban una piedra con la honda a un cabello

y no erraban. ¹⁷ También se contaron los hombres de Israel, fuera de Benjamín, y sumaban cuatrocientos mil hombres que sacaban espada, todos ellos hombres de guerra.

¹⁸ Luego se levantaron los hijos de Israel, subieron a la casa de Dios y consultaron a Dios, diciendo:

—¿Quién subirá de nosotros el primero en la guerra contra los hijos de Benjamín?

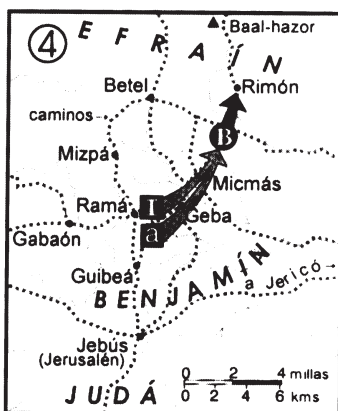
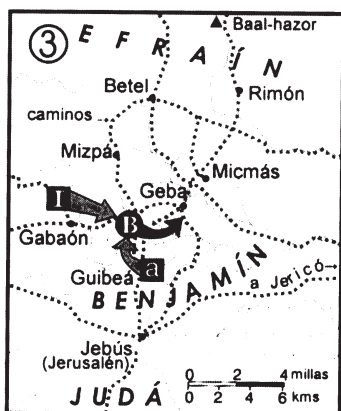
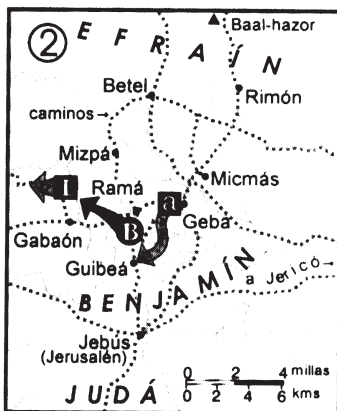
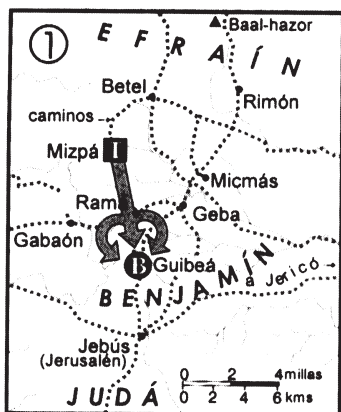
Jehová respondió:

—Judá será el primero.

Las tribus exigieron la inmediata extradición de los culpables, cosa que Benjamín se negó a hacer. Esto resulta entendible, si analizamos cuidadosamente las palabras de las tribus. La primera oración constituye una acusación dirigida contra toda la tribu y no únicamente contra los criminales hijos de Belial, que debían de haber sido menos de cien individuos. Toda la tribu de Benjamín fue llamada a dar explicaciones acerca del ultraje cometido *entre vosotros*. El alarde de superioridad moral implícito en la demanda dio como resultado que el pecaminoso orgullo de los benjaminitas saliera en defensa de lo indefendible.

La segunda oración de la reclamación no es mucho mejor que la primera. La sentencia de culpabilidad se le comunicaba a la tribu de Benjamín acompañada de un ultimátum, que no le dejaba oportunidad para resolver su propio problema y así librar públicamente a Israel de la mancha del pecado. La superioridad moral se percibe nuevamente cuando las tribus aseveran que ellos, y no los benjaminitas, deben castigar y purificar.

Benjamín convocó a sus tropas, integradas por 26,000 hombres, más una fuerza especial de 700 honderos zurdos reconocidos por su extraordinaria puntería. Las hondas que usaban esos selectos guerreros no eran como las huleras en forma de “Y” que han sido tan populares entre los niños de hoy. Las hondas que se emplearon aquí (y también por David contra Goliat) estaban hechas de una tira de cuero en la que se colocaba la piedra que se iba a lanzar, y que estaba atada a dos correas largas del mismo



GUERRA CIVIL (Jueces 20). 1. Israel (I) Atacó a Gabaa partiendo desde Mizpa. El ejército de Benjamín (B), con base en Gabaa, derrota a Israel por dos días consecutivos. 2. Al tercer día, Israel reanuda el ataque y finge una retirada, con el propósito de hacer salir de Gabaa a las excesivamente confiadas tropas de Benjamín. Una emboscada (a) israelita embiste a la ciudad indefensa, incendiándola. 3. Al ver el humo procedente de Gabaa, el grueso de las fuerzas de Israel (I) detiene su retirada y se vuelve contra Benjamín (B). La emboscada israelita 8ª abandona la incendiada ciudad de Gabaa para atacar la retaguardia de Benjamín (B). Atrapado en un movimiento de tenaza, Benjamín es destrozado. Los sobrevivientes huyen con rumbo al este. 4. Las fuerzas combinadas de Israel (I,a) persiguen a Benjamín (B) por todo el camino hasta la peña de Rimón, donde buscan refugio los sobrevivientes de Benjamín.

material. Al agarrar las correas, el tirador hacía girar con gran rapidez el arma, soltando a la vez una de las cuerdas, lo que hacía que la piedra saliera disparada.

Uno quisiera que hubieran prevalecido cabezas más sensatas. Once tribus habían visto la paja en el ojo ajeno e ignorado la viga en el propio. Once tribus no iba a ver las cosas de otra manera, y Benjamín no iba a tolerar ese despliegue de arrogancia moral.

Israel convocó a sus 400,000 y envió una delegación a Betel para preguntarle al Señor cuál iba a ser la tribu que iniciaría el combate. En Jueces 1:1, al morir Josué, se formula una pregunta similar; en aquel momento el enemigo era Canaán, mientras aquí el enemigo era una de las propias tribus de Israel. En ambos casos Dios designó a Judá para encabezar la batalla. Esto se puede interpretar de dos maneras. Una es que los líderes de Judá quedaban encargados de planear la estrategia militar y dar las órdenes, y la otra es que las tropas de Judá representaban al resto de Israel en el combate que se iba a librar.

Le va mal a Israel en la batalla

¹⁹ Se levantaron, pues, los hijos de Israel por la mañana, contra Gabaa. ²⁰ Salieron los hijos de Israel a combatir contra Benjamín, y los hombres de Israel le presentaron batalla junto a Gabaa. ²¹ Pero los hijos de Benjamín salieron de la ciudad y derribaron por tierra aquel día veintidós mil hombres de los hijos de Israel. ²² Reanimándose el pueblo, los hombres de Israel volvieron a darles batalla en el mismo lugar donde la habían presentado el primer día, ²³ pues los hijos de Israel habían subido y llorado delante de Jehová hasta la noche, y habían consultado a Jehová diciendo:

—¿Volveremos a pelear con los hijos de Benjamín, nuestros hermanos?

Jehová les respondió:

—Subid contra ellos.

²⁴ Por lo cual se acercaron por segunda vez los hijos de

Israel contra los hijos de Benjamín. ²⁵ Pero aquel segundo día salieron los de Benjamín de Gabaa contra ellos y derribaron por tierra otros dieciocho mil hombres de los hijos de Israel, todos los cuales sacaban espada. ²⁶ Entonces subieron todos los hijos de Israel, todo el pueblo, y fueron a la casa de Dios. Lloraron, se sentaron allí en presencia de Jehová, ayunaron aquel día hasta la noche y ofrecieron holocaustos y ofrendas de paz delante de Jehová. ²⁷ Los hijos de Israel preguntaron a Jehová (pues el Arca del pacto de Dios estaba allí en aquellos días, ²⁸ y Finees hijo de Eleazar hijo de Aarón ministraba delante de ella en aquellos días):

—¿Saldremos de nuevo contra los hijos de Benjamín, nuestros hermanos, para pelear, o desistiremos?

Jehová dijo:

—Subid, porque mañana yo os los entregaré.

Las fuerzas que ocupan las posiciones más elevadas del terreno tienen generalmente una ventaja; esto pasaba con Gabaa, que estaba situada sobre una colina natural. El ataque de Israel a la guarnición de Benjamín en Gabaa fue respondido con un contraataque en el que cayeron 22,000 israelitas, lo que representó para ellos una seria aunque no decisiva derrota. Las tribus se reagruparon y enviaron una preocupada delegación al oráculo del Señor en Betel con una pregunta crítica. ¿Habrían de interpretar este revés como definitivo? ¿Debería continuar la guerra entre hermanos? La respuesta del Señor fue la misma del día anterior.

Al reanudarse los combates en el segundo día, los israelitas volvieron a sufrir grandes bajas; esta vez los caídos sumaron 18,000, sin que ahora se mencione que se hayan mantenido las posiciones. La delegación que acudió en esta oportunidad a Betel después de la batalla era mucho mayor y mucho más preocupada que la anterior. El ayuno era una señal externa de humildad interior. Los dos sacrificios tenían también sus significados. Los holocaustos eran exponentes de la confianza total en la

misericordia de Dios para expiar la transgresión que separa a Jehová de sus criaturas pecadoras. Por otra parte, las ofrendas de paz significaban el deseo de reconciliación entre los pecadores aquí en la tierra, como el reflejo apropiado de la misericordia de Dios para con todos. Las actitudes espirituales representadas en estas ofrendas, tomadas en su conjunto, eran el fundamento sobre el cual Dios estaba dispuesto a enviar a las tribus al combate con la expectativa de la victoria que les fue prometida esta vez por el oráculo. Ver en retrospectiva los hechos le iba a permitir a los penitentes israelitas reconocer que Jehová los había enviado a la batalla en los dos días anteriores con la intención de purgar sus corazones de pensamientos de superioridad moral. Si Benjamín, su hermano, iba a ser disciplinado por sus pecados y sanado, lo sería por pecadores que confiaban en la gracia y buscaban la reconciliación.

En esta ocasión, el oráculo estuvo mediado por Fineés el sumo sacerdote, nieto de Aarón. Este se había destacado al dar muerte con su propia mano a los líderes de la inmoral apostasía de adoración en Baal-peor, instigada por Balaam y el rey de Moab (Números 25:7,8). Fineés también negoció la paz entre las tribus al este y oeste del Jordán, cuando estaban a punto de declararse la guerra civil (Josué 22). Su padre murió alrededor de la fecha del fallecimiento de Josué (Josué 24:29-33). Esta guerra entre Israel y Benjamín debió haber ocurrido en una época temprana del período de los jueces.

También leemos que el Arca de la presencia del Señor estaba con Fineés en Betel. ¿Estaría allí también el Tabernáculo, o Fineés trajo únicamente al Arca a Betel?

El Tabernáculo, cuyo recinto más recóndito albergaba usualmente el Arca, estuvo en vida de Josué en Silo, justo antes de que la tierra fuera dividida al echar suertes (Josué 18:1). En ese mismo lugar estaba al final del período de los jueces, siendo cuidada por el sumo sacerdote Elí (1 Samuel 1:3). Después de que Silo fue destruida por los filisteos, se nos dice que el Tabernáculo pasó a Nob (1 Samuel 21,22). Sabemos que en ocasiones el Arca

y el Tabernáculo estuvieron separados. Un ejemplo de esto es cuando los hijos de Elí, sin tener ninguna buena razón para ello, llevaron el Arca al campo de batalla (1 Samuel 4:3). Después de ser capturada por los filisteos, estuvo en Asdod y Ecrón (1 Samuel 5) de donde les fue regresada a los israelitas para que la cuidaran por un corto tiempo en Bet-semes (1 Samuel 6:14,15), para luego ser trasladada a Quiryat-jearim en donde estuvo durante un período más largo (1 Samuel 7:1,2). David trasladó el Arca desde este sitio a Jerusalén (2 Samuel 6) y acompañó a su ejército por lo menos en una batalla (2 Samuel 11:11). De igual modo, el Arca abandonó Jerusalén brevemente durante la rebelión de Absalón (2 Samuel 15:24,25). Con el tiempo, Salomón la colocó en el templo (1 Reyes 8:6). Durante el deambular en el desierto, el Arca había guiado a las tribus al ir a la cabeza (Números 10:35), y fue la primera en cruzar el Jordán, y en tomar parte en la procesión que marchó durante siete días alrededor de Jericó (Josué 3,4,6).

Otro asunto que merece consideración es el uso de la expresión “delante de Jehová” vinculada a: asambleas, ceremonias y otros eventos significativos. Muchos de los pasajes mencionan la frase en o cerca del santuario central. Cuando se hace uso de la expresión con un lugar distinto de: Silo, Jerusalén, u otra de las ubicaciones del Arca o el Tabernáculo, ¿podríamos concluir que uno o ambos de estos objetos estaban presentes? ¿Qué tal la aparición de Jefté “delante de Jehová” en Mizpa (Jueces 11:11), o el de la asamblea israelita que se menciona en el primer versículo del capítulo 20, convocada en ese mismo lugar?

El peso de la evidencia sugeriría que el Arca era más fácil de trasladar que el Tabernáculo. Cuando se trataba de situaciones trascendentales, el sumo sacerdote aparecía en representación humana del Señor junto al Arca, que representaba la presencia física de Dios entre su pueblo. En las vestiduras sagradas de los sacerdotes había piedras (el Urim y el Tumim) que se usaban tal vez como oráculos. En vista de esto, debemos asumir que Fineés y el Arca estaban presentes cuando las tribus se concentraron en

Mizpa y que se trasladaron a Betel antes de que comenzaran las hostilidades, en tanto que el Tabernáculo permaneció en Silo.

El primer relato: Benjamín derrotado

²⁹ Entonces puso Israel emboscadas alrededor de Gabaa.

³⁰ Al tercer día subieron entonces los hijos de Israel contra los hijos de Benjamín y presentaron batalla delante de Gabaa, como las otras veces. ³¹ Salieron a su encuentro los hijos de Benjamín, alejándose de la ciudad, y comenzaron a herir a algunos del pueblo, matándolos como las otras veces por los caminos, uno de los cuales sube a Bet-el y el otro a Gabaa. Así mataron en el campo a unos treinta hombres de Israel. ³² Los hijos de Benjamín decían: «Están vencidos ante nosotros, como la vez anterior.»

Pero los hijos de Israel decían: «Huiremos y los alejaremos de la ciudad hasta los caminos.»

³³ Entonces se levantaron todos los de Israel de su lugar y se pusieron en orden de batalla en Baal-tamar. También los emboscados de Israel salieron de sus escondites en la pradera de Gabaa. ³⁴ Y vinieron contra Gabaa diez mil hombres escogidos de todo Israel, lo cual hizo que la batalla arreciara; pero los de Benjamín no sabían que ya el desastre se cernía sobre ellos. ³⁵ Jehová derrotó a Benjamín delante de Israel: aquel día mataron los hijos de Israel a veinticinco mil cien hombres de Benjamín, todos los cuales sacaban espada. ³⁶ Los hijos de Benjamín vieron entonces que estaban siendo derrotados,

Y llegó el tercer día. La batalla se describe con más detalles que cualquiera otra en la Biblia; al estilo hebreo, la narración presenta los hechos predominantes del encuentro, comenzando desde el versículo 29 hasta la primera mitad del 36.

La estrategia israelita copia una página del asalto a la ciudad de Hay que se describe en el capítulo 8 del libro de Josué, en el que el inicio de una derrota se transforma en una victoria al

conseguir atraer a un enemigo excesivamente confiado a posiciones lo suficientemente lejanas de su base, como para permitir que una emboscada previamente tendida se interpusiera. Exactamente esto fue lo que hizo Israel. En su tercera jornada de ataques avanzaron contra Gabaa, y tal como había ocurrido las otras veces, Benjamín contraatacó exitosamente sin saber que la retirada de Israel hacia Baal-tamar obedecía a un plan previamente elaborado. La fuerza principal benjaminita desconocía que una tropa selecta de diez mil soldados israelitas se ocultaba en una emboscada.

La versión Reina Valera 1995 nos dice que los emboscados salieron a atacar “en la pradera de Gabaa”. El texto hebreo dice simplemente: “del espacio descubierto”, y a esto siguen tres consonantes que pudieran corresponder a Guibeá o a Gabaa, dependiendo de las vocales. Este último es el nombre más difundido en los textos que usan los pastores. La diferencia entre uno y otro se debe a que las vocales fueron añadidas mucho tiempo después, ya que los manuscritos hebreos originales carecían de ellas. En consecuencia, probablemente nunca sabremos si el escritor inspirado quiso decir Guibeá o Gabaa.

La siguiente oración que dice: “Y vinieron contra Gabaa diez mil hombres escogidos de todo Israel” tiene en el original hebreo una madeja de preposiciones difíciles de descifrar. Literalmente, este fragmento del texto dice: “vienen desde, enfrente de, hacia Gabaa diez mil de los mejores de Israel”. Pudiera ser que, tal como dice la Nueva Versión Internacional, el ataque sorpresivo de la emboscada proviniese del oeste, pero también es posible que procediese del este, partiendo de un lugar cercano a la población de Gabaa. Todo depende del lugar donde el escritor de esta sección se ubicó. El mapa adjunto (página 212) sitúa la emboscada cerca de Gabaa, al noreste de Gabaón. Lo más lógico es asumir que la emboscada comenzó en un sitio abierto cerca de Gabaa y que desde allí los israelitas lanzaron su ataque frontal contra Guibeá.

No debemos perder de vista el pensamiento clave de esta parte. Cuando los israelitas en Baal-tamar dieron la señal, la emboscada

separó la ciudad de las fuerzas benjaminitas que creían que habían ganado de nuevo. Pero más importante aún, estos hombres quedaron atrapados entre dos fuerzas israelitas que los obligaron a combatir en dos frentes y en sentidos opuestos. Se combatía ferozmente; y como frecuentemente ocurre, cuando una tropa cae en una maniobra como ésta, resulta aniquilada, y así ocurrió con las fuerzas de Benjamín.

Benjamín derrotado, el segundo relato

Y los hijos de Israel cedieron terreno a Benjamín, porque estaban confiados en las emboscadas que habían puesto detrás de Gabaa. ³⁷ Los hombres de las emboscadas acometieron prontamente a Gabaa, avanzaron y pasaron a filo de espada a toda la ciudad. ³⁸ La señal concertada entre los hombres de Israel y las emboscadas era que hicieran subir una gran humareda de la ciudad.

³⁹ Luego que los de Israel retrocedieron en la batalla, los de Benjamín comenzaron a herir, y mataron como a treinta hombres de Israel, por lo que decían: «Ciertamente ellos han caído delante de nosotros, como en la primera batalla.» ⁴⁰ Pero cuando la columna de humo comenzó a subir de la ciudad, los de Benjamín miraron hacia atrás, y vieron que el humo de la ciudad subía al cielo. ⁴¹ Entonces se volvieron los hombres de Israel, y los de Benjamín se llenaron de temor, porque vieron que el desastre había caído sobre ellos. ⁴² Volvieron, por tanto, la espalda delante de Israel y huyeron hacia el camino del desierto; pero la batalla los alcanzó y los que salían de las ciudades les cortaban el paso y los mataban.

⁴³ Así cercaron a los de Benjamín, los acosaron y atropellaron desde Menúha hasta frente a Gabaa, hacia donde nace el sol. ⁴⁴ Cayeron dieciocho mil hombres de Benjamín, todos ellos hombres de guerra.

La segunda narración de la batalla aporta algunos datos interesantes. Los hombres de Benjamín habían perseguido lo

bastante lejos a los israelitas como para no darse cuenta que habían sido emboscados. Lo último que hicieron las fuerzas israelitas, antes de la cerrar la trampa de la emboscada, fue pasar a espada a Gabaa. El incendio de la ciudad era la señal convenida para cerrarla. Al momento en que el humo del incendio apareció en el horizonte, los israelitas ya en las cercanías de Baal-tamar detuvieron su fingida retirada y se volvieron contra los de Benjamín. Simultáneamente, los diez mil antes mencionados abandonaron el saqueo de Gabaa y se apresuraron a atacar la retaguardia de las fuerzas enemigas. El texto recoge el impacto psicológico que esta maniobra de incendio produjo en los guerreros perseguidos. El gozo por la victoria se había convertido en terror ante el inminente desastre.

Los de Benjamín trataban desesperadamente de huir hacia el noroeste, rumbo a la región desértica, enmarcada entre la región montañosa y el río Jordán. Los contingentes israelitas, estratégicamente situados en las poblaciones a lo largo de la ruta de escape, se apresuraron a cerrar todas las posibles brechas del cerco. Ese día, 18,000 benjaminitas perdieron la vida.

Más detalles, una retirada desordenada

⁴⁵ Los demás se volvieron y huyeron hacia el desierto, a la peña de Rimón; pero de ellos cayeron abatidos cinco mil hombres en los caminos; después los persiguieron aun hasta Gidom y mataron de ellos a dos mil hombres

Un remanente de las fuerzas de Benjamín continuó la batalla, mientras que otros cinco mil hombres perecían a lo largo de la ruta que llevaba al desierto. El resto de las tropas benjaminitas se volvieron para enfrentar por última vez a los israelitas en un lugar llamado Gidom, cuya ubicación se desconoce. Allí cayeron otros dos mil hombres.

Benjamín a punto de ser extirpado

⁴⁶ Todos los que de Benjamín murieron aquel día fueron veinticinco mil hombres que sacaban espada, todos ellos hombres de guerra. ⁴⁷ Pero seiscientos hombres se volvieron y huyeron al desierto, a la Peña de Rimón, y se quedaron cuatro meses en la Peña de Rimón.

⁴⁸ Los hombres de Israel volvieron a atacar a los otros hijos de Benjamín y pasaron a filo de espada tanto a los hombres de cada ciudad como a las bestias y todo lo que hallaban a su paso. Asimismo pusieron fuego a todas las ciudades que encontraron.

El total de 25,000 guerreros benjamitas muertos se repite nuevamente en números redondos. De alguna manera, 600 hombres lograron escapar sin que el victorioso ejército israelita lo supiera de inmediato. Este resto fue a ocultarse muy cerca de los límites que separaban el territorio habitado del desierto despoblado, encontrando refugio en la Peña de Rimón, sitio que se conoce en la actualidad como Ramun.

Las ciudades de Benjamín habían quedado indefensas, sus hombres en condiciones de combatir habían sido asesinados o empujados a esconderse en el desierto. Israel se lanzó despiadada y vengativamente sobre las indefensas poblaciones, matando a: hombres, mujeres, niños e incluso a los animales. Cada uno de los poblados fue incendiado hasta sus cimientos. Este proceder se ajusta al patrón de guerra santa que Dios determinó aplicar a ciudades cananeas como Jericó (Josué 6:17,24) y Sefat (Jueces 1:17). Si en vísperas de la batalla había habido una muestra de humildad ante el Señor, ahora se había desvanecido. Y si había habido un deseo de reconciliación, el suelo empapado en sangre y el cielo lleno de humo de la herencia de Benjamín no daba evidencia de ello.

BENJAMÍN SOBREVIVE (JUECES 21:1-25)

Remordimiento por la suerte de Benjamín

21 Los hombres de Israel habían hecho este juramento en Mizpa: «Ninguno de nosotros dará su hija a los de Benjamín por mujer.»

² Pero luego fue el pueblo a la casa de Dios, y se estuvieron allí hasta la noche en presencia de Dios. Alzando su voz, lloraron mucho:

³ «Jehová, Dios de Israel, ¿por qué ha sucedido esto en Israel, que falte hoy de Israel una tribu?»

⁴ Al día siguiente, el pueblo se levantó de mañana; edificaron allí un altar y ofrecieron holocaustos y ofrendas de paz.

¿¡Qué hemos hecho!?. La enormidad de la guerra contra Benjamín empezó a penetrar en la cabeza de sus atacantes. La muerte de una mujer había precipitado la de 65,000 hombres de ambos bandos. Nunca antes y nunca después volvería a ocurrir que se derramara tanta sangre israelita a manos de sus propios hermanos. Ni antes ni después iba a ocurrir que una tribu llegara a tal grado de extinción.

Betel era el sitio donde el Señor les había prometido la victoria después de que allí mismo los líderes ayunaron y presentaron sacrificios de humildad con esperanzas de la reconciliación. El baño de sangre del combate había borrado todo eso, y ahora allí regresaban las tribus penitentes. Una de las maravillas de la gracia divina es que Dios perdona hasta los más horribles pecados. De nuevo, las tribus trajeron holocaustos y ofrendas de paz. Esos sacrificios constituían una declaración de fe en la misericordia de Dios y una reafirmación del deseo que tenía Israel de encontrar la reconciliación bajo la protección de la gracia divina.

Mujeres para Benjamín provenientes de Jabés-galaad

⁵ Y se preguntaban: «¿Quién de todas las tribus de Israel no subió a la reunión delante de Jehová?»

Porque se había hecho un gran juramento contra el que no subiera a Jehová en Mizpa, diciendo: «Sufrirá la muerte.»

⁶ Los hijos de Israel se arrepintieron a causa de Benjamín, su hermano, y decían: «Eliminada es hoy de Israel una tribu. ⁷ ¿Cómo daremos mujeres a los que han quedado? Nosotros hemos jurado por Jehová que no les daremos nuestras hijas por mujeres.»

⁸ Y preguntaban: «¿Hay alguno de las tribus de Israel que no haya subido a Jehová en Mizpa?»

Entonces se acordaron de que ninguno de Jabes-galaad había venido al campamento, para la reunión. ⁹ Porque fue contado el pueblo y ninguno de los habitantes de Jabes-galaad respondió. ¹⁰ Así que la congregación envió allá a doce mil hombres de los más valientes, y los mandaron, diciendo:

«Id y pasad a filo de espada a los que viven en Jabes-galaad, con las mujeres y los niños. ¹¹ Pero haréis de esta manera: mataréis a todo hombre y a toda mujer que haya conocido ayuntamiento de varón.»

¹² Entre los que habitaban en Jabes-galaad hallaron cuatrocientas doncellas que no habían conocido varón, y las trajeron al campamento en Silo, que está en la tierra de Canaán.

Las tribus se enfrentaban a dos problemas prácticos. Primero, tenían que encontrar la forma de evitar la extinción de una tribu con seiscientos varones sobrevivientes y ninguna mujer. Segundo, habían jurado solemnemente ante Dios que no les iba a dar sus hijas en matrimonio a los hombres de Benjamín. Con respecto a esto último, nos confunde lo que parece ser una moralidad selectiva de parte de Israel. Ya vimos que pudieron olvidar sus sacrificios de fe y la esperanza de la reconciliación al costo de

miles de vidas, sin embargo, se negaban a romper un juramento hecho al calor de una airada justificación de ellos mismos. Aunque sus pecados hayan sido perdonados, los pecadores son por naturaleza propensos a la moralidad selectiva. Dado que la santificación es incompleta, cada acto de amor es seguido por uno de desamor. Nos resulta muy fácil ver esta contradicción en otros, pero no así en nosotros mismos. Es por esto que Jesús nos exhortó a refrenarnos de hacer juicio sobre los demás, y nos animó a ver primero la viga en nuestros propios ojos.

Una ciudad había quedado sin enviar sus hombres a vengar la muerte de la concubina del levita. Esa era Jabes, en Galaad. El no haber respondido al llamado a la guerra constituía una aprobación indirecta del ultraje que se cometió en Gabaa, y una renuncia a la solidaridad tribal. Ambas omisiones fueron consideradas por las tribus como ofensas capitales. En consecuencia, se despachó una fuerza expedicionaria compuesta por 12,000 hombres con órdenes de castigar con la muerte a todos sus habitantes, exceptuando a las mujeres vírgenes. Las órdenes se cumplieron, y cuatrocientas doncellas fueron traídas al santuario central en Silo.

Las tribus se reconcilian con Benjamín

¹³ Toda la congregación envió luego un mensaje a los hijos de Benjamín que estaban en la peña de Rimón, y los llamaron en paz. ¹⁴ Volvieron entonces los de Benjamín, y ellos les dieron por mujeres las que habían traído vivas de Jabes-galaad; pero no les bastaron.

Los hombres de Benjamín se mantuvieron en espera durante cuatro meses, aguardando desde el primer día, y con toda razón, a que los israelitas los liquidaran aunque la posibilidad fue aminorando con el transcurso del tiempo. No se nos dice nada acerca de cómo se sentían los benjaminitas sobrevivientes acerca del papel que habían jugado en la guerra civil. ¿Estarían arrepentidos de sus pecados? Debemos asumir que lo estaban, pues se hizo la paz y Benjamín fue readmitido en la alianza tribal. Dos

tercios de quienes salieron de la peña de Rimón recibieron cada uno su doncella y regresaron para reconstruir sus hogares y sus vidas.

De algún modo, la ciudad de Jabés-galaad sobrevivió, y reapareció en la historia del pueblo de Dios en época del rey Saúl. Cuando los amonitas amenazaron a sus habitantes, este primer monarca de Israel, que era benjaminita, acudió a su rescate (1 Samuel 11). Más tarde, los cadáveres de Saúl y de sus hijos fueron rescatados de los muros de Bet-sán por los hombres de Jabes, quienes les dieron sepultura en esa misma ciudad (1 Samuel 31:11-13; 1 Crónicas 10:11,12). El vínculo matrimonial entre los hombres de Benjamín y las mujeres de Jabes produjo duraderos lazos de amistad y buena voluntad.

Esposas para doscientos más

¹⁵ El pueblo tuvo compasión de Benjamín, porque Jehová había abierto una brecha entre las tribus de Israel. ¹⁶ Entonces los ancianos de la congregación se preguntaron: «¿Qué haremos para dar mujeres a los que han quedado?»

Porque habían sido exterminadas las mujeres de Benjamín.

¹⁷ Dijeron, pues: «Tenga Benjamín herencia en los que han escapado, para que no sea exterminada una tribu de Israel. ¹⁸ Pero nosotros no les podemos dar mujeres de nuestras hijas, porque los hijos de Israel han jurado diciendo: “Maldito el que dé mujer a los benjaminitas.”» ¹⁹ Y añadieron: «Ahora bien: Cada año hay una fiesta solemne de Jehová en Silo, que está al norte de Bet-el y al lado oriental del camino que sube de Bet-el a Siquem, y al sur de Lebona.»

²⁰ Mandaron, pues, a los hijos de Benjamín, diciendo:

«Id, poned emboscadas en las viñas ²¹ y estad atentos. Cuando veáis salir a las hijas de Silo a bailar en corros, salid de las viñas, arrebatad cada uno mujer para sí de las hijas de

Silo y luego id a tierra de Benjamín. ²² Si vienen los padres o los hermanos de ellas a demandárnoslas, nosotros les diremos: “Hacednos la merced de concedérnoslas, ya que en la guerra nosotros no tomamos mujeres para todos. Además, no sois vosotros los que se las disteis, para que ahora seáis culpados.”»

²³ Los hijos de Benjamín lo hicieron así y tomaron mujeres conforme a su número, robándolas de entre las que danzaban. Luego se fueron, volvieron a su heredad, reedificaron las ciudades y habitaron en ellas.

Dar esposa a dos terceras partes de los sobrevivientes de Benjamín no resultó suficiente. Las fértiles mentes de los ancianos de Israel idearon un plan para darles de novias al tercio restante, a la vez que preservaban la letra de la ley relacionada con el juramento de no *darles* sus hijas en matrimonio. Con ese fin, los benjaminitas fueron instruidos para que, aprovechando una de las tres festividades en que los hombres israelitas debían peregrinar al santuario, raptaran a las jóvenes que acostumbraban danzar durante esas ocasiones. No se nos dice cuál de estas festividades fue la elegida, pero la mención de las viñas hace pensar en la recolección de las uvas durante el otoño, y que por ello se trataría de la fiesta de los tabernáculos. Aunque únicamente a los hombres se les exigía que comparecieran ante el Señor durante esas festividades, es muy probable que los padres llevaran consigo a sus familias, incluyendo a las hijas casaderas. En una época en la que el pacto de Dios era tan frecuentemente ignorado, podemos estar seguros de que el propio Silo sería el que iba a estar más representado en la festividad y que, siendo los anfitriones, sus jóvenes mujeres serían quienes iban a encabezar las danzas.

Los ancianos anticiparon que los padres y los hermanos se podrían quejar, en cuyo caso se apelaría a la comprensión y a la generosidad para con los hombres de Benjamín. Las actitudes habían cambiado. La misma asamblea tribal que había decretado una guerra en aras de una condescendiente rectitud moral, y como

castigo por el pecaminoso y reprehensible abuso de una mujer, ahora manipulaba la letra de la ley para autorizar el secuestro de doscientos jóvenes.

El consejo adoptó el plan propuesto, independientemente de que fuera éticamente dudoso, mientras que los doscientos jóvenes solteros de Benjamín se encargaron de llevarlo a cabo.

El escritor tiene el cuidado de aclarar el sitio del santuario central en Silo, ciudad ubicada a un lado de la principal carretera que une a Jerusalén y Betel con Siquem al norte. Es el lugar más céntrico y accesible que se pudiera desear para los poblados israelitas. Silo es conocido en la actualidad como Seilum.

Una palabra final

²⁴ Entonces los hijos de Israel se fueron también de allí, cada uno a su tribu y a su familia, y cada uno salió hacia su heredad. ²⁵ En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía.

La guerra con Benjamín tuvo lugar al principio del período de los jueces. Sin embargo, la palabra final sobre la terrible confrontación militar tipificó todos los 350 años que abarcó ese período. Los israelitas dejaron Silo y se marcharon a sus hogares. La vida siguió girando alrededor de: las tribus, los clanes y la heredad de cada cual.

Dios quedaba muy frecuentemente marginado por las preocupaciones del diario vivir y eran demasiados los que olvidaban que, de acuerdo al pacto que se hizo en el monte Sinaí, era el Señor quien regía a Israel. Cuando el pueblo olvidó los misericordiosos mandamientos de su Rey, ellos hicieron sus propias leyes a medida que pasaba el tiempo, y éstas a su vez les llevaron la desgracia: a las familias, a las tribus y a toda la nación.

INTRODUCCIÓN A RUT

RUT

El lugar del Libro de Rut en el Antiguo Testamento

Este volumen de la Biblia Popular ubica juntos a Jueces y Rut, en ese orden. Así aparecen en nuestras Biblias en español y en la antigua versión griega llamada la Septuaginta, así como en la Vulgata latina. La razón es obvia, y Rut 1:1 se encarga de señalarla al decir: “Aconteció en los días que gobernaban los jueces”. En su extensión, Rut es similar a las breves historias de Sansón y Gedeón. ¿Por qué entonces está aparte de Jueces?

Quizás la mejor respuesta esté en el asunto que trata. El libro de Jueces atestigua la fidelidad de Dios en medio de la infidelidad del hombre. Las narraciones de los 12 jueces describen una espiral descendente, aun cuando la gracia de Dios sigue constante. Los capítulos finales del libro de Jueces nos muestran escenas de egoísmo y desamor. Aunque perteneciente al mismo período, Rut es diferente, y nos presenta el amor divino y el amor humano colaborando mutuamente en perfecta armonía. Rut es una obra maestra en el género de la narración corta, que pone de manifiesto el inquebrantable amor y el tipo de humildad desinteresada que Dios recompensa.

La Biblia hebrea ubica a Rut entre los Escritos, la tercera porción del canon, a continuación de la Torá de Moisés, y de los profetas. El Talmud babilonio coloca a Rut antes de los Salmos, y la probable razón para ello está en que el libro termina con la genealogía de David, el principal autor de los Salmos. En la mayoría de los manuscritos hebreos, Rut se agrupa con otros cuatro rollos breves, dentro de los cuales ocupa el primer lugar debido a que les precede cronológicamente. Los judíos piadosos destinaron esos rollos para que fuesen leídos en momentos claves del año religioso. Así: el Cantar de los Cantares se lee en la Pascua,

Rut en Pentecostés, Lamentaciones en la conmemoración de la caída de Jerusalén, Eclesiastés en la fiesta de los Tabernáculos, y Ester en la de Purim. Este orden es el responsable de que el libro de Rut aparezca ocasionalmente ocupando el segundo lugar entre esos rollos.

Autor y fecha de redacción

La tradición judía le atribuye a Samuel la autoría: tanto de Rut como de Jueces, y 1 y 2 de Samuel. El libro mismo no nos revela su autor, aunque incluye una genealogía que finaliza con el rey David. La fecha probable en que fue escrito se ubica inmediatamente después del establecimiento en Jerusalén de la dinastía davídica.

El texto

Los 85 versículos de Rut han sido ampliamente usados como ejercicio inicial para quienes comienzan el aprendizaje del hebreo bíblico. Las razones son obvias: el lenguaje es depurado, hay riqueza de formas tanto masculinas como femeninas, y la historia conmueve el corazón del lector. Entre los rollos del mar Muerto se han encontrado fragmentos de este libro.

La ubicación en el tiempo

Rut comienza señalando que: “en los días que gobernaban los jueces... hubo hambre en la tierra” (1:1). Esto significa que la historia de Rut tuvo lugar en algún momento entre Otoniel, que fue el primero de los jueces, y Samuel y sus hijos que fueron los últimos. La genealogía abreviada con la que termina el libro no nos ayuda a ubicar con más precisión la fecha de la vida de Rut, que se debe haber desenvuelto por lo menos dos generaciones anteriores a la del rey David. Esto lo podemos saber porque Obed e Isaí aparecen intercalados entre Rut y David. Estos datos nos permitirían situarla en una época tan tardía como la de Sansón, el

último de los jueces que se mencionan en el libro de ese nombre. Pero Rut también pudiera haber vivido como miembro de la primera generación posterior a la entrada de Israel en la Tierra Prometida. Eso se puede entender si tenemos en cuenta que entre Booz y Naasón, uno de los líderes de Judá que salió Egipto (Números 1:7) y que por lo tanto murió en el desierto, sólo un hombre, Salmón, es mencionado en la genealogía que se da en Rut capítulo 4.

La referencia a la hambruna tampoco resulta útil a la hora de fechar la historia de Rut, ya que en el libro de Jueces no se menciona ningún fenómeno de ese tipo. Tampoco resulta de ayuda la ubicación de la historia en Belén. Ni Ibzán, el juez que ejercía funciones en Belén, ni el levita de Jueces 19 que visitó dicho lugar, son mencionados en nuestra historia, que por otra parte no requiere de esos detalles.

En el tiempo en que tienen lugar los hechos que se narran en Rut, Moab parece haber sido un buen lugar para vivir. Eso descartaría la época antes e inmediatamente después de los 18 años que Eglón dominó a Israel. Contrariamente, se podría argumentar que la invasión de los moabitas contra las tribus de Israel pudo haber estado vinculada con la hambruna de los tiempos de Rut. Es posible que las lluvias continuaran cayendo sobre la elevada meseta de Moab después de pasar por encima de los sitios menos elevados como Belén. El debilitamiento de Judá como consecuencia de la sequía y el hambre podrían haber sido la invitación a los invasores.

La necesidad de explicar costumbres caídas en desuso, específicamente la de quitarse el calzado, favorece la idea del transcurso de cierto espacio de tiempo entre Rut y la fecha de redacción del libro. Si ocurrió cerca de la época del rey David, entonces Rut puede ser ubicada cronológicamente en la etapa temprana de los jueces.

Aparte de los diez años que transcurren en Moab, y aunque el libro no especifica, los sucesos que se narran parecen haber tenido

lugar dentro de un mismo año, específicamente entre el comienzo y el final de una misma época de cosecha. Era poco probable que mujeres indigentes como Rut y Noemí pudieran haber sobrevivido más de un año dentro de la comunidad sin resolver su situación. La mejor interpretación es la que sustenta la tradición y que es adoptada por la mayoría de los comentaristas. Ésta establece lo siguiente: la cosecha de la cebada comenzaba en marzo/abril y la del trigo concluía 50 días más tarde, el tiempo que mediaba entre la Pascua y el Pentecostés. Fue en este período que las dos mujeres retornaron a Belén y allí, junto a Booz, encontraron ambas un hogar.

RUT SE MUDA A BELÉN (RUT 1:1-22)

Una familia queda desamparada

1 Aconteció en los días que gobernaban los jueces, que hubo hambre en la tierra, y un hombre de Belén de Judá fue a vivir en los campos de Moab con su mujer y sus dos hijos. ²Aquel hombre se llamaba Elimelec, y su mujer Noemí; los nombres de sus hijos eran Mahlón y Quelión, efrateos de Belén de Judá.

Llegaron, pues, a los campos de Moab, y se quedaron allí.

³Murió Elimelec, marido de Noemí, y quedó ella con sus dos hijos, ⁴los cuales se casaron con mujeres moabitas; una se llamaba Orfa y la otra Rut. Y habitaron allí unos diez años. ⁵Murieron también los dos, Mahlón y Quelión, quedando así la mujer desamparada, sin sus dos hijos y sin su marido.

La tierra de Canaán, situada al oeste del valle del Rift, resultó golpeada por la hambruna. Las condiciones climáticas eran tales que las lluvias dejaron de caer en las bajas elevaciones de Judá y Efraín, pero sí lo hicieron en la meseta de Moab, situada más al este y a una mayor altura. Debido a esa situación, Belén ya no fue capaz de sustentar a su población. Esto es irónico ya que *Belén* significa “casa del pan”. La ciudad estaba hambrienta, mientras que en la tierra extranjera de Moab había pan.

Fue el hambre lo que empujó a Abraham a salir por un tiempo de la Tierra Prometida (Génesis 12:10), y fue el hambre lo que llevó a la familia de Jacob a residir en Egipto durante cuatrocientos años (Génesis 41:53–Éxodo 1). La familia de Elimelec tuvo buena compañía. El original hebreo indica que cuando partió, lo hizo con la plena intención de regresar. El Señor tenía otros planes. Elimelec murió y dejó tras sí a una viuda, Noemí, y a dos hijos solteros. La Ley de Moisés agrupa a: viudas, huérfanos y forasteros como

individuos en particular indefensos y merecedores de la bondad de los demás (Deuteronomio 10:18; 24:17).

Los hijos, Mahlón y Quelión, llenaron los vacíos de sus vidas tomando esposas moabitas. A los israelitas les estaba prohibido casarse con cananeas (Deuteronomio 7:3), pero los moabitas resultaban ser primos de los hebreos a través de Lot, quien era sobrino de Abraham. Sin embargo, iban a permanecer excluidos de la congregación israelita por diez generaciones (Deuteronomio 23:3). Podemos especular que los matrimonios ocurrieron a fines del período de diez años de estancia en Moab, ya que no se menciona la existencia de hijos en ninguno de los dos matrimonios. Hubiera sido muy raro, aunque no imposible, que ambas mujeres fueran estériles. Con posterioridad, Rut iba a ser aceptada como esposa capaz de procrear un heredero, y así lo hizo.

El versículo con el que comienza la narración presenta a los personajes y nos informa de las circunstancias generales. Los nombres a menudo llevan un significado. *Elimelec* significa “Dios es rey”. Teniendo en cuenta la frase que se repite tanto en el libro de Jueces, “En estos días no había rey en Israel”, resulta alentador ver que al menos una familia en Belén reconocía el hecho de que efectivamente Israel tenía rey, y que su rey era Dios. Si quitamos la última letra del nombre Noemí, lo que resta significa en hebreo “agradable”. El sufijo *i* puede ser tanto el posesivo *mi*, como una antigua terminación hebrea que haría que el nombre de Noemí se tradujese como “la que es agradable”. Las palabras hebreas que probablemente riman con los nombres de Mahlón y Quelión son términos que sugieren enfermedad, y que bien pueden ser sobrenombres que les dio posteriormente la familia en sustitución de los que les dieron al nacer. Orfa y Rut eran de Moab, pueblo de cuyo dialecto se sabe muy poco; no obstante, la tradición gusta de vincular el nombre Rut con la palabra hebrea para amiga. Sin embargo, le falta para ello una letra intermedia que resulta indispensable. Puesto que la propia Noemí se dio más tarde cuenta del significado especial de su nombre, podríamos estar casi seguros de encontrar también en los nombres

de su familia de cuatro miembros un significado, pero no así en el de las dos mujeres moabitas.

Elimelec pertenecía al clan de Efrata; ese era el nombre antiguo por el que era conocido Belén, cuando Raquel murió dando a luz a Benjamín (Génesis 35:19). Las genealogías del Antiguo Testamento vinculan a Caleb, el espía fiel, con Efrata y Belén. Una referencia muy conocida, que hace alusión tanto a Belén como a Efrata, es la de la profecía del lugar de nacimiento del Salvador que se registra en Miqueas 5:2.

Noemí decide regresar sola a su hogar

⁶Entonces se puso en marcha con sus nueras, y regresó de los campos de Moab, porque oyó en el campo de Moab que Jehová había visitado a su pueblo para darle pan. ⁷Salió, pues, del lugar donde había estado, y con ella sus dos nueras, y comenzaron a caminar para regresar a la tierra de Judá. ⁸Y Noemí dijo a sus dos nueras:

—Andad, volveos cada una a la casa de su madre. Que Jehová tenga de vosotras misericordia, como la habéis tenido vosotras con los que murieron y conmigo. ⁹Os conceda Jehová que halléis descanso, cada una en casa de su marido.

Luego las besó; pero ellas, alzando su voz y llorando, ¹⁰le dijeron:

—Ciertamente nosotras iremos contigo a tu pueblo.

Las buenas noticias de que había nuevamente alimentado en Belén llegaron hasta Noemí, quien le acreditó a Jehová este hecho, empleando la palabra “visitado”, que en otras partes del Antiguo Testamento se usa para referirse a la participación de Dios en los asuntos humanos, unas veces para bien y otras para juicio. Una de esas visitas con doble propósito tuvo lugar cuando el Señor vino: con buenas noticias para Abraham y Sara y con condenación para Sodoma.

Noemí partió acompañada por sus dos nueras. Este detalle del lenguaje que se emplea en el relato resulta muy apegado a la

realidad, ya que en los países orientales es raro que las despedidas tengan lugar en las casas, pues las buenas costumbres exigen que quien parte sea acompañado durante un trecho del camino. Fue Noemí, y no alguna de sus nueras Orfa o Rut, la que tomó la iniciativa.

Una vez que se había cumplido con lo que la cortesía requería, Noemí trató de dejar muy en claro a sus nueras que ella deseaba regresar sola a Belén. Lo hacía pensando en lo que era mejor para ellas como mujeres. El matrimonio era prácticamente la única ocupación disponible en aquellos tiempos para la mujer; Noemí sabía de las pocas posibilidades que tenía una extranjera para encontrar esposo en Belén, así que las mejores oportunidades de sus nueras estaban en que regresaran al sitio donde se habían criado. Es de esperar que Noemí orientara a Orfa y Rut para que regresaran a la casa de sus respectivos padres. Rut tenía padre (2:11). Tamar (Génesis 38:11) y la concubina del levita (Jueces 19:2) habían regresado a sus padres. Sin embargo, en una sociedad polígama, el alojarse junto a la madre podría ser más seguro. Quizás Noemí sabía que las dos moabitas provenían de hogares donde había más de una esposa.

Noemí tuvo dos deseos para sus hijas políticas, y se los expresó en el nombre del Señor. El primero era que Dios tuviese misericordia de ellas por su comportamiento como abnegadas y fieles esposas. Quizás tenemos aquí un indicio de que mediante el matrimonio ambas mujeres habían sido tocadas por la fe de la familia a la cual se habían integrado. En segundo lugar, Noemí les deseó la seguridad que un nuevo casamiento les podría proporcionar. En el Antiguo Testamento, el término *reposito* se emplea para describir las bendiciones que resultan de las promesas de Dios. Tenemos ejemplos de ello en el reposo en la Tierra Prometida (Deuteronomio 12:9; Salmo 95:11), y en el santuario de Sión (Salmo 132:8,14).

Noemí le dio a cada mujer un beso de sincero afecto en el que también corrieron las lágrimas. Ambas, Orfa y Rut, insistieron en que habían acompañado a Noemí por el camino por razones que

iban más allá de la cortesía y que iban a andar con ella el resto del trayecto de regreso a Belén.

Noemí se resiste a tomar consigo a Orfa y Rut

¹¹ **Noemí insistió:**

—Regresad, hijas mías; ¿para qué vendrías conmigo? ¿Acaso tengo yo más hijos en el vientre que puedan ser vuestros maridos? ¹² Regresad, hijas mías, marchaos, porque ya soy demasiado vieja para tener marido. Y aunque dijera: “Todavía tengo esperanzas”, y esta misma noche estuviera con algún marido, y aun diera a luz hijos, ¹³ ¿los esperaríais vosotras hasta que fueran grandes? ¿Os quedarías sin casar por amor a ellos? No, hijas mías; mayor amargura tengo yo que vosotras, pues la mano de Jehová se ha levantado contra mí.

¹⁴ **Alzaron ellas otra vez su voz y lloraron; Orfa besó a su suegra, pero Rut se quedó con ella.**

Sin ser descortés, Noemí adoptó un tono más firme con sus nueras, procurando que pusieran a un lado los sentimientos y razonaran acerca de la situación que las tres enfrentaban. Los argumentos de Noemí estaban respaldados por dos realidades. La primera era que lo que sus dos nueras necesitaban era casarse; y la segunda, que tal cosa sería prácticamente imposible en Belén para dos extranjeras como ellas. En caso de que las tres se establecieran en esa ciudad, Noemí se veía a ella misma como la única que las amaba lo suficiente como para ofrecerles pareja. Eso ya lo había hecho una vez con Mahlón y Quelión, pero ¿podría hacerlo de nuevo? La posibilidad quedaba descartada por razones obvias; ella misma no estaba casada, y era demasiado anciana para volver a concebir. Y aunque estas dos realidades no fueran un impedimento, pasarían muchos años antes que los hijos nacidos en Belén crecieran, lo que haría que estas mujeres tuvieran que abandonar los placeres de la vida matrimonial durante los mejores años de su vida.

Noemí resolvió la discusión terminantemente con un suave, pero decidido, no. La alternativa de que se quedaran en Moab con la perspectiva de volver a casarse era mucho mejor. Ella comparaba su propia situación con la de sus nueras. Ya sabía ella lo que era estar sola y sin familia en tierra extraña. Lo había experimentado y lo seguía experimentando. No era nada agradable y amargaba su existencia, y ella no quería eso para sus hijas políticas.

¿Estaba Noemí culpando a Dios como hacen con frecuencia los afligidos? Es posible, aunque por otra parte puede ser que estaba sólo diciendo las cosas tal cual eran. Por razones que solo Dios sabe, se había llevado del lado de Noemí a su esposo y a sus dos hijos; su vida como esposa y madre estaba vacía y eso no era fácil de soportar. El retorno al hogar, a los amigos y a la familia de Belén iban a llenar su vacío; pero, ¿cómo podría llenar el de ellas?

Las palabras de su suegra convencieron a Orfa. Hubo más lágrimas, un último beso de afecto y la separación. Orfa partía aspirando a convertirse nuevamente en esposa.

Rut se quedó, contenta de permanecer como hija; nada de lo dicho por Noemí pudo convencerla, y siguió aferrada a su suegra. La expresión que aquí se emplea transmite la más tierna y fuerte de las emociones, tal como lo hace en Proverbios 18:24: “El hombre que tiene amigos debe ser amistoso, y amigos hay más unidos que un hermano.” La expresión se usa también para describir la relación entre esposos en un matrimonio ideal. El autor del libro de Rut recurrirá en tres ocasiones a la misma terminología en el transcurso del capítulo 2.

Rut se compromete por completo

¹⁵ **Noemí dijo:**

—Mira, tu cuñada ha regresado a su pueblo y a sus dioses; ve tú tras ella.

¹⁶ **Rut respondió:**

—No me ruegues que te deje
y me aparte de ti,
porque a dondequiera que tú vayas, //iré yo,
y dondequiera que vivas, viviré.

Tu pueblo será mi pueblo
y tu Dios, mi Dios.

¹⁷ Donde tú mueras, moriré yo
y allí seré sepultada.

Traiga Jehová sobre mí
el peor de los castigos,

si no es sólo la muerte lo que hará separación entre
nosotras dos.

¹⁸ Al ver Noemí que Rut estaba tan resuelta a ir con ella,
no insistió.

Ante la negativa de Rut de seguir a su cuñada, Noemí reaccionó, exhortándola aún más; le recordó que su lugar estaba entre su pueblo y con sus dioses. Rut no podía negar su nacimiento ni su sangre, pero ya había dejado de estar atada a Quemós, el dios de Moab. La sugerencia que le hizo Noemí debió haber conmovido el alma de Rut. La respuesta que brotó de su corazón no fue una retahíla de palabras escogidas, sino verdadera poesía, cuya pureza de corazón ha inspirado desde entonces el corazón de muchos hombres y mujeres.

Rut respondió al suave “no” de Noemí con un gentil “no” de su parte. ¡Por favor, ya no hablemos más! Para ella, resultaba imposible abandonarla. El corazón de la joven había dejado de ser moabita, ya no era una adoradora de Quemós. Noemí era la única persona del pueblo de Dios que ella conocía, y a ella y a quienes fueran como ella se iba a aferrar por el resto de su vida, sin importar las consecuencias. Rut seleccionó una palabra para alojamiento que sugería que las dos tendrían que andar de un lugar a otro, cosa que ella aceptaría porque se consideraba parte del mismo pueblo de Noemí y una veneradora de Dios por el resto de su vida.

La gente de la antigüedad abandonaba con frecuencia su lugar de nacimiento, buscando mejorar su situación en el extranjero, pero le concedían gran importancia a que se le sepultara en la tierra que les vio nacer. Basta recordar la petición que hizo Jacob de ser sepultado con su padre y su abuelo en la cueva de Macpela, y la solicitud que hizo José de que sus huesos fueran enterrados en Canaán (Génesis 49:29,30; 50:25). El compromiso de Rut fue total; moriría con Noemí y sería enterrada en la tierra de ella.

Rut concluye su promesa de entrega total a Noemí y su pueblo con un juramento. La forma en que lo expresa es la misma que aparece en Samuel y en Reyes, y es la que se usa cuando quien jura quiere destacar la extrema seriedad con que lo hace. Entre los que hicieron uso de esta modalidad de juramento estuvieron: Elí (1 Samuel 3:17), Saúl (1 Samuel 14:44), Jonatán (1 Samuel 20:13; 25:22; 2 Samuel 3:35; 19:13), Abner (2 Samuel 3:9), Salomón (1 Reyes 2:23), Jezabel (1 Reyes 19:2), Ben Hadad (1 Reyes 20:10), y Joram (2 Reyes 6:31). Al jurar, Rut empleó el nombre del Dios Salvador y Dios del pacto, el nombre de Jehová. Esto refleja aún con mayor claridad en quién se apoyaba la fe de esta moabita; sus palabras se podrían comparar con las que pronuncia el creyente en la confirmación. El Señor podía descargar sobre ella todos los infortunios imaginables si rompía su promesa de permanecer fiel hasta la muerte.

A Noemí no le quedó otra alternativa que la de aceptar la seriedad de las palabras de su nuera y su firmemente establecida determinación.

El amargo regreso de Noemí

¹⁹ Anduvieron, pues, ellas dos hasta llegar a Belén.

Cuando entraron en Belén, toda la ciudad se conmovió por su causa, y exclamaban:

—¿No es ésta Noemí?

²⁰ Pero ella les respondía:

—¿No me llaméis Noemí, sino llamadme Mara; porque el Todopoderoso me ha llenado de amargura!

**²¹ Me fui llena,
con las manos vacías me devuelve Jehová.
¿Por qué aún me llamáis Noemí,
si ya Jehová ha dado testimonio contra mí
y el Todopoderoso me ha afligido?**

**²² Así regresó Noemí, y con ella su nuera, Rut, la moabita.
Salieron de los campos de Moab y llegaron a Belén al comienzo
de la cosecha de la cebada.**

Noemí quería volver a su casa, pero cuando lo hizo no todo resultó en gozo. Quienes contemplaban el retorno de las dos mujeres lo comentaban conmovidos. Los hombres estaban en los campos recolectando la cosecha, pero las mujeres que estaban en el poblado evaluaban la apariencia de Noemí a partir de lo que de ella recordaban. Los diez años transcurridos habían dejado huella de su paso y Noemí podía intuir todo lo que insinuaban cuando murmuraban: “¿No es ésta Noemí?”

¿Qué conclusiones podemos sacar de las primeras palabras de Noemí? En ellas menciona dos veces su propio nombre; en el original emplea también el pronombre personal “me” cuando les habla a las mujeres, aun cuando en su idioma no resultaba necesario que lo empleara. Aunque Elimelec había salido de Belén a causa de una hambruna, los días de entonces fueron de holgura para Noemí si los comparaba con la situación que ahora vivía. Como persona de fe, Noemí sabía en su corazón que el Señor tenía el control; no obstante, y al igual que Job, manifestaba en alta voz su perplejidad ante el obrar del Todopoderoso. No, la vida no había sido buena para ella; había salido con esposo e hijos y ahora retornaba “con las manos vacías”. Es como si Rut no existiera. En su interior no había más que amargura.

Noemí empleó dos nombres para Dios. Uno es el nombre personal del Dios del pacto con Israel (Jehová) que muchas Biblias traducen como Señor. El otro es “Shadai”, que según las antiguas

traducciones griegas y latinas del hebreo traducen como el “Todopoderoso”. Este nombre fue el que con más frecuencia emplearon los patriarcas y Job, y conlleva el despliegue de los atributos de Dios, principalmente su capacidad todopoderosa para actuar en favor de los suyos (Génesis 17:1; 28:3; 35:11). Shadai es a su vez refugio (Salmo 91:1) y terror (Isaías 13:6; Joel 1:15). Él sobrepasa todo entendimiento humano (Job 11:7; 37:23) y, sin embargo, su voz es omnipotente (Ezequiel 1:24; 10:5). En vista de la situación de Noemí, es muy apropiado emplear el nombre Shadai como el que disciplina (Job 6:4), pero que también sana (Job 5:17).

Las expresiones de Noemí acerca de la voluntad de Dios en su vida se agrupan todas en el lado negativo: “ el Todopoderoso me ha llenado de amargura”... “manos vacías”... “testimonio contra mí”... y “el Todopoderoso me ha afiligidó”. Dada la preponderancia del énfasis en la lengua hebrea, estos pensamientos se expresan sin ambages con palabras como: amargura, vacía, y mal. La expresión “Jehová ha dado testimonio contra mí” refleja una ligera adaptación del texto original, el cual dice que el Señor ha testificado ante el tribunal de la vida contra Noemí. Todos estos pensamientos negativos nos preparan para el final feliz del capítulo 4, cuando la anciana vuelve a ser la persona amable y agradable que era, convertida en abuela y favorecida por el Señor más allá de toda expectativa.

Pudiera ser que Noemí hubiera olvidado a Rut, pero el escritor de la historia no lo hizo. Rut estaba allí en plena primavera, a fines de marzo o principio de abril; las lluvias habían terminado y la cebada estaba en su punto para ser cosechada. El desenvolvimiento de la historia abarcará del tiempo de Pascua a Pentecostés. El Dios de la misericordia fiel e inmerecida, que protegió a los primogénitos en Egipto, iba a proteger también a las dos viudas. Este mismo Dios, que hizo de Israel su pueblo en el monte Sinaí, le iba a dar la bienvenida a Rut, incluyéndola en el sagrado linaje que iba a vincular a Eva con el Santo de Dios nacido de María.

RUT CONOCE A BOOZ (RUT 2:1-23)

Rut sale a rebuscar al campo

2 Tenía Noemí un pariente de su marido, hombre rico de la familia de Elimelec, el cual se llamaba Booz.

² Un día Rut, la moabita, dijo a Noemí:

—Te ruego que me dejes ir al campo a recoger espigas en pos de aquel a cuyos ojos halle gracia.

—Vé, hija mía —le respondió ella.

³ Fue, pues, y al llegar, se puso a espigar en el campo tras los segadores. Y aconteció que aquella parte del campo era de Booz, el pariente de Elimelec.

De la misma manera que ocurrió con el primer versículo del primer capítulo, el que comienza el segundo nos da una información preliminar. Booz, nativo de Belén, va a ser un personaje muy importante en los acontecimientos a que vienen. Es muy probable que su nombre signifique “en Él (es decir, en Dios) está la fuerza.” Como leemos en 2 Crónicas 3:17, una de las columnas del templo de Salomón llevaba un nombre muy parecido. Allí, la traducción griega del Antiguo Testamento usa la palabra que en ese idioma significa fuerza.

El comienzo de este segundo capítulo nos informa de la situación: social, legal y económica de Booz, un “pariente” de la familia de Noemí en el sentido de que tenían contacto social. En el plano legal, Booz era pariente consanguíneo de Elimelec. La sociedad israelita estaba organizada en: tribus, clanes y casas paternas, y en este caso el vínculo era al nivel de clan. Booz era un hombre rico y propietario de tierras; como tal, estaba en condiciones económicas de defender el poblado en el caso de que fuese atacado. Los términos técnicos *pariente* – *que puede redimirnos* (2:20) expresan exactamente estos pensamientos.

Noemí y Rut, ambas viudas, tenían que buscarse su propio sustento. Habiendo llegado en la época de la cosecha, Rut se dispuso a tomar ventaja de la Ley mosaica concerniente a las viudas y los extranjeros en las que ella sin duda calificaba. La Ley les imponía a los cosechadores que dejaran sin segar cierta porción del grano, a la vez que les prohibía volver a lo ya segado para recoger lo que hubiese quedado sin recolectar. Las mismas reglas se aplicaban para los viñedos y los olivares (Levítico 19:9,10; 23:22; Deuteronomio 24:19-22). Los granos, el vino y el aceite eran los tres productos básicos de los que dependía la supervivencia mínima en Israel. A los pobres les estaba permitido cosechar para ellos lo que quedaba de la cosecha principal, práctica a la que se le llamaba rebuscar.

Ya Noemí le había demostrado a Rut cuanto le pesaban sus severas pérdidas personales. Rut podía intuir cuán difícil le sería a la antes señora del campo de Elimelec salir a rebuscar junto con los pobres. Dando muestras de sensibilidad, la joven nuera comprendió la situación y cortésmente le pidió permiso a su suegra para hacerlo. Sin decirlo abiertamente, se entendía que de allí en adelante Rut iba a ser la proveedora para las necesidades de ambas, y Noemí aceptó.

“Y aconteció que...” no equivale aquí a pura casualidad. Podemos recordar la oración del siervo de Abraham, que fue enviado a hallar esposa para Isaac (Génesis 24). Él oró para “tener buen encuentro” de modo que fuese la doncella deseada la que se presentara. Las cosas le acontecieron a Rut porque Dios estaba atento a ella. La extranjera de Moab fue a donde el Señor quiso que fuera.

Booz se fija en Rut

⁴ Llegaba entonces Booz de Belén, y dijo a los segadores:

—Jehová sea con vosotros.

—Jehová te bendiga —le respondieron ellos.

⁵ Luego Booz le preguntó a su criado, el encargado de los segadores:

—¿De quién es esta joven?

⁶ El criado encargado de los segadores respondió:

—Es la joven moabita que volvió con Noemí de los campos de Moab. ⁷ Me ha dicho: “Te ruego que me dejes espigar y recoger tras los segadores entre las gavillas.” Entró, pues, y ha estado trabajando desde la mañana hasta ahora, sin descansar ni un solo momento.

Booz tenía hombres que trabajaban para él, y como buen hombre de negocios, inspeccionaba su trabajo con regularidad. Los cosechadores y el dueño intercambiaban saludos; la prominencia del nombre de Dios se deja ver en el intercambio de saludos entre los segadores y el propietario. Las palabras pueden haber sido tan habituales como el “adiós” que empleamos en español para las despedidas. Este término puede ser una forma abreviada de la expresión con que en la antigüedad las personas se encomendaban mutuamente al Señor y se deseaban el bien al despedirse o saludarse. Más allá de lo que pudiera ser costumbre, vemos con alegría que la demostración de cortesía entre hombres de distinta posición social se expresaba en términos en los cuales el nombre de Dios no resultaba tomado en vano.

La pregunta de Booz al ver a la joven fue literalmente la siguiente: ¿De quién es esta joven? Esta pregunta era una solicitud de información acerca de la identidad de la mujer a quien él no había visto antes. El mayordomo entendió lo que le preguntaban y apropiadamente dijo que se trataba de la joven extranjera que volvió con Noemí.

Las dos oraciones siguientes, con las que el capataz amplía su respuesta, han constituido verdaderos retos para los intérpretes. En la primera, el capataz le informó a Booz que Rut había pedido permiso, no sólo para rebuscar, lo cual era su derecho, sino también para juntar entre las gavillas. Algunos han sugerido que el mayordomo no tenía facultades para autorizarla a hacerlo y que por tanto Rut estaba forzando astutamente un encuentro con el propietario del terreno.

La segunda de las oraciones comienza bien pero después se desintegra en un conjunto de fragmentos gramaticales, que literalmente dicen: “Ella vino, y ha estado desde la mañana hasta ahora... esto... se sentó... la casa... un poco”. Tanto nuestra Versión Reina Valera de 1995 como la de 1960 interpretan la oración como una labor interrumpida por un corto descanso en un cobertizo que estaba cerca de allí. La Nueva Versión Internacional dice: “No ha dejado de trabajar... hasta ahora que ha venido a descansar un rato en el cobertizo”. Si tomamos en cuenta que el idioma hebreo dispone de palabras específicas que permiten distinguir claramente entre un abrigo provisional para protegerse del sol y una *casa*, salta a la vista que estamos ante un problema. Recientemente se ha dado a conocer un nuevo enfoque de esta porción, que permite preservar la fidelidad a las palabras y a la sintaxis desordenada de las mismas, haciéndolas concordar perfectamente con las palabras que pronuncia Booz a continuación.

Esta nueva visión del asunto reconstruye lo sucedido del siguiente modo: Rut vino a rebuscar; y aunque no le era necesario hacerlo, pues se trataba de un derecho de las viudas y los extranjeros, solicita cortésmente el permiso para hacerlo. Sin conocer a fondo los detalles legales y de las costumbres de Israel, la joven moabita también pidió permiso para recoger espigas que estuviesen sin segar, o para hacerlo entre los manojos ya atados de éstas. Esto último no estaba entre los derechos de una viuda ni de los extranjeros. Los segadores que la oyeron se dieron cuenta del error que en su ignorancia había dicho, lo que dio lugar a que se “comentase en el campo” sobre Rut, quien aparte de ser forastera, era joven y atractiva. Entonces el asunto se exageró y Rut soportó las burlas e insinuaciones en cuanto a su extracción étnica, pero sólo por poco tiempo. Finalmente se sentó a llorar, después corrió a casa, para luego cambiar de opinión y regresar al campo. Desde la mañana hasta la llegada de Booz, Rut se mantuvo en espera sin saber qué hacer. Tenía temor de rebuscar; sin embargo, no quería regresar a Noemí con las manos vacías.

El capataz apenado y confuso, sabiendo lo que había ocurrido entre sus jóvenes segadores y la vulnerable forastera, dio una explicación que sólo al principio resultó coherente. Al darse cuenta de la creciente indignación de Booz, el encargado del campo terminó lo que estaba diciendo con gestos y balbuceos acerca de, “esta” situación, “se sentó” triste, corriendo a “la casa”; así como el hecho de que sus trabajadores sólo se estaban divirtiendo “un poco”.

Ya sea que esta interpretación sea la correcta o no, lo realmente importante en el desarrollo de esta historia es que Booz se fijó en Rut y que ambos se encontraron frente a frente.

Booz y Rut se encuentran

⁸ Entonces Booz dijo a Rut:

—Oye, hija mía, no te vayas, ni recojas espigas en otro campo; te quedarás aquí junto a mis criadas. ⁹ Mira bien el campo que sieguen y síguelas; pues he mandado a los criados que no te molesten. Y cuando tengas sed, ve a las vasijas, y bebe del agua que sacan los criados.

¹⁰ Entonces ella, bajando su rostro, se postró en tierra y le dijo:

—¿Por qué he hallado gracia a tus ojos para que me favorezcas siendo yo extranjera?

¹¹ Booz le respondió:

—He sabido todo lo que has hecho con tu suegra después de la muerte de tu marido, y cómo has dejado a tu padre y a tu madre, y la tierra donde naciste, para venir a un pueblo que no conocías. ¹² Que Jehová te recompense por ello, y que recibas tu premio de parte de Jehová Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte.

¹³ Ella le dijo:

—Señor mío, me has mostrado tu favor y me has consolado; has hablado al corazón de tu sierva, aunque no soy ni siquiera como una de tus criadas.

Si es cierto que Rut había sido objeto de hostigamiento, Booz se dispuso a enmendar la situación. Así que dejó claro que ella tenía su permiso para rebuscar y la instruyó para que permaneciese junto a las segadoras que trabajaban para él en los campos, y en cuya conducta él podía confiar. De esta forma, Rut se podía dedicar a su tarea sin ser interrumpida por los jóvenes; en cuanto a ellos, Booz iba a dar órdenes estrictas de que no la molestasen. Podemos asumir que éstas serían advertencias suficientes para evitar cualquier acoso verbal contra Rut.

Habiendo puesto en orden los asuntos del día, Booz tuvo entonces un gesto de bondad. Él se sentiría muy complacido si Rut se refrescara apagando su sed, por lo que le dijo que ella también podía usar las vasijas de agua que usaba el resto de los trabajadores.

La reacción de Rut fue de profunda gratitud hacia su benefactor. A la usanza típica del Oriente, Rut se inclinó mirando al suelo y le respondió con palabras de humilde abnegación. Como extranjera que era, no esperaba un trato especial y estaba asombrada preguntándose por qué él la había protegido. Aunque no se nos habla al respecto, es muy probable que fuese Booz la primera persona que la hacía sentirse acogida desde su llegada a Belén.

Booz podía haber dejado el asunto hasta aquí, pero quiso que Rut supiera que le habían informado en detalle acerca de ella. Estaba impresionado por su desinterés y por el enorme sacrificio que había hecho al dejar a su familia y a su país. Como hombre piadoso que era, Booz tiene que haber comprendido que este acto de fe de Rut no difería del de Abraham y Sara, quienes también habían dejado patria y hogar para morar en una nueva tierra. Lo que Rut había hecho motivó a Booz a presentar dos plegarias centradas en la fe en favor de la nuera de Noemí. En la primera pedía que Rut fuera recompensada por lo que había hecho, y en la segunda que sobre ella cayesen bendiciones en abundancia en el futuro. En ambas, invoca al Señor como el que contesta la oración y las hace realidad. Booz había sido puesto al tanto de que, aunque

Rut era moabita, compartía su misma fe. Al pedir por el futuro de Rut, Booz hizo uso de la pintoresca imagen del cántico de Moisés que se registra en Deuteronomio 32:10-12, que compara a Dios con un águila que protege a sus polluelos bajo sus alas.

Rut le respondió nuevamente a Booz con sinceras expresiones de aprecio, que esta vez fueron más personales y más allá de lo puramente cortés, pues le dijo que él le había “consolidado” y “hablado al corazón”. Esta última expresión es la traducción literal de lo que la Nueva Versión Internacional traduce como “hablado con cariño”. Ni siquiera Noemí le había proporcionado un apoyo emocional como ese. No obstante, Rut se mostró en extremo conservadora y no aprovechó la oportunidad para hacerle alguna petición a este hombre rico y de alta posición. Por el contrario, se refirió a ella misma como sierva suya, añadiendo con cuidado que ni siquiera tenía esa posición en la casa de él. Con esto, el autor de la historia nos prepara para la exaltación de Rut desde una posición de poco menos de esclava a la de ama y señora.

Booz se muestra especialmente bondadoso con Rut

¹⁴ A la hora de comer Booz le dijo:

«Ven aquí, come del pan, y moja tu bocado en el vinagre.»

Se sentó ella junto a los segadores, y él le dio del guiso; comió hasta quedar satisfecha y aun sobró. ¹⁵ Cuando se levantó para seguir espigando, Booz ordenó a sus criados:

«Que recoja también espigas entre las gavillas, y no la avergoncéis; ¹⁶ dejaréis también caer para ella algo de los manojos; dejadlo para que lo recoja, y no la reprendáis.»

Rut se apartó de Booz, y reanudó la tarea que había venido hacer en la mañana; pero Booz no abandonó el campo para regresar a Belén, sino que se quedó para observar, sin duda dándole vueltas en su mente a todo lo que ha sucedido. A la hora de comer, invitó a Rut para que se uniera a sus obreros y compartiera la sencilla comida que consistía en pan sin levadura, que se partía y se mojaba en una salsa a base de vinagre. El pan



Rut rebusca

suministraba los nutrientes, en tanto que el sabor ácido de la salsa contribuía a refrescar la boca que el duro trabajo del día había dejado reseca. Este día Booz tenía pensado darles a sus obreros un inesperado agasajo de grano fresco, tostado en la sartén puesta sobre el fuego. La porción de Rut era más de lo que ella podía comer y se la dio el mismo dueño.

La generosidad de Booz para con Rut no terminó aquí. Temprano en la mañana, ella había pedido permiso para rebuscar donde no le era lícito hacerlo; ahora Booz le daba ese derecho y además instruía a sus obreros para que dejaran tras sí, de forma “intencionadamente accidental”, parte de lo que segaran, de modo que ella lo pudiese recoger. De igual manera, los hombres deberían hacer lo que se les ordenaba y ahorrarse los comentarios.

Booz, el hombre de posibilidades económicas, había mostrado su buen corazón; Rut, la viuda atractiva pero desamparada, había encontrado un admirador y un protector.

Rut le cuenta a Noemí

¹⁷ Espigó, pues, en el campo hasta la noche, y cuando desgranó lo que había recogido, era como un efa de cebada. ¹⁸ Lo tomó y se fue a la ciudad, y su suegra vio lo que había espigado. Luego sacó también lo que le había sobrado después de haber quedado satisfecha, y se lo dio.

¹⁹ Su suegra le preguntó:

—¿Dónde has espigado hoy? ¿Dónde has trabajado? ¡Bendito sea el que te ha favorecido!

Ella contó a su suegra con quién había trabajado, y añadió:

—El hombre con quien he trabajado hoy se llama Booz.

²⁰ Dijo entonces Noemí a su nuera:

—¡Bendito de Jehová, pues que no ha negado a los vivos la benevolencia que tuvo para con los que han muerto!

Al caer la tarde, la labor de Rut se traducía en unos 20 kg de grano. Los segadores habían cumplido con las instrucciones de Booz y Rut había trabajado arduamente. Al tenerla de regreso en

casa, Noemí miraba asombrada la cantidad de cebada que sería suficiente para más de 20 hogazas de pan y una totalmente inesperada porción de cereal tostado. La generosidad de Booz hacia Rut había alcanzado también a la suegra de la joven.

Las preguntas de Noemí se sucedían unas tras otras. Había visto el trigo y quería saber el quién y el dónde. Rut le pudo haber dicho muchas cosas, pero se limitó a decir que su benefactor había sido Booz.

La respuesta de Noemí fue dicha con toda sinceridad. Booz había sido la primera persona en mostrar verdadera bondad a Rut desde que arribaron a Belén; para Noemí, la evidencia de esta bondad que Rut había experimentado era una respuesta a sus fervientes ruegos para que el Señor apartara la amargura de su vida. Al igual que Job, la vida de Noemí tenía momentos en los que le parecía que el incommovible amor de Dios estaba oculto. La referencia que hace ella tanto de los muertos como de los vivos nos habla de que los pensamientos acerca de la herencia familiar no estaban lejos de la mente de Noemí. La generosidad de Booz podría tener implicaciones duraderas para las dos viudas.

Noemí menciona al pariente que las puede redimir

—Ese hombre es pariente nuestro, uno de los que pueden redimirnos —añadió.

²¹ Rut la moabita siguió diciendo:

—Además de esto me pidió: “Quédate con mis criadas, hasta que hayan acabado toda mi cosecha.”

²² Respondió Noemí a su nuera Rut:

—Mejor es, hija mía, que salgas con sus criadas, y que no te encuentren en otro campo.

²³ Estuvo espigando, pues, junto con las criadas de Booz, hasta que se acabó la cosecha de la cebada y la del trigo. Y mientras, seguía viviendo con su suegra.

El término hebreo para el pariente que las puede redimir que menciona Noemí es *goel*, expresión que pertenece a una familia

de palabras que describen los honores y las obligaciones que le corresponden a quien es el pariente consanguíneo cercano. El pacto que hizo Dios en el monte Sinaí con Israel estipulaba que el asesino fuese castigado por el más cercano de los parientes del asesinado. La sangre se había de pagar con sangre derramada por mano del “vengador” (esta es la traducción del término *goel* en Números 35). A este *goel* le correspondía también acudir en ayuda del miembro de la familia que estuviese en graves apuros financieros. En el caso de que un israelita se viera agobiado por la pobreza hasta el punto de venderse a sí mismo como esclavo a un extranjero, entonces cualquier pariente cercano con recursos estaba en la obligación de comprar su libertad (Levítico 25:47-55). Este texto habla específicamente de tíos o primos, pero deja abierta la posibilidad para cualquier otro familiar cercano.

Este mismo pariente rescatador era el encargado de velar por el terreno que se había dado en heredad a las familias de Israel en cumplimiento de la promesa que el Señor le hizo a Abraham. Una característica peculiar del pacto del Sinaí era la garantía que brindaba contra la concentración de la tierra en unas pocas manos, porque si eso ocurría, desestabilizaría la economía, creando una subclase desarraigada y proclive a revueltas. Posteriormente, cuando este fenómeno en verdad ocurrió, los profetas se encargaron de condenarlo (Isaías 5:8; Miqueas 2:2).

Era esta la función del *goel* como protector de las viudas y sus propiedades, la que Noemí tenía en mente, pues una pobreza como la que ella y Rut enfrentaban las podía obligar a la venta de: bienes, casa o propiedades personales. La ley establecía tres procedimientos mediante los cuales las propiedades perdidas podían retornar a sus dueños. Uno era el que el propietario original la volviese a comprar (Levítico 25:26,27); otro consistía en que fuera el *goel* quien lo hiciera (Levítico 25:25). Y el tercero, que entraba en vigor cuando los anteriores no fueran aplicables, tenía lugar durante el año del jubileo, que ocurría cada 50 años y en el cual todas las tierras retornaban a sus propietarios originales (Levítico 25:28).

Los derechos de propiedad residían en el hombre que era cabeza de la familia. Los hijos, aunque estuvieran casados, no adquirirían esos derechos hasta que el patriarca de la familia falleciera, y estaban legalmente sujetos a vivir en el hogar paterno mientras el padre viviera. Deuteronomio 25 recoge una ley destinada a proteger al hijo casado que muriera antes del fallecimiento de su padre. No se establece claramente si el patriarca de esa familia todavía vivía, pero ello está implícito en el hecho de que los dos hermanos habitaban todavía bajo el mismo techo. Cuando un hijo casado y que todavía vivía en casa de su padre moría, dejando una viuda, no le era lícito a la mujer que estaba en esa situación abandonar la familia. En esas circunstancias un hermano del fallecido estaba obligado a casarse con la viuda y procrear un hijo con ella. Cuando el niño nacía, se consideraba heredero del hermano fallecido. La obligación de casarse con la esposa del hermano difunto se llama “levirato” (término que proviene del latín *levir*, que significa “cuñado”). El matrimonio por levirato protegía a la mujer que no tenía propiedades pero que esperaba obtenerlas mediante su esposo, al fallecimiento de su suegro. La viuda que al fallecimiento del suegro no tuviera un heredero se vería forzada a regresar al hogar de su padre o a arreglárselas por sí misma como pudiera.

La situación que afrontaban Noemí y Rut se debe ver a la luz de estas leyes levíticas. Elimelec era el jefe de la familia cuando falleció en Moab; sus propiedades, aunque estaban lejos en Belén, fueron heredadas por Mahlón y Quelión a la muerte de su padre. Rut y Orfa, como esposas respectivas de los dos hijos, así como Noemí la viuda, tenían el derecho de vivir de la propiedad que debería haber sido dividida entre los dos hijos.

Como Mahlón y Quelión murieron después del padre, la ley del levirato no era aplicable en su caso. Que no hubiera otros hermanos no venía al caso; Orfa y Rut quedaban libres para regresar a la protección de sus respectivos hogares paternos, tal como Noemí las había pedido que hicieran. El amparo y sostén que Noemí esperaba debía provenir de su *goel*. Ella podía vender

la tierra de Elimelec, confiada en que el pariente rescador la volvería a comprar para ella. Siendo anciana y (por ser mujer) sin derecho legal ni fuerzas para trabajar la tierra, el *goel* de Noemí terminaría siendo el comprador y trabajaría la tierra como su fideicomisario hasta que ella muriese. Entonces, la tierra sería incorporada permanentemente a las propiedades del pariente rescador.

El asunto se tornaba aún más complicado con Rut, que era una extranjera que se había adherido al Dios de Israel. Al seguir a Noemí, había renunciado a los lazos con su propia familia y se había convertido en legalmente viuda y dependiente del estado jurídico de Noemí, ya de por sí precario. La esperanza que tenía Noemí de encontrar un *goel* dispuesto a comprar su propiedad era también la esperanza inmediata que tenía Rut de resolver su situación de viuda. Quedaba otra esperanza para Noemí; ésta, aunque menos probable, consistía en que cualquiera de las dos nueras moabitas se casara con un israelita lo suficientemente desinteresado como para declarar al primogénito nacido de esa unión el heredero de las propiedades del fallecido Elimelec y de los también difuntos Mahlón y Quelión. Noemí veía tan poco viable esta posibilidad que ni siquiera les pidió a Orfa y a Rut que la consideraran.

¿Eran aplicables a Orfa y Rut las leyes del levirato que se describen en Deuteronomio 25? Estrictamente hablando no lo eran, ya que el esposo de Rut murió después y no antes de Elimelec, y ambas estaban en libertad de regresar a sus hogares paternos tal como se los pidió Noemí. Las Escrituras no son específicas en esto, pero, ¿estaba el pariente más cercano (*goel*) obligado a cumplir el deber de un hermano cuando no había hermanos que pudieran procrear un heredero; y una viuda joven en edad de casarse como Rut adherida voluntariamente a su suegra quien a su vez dependía del apoyo financiero que pudiera brindarle un pariente más cercano mediante la compra de la herencia familiar? Debido a su complejidad, el asunto resulta hasta difícil

de formular. Después de leer toda la historia de Rut, uno se queda con la impresión de que la situación no tenía precedentes legales. Ni Rut, ni Noemí, ni Booz, ni el familiar más inmediato podían, en un caso tan poco común como éste, estar seguros de cómo aplicar el “espíritu” de la ley de Dios respecto a la herencia (tanto de propiedad como la preservación del nombre de familia) y el cuidado de las viudas.

En su condición de familiar cercano, aunque no el primero, Booz era un rescatador potencial y Noemí vio en su generosidad la oportunidad que ella y Rut esperaban. De ser debidamente motivado a ello, Booz podría comprar la propiedad de Elimelec y, siendo el buen hombre que era, se podía confiar en que iba a pagar un buen precio. Que las cosas fueran a ir algo más allá de esto, era algo que todavía ni siquiera le pasaba por la mente a Noemí.

Rut añadió otra buena noticia: Booz la había invitado a que permaneciera con sus trabajadoras el resto de la cosecha, es decir, todo el período de siete semanas comprendido entre la Pascua y Pentecostés. A esto Noemí respondió alentando a su nuera a que aceptara la propuesta, pues sabía, aunque Rut no había dicho nada al respecto, que su nuera iba a estar más segura entre las jóvenes obreras. Rut no debía poner en riesgo la oportunidad que se presentaba de casarse, sucumbiendo ante algún joven sin principios.

RUT Y BOOZ SE COMPROMETEN (RUT 3:1-18)

Noemí tiene un plan

3 Un día le dijo su suegra Noemí:

—Hija mía, ¿no debo buscarte un hogar para que te vaya bien? ² ¿No es Booz nuestro pariente, con cuyas criadas has estado? Esta noche él avienta la parva de las cebadas. ³ Te lavarás, pues, te perfumarás, te pondrás tu mejor vestido, e irás a la era; pero no te presentarás al hombre hasta que él haya acabado de comer y de beber. ⁴ Cuando se acueste, fíjate en qué lugar se acuesta, ve, descubre sus pies, y acuéstate allí; él mismo te dirá lo que debas hacer.

⁵ Rut respondió:

—Haré todo lo que tú me mandes.

Pasó el tiempo. La cosecha de la cebada había terminado y la del trigo estaba por comenzar. Las tierras de Noemí, que alguien en Belén se había encargado de cosechar, no habían producido ningún ingreso para ella. Pero tan pronto como la cosecha de trigo terminara, Noemí podría poner en venta sus terrenos. Sólo entonces podría la viuda enfrentar el futuro con un mínimo de seguridad.

Noemí había estado pensando y deseando que el generoso Booz, en su condición de posible familiar que la redimiera, pudiera comprar los terrenos por un buen precio. Pero, sin un heredero que algún día pudiera reclamar la tierra, los recursos que obtuviera de la venta serían los únicos beneficios a los que ella podría aspirar por ese medio. Noemí tenía conocimiento de otra ley vigente en Israel, mediante la cual las viudas podrían reclamar la propiedad de sus tierras cuando un heredero varón llegaba a ser adulto. Pero Noemí era demasiado vieja para beneficiarse directamente de esta

ley, sus años reproductivos ya habían pasado. Los derechos de Elimelec sobre la herencia familiar habían pasado a Mahlón, cuya viuda Rut era todavía lo suficientemente joven como para procrear un heredero. Si Rut se casaba con algún hombre rico y tenía un hijo, éste podía, al llegar a la madurez, reclamar el derecho a la propiedad de Noemí, incluso si ésta hubiese sido vendida.

¿Qué mejor matrimonio podría Noemí esperar que el que se produjera entre Booz y Rut? Pero había dos problemas: en primer lugar, Booz no era el familiar más inmediato, y Noemí no podía estar segura de que la generosidad que este pariente tuvo para con Rut pudiera llegar hasta el punto del matrimonio. Como el autor ha subrayado repetidamente, la joven viuda era moabita.

Noemí hizo el papel de Cupido. El plan tenía sus riesgos, Rut debía promover una propuesta matrimonial. La cosecha de la cebada había concluido, y Noemí sospechaba que su concienzudo familiar se iba a quedar hasta mucho después de que los segadores se hubieran marchado a casa, más aún si sabía que esa noche le correspondería velar lo cosechado. Rut habría de aparecer después que todos los demás se hubieran marchado, luciendo tan atractiva como le fuese posible. Después tenía que fijarse dónde estaba Booz, pero debía esperar hasta que él se durmiera.

La propuesta de Rut no iba a ser en palabras, sino en acciones. Tenía que esperar hasta que Booz se durmiera y entonces le iba a descubrir los pies. La expresión “descubre sus pies” puede significar ni más ni menos lo que dice, pero pudiera ser una forma delicada de decir que ella le levantaría sus ropas para dejar expuesta la parte inferior de su cuerpo. Esto no se debe interpretar necesariamente como un acto de inmodestia; la forma como Rut llevó a cabo las instrucciones de Noemí descartan esta posibilidad. Sin embargo, lo que Rut hizo tenía un significado. Al yacer junto a la parte del cuerpo de Booz que estuviera descubierta, Rut estaría dejando en claro que le deseaba por esposo.

El riesgo estaba en la forma en que Booz pudiera interpretar esta audacia de Rut. ¿La iba a rechazar como una mujer fácil y la echaría de allí? Noemí apostaba a favor de Rut, basándose en su

reputación. Booz había observado lo suficiente a la joven moabita como para percatarse de que su conducta era intachable. ¿Se aprovecharía de esta situación y de la joven sin tener ningún deseo de casarse con ella? La época de la cosecha en Canaán era notoria por su promiscuidad, incluso entre los hebreos (Génesis 38:12-15). Con respecto a este último asunto, Noemí estaba haciendo su apuesta confiada en la honorabilidad de su pariente. Cuando menos, él devolvería a Rut sin deshonrarla. Esta era la mejor expectativa de Noemí.

Rut confió en Noemí, aunque sin duda conocía los riesgos que entrañaba lo que iba a hacer. Las últimas palabras de Noemí le dieron esperanza a su nuera, Booz se había mostrado como un hombre que sabía qué hacer, y la propia Rut le había oído desearle las bendiciones de Dios. Noemí también había invocado al Señor en su necesidad. No olvidemos que esta era la época de los jueces, en la que cada cual hacía lo que bien le parecía, y eran pocas las vidas donde Jehová Dios reinaba como ser supremo. Rut creyó que al menos existirían dos personas en su vida que harían lo recto ante los ojos de Dios.

La propuesta de Rut

⁶ Descendió, pues, al campo, e hizo todo lo que su suegra le había mandado.

⁷ Cuando Booz hubo comido y bebido, y su corazón estaba contento, se retiró a dormir a un lado del montón. Un rato más tarde vino ella calladamente, le descubrió los pies y se acostó.

⁸ A la medianoche se estremeció aquel hombre, se dio vuelta, y descubrió que una mujer estaba acostada a sus pies.

⁹ Entonces dijo:

—¿Quién eres?

Ella respondió:

—Soy Rut, tu sierva; extiende el borde de tu capa sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano.

Bañada, perfumada y vestida, convenientemente, Rut se

dirigió hacia la era donde Booz y sus hombres habían celebrado, comiendo y bebiendo la culminación de una buena cosecha. El mismo vino que había alegrado a Booz le estaba ahora dando sueño. Digamos de paso que las bebidas alcohólicas tomadas con moderación están entre las buenas cosas que Dios le ha dado al hombre (Salmo 104:15). Rut se acercó calladamente a Booz. La palabra significa hacerlo en silencio, no en secreto, y es la misma expresión que nos dice cómo David se acercó a Saúl en la cueva (1 Samuel 24:4). Rut se acomodó con pudor junto a los desnudos pies del hombre. El tiempo pasaba con Rut a la espera hasta que Booz despertó sobresaltado y se dio cuenta de que no estaba solo. La oscuridad no le permitía identificar a la persona, pero sabía que se trataba de una mujer.

En respuesta a la pregunta de Booz, la moabita se identificó por su nombre y además añadió que era, como siempre lo había sido, su sierva agradecida. Sus siguientes palabras fueron mucho más audaces. La expresión “extiende el borde de tu capa sobre tu sierva” es literalmente, “extiende tus alas sobre tu sierva”. En el contexto de cohabitación, la palabra hebrea para “ala”, *kanaf*, se refiere al borde o esquina del manto o capa, que era la prenda de vestir más grande que les cubría y que empleaban los hombres de la antigüedad para envolverse durante el día y cubrirse por la noche. Ezequiel emplea este mismo término *kanaf* para describir al Señor cuando toma a Jerusalén como su novia (Ezequiel 16:8). Un uso similar de esta palabra aparece en las leyes levíticas que regulan el matrimonio (Deuteronomio 22:30; 27:20). Rut utiliza el mismo término, pero en su forma dual, en vez del singular. Estas palabras son una expresión combinada del hebreo común para indicar la cohabitación matrimonial, con un recordatorio consciente de las palabras que dijo Booz al orar por ella el primer día en que se conocieron (2:12).

Rut le dio a Booz las razones que justificaban su atrevimiento, él era su pariente redentor. De hecho, ya Booz le había mostrado su protección en la comunidad al decirles a los jóvenes que no la

molestaran, y había compartido con ella sus riquezas al permitirle que en sus sembradíos fuera más allá del rebuscar que le estaba permitido. Ahora Rut le estaba pidiendo a Booz que extendiera aún más las alas de la misericordiosa protección del Señor, optando por desempeñar el papel de pariente redentor a su favor. No era poco lo que pedía; ello habría de elevar a Rut del status de sierva moabita al de esposa y heredera en la línea mesiánica de Judá.

Booz acepta

¹⁰ Dijo Booz:

—Jehová te bendiga, hija mía; tu segunda bondad ha sido mayor que la primera, pues no has ido en busca de algún joven, pobre o rico. ¹¹ Ahora, pues, no temas, hija mía; haré contigo como tú digas, pues toda la gente de mi pueblo sabe que eres mujer virtuosa. ¹² Aunque es cierto que soy pariente cercano, hay un pariente más cercano que yo. ¹³ Pasa aquí la noche, y cuando sea de día, si él te redime, bien, que te redima; pero si no quiere redimirte, yo te redimiré. Jehová es testigo. Descansa, pues, hasta la mañana.

¹⁴ Después que durmió a sus pies hasta la mañana, se levantó Rut antes que los hombres pudieran reconocerse unos a otros; porque Booz había dicho: «Que no se sepa que una mujer ha venido al campo.»

¹⁵ Después él le pidió:

«Quítate el manto con que te cubres y sujétalo bien.»

Mientras ella lo sujetaba, midió Booz seis medidas de cebada y se las puso encima. Entonces ella se fue a la ciudad.

Booz comprendió inmediatamente. La secuencia de las palabras en el original hebreo es la misma que nos trasmite nuestra Versión Reina Valera de 1995: “Jehová te bendiga, hija mía”. Rut no tenía nada que temer, y nada vergonzoso habría de ocurrir. Booz no iba a cambiar la oración que había hecho en el campo la primera

vez que vio a Rut. Ahora, al igual que antes, le deseaba que fuese bendecida de Jehová.

Las tres últimas palabras de Rut, “eres pariente cercano”, habían sido claramente captadas por Booz, y la elogió por ellas. En su primer encuentro, Booz había alabado la altruista lealtad de la joven hacia Noemí, lealtad que era más fuerte que los lazos que la unían a su patria y a su familia. Esa primera generosidad se veía ahora superada por el hecho de que esta mujer de Moab mostrara tan alta consideración por su familia adoptiva y por las leyes de Israel que protegían a las viudas y sus propiedades. La propuesta matrimonial de Rut le había sido hecha a quien podía ser el pariente rescatador y no a uno de los jóvenes atractivos del poblado. Las palabras de Booz indican que éste era algo mayor que la moabita.

Booz le dijo a Rut: “haré contigo como tú digas”. Ante Dios, esto quería decir matrimonio; ambos habían dado su mutuo consentimiento de manera abierta y voluntaria.

Quedaban, sin embargo, algunos detalles que Booz tenía que esclarecer. Había un familiar aún más cercano, que tenía el derecho de redimir la tierra de Noemí. Si él lo hacía, pues bien, pero si no, Booz mismo se iba a encargar de rescatar la herencia de Elimelec y Mahlón. Booz estaba seguro de que el otro hombre no tenía interés de casarse con Rut, y eso iba a ser parte de la estrategia que pensaba usar en la mañana a las puertas de la ciudad.

Las normas del decoro demandaban que nadie supiera del compromiso que había tenido lugar en la era. Ambos se pertenecían uno al otro, pero Booz quería que el matrimonio permaneciera en secreto entre ellos dos hasta que el asunto de las propiedades de Noemí quedara resuelto de manera legal y pública. Antes de que amaneciera, Rut retornó al lugar donde ella y Noemí habitaban. En su manto convertido en improvisado saco, Rut llevaba, sin que sepamos la equivalencia, seis medidas de grano. En caso de que se hubiese tratado de seis efas, ello sería algo más de 90 kg; si hubieran sido sehas, Rut habría llevado un poco más

de 40 kg; pero si las medidas correspondieran a homers, la cantidad habría sido inferior a la que recolectó en su primer día de labor. Quizás lo que el texto implica es que Booz echó seis veces a manos llenas grano en el manto de Rut hasta que éste quedó adecuadamente lleno.

A la espera con esperanza

¹⁶ Cuando llegó a casa de su suegra, ésta le preguntó:

—¿Qué hay, hija mía?

Rut le contó todo cuanto le había ocurrido con aquel hombre, ¹⁷ y añadió:

—Me dio estas seis medidas de cebada, y me dijo: “Para que no vuelvas a la casa de tu suegra con las manos vacías.”

¹⁸ Entonces Noemí dijo:

—Espérate, hija mía, hasta que sepas cómo se resuelve esto; porque aquel hombre no descansará hasta que concluya el asunto hoy.

Podemos imaginar que Noemí se mantuvo sin dormir durante toda esa noche, mientras aguardaba el regreso de su nuera. ¡Grande debió haber sido su alivio cuando pudo oír de sus labios el relato completo de lo sucedido! Noemí confirmó que había estado en lo cierto en cuanto a Rut y Booz, y Rut quería que su suegra supiera que Booz tampoco la había olvidado a ella.

El consejo de Noemí fue: “Espérate... hasta que sepas”. Estaba amaneciendo, y tal como Noemí creía, Booz iba a arreglar las cosas antes de que terminara el día. Como mujer, Noemí no podía aparecer sola ante los ancianos de la ciudad, pero sabía que Booz lo haría, y que, si le era posible, le serviría de pariente rescatador. De hecho, ya sabía que su oración para que Rut encontrara un hogar y un esposo había sido contestada.

AMOR DESINTERESADO (RUT 4:1-22)

Booz acude al tribunal

4 Más tarde, Booz subió a la entrada del pueblo y se sentó allí; en ese momento pasaba aquel pariente de quien Booz había hablado.

—Eh, fulano —le dijo Booz—, ven acá y siéntate.

Y éste fue y se sentó. ² Entonces Booz llamó a diez varones de los ancianos de la ciudad, y les dijo:

—Sentaos aquí. Cuando ellos se sentaron,

Mientras Rut conversaba con Noemí, Booz se había encaminado a la puerta de la ciudad. Las poblaciones amuralladas de Canaán no disponían de grandes plazas para reuniones públicas, sino que los asuntos de carácter civil eran tratados a la sombra de las puertas de la ciudad. Excavaciones arqueológicas recientes en la antigua ciudad de Dan descubrieron la existencia de una plataforma elevada inmediata a la puerta sobre la cual se llevaban a cabo los procedimientos legales en nombre del rey de Israel.

Cuando el pariente más cercano de Elimelec pasaba por el lugar, Booz lo llamó. La expresión “fulano”, que nos da al respecto la Versión Reina Valera 1995, traduce dos palabras hebreas que son una forma de hablar. El autor del libro de Rut decidió que no había necesidad de revelar el nombre de este pariente, de modo que para nosotros no es más que eso, “un fulano”, alguien cuyo nombre no viene al caso.

El pariente más cercano no se mostró renuente a cooperar. En una población pequeña como Belén, la situación de Noemí tendría que haber sido bien conocida, y es posible que este pariente ya hubiera hecho planes para hacerle una oferta de compra en un futuro inmediato, quizás después de que terminara la cosecha.

Como este probable rescatador no presentó objeción alguna, Booz convocó a diez hombres dignos de la ciudad para que fueran testigos de los trámites. Este no era un litigio entre adversarios, sino un caso civil sobre derechos y propiedades. Si recordamos nuestros previos comentarios acerca de las leyes aplicables a Noemí y Rut, entendemos mejor el que Booz quisiera que los ancianos de Belén le dieran su visto bueno a cualquier acuerdo al que se llegara. En nuestros días, para legalizar asuntos de esta naturaleza, se contratan los servicios de abogados que manejan y archivan la documentación legal firmada debidamente por los testigos. En la antigüedad bastaba la palabra de un hombre, siempre que fuese validada por el testimonio oral de dos o más testigos (Deuteronomio 19:15).

Booz hace una oferta y su pariente la acepta

³ dijo al pariente:

—Noemí, que ha vuelto del campo de Moab, vende una parte de las tierras que tuvo nuestro hermano Elimelec. ⁴Y yo decidí hacértelo saber y decirte que la compres en presencia de los que están aquí sentados, y de los ancianos de mi pueblo. Si quieres redimir la tierra, redímela; y si no quieres redimirla, decláramelo para que yo lo sepa, pues no hay otro que redima sino tú, y yo después de ti.

—Yo la redimiré —respondió el pariente.

Booz expuso el asunto de la propiedad de Elimelec, declarando que Noemí estaba determinada a vender su tierra. El original hebreo expresa “está vendiendo”, empleando una forma verbal que indica que la venta es casi un hecho. Lo único que faltaba por determinar era quién iba a ser el comprador. La propiedad se le podía vender a cualquier persona, pero la ley del pacto le concedía a Noemí el derecho de que su pariente rescatador podía, cuando deseara, adquirir de nuevo la tierra del comprador. Booz formuló la pregunta crucial, ¿quería este pariente comprar de inmediato la propiedad, simplificando con ello un complicado proceso? En caso

de que no quisiera hacerlo, Booz estaba dispuesto a comprarla.

Booz no dijo nada acerca de Rut ni del compromiso que había tenido lugar sólo horas antes en su era. Él contaba con que su pariente, sin saber de esta pequeña pero vital información, decidiera allí mismo ante los ancianos de la ciudad comprar la propiedad. Este hombre sabía que no existían herederos varones que pudieran algún día reclamar la tierra para volverla a adquirir. La previsión de Booz resultó acertada, el comprador de la tierra consideró que se trataba de una buena inversión y declaró su intención de ser el *goel* de Noemí.

Booz hace una propuesta que el otro pariente rechaza

⁵ Entonces replicó Booz:

—El mismo día que compres las tierras de manos de Noemí, debes tomar también a Rut la moabita, mujer del difunto, para que restaures el nombre del muerto sobre su posesión.

⁶ El pariente respondió:

—No puedo redimir para mí, no sea que perjudique mi herencia. Redime tú, usando de mi derecho, porque yo no podré hacerlo.

⁷ Desde hacía tiempo existía esta costumbre en Israel, referente a la redención y al contrato, que para la confirmación de cualquier negocio, uno se quitaba el calzado y lo daba a su compañero; y esto servía de testimonio en Israel.

⁸ Entonces el pariente dijo a Booz:

—Tómalo tú.

Y se quitó el calzado.

Lo que Booz acababa de decir era con el propósito de hacer cambiar de parecer a su pariente. El texto judío permite que las palabras de Booz se puedan entender de dos maneras. La palabra clave es “tomar”, ya que cuando se empezó a escribir el hebreo, se usaban solo las consonantes. Fue hasta el siglo VIII d.C. que los eruditos hebreos, conocidos como masoretas, añadieron un

sistema de puntuación para representar las vocales a fin de evitar que se perdiera la pronunciación. Pocas veces estos estudiosos dudaron de que las consonantes pudieran estar equivocadas. Con respeto al texto, tal como se les había legado, los masoretas volvían a copiar las consonantes sin cambiarlas, pero ponían una nota al margen que le daba al lector otra cosa para leer. “Tomes” es uno de estos vocablos. El texto dice “yo tomaré” en tanto que la nota marginal dice, “Tú tomarás”.

El sentido de “tú tomas”, escrito al margen, es secundado por: nuestra versión Reina Valera 1995, la Nueva Versión Internacional, y la antigua traducción griega. Este da a entender que el pariente más cercano estaba obligado a casarse con Rut como una condición para la compra de la propiedad de Noemí. De aquí se desprende que una variante de la ley del levirato se aplicaría en este caso.

Como razón para negarse, el candidato con más derecho para comprar aduce que de hacerlo causaría perjuicio a sus propios herederos. Este argumento resulta difícil de comprender ya que cualquier hijo que Rut tuviera en ese matrimonio lo sería también de él y por tanto no habría pérdida de lo invertido. Por otra parte, no podemos imaginar que este comprador ignorara la existencia de Rut o que desconociera la ley del levirato, si es que ésta resultaba automáticamente aplicable como a primera vista nos lo sugieren las palabras de Booz. No entendemos cómo este *goel* accedió tan rápidamente a comprar las tierras de Noemí, y cómo es que no se le reprochó el que rechazara a Rut y su renuncia al derecho de la tierra. La ley del matrimonio por levirato concluye con una fuerte amonestación en contra del hermano que se niega a casarse con la viuda de su hermano fallecido. Si se diera este caso, la mujer desdeñada, en presencia de los ancianos de la ciudad, descalzaría al infractor, le escupiría, y se referiría de allí en adelante a la descendencia de este hombre como “la casa del descalzado” (Deuteronomio 25:7-10). Sin embargo, tal y como hemos demostrado anteriormente, no existe justificación bíblica

para la aplicación del levirato fuera de los hermanos que viven juntos mientras viva el padre.

Si en vez de leer “toma” leyésemos “tomaré” todo tendría más sentido. Una traducción más estrictamente literal de la oración como fue escrita en el texto antiguo diría: “El mismo día en que compres las tierras de manos de Noemí, yo tomaré enseguida a Rut la moabita, la esposa del fallecido, para suscitarle nombre sobre su heredad”. Estas palabras nos hacen comprender que Booz estaba revelando una información que únicamente: él, Rut y Noemí conocían. Por propia voluntad, Booz se estaba haciendo cargo del deber de tomar a Rut por esposa, a fin de darle a su fallecido esposo Mahlón, el heredero de Elimelec, un hijo que llevara su nombre. Esto no era más que la aplicación del espíritu de la ley del levirato, destinada: a proteger los derechos de propiedad, el sustento de las viudas, así como continuar la descendencia del fallecido. Sin embargo, lo que Booz estaba haciendo no era requerido por la ley. Esta importante diferencia destaca el carácter generoso y desinteresado de Booz.

Bien, el familiar más cercano tenía todo el derecho de comprar la propiedad, independientemente de lo que Booz hiciera o no hiciera en relación a Rut y al nombre de Mahlón. Sin embargo, el matrimonio de Rut y Booz iba a dejar abierta la posibilidad real de que a la vuelta de un año hubiera nacido un niño varón que inmediatamente podría reclamar derechos sobre ese terreno en representación de Mahlón. Ello dejaría al comprador sin su inversión y con solamente el producto de una cosecha cuando mucho. Noemí no tendría obligación de devolver el dinero que este *goel* había estado de acuerdo en pagarle al comprarle la tierra. Por supuesto que no había seguridad de que Rut pudiera tener hijos, pero se trataba de apostar con muchas posibilidades de perder. Siguiendo esta línea de pensamiento, tenemos una explicación razonable para entender el cambio de actitud que se produjo en el comparador. Había dinero de por medio, y existía la posibilidad de que su herencia disminuyera.

Booz había hecho que las cosas llegaran a su culminación, el pariente comprador se quitó su sandalia para dar fe de estar por completo de acuerdo. El autor nos dice que ese gesto era la forma en que se sellaban los acuerdos legalmente.

Booz se convierte en el comprador

⁹ Dirigiéndose a los ancianos y a todo el pueblo, Booz dijo:

—Vosotros sois testigos hoy de que he adquirido de manos de Noemí todo lo que fue de Elimelec, y todo lo que fue de Quelión y de Mahlón. ¹⁰ Y que también tomo por mi mujer a Rut la moabita, mujer de Mahlón, para restaurar el nombre del difunto sobre su heredad, para que el nombre del muerto no se borre de entre sus hermanos, ni de entre su pueblo. Vosotros sois testigos hoy.

¹¹ Todos los que estaban a la puerta del pueblo y los ancianos respondieron:

—Testigos somos. Jehová haga a la mujer que entra en tu casa como a Raquel y a Lea, las cuales edificaron la casa de Israel; y tú seas distinguido en Efrata, y renombrado en Belén. ¹² Sea tu casa como la casa de Fares, el hijo de Tamar y Judá, gracias a la descendencia que de esa joven te dé Jehová.

Como medida de precaución, Booz recapituló ante los allí reunidos lo que acababa de hacer. Los diez ancianos eran testigos, así como igualmente lo eran quienes se habían acercado a oír el dramático proceso. Confirmando la probabilidad de que la forma más antigua del texto en la que se lee “yo tomaré” sea la correcta, Booz destaca claramente que han tenido lugar dos actos legales: Primero, que él ha asumido los deberes de *goel* al redimir la propiedad de la familia de Elimelec “de mano de Noemí”; y segundo, que había adquirido el derecho a suscitar un heredero de Mahlón al tomar en matrimonio a Rut.

Los pobladores de Belén, herederos y espectadores, mostraron su sincera aprobación de lo sucedido al elevar una plegaria en el nombre de Jehová; la plegaria estaba formada de tres peticiones:

Pidieron que Rut siguiera las huellas de Raquel y Lea, las dos esposas de Jacob, es decir, que su matrimonio con Booz fuera bendecido con hijos; luego, dirigiéndose a Booz, pidieron que prosperara económicamente y que su nombre fuera siempre tan honrado en Belén como lo estaba siendo en ese feliz día; y finalmente, que el fruto de esta unión que se acababa de anunciar fuera como Fares, el hijo de Tamar, y que tuviera un papel trascendental en el desarrollo histórico de la tribu de Judá. Por supuesto, el autor sabe por la historia subsecuente que las tres peticiones fueron contestadas.

Las circunstancias bajo las cuales Tamar tuvo a su hijo Fares fueron tan inusuales como las del esperado nacimiento del hijo de Booz y Rut (Génesis 38:29). Las palabras de la gente de Belén reconocían el hecho. La Biblia registra un elevado número de nacimientos poco probables, siendo cada uno de ellos parte del plan de Dios para Israel y para todos los pueblos; entre estos nacimientos tenemos: el de Isaac, los gemelos Jacob y Esaú, los gemelos Fares y Zara, Obed, Samuel, Salomón, Juan el Bautista y Jesús.

Nace un hijo y heredero

¹³ Así fue como Booz tomó a Rut y se casó con ella. Se unió a ella, y Jehová permitió que concibiera y diera a luz un hijo.

¹⁴ Y las mujeres decían a Noemí: «Alabado sea Jehová, que hizo que no te faltara hoy pariente, cuyo nombre será celebrado en Israel; ¹⁵ el cual será restaurador de tu alma, y te sostendrá en tu vejez; pues tu nuera, que te ama, lo ha dado a luz; y ella es de más valor para ti que siete hijos.»

¹⁶ Tomando Noemí al niño, lo puso en su regazo y lo crió.

¹⁷ Y le dieron nombre las vecinas, diciendo: «¡Le ha nacido un hijo a Noemí!»

Y le pusieron por nombre Obed. Éste fue el padre de Isaí, padre de David.

Casi todos los acontecimientos que se narran en el libro de Rut transcurren en las siete semanas de primavera en que se cosechan la cebada y el trigo, y asumimos que el versículo 13 cubre lo que resta del año. Booz se casó con Rut, tal como había prometido. Ambos procrearon con la ayuda de Dios un hijo y antes de la siguiente cosecha de granos ya había un heredero. La secuencia de: matrimonio, concepción y nacimiento es significativa; ella nos asegura que lo sucedido aquella noche en la era fue en todo aspecto honorable.

Cuando volvió la época de la siega, las mujeres de Belén tenían algo de qué hablar. Si ya lo habían hecho con creces cuando las dos viudas pobres regresaron de Moab en la primavera del año anterior, ahora iban a comentar acerca de la bendecida forma en que se habían desenvuelto los acontecimientos. Rut era ya una mujer de gran respeto, igual o mayor que el que tenía Noemí cuando ella y su esposo, Elimelec, habían partido para Moab. En sus horas más tristes una Noemí amargada había sido sostenida por el inquebrantable afecto de Rut. La que había retornado “con las manos vacías”, las tenía ahora llenas. El que el amor de Rut hacia Noemí fuese catalogado por las vecinas de ese lugar como el equivalente a tener el amor de siete hijos es ciertamente el mayor cumplido que Rut pudiera recibir de parte de las mujeres.

Pero el verdadero vacío en la vida de Noemí ahora había sido llenado por un niño. Éste era el aval (*goel*) de las propiedades de Noemí, y en virtud de la acción que llevó a cabo Booz en la puerta de la ciudad, era también su nieto legítimo. Las mujeres de Belén sabían que habría un amor especial entre Noemí y este niño, quien sería literalmente el “restaurador de su vida”. Y así ocurrió. Noemí fue la niñera del niño, ocupándose de todo lo que una madre haría, cosa de la que se percataron y hablaron las damas belenitas. Las mejores cualidades de Booz y de Rut fueron heredadas por el niño y cultivadas por Noemí, siendo ésta la razón por la que las mujeres del lugar le llamaron Obed, “el que sirve”.

Las bendiciones adicionales del Señor

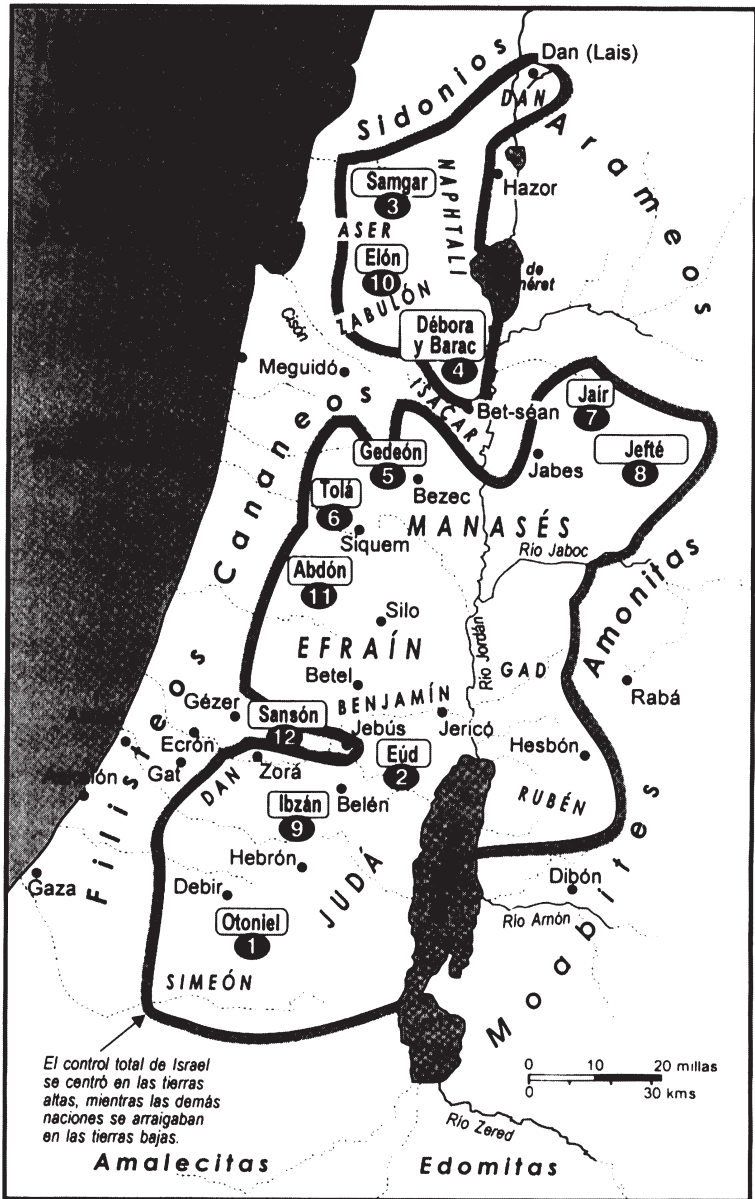
¹⁸ Éstas son las generaciones de Fares: Fares engendró a Hezrón, ¹⁹ Hezrón engendró a Ram, y Ram engendró a Aminadab, ²⁰ Aminadab engendró a Naasón, y Naasón engendró a Salmón, ²¹ Salmón engendró a Booz, y Booz engendró a Obed, ²² Obed engendró a Isaí, e Isaí engendró a David.

El autor del libro de Rut comenzó la historia de esta joven diciéndonos que esa historia ocurrió en tiempos de los jueces, y la termina ubicando el nombre de la moabita en medio de una genealogía en la que se menciona a diez individuos. El primero es el hijo que Judá tuvo con Tamar; el último es David, quien se iba a convertir en el más grande de los israelitas antes de Jesús. El cuarto es Aminadab, el suegro de Aarón, primer sumo sacerdote de Israel. Naasón, el quinto, fue líder de la tribu de Judá durante la peregrinación en el desierto. El sexto de los mencionados es Salmón, quien se casó con Rahab, la mujer de Jericó (Mateo 1:5). Los lugares séptimo y octavo aparecen ocupados por Booz y Obed.

La lista no está, ni pretende estar completa. Las diez generaciones que la componen abarcan más de siete siglos, pero los personajes que se mencionan enfatizan una verdad que comenzó en el jardín del Edén y que también es destacada por otras dos listas de diez nombres (Génesis 5,11). Desde la época del matrimonio de la primera pareja, el pecado ha arruinado la existencia humana hasta el punto de la muerte física. Una generación ha muerto tras la otra; sin embargo, el Señor les prometió a Adán y Eva el divino regalo de la redención, y les dijo a nuestros primeros padres que el milagro del nacimiento humano sería la vía por la cual Dios: iba a entrar en la historia para ponerle fin al pecado, iba a aplastar a Satanás, e iba a acabar con la muerte. A través del Antiguo Testamento, cada nacimiento confirmó la fidelidad de Dios a sus promesas, hasta que en el tiempo establecido por el Señor, nació su Hijo, Jesús. Como hombre, él

descendía de un linaje que pasaba a través de: David, Obed, Booz y Rut, para remontarse hasta un pasado en el que aparecen: Judá, Abraham, Noé y Adán. Jesús fue, y es, la confirmación definitiva de la fidelidad divina. Cada pecador está vinculado a Jesús por lazos de sangre y, por tanto, por genealogías; algunos, como los judíos, mediante el linaje aquí mencionado, y todos los demás, es decir los gentiles, a través de las familias descendientes de Noé. Por gracia mediante la fe, como se nos revela en las Escrituras, la sangre de Jesús vincula a cada pecador con la salvación.

La historia de Rut es una historia de amor desinteresado en una época en que esa forma de amor no era siempre evidente, cosa que hemos visto al transitar por las páginas del libro de Jueces. El de Rut constituye un hermoso reflejo del amor de Dios en Cristo, reflejado en la vida de los verdaderos creyentes, cuya fe les sostuvo y les sirvió de bendición.



Israel en la época de los jueces

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSIS	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSIS	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

El libro de Jueces contiene las historias de los gobernantes que Dios envió para rescatar a su pueblo antes de que Israel tuviera reyes. Cada relato revela lo frecuente que el pueblo de Dios se alejaba de él y sin embargo lo fiel que fue Dios al enviarles liberación. Ruth es la bella historia de una mujer moabita quien llegó a ser antecesora del rey David y de Jesús.